EL SECRETO DEL CEO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE



EL SECRETO DEL CEO

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

El secreto del CEO

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©junio, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El secreto del CEO

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©junio, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

Capítulo 1



Si había algo que me gustara más que un muffin de chocolate con chispitas, era salir a disfrutar de la noche en Marbella con mi mejor amiga, fotógrafa y estilista, Mabel.

Me presento, para que todos los que vais a leer esta historia me conozcáis un poquito antes de empezar.

Emma, veintiocho años, de cabello largo, negro azabache, y ojos marrones claros. Yo era esa mezcla perfecta fruto del amor más puro que una vez hubo entre dos personas, Carlos y Julia, mis padres, pues de él heredé el color de ojos, la nobleza y su gran corazón y de ella, el cabello, la figura y un puntito de locura.

Ya se sabe que todos tenemos un cincuenta por ciento de cada padre, y por eso la balanza entre cordura y locura en mi caso estaba equilibrada.

Mi padre, a sus cincuenta años, sigue siendo uno de los banqueros más importantes de la ciudad. Personalidades de la más alta alcurnia marbellí acuden a él para depositar su confianza y sus fortunas, que no son *pecata minuta*, como dice él.

Por su parte, mi madre, con cuarenta y ocho años, es dueña de una de las inmobiliarias más famosas de la costa española, donde los más ricos de todo el mundo acuden en busca de una casa en la que pasar todo el verano, o ese rincón al que llamar hogar y vivir a cuerpo de rey disfrutando de la jubilación.

Ambos se conocieron una noche de verano, sí, casi como en la famosa obra shakespeariana, cuando ella contaba con dieciocho años y trabajaba como camarera en una de las discotecas de moda de antaño. Él, un joven de veinte años que estaba en sus primeros años de carrera de Administración y Finanzas, se encontraba aquella noche celebrando el cumpleaños de un buen amigo de la infancia.

Al ver los ojos verdes de aquella muchacha que les sirvió las copas, quedó, como dijo mi abuela, prendado de ella

Visitó la discoteca varios fines de semana más, hasta que consiguió, a base de miradas y bonitas palabras, una cita con ella, y desde aquel momento se prometieron quererse hasta que, como cantaba la Jurado, el amor se les rompiera de tanto usarlo.

Yo llegué como los turrones, por Navidad, o al menos la noticia de que estaba en la barriguita de Julia creciendo como una judía. Porque al mundo me dio por visitarlo para quedarme una calurosa noche de primeros de julio, como aquella en la que mis padres se conocieron.

Veinte años tenía ella y veintidós él, mi madre dejó de trabajar en la noche y comenzó a hacerlo como comercial en la inmobiliaria de un amigo de su antiguo jefe, ese que la acogió bajo su ala como si de una hija se tratara, y le enseñó todo lo que sabe ahora, hasta que se decidió a montar su propia inmobiliaria con la ayuda de su jefe, que no la vio nunca como una competencia.

A mi padre tampoco le fue mal, pues comenzó trabajando como cajero en un banco y, poco a poco, pasito a pasito como los bebés en sus primeros años de vida, fue ascendiendo de puesto cada cierto tiempo hasta que fue nombrado director del banco hacía ya quince años.

A la abuela la perdimos siendo yo una niña, tenía ocho años cuando una mañana no despertó. Mi madre decía que se había ido sonriendo para reunirse al fin con el abuelo.

Los abuelos paternos como si no estuvieran, ellos se desentendieron de mi padre cuando cumplió los diecinueve y se fueron de Marbella, a dónde, ni sabíamos ni queríamos saber, porque nunca tuvieron contacto después de eso.

Mi padre siempre dijo que ya solo esperaba una noticia, y esa llegó cuando yo tenía catorce años. Habían fallecido y a él como único familiar le correspondía darles cristiana sepultura. Los incineró sin más.

Éramos una familia feliz, nos queríamos, cuidábamos y respetábamos todos, pero el amor entre ellos se fue acabando, aunque el cariño, ese que sentían desde el inicio, nunca murió.

Se divorciaron definitivamente cuando yo tenía dieciséis años, y aunque pasé a tener dos casas, dos cumpleaños y dos Navidades, no me afectó en los estudios ni en nada.

Siempre estaban para mí, tratándose con ese respecto y cariño que siempre vi, y aunque no eran una pareja de enamorados, seguían teniendo esos momentos divertidos y locos cuando estaban en una misma habitación.

En estos años, y ya habían pasado doce, mi padre no había encontrado el amor, o más bien no lo había buscado porque decía que estaba bien así. Haciendo y deshaciendo lo que venía en gana.

Mi madre sí que tuvo un amor, uno que ella creyó sería ese con el que sí se veía envejeciendo, pero resultó que no que él de todo aquello de lo que presumía tener, no tenía nada. Después de tres años con mi madre, le había robado dinero de las comisiones por las ventas de varias casas, y se fue sin decir ni media palabra.

De eso hacía ya cinco años, y en este tiempo nunca más nos habló de nada serio con nadie, pero hacía unos meses que, según me había contado, se veía con un hombre adinerado y dueño de varios restaurantes por todo el mundo.

Mi padre y yo no entramos, si estaba bien con su nueva ilusión, perfecto, pero que no nos la volvieran a tocar porque como decía la ex de Jesulín, por nuestra Julia, matábamos.

¿Qué más deciros de mí? Ah, sí, lo más importante y esencial, mi profesión. Venga, os dejo intentar averiguarlos.

¿Contable, dice alguien por ahí? No, aunque no se me dan mal los números.

¿Que si trabajo en la inmobiliaria de mi madre? Eh… No.

¿Camarera, periodista, modelo, cantante…? Uf, no, no, yo canto en la ducha y rezando para que no llueva.

Venga, va, no os hago esperar más. Soy *influencer*, y una de las mejores de Marbella. Y sí, mi madre me usó como modelo en algunas de sus ventas, más que nada porque cuando tengo que promocionar una colección de bikinis para alguna de las marcas con las que trabajo, voy buscando en su inmobiliaria la que más me gusta para tal ocasión.

Como dice mi padre, las dos hacemos negocio a la vez que nos ayudamos mutuamente.

De ahí que Mabel, la mujer más guapa que he tenido el placer de conocer, con una bonita melena color castaño y unos impresionantes ojos color miel, se lanzara al mundo de la fotografía y el estilismo, para trabajar juntas y recorrer el mundo a mi lado.

Ella decía que era mi piojo y no me libraría de ella jamás de los jamases, cosa que, ni dudaba, ni tampoco quería que pasara.

Y como había dicho ya, nací una noche de verano, y hoy celebraba mi veintiocho cumpleaños.

Mientas me preparaba para salir a darlo todo con mi querida Mabel, escuchaba una de esas canciones del momento que tan fuerte estaban pegando en las pistas de baile, y mí el cuerpo se me iba solo a golpe de cadera.

Escuché sonar mi móvil y al cogerlo sonreí.

—Hola, papá —saludé.

—Hola, mi vida. ¿Preparándote ya para salir?

—Sí, el último retoque y lista para un año más.

—De belleza y sabiduría, no lo olvides.

—Tú es que siempre me has mirado con muy buenos ojos —reí.

—Pues los que tengo, hija, y en los últimos años son solo para verte a ti.

—Eso es porque quieres, papá. Con la percha que tienes todavía y lo atractivo que eres.

—Sí, sí, el George Cloone de Marbella, ¿no?

—No, no, que ese ya tiene muchas canas. Tú eres como Tom Cruise, pero más alto.

—¿Ese no tiene canas, o se las tiñe? —rio.

—Pues igual va a Llongueras una vez al mes, que no digo yo que no.

—¿Dónde vais a ir, hija?

—Al local de tu amigo Conrado, por si quieres llamar y que nos inviten a unas copas.

—¿Pero tú desde cuándo pagas allí dónde vas?

—También es verdad, que con esto de ser *influencer* les hago buenas promos con mis *reels*.

—Pásatelo bien, disfruta de la noche y, ya sabes…

—No voy a coger el coche, tranquilo, que hoy me llevan y me traen.

—Así me gusta, que mi niña sea precavida. Nos vemos mañana.

—Sí, pero llego con la hora justa, ¿eh? Que antes de las cuatro no me acuesto —reí.

—Tampoco esperaba verte por el restaurante antes de las dos, no te preocupes.

—Adiós papá, te quiero.

—Y yo, mi vida. Y felicidades otra vez.

—Gracias. Y por el regalo también, me ha encantado.

—Me alegro. Adiós, cariño.

Nada más colgar a mi padre, miré la pulsera de oro blanco con los tres corazones rosas engarzados que me había

regalado y sonreí. Siempre había sabido cómo sorprenderme porque si le preguntaba qué me iba a regalar, me decía lo primero que le venía a la cabeza y no tenía nada que ver con lo que era en realidad.

Me eché ese último vistazo para comprobar que mi vestido rojo de tirantes finos y a la altura de las rodillas estaba impecable, y con el conjunto de sandalias de tacón negras y el bolso del mismo color, estaba perfecta y lista para irme.

A Mabel le encantaba maquillarme, pero cuando salíamos cada una de nuestra casa me maquillaba yo misma y no me dejaba nada mal, que de tanto verla a ella había ido quedándome con la técnica que tenía para aplicarlo todo y resaltar el color de mis ojos.

Me independicé cuando cumplí los veinticuatro, me iba bien con el dinero que ganaba en las redes como *influencer*, y me cogí un apartamento cerca de la playa, de un dormitorio, con salón y cocina tipo loft, cuarto de baño y una terraza que era vida pura, desde ella veía la playa tomando un café cada mañana.

Nada más bajar ya tenía esperando en la puerta el coche que había pedido a la empresa de alquiler con la que me solía mover.

El chico que haría de chofer esa noche sonrió a modo de saludo mientras me abría la puerta dándome las buenas noches.

En cuanto me senté le puse un mensaje a Mabel para que supiera que iba de camino, no tardó en responder que estaba llegando y nos veríamos en la puerta.

Desde luego que una no cumplía años todos los días y aprovechando que era viernes, mi amiga y yo estábamos más que dispuestas a celebrar mis veintiocho por todo lo alto, igual que hicimos un par de meses atrás cuando ella cumplió los veintinueve.

regalado y sonreí. Siempre había sabido cómo sorprenderme porque si le preguntaba qué me iba a regalar, me decía lo primero que le venía a la cabeza y no tenía nada que ver con lo que era en realidad.

Me eché ese último vistazo para comprobar que mi vestido rojo de tirantes finos y a la altura de las rodillas estaba impecable, y con el conjunto de sandalias de tacón negras y el bolso del mismo color, estaba perfecta y lista para irme.

A Mabel le encantaba maquillarme, pero cuando salíamos cada una de nuestra casa me maquillaba yo misma y no me dejaba nada mal, que de tanto verla a ella había ido quedándome con la técnica que tenía para aplicarlo todo y resaltar el color de mis ojos.

Me independicé cuando cumplí los veinticuatro, me iba bien con el dinero que ganaba en las redes como *influencer*, y me cogí un apartamento cerca de la playa, de un dormitorio, con salón y cocina tipo loft, cuarto de baño y una terraza que era vida pura, desde ella veía la playa tomando un café cada mañana.

Nada más bajar ya tenía esperando en la puerta el coche que había pedido a la empresa de alquiler con la que me solía mover.

El chico que haría de chofer esa noche sonrió a modo de saludo mientras me abría la puerta dándome las buenas noches.

En cuanto me senté le puse un mensaje a Mabel para que supiera que iba de camino, no tardó en responder que estaba llegando y nos veríamos en la puerta.

Desde luego que una no cumplía años todos los días y aprovechando que era viernes, mi amiga y yo estábamos más que dispuestas a celebrar mis veintiocho por todo lo alto, igual que hicimos un par de meses atrás cuando ella cumplió los veintinueve.

Capítulo 2



Cuando el coché paro en la entrada del local sonreí al ver a Mabel allí esperando.

Estaba guapísima con el vestido blanco entallado y con un solo tirante en el hombro derecho, que le quedaba por encima de las rodillas y las sandalias plateadas, a juego con el bolso de mano.

—Te aviso para que me recojas —le dije al chofer cuando me abrió para que saliera, y asintió.

—*¡Happy birthday to you...!* —empezó a cantar Mabel, y volteé los ojos.

—Calla por Dios —reí.

—Nena, que se note que estamos de fiesta —dijo abrazándome y dándome un par de besos—. Muchas felicidades —sacó una cajita de su bolso y empezó a dar palmaditas mientras esperaba que la abriera.

—Mabel, son preciosos —sonreí al ver el par de pendientes que me había comprado.

Eran de oro, y tenían un cristalito engarzado del que colgaba otro en azul con forma de lágrima.

—Me alegro que te gusten. Como tienes ropa y zapatos como para unas mil vidas, no sabía qué regalarte.

—Tonta, pero si sabes que, con tenerte a ti, me vale —sonreí.

—Anda, vamos, que necesito una copa.

La entrada al local era muy caribeña, con una palmera a cada lado, la fachada en color beige y las puertas de cristal negro.

El portero nos saludó con una inclinación de cabeza y abrió dejándonos paso.

Una vez dentro todo era de lo más llamativo, y llevaba a ese rincón del mundo de arena fina y blanca, y aguas cristalinas.

Paredes blancas, suelos de mármol azul que simulaban el océano, varias palmeras como decoración, una zona de mesas con sofás, otra para los reservados, y varas mesas altas con taburetes repartidas por el local.

La barra estaba a un lado, justo a la mitad de la sala, y hasta allí fuimos para pedir una copa. Muchos de los que estaban esa noche de viernes en el local se encontraban bailando en la zona central, a ritmo de salsa, bachata, y alguna que otra canción antigua, de la época de juventud de mis padres, que habían remezclado otros cantantes de momento.

—Max, las chicas están invitadas esta noche. Dales un par de pulseras —dijo una voz a mi espalda, Mabel y yo nos giramos y sonreí al ver a Conrado, el amigo de mi padre—. Hola, preciosa. Feliz cumpleaños —se acercó a darme dos besos.

—Muchas gracias, Conrado —sonreí—. No me digas que te ha llamado mi padre.

—¿Lo dudabas? Esta mañana antes de que me tomara el primer café, ya tenía una llamada suya —rio—. Aunque habría dado igual, no te iba a dejar pagar y lo sabes.

—Es que eres un amor —le cogí las mejillas y le di un beso en la frente.

—Sí, sí, un amor, pero demasiado mayor para ti —suspiró.

—Que no te oiga Carlos coquetear con su niña, Conrado, que te vacía las cuentas —dijo Mabel.

—No se le ocurriría, pero seguro que algún hueso me rompía.

—¡Hala! Que mi padre es banquero, no Rocky —reí.

—Os dejo ya, que tengo algunos clientes que ver. Divertíos —me dio un beso—, y que sigas cumpliendo los años así de guapa.

—Adiós —dijimos al unísono.

Lo vi acercarse hacia una mesa de la zona VIP donde me pareció ver un rostro familiar, pero quizás solo fue eso, mi imaginación, pues hacía tres años que cada fin de semana me parecía verlo en cada lugar al que iba.

Y no debería, aquello que pasó fue cosa de una noche, bueno, de dos, de un fin de semana en realidad, pero fue algo tan intenso que no se me iba de la cabeza.

—¿Tierra a Emma? —miré a Mabel, que tenía la ceja arqueada— Otra vez pensando en él, ¿no?

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Emma, han pasado tres años, digo yo que, si hubiese estado por aquí, le habrías visto.

—Entonces qué, ¿simplemente doy por hecho que desapareció así, sin más, al día siguiente?

—Ostras, nena, es lo que hizo. Pasó la noche del sábado contigo en esa suite de hotel, el domingo entero, y el lunes por la mañana, ¡puf! —dijo mientras extendía ambas manos como si de una bomba se tratara— Ya no estaba. Ni una nota te dejó.

—Ya, y está olvidado, pero no puedes culparme por buscarlo y querer que me explique por qué desapareció así y no supe más de él.

—Te lo dije, estaría casado y fuiste el rollo de una noche de verano —se encogió de hombros—. Vamos, que es tu cumpleaños y hay que celebrarlo por todo lo alto. ¿Una copita? —Elevó ambas cejas en un movimiento de lo más gracioso.

Pedimos un par de cócteles y fuimos hacia una de las mesas altas. La noche era joven, y era nuestra, de eso no había duda, pero me era imposible no sobresaltarme, como en estos últimos tres años, cuando me parecía verlo.

Porque no, no me había olvidado de su altura, de su cuerpo definido, de su cabello negro como el carbón y esos iris verdes como esmeraldas que destacaban en un rostro masculino y cincelado de piel dorada.

Solo fueron dos días, pero en este tiempo no había encontrado ni un solo amante de una noche que me diera lo que él en aquellas horas.

Y lo peor de todo es que solo tenía un nombre que resultó no ser el suyo, porque sí, lo había buscado en todas las redes sociales que pude y millones de hombres en todo el mundo se llamaban David, pero ninguno de los rostros que vi, era el suyo.

Copas, risas y bailes, haciéndonos fotos y subiendo *reels* a nuestras redes, etiquetándonos la una a la otra, incluyendo el hashtag cumpleaños, así estuvimos más de una hora hasta que vi aparecer a una de las camareras con una tarta en la mano y una bengala en el centro de esta, momento en el que empezó a sonar en todo el local la canción del cumpleaños feliz.

—Me muero —reí cuando ella llegó hasta a mí.

—Felicidades, Emma —me dijo, dándome un par de besos.

Mabel estaba haciéndome fotos y vídeos que no íbamos a tardar en subir a mis redes, me emocioné y soplé la única vela que había en la tarta.

Nos sirvieron un trozo de tarta a cada una y pedimos una botella de champán, una noche era una noche y esa, sin duda, la íbamos a exprimir al máximo.

Hasta que Mabel escuchó la canción de Thalía y Natti Natasha, me cogió de la mano y le dio el móvil a una camarera que había por allí cerca para que nos grabara.

Ni qué decir que en ese momento nos volvimos el centro de todas las miradas, entre risas y notas desafinadas cantando, mientras todos alrededor aplaudían y silbaban animando para que siguiéramos con nuestro show en vivo.

Y ella, que era más lanzada en esos casos que yo, fue a por un chico que había por allí, lo llevó al centro y le dedicó ese pedacito de canción que Natti cantaba mientras ella bailaba.

"Yo solo recuerdo que estaba bonita, todo el mundo loco con mi cinturita. Una dosis de belleza con dinamita, atractiva como la reina Afrodita…"

Ella bailaba y yo me moría de la risa, pero es que esa mujer se podría haber dedicado al baile de manera profesional y ahora ser parte del cuerpo de baile de alguna cantante de éxito y estar recorriendo el mundo.

Aunque eso ya lo hacía conmigo, y lo pasábamos de miedo.

Cuando terminó la canción ella le echó los brazos por los hombros al chico, y le dio un beso en la mejilla que él correspondió con una sonrisa cuando se marchaba con sus amigos.

En ese local ya nos conocían más que de sobra, íbamos cada sábado a tomar una copa. Desde que el amigo de mi padre lo puso en funcionamiento tres años atrás, siempre estaba lleno, y a Conrado le venía genial que yo me hiciera allí algunas fotos o vídeos para subir a mis redes y etiquetara el local.

Decidimos salir a la zona de playa, y es que además de la parte cerrada, el local contaba con una zona de playa con camas balinesas, tumbonas y una barra de bar con vistas al mar.

Maribel y yo fuimos hacia una de las camas y no tardó en acercarse un camarero para ver qué queríamos tomar.

—Tráenos tres gin tonics —le pidió una voz masculina de lo más familiar para nosotras.

—¡Gaby! —gritamos las dos al ver allí a nuestro amigo Gabriel, ese rubio alto y de aspecto surfero con unos impresionantes ojos grises.

Al igual que yo, era *influencer*, uno de los mejores había que admitir, y se lo rifaban varias marcas de ropa deportiva para que promocionara sus nuevas colecciones cada verano.

—Felicidades, bonita —me dijo con una sonrisa y se inclinó para darme dos besos.

—Muchas gracias. ¿Acabas de llegar?

—Sí, estaba con unos amigos en un local por aquí cerca, vi tus vídeos y me dije: ve a tirarle de las orejas, que son veintiocho años ya.

—No se te ocurra darme un solo tirón —le advertí, poniendo ambas manos por delante de él.

—O sea, yo tengo que dejar que me tires todos los años de las orejas y tú, no, pues muy mal —resopló.

—Es lo que hay —me encogí de hombros.

—Ya he visto que lo habéis estado pasando bien —sonrió mientras se recostaba a los pies de la cama, mirando hacia nosotras.

—Para aburrirnos me quedo en casa haciendo ganchillo —dijo Mabel.

—Mira, un vestidito de ganchillo no te quedaría mal —Gabriel le hizo un guiño y ella cogió uno de los cojines y se lo tiró a la cabeza.

—Qué gracioso el niño.

El camarero nos trajo las bebidas y no tardamos en hacernos varias fotos y vídeos para subir, etiquetándonos el uno al otro.

En una de ellas, donde Mabel nos había inmortalizado con la cabeza apoyada en la del otro y bebiendo un cóctel a sorbitos con una pajita como si estuviéramos en un resort en El Caribe, Gabriel puso el siguiente texto:

"Otro cumpleaños con mi chica favorita, y los que nos quedan"

Me eché a reír, porque aquello, como siempre que subía una foto nuestra juntos de alguna noche que coincidíamos, hacía que muchos de los seguidores comentaran toda clase de cosas.

Había quien decía que éramos la pareja de guapos más bonita que había visto, otros directamente querían vernos casados, y luego estaban las fans de Gabriel que querían que lo dejara tranquilo.

—Verás los comentarios que vais a tener mañana —rio Mabel al verlo.

—Yo, ya llevo tiempo viendo trajes para la boda —contestó Gabriel, haciéndonos reír aún más a las dos.

—Y yo, hoteles donde nos casen, no te digo —negué riendo.

—Tendremos que hacer caso a los fans, ¿no?

—Si hago caso a tus fans femeninas, ya hace tiempo que debería haber dejado de subir fotos contigo.

—Vale, corrijo. Hay que hacer caso a los fans que nos quieren ver juntos.

—Si juntos ya estamos.

—Pero no revueltos, nena —rio Mabel.

—No me quiere, lo asumo con deportividad —contestó Gabriel, que estaba bromeando pues entre nosotros nunca podría haber nada.

Era guapo, simpático y divertido, pero no me gustaba de otro modo que no fuera como un buen amigo.

Seguimos allí sentados, charlando y disfrutando de la música que sonaba de fondo, bebiendo y brindando por mis recién estrenados veintiocho años, y a las tres de la madrugada dimos la noche por finalizada.

Gabriel se despidió de nosotras con un abrazo y quedó en que nos veríamos una de esas noches por la ciudad.

Le pedí al chófer que pasáramos primero por casa de Mabel para dejarla, y me llevó a la mía, donde me desnudé y tras quitarme el maquillaje me metí en la cama solo con la braguita y una camiseta de tirantes.

Las noches de verano eran calurosas.

—Y yo, hoteles donde nos casen, no te digo —negué riendo.

—Tendremos que hacer caso a los fans, ¿no?

—Si hago caso a tus fans femeninas, ya hace tiempo que debería haber dejado de subir fotos contigo.

—Vale, corrijo. Hay que hacer caso a los fans que nos quieren ver juntos.

—Si juntos ya estamos.

—Pero no revueltos, nena —rio Mabel.

—No me quiere, lo asumo con deportividad —contestó Gabriel, que estaba bromeando pues entre nosotros nunca podría haber nada.

Era guapo, simpático y divertido, pero no me gustaba de otro modo que no fuera como un buen amigo.

Seguimos allí sentados, charlando y disfrutando de la música que sonaba de fondo, bebiendo y brindando por mis recién estrenados veintiocho años, y a las tres de la madrugada dimos la noche por finalizada.

Gabriel se despidió de nosotras con un abrazo y quedó en que nos veríamos una de esas noches por la ciudad.

Le pedí al chófer que pasáramos primero por casa de Mabel para dejarla, y me llevó a la mía, donde me desnudé y tras quitarme el maquillaje me metí en la cama solo con la braguita y una camiseta de tirantes.

Las noches de verano eran calurosas.

Capítulo 3



Eran las doce cuando abrí los ojos, y no tardé en sentir el pinchazo en la cabeza que precedía a la resaca.

Me levanté, y tras ponerme unos shorts, fui a prepararme un café con dos pastillas, muy necesarias tras una noche donde, sin duda, nos habíamos pasado un poquito con las copas.

Con mi taza de café en azul turquesa y un muffin de chocolate como acompañamientos, pues el cuerpo me pedía una pizquita de azúcar, salí a mi terraza a disfrutar de las vistas y de ese magnífico sol que me había dado los buenos días.

Cogí el móvil y sosteniendo la taza delante del muffin, hice una foto que subí a las redes dando los buenos días.

"Con café y azúcar, la vida sabe mejor"

Tras algunos hashtags en el post, lo subí y no tardaron en comentar algunos de los seguidores, al igual que habían hecho en la foto que subió Gabriel la noche anterior, etiquetándome.

Me tuve que reír al leer uno de una chica que era la mar de simpática y nos seguía a los dos, decía las cosas con gracia, pero siempre con mucho respeto.

Había escrito que no entendía cómo no estábamos ya casados, con los ojitos de enamorados que se nos veía.

A pesar de que entre él y yo solo existía una sana amistad y alguna que otra colaboración con marcas de ropa que nos querían juntos en algunas fotos, no estaba mal aprovechar subir fotos cuando nos veíamos por casualidad para obtener algún que otro trabajo más.

Después de tomarme aquel desayuno bajo el sol de Marbella, entré para darme una ducha y prepararme para salir, había quedado a comer con mis padres, para celebrar mi cumpleaños y no quería llegar demasiado tarde.

Me decanté por una falda blanca con una camiseta rosa y los zapatos de tacón del mismo color, un poco de maquillaje en tonos claros con los labios rosas, el cabello recogido en una coleta alta, y lista para salir.

Cogí el coche, un bonito descapotable blanco que me regaló mi padre por mi cumpleaños, hacía ya dos años, y puse rumbo al restaurante del puerto donde habíamos quedado.

Cuando llegué me abrió la puerta el aparcacoches, sonreí bajando con las gafas de sol puestas y fui hacia la entrada.

Nada más poner un pie dentro, vi a mi padre en la barra tomando una copa, y allí que fui.

—Aquí está el hombre más guapo de toda Marbella —dije con las manos sobre sus hombros.

—Tú sí que eres guapa, mi vida —sonrió girándose y me dio un abrazo.

—Hola, papá.

—Mírate, qué bien te ha sentado un año más. Estás preciosa.

—Gracias —negué sin poder dejar de sonreír—. ¿No ha llegado mamá?

—Me ha mandado un mensaje, que venía de camino. ¿Qué quieres tomar?

—Agua, después comiendo me tomo un vino.

—Ya he visto las fotos y los vídeos. ¿Dejasteis algo para esta noche? Pobre Conrado —rio.

—Oye, que le han subido los seguidores.

—Eso es cierto.

Mi padre me pidió un agua con gas y estuvimos hablando de cómo lo habíamos pasado, le di las gracias por pagarnos las copas, aunque no tenía por qué hacerlo, y, como siempre, dijo que por su única hija haría lo que fuera.

No tardó en llegar mi madre, sonriente y guapa como siempre, con su cabello negro y esos ojos verdes que aún miraban a su exmarido con tanto cariño como el primer día.

—Mi niña, pero qué guapísimas estás —dijo abrazándome.

—Tiene a quién parecerse —contestó mi padre, que por mucho que me lo negara, yo estaba segura de que seguía amando a mi madre con todo su corazón.

—Hola, mamá.

—Qué mayor te me has hecho de unos años a esta parte —suspiró—. Si todavía recuerdo cuando te cargaba en brazos para mecerte y llevarte a la cuna.

—Pues anda que no hace de eso —volteé los ojos.

—Veintiocho años, nada menos —rio mi padre.

—Toma, cariño, espero que te guste —me dijo, mientras sacaba una cajita de su bolso.

Vi que era una de firma que me gustaba mucho y que solía promocionar en las redes cuando tenían una nueva colección.

Al abrirla, vi una gargantilla de oro con un colgante precioso de la inicial de mi nombre.

—Me encanta, mamá, es precioso —la abracé y ella volvió a darme un beso.

Mi padre me ayudó a ponérmelo y fue entonces cuando decidimos ir a la mesa para comer.

Trajeron una botella de vino blanco en cuanto nos sentamos, y ni siquiera nos dejaron la carta, mi padre había encargado un par de bandejas de mariscos y carne a la brasa para los tres.

Comimos mientras hablábamos del trabajo, a ellos les gustaba saber cómo me iba y si tenía viajes que hacer, a pesar de que hacía años que vivía sola, ellos eran esos padres preocupados que querían que yo estuviera bien.

Nos trajeron una tarta para el postre con el café, y mientras lo tomábamos, mi madre nos dijo algo que, tanto a mi padre, como a mí, nos pilló por sorpresa dejándonos con la boca abierta.

—Me voy a casar.

Lo dejó caer así, sin más, sin previo aviso ni diciendo algo, como el típico: “tengo una noticia que daros”, por ejemplo.

—¿Qué has dicho, mamá?

—Que me voy a casar —sonrió.

—Pues sí, sí he oído bien —murmuré.

—¿Te casas? —preguntó mi padre.

—Sí. Ya sabéis que llevo un tiempo saliendo con alguien.

—No, sabíamos que te veías con alguien, no que la cosa fuera tan en serio, mamá.

—Pues ya ves que va en serio, cariño.

—¿Cuánto hace que nos dijiste que te veías con alguien?

—Seis meses, Carlos, hace seis meses que nos vemos, y nos conocimos hace casi siete.

—Y os vais a casar.

—Sí.

—Mamá, que no es que nosotros te vayamos a decir si puedes o no —miré a mi padre y asintió—, porque no necesitas nuestro permiso que para eso tienes casi cincuenta años.

—Tengo cuarenta y ocho recién cumplidos, no me seas cabrita —rio.

—¿Tú estás segura de que quieres casarte?

—Sí, hija.

—¿Y si él lo hace para robarte? Aquel con el que salías…

—Carlos, este no me va a robar ni un céntimo, tú, tranquilo. Ya os dije que es empresario del mundo de la hostelería, tiene más dinero que yo y no le hace falta robarme.

—¿Pero tú eso lo has visto, mamá? No me refiero al dinero, que tampoco estaría mal si hubieras visto algo, sino a lo que me comentaste de todos los restaurantes que tiene.

—Sí, cariño. Él vino a Marbella, como sabes, porque su abuela paterna era de aquí, lo conoció hace algunos años y se decidió a instalarse y poner un nuevo restaurante.

—Al que no me has llevado todavía, por cierto —le recordé.

—Ya irás, mi vida —sonrió—, los dos iréis.

—Es que no lo conocemos, ese hombre es todo un misterio.

—Tranquilo Carlos, que lo vais a conocer en Atenas.

—¿En Atenas? —Fruncí el ceño.

—Ajá. Allí nos casamos, en su villa.

—Me está entrando de todo, mamá. ¿Y si quiere llevarte allí para que no vuelvas aquí?

—Ay, cariño, por favor —rio—. Nos vamos a quedar a vivir en Marbella, pero queremos casarnos allí.

—¿Y cuándo es el gran día? —curioseó mi padre.

—Dentro de dos semanas. Pero quiero que tú viajes a Atenas este lunes, hija. Así conoces a mi futuro marido y a sus hijos.

—¿Tiene hijos? No nos habías dicho nada de eso, Julia.

—Carlos, en esta ocasión iba con pies de plomo, después de lo que me pasó… —suspiró— Por eso no os he hablado mucho de él.

—Bueno, al menos la niña va a tener hermanitos con los que jugar —rio mi padre.

—Hala, ni que tuviera seis años —volteé los ojos.

—Sus hijos ya son adultos, Carlos, como ella. Pero sí, seguro que con la niña te llevas bien, es un amor —sonrió —.

—¿Tú los conoces?

—Sí. ¿Recuerdas el viaje que hice con él hace un par de meses? Fuimos a Atenas y me los presentó.

—Si tú estás segura y ese hombre te hace feliz, es lo que nos importa, mamá —le aseguré, cogiéndole la mano.

—Muy feliz, cariño —sonrió—. Que contigo lo fui, Carlos —le dijo muy seria—, pero él… es otra ilusión distinta.

—Solo te voy a decir una cosa, Julia. Si te hace daño, por mínimo que sea, no respondo. Sigues siendo la madre de mi hija y sabes que te quiero y te tengo mucho cariño, no quiero que alguien vuelva a hacerte llorar como lo hizo el otro.

—Ay, Carlos, que voy a llorar —le dio un apretón en la mano.

—Bueno, pues esto se merece un brindis —sonreí, pedí tres copas de champán y brindamos por esa noticia que acababa de darnos mi madre.

—Hija, puedes invitar a Mabel y a quien quieras.

—¿A quién más iba a llevar?

—No sé, yo lo digo por si hay algún chico por ahí que te ronde —sonrió.

—Bueno, bueno —reí, porque mi madre siempre había sido así de sutil para sonsacarme información sobre mi vida amorosa.

Nos contó que ella se iba con su prometido a Atenas esa misma tarde, mi padre dijo que no llegaría hasta un par de días antes puesto que tenía trabajo esos días y quería cuadrarlo todo antes de irse, y en cuanto a mí, mi madre me dijo que me haría llegar los billetes para Mabel y para mí, al día siguiente.

Aquella noticia nos había dejado a mi padre y a mí más que impactados, pero como le dije, si ella era feliz, nos alegrábamos de la decisión que había tomado queriendo rehacer su vida.

Mi padre y yo nos despedimos de ella con besos y abrazos, y se fue sonriendo y emocionada mientras marcaba en su móvil el número de su prometido.

—Papá, ¿tú estás bien? —le pregunté, puesto que sabía que aún sentía algo por mi madre, a pesar de llevar tantos años separados.

—Sí, cariño —sonrió pasándome el brazo por los hombros y besándome la sien—. Quiero a tu madre, lo sabes, y hay ocasiones en las que cuando quieres a alguien es mejor dejarlo marchar.

—Papá —lo abracé, porque me daba pena que no estuvieran juntos.

—Menuda sorpresa nos ha dado, ¿eh?

—Desde luego, mamá siempre ha sabido cómo dejarnos sin palabras —reí.

—Me voy al club —dijo besándome de nuevo—. Avísame cuando lleguéis a Atenas, ¿vale?

—Vale. Nos vemos en dos semanas allí.

Me acompañó al coche y cuando lo vi marcharse, le mandé un mensaje a Mabel esperando que estuviera despierta, no tardó en responder y decir que sí, que nos veíamos en quince minutos en la cafetería que había debajo de su casa.

Capítulo 4



Aparqué a unos metros de la cafetería y cuando estaba llegando a la terraza, vi a Mabel saludándome con la mano y una sonrisa de oreja a oreja. Eso sí, llevaba puestas las gafas de sol, señal de que aún estaba un poco dormida.

—Mira la cumpleañera qué buena cara tiene —dijo cuando llegó hasta mí, abrazándome—. Voy a tener que usar tus cremas.

—Ya las usas, capulla —reí—. Lo que pasa es que te acabas de levantar hace nada, ¿a qué sí?

—Pues sí, el tiempo de darme una ducha y comerme un sándwich. Nena, qué dolor de cabeza tenía. No bebo más.

—Eso lo quiero yo por escrito.

—Vamos a tomarnos un *frapé* o algo así, frío y dulce, que falta me hace.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza, a la sombra y bajo una de las sombrillas, y pedimos dos *frapés* bien fríos. Cuando nos quedamos solas me preguntó por la comida con mis padres, le enseñé el regalo de mi madre y le dije que todo bien, como siempre, hablando del trabajo y demás, hasta que mi madre soltó la bomba.

—¿Qué bomba? —preguntó dando un sorbo a su bebida, pues nos las acababan de llevar.

—Agárrate a la silla, que igual te caes —sonreí.

—A ver, nena, dime ya qué ha dicho tu madre, que me estás intrigando.

—Se casa.

—¿Qué se casa? —Frunció el ceño.

—Eso mismo, y en Atenas.

—¿Pero entonces va en serio con el hombre ese del que me hablaste y al que no conocéis?

—Pues se ve que sí, este no ha robado de la inmobiliaria y al parecer sus negocios son reales.

—Bueno, si este no va a quitarle el dinero, mejor. ¿Y cuándo es el gran día?

—Dentro de dos semanas, pero quiere que yo viaje el lunes para conocer a mi futuro padrastro y a mis hermanastros.

—No me digas que vas a ser la hermana mayor por fin, ¡qué emoción!

—No, no, ellos ya son mayores, bueno, adultos según nos ha dicho, pero no sé qué edad tienen. Lo que sí me ha dicho es que la chica es un encanto y que seguro que nos llevaremos bien.

—A ver si es verdad, y que no piensen que vais para quitarles su herencia o algo así —rio.

—Falta no me hace, que yo sé que el día que falte, mi padre me dejará un buen pellizquito, y que me estoy currando mi vida cada día, vaya.

—Eso es cierto. ¿Y cómo es que se casan en Atenas? ¿No encontraron sitio aquí para celebrarlo?

—Al parecer el novio es de allí, pero lleva meses viviendo aquí, su abuela paterna era de Marbella, la visitó una vez, le gustó y ahora se ha decidido a dejar Atenas. Y el caso es que allí tiene una villa, donde van a celebrar la boda.

—Una villa en Atenas, anda que no vas a hacerte fotos bonitas allí para tus redes.

—Me las vas a hacer tú. Te vienes conmigo.

—¿Cómo qué me voy contigo?

—Lo que oyes, mi madre me ha dicho que te vienes de invitada. Bueno, tú, y a quien quiera llevar, que ya sabes cómo es para sacarme información —sonreí.

—Desde luego, Julia es mucha Julia, ni los del FBI hacen esos interrogatorios —rio.

—Me ha dicho que mañana me hará llegar los billetes, ella sale hoy para allá con su prometido.

—Quién nos iba a decir que acabaríamos yendo a la boda de tu madre, con las ganas que ha tenido ella siempre de ir a las nuestras.

—Pues para la mía le quedan unos años, ya te lo digo yo.

—Anda, y para la mía, a ver si te crees que yo tengo un novio por ahí escondido.

—Eso piensa ella, pero porque me sigue en las redes y ve las fotos con Gabriel y se cree lo que dicen nuestros fans.

—Nena, seamos sinceras, que juntos tenéis un puntazo bueno como pareja. Los dos guapos y famosos, como los Beckham —sonrió.

—Igualitos, vamos.

—Os faltan los niños, pero, por lo demás…

—Anda, anda, déjate de líos que Gabriel solo es un amigo y un colaborador en redes.

—¿Y sabes ya qué vas a ponerte para el gran día?

—Pues no, pero iré mirando. Eso sí, quiero saber cómo será el vestido de mi madre antes de decantarme por algo.

—Igual nos sorprende, con lo que le gusta a ella hacer eso.

—Eso he pensado —reí.

—Bueno, miraremos entre las firmas que promocionas a ver qué modelitos tienen apropiados para una boda en Atenas. ¿Tu padre viene con nosotras?

—No, él se queda aquí trabajando, llegará un par de días antes de la boda.

—Así que vamos a estar dos semanas en Atenas, ¡qué ilusión! —dijo mientras daba palmaditas.

—La verdad es que sí, tengo ganas de conocer aquello.

—Ostras, Emma, que me acabo de acordar.

—¿De qué? ¿Qué pasa?

—Que tienes que hacer promoción de dos firmas la semana que viene.

—Sí, lo sé, pero tranquila, que como es ropa de esa cómoda para el día a día, me la llevo y la uso para hacer turismo. Tú me tiras varias fotos chulas, me haces un par de vídeos para los *reels*, y listo.

—Ya tengo tarea para esta noche mientras ceno.

—¿Qué tarea?

—Buscar lugares para visitar y elegir bien para hacerte fotos.

—Pues yo hoy me dejaré grabados algunos vídeos con el maquillaje para tenerlos listos y subirlos durante los días que estemos, y mañana preparo la maleta.

—Cuando tengas los vuelos me dices a qué hora salimos, para ir con tiempo a tu casa.

—Sí, tranquila.

Me llegó un mensaje de mi padre, en el que me pedía que le dijera a qué hora cogíamos el vuelo para llevarnos él al aeropuerto, así se despedía de mí.

Sonreí, y después de contestarle diciéndole que le escribiría cuando mi madre me los hiciera llegar, se lo dije a Mabel.

—Entonces pasáis a recogerme, ¿no? —dijo tras dar un sorbo.

—Sí, viene a buscarme y vamos a tu casa, te aviso cuando estemos de camino.

—Genial, así me quedo diez minutos más en la cama.

—Mira que te gusta dormir —reí.

—No inventes, cabrita —rio—. Tú sabes que me quedo hasta tarde editando muchas de las fotos y vídeos que luego subes.

—Ya lo sé, tonta.

—Atenas —suspiró—. Van a ser como unas mini vacaciones.

—Sí, un viaje que desde luego no estaba en nuestros planes.

—Tampoco es que pensáramos casar a tu madre —rio.

—Desde luego que no, pero así se ha dado.

—Y este, ¿seguro qué es de fiar?

—Eso dice, y la creo. Además, la veo feliz, enamorada —sonreí.

—Pobre Carlos, con lo que quiere todavía a tu madre.

—Eso le he dicho yo, pero estaba claro que lo suyo no iba a volver a ser lo que una vez fue. Se les acabó el amor, ¿al menos a mi madre.

Nos quedamos allí un par de horas, tomando *frapés*, cafés y batidos de chocolate fríos mientras echábamos un vistazo a las colecciones de vestidos de las firmas que promocionaba. Vimos varios posibles, tanto para mí, como para ella, así como zapatos y complementos, y hasta buscamos un regalo que hacerle a mi madre para su gran día.

Me despedí de mi mejor amiga quedando en vernos el lunes para ir al aeropuerto y fui a casa para hacer esos vídeos que tener como contenido para mis redes durante las dos semanas que estaría fuera.

Una boda, la de mi madre nada menos. Desde luego que, si me hubiesen dicho que me daría esa noticia el día después de mi veintiocho cumpleaños, no me lo habría creído, sinceramente.

—Eso dice, y la creo. Además, la veo feliz, enamorada —sonreí.

—Pobre Carlos, con lo que quiere todavía a tu madre.

—Eso le he dicho yo, pero estaba claro que lo suyo no iba a volver a ser lo que una vez fue. Se les acabó el amor, al menos a mi madre.

Nos quedamos allí un par de horas, tomando *frapés*, cafés y batidos de chocolate fríos mientras echábamos un vistazo a las colecciones de vestidos de las firmas que promocionaba. Vimos varios posibles, tanto para mí, como para ella, así como zapatos y complementos, y hasta buscamos un regalo que hacerle a mi madre para su gran día.

Me despedí de mi mejor amiga quedando en vernos el lunes para ir al aeropuerto y fui a casa para hacer esos vídeos que tener como contenido para mis redes durante las dos semanas que estaría fuera.

Una boda, la de mi madre nada menos. Desde luego que, si me hubiesen dicho que me daría esa noticia el día después de mi veintiocho cumpleaños, no me lo habría creído, sinceramente.

Capítulo 5



Tras siete horas de vuelo, y dos esperando en el aeropuerto, Mabel y yo aterrizamos en Atenas a las siete y media de esa tarde de lunes.

Mi madre, me mandó un mensaje avisándome de que en la salida nos esperaría un coche para llevarnos a la villa de su prometido, de quien aún desconocía el nombre, pero claro, mi madre me conocía y sabía que, en cuanto me lo dijera, iba a ponerme a buscar en las redes sociales hasta dar con su futuro marido, y no quería.

Mabel y yo, cogimos nuestra maleta facturada, así como la que llevábamos en la cabina, y pusimos rumbo a la salida, donde efectivamente vimos a un muchacho vestido de negro con un cartelito con mi nombre.

—Hola, soy Emma —le dije con una sonrisa.

—Nena, que igual solo habla griego y no te entiende.

—Hablo español, señoritas, no se preocupen —contestó el muchacho un poco serio—. Bienvenidas a Atenas.

—Ya te vale, Mabel —murmuré mientras él cogía nuestros equipajes para guardarlos en el maletero del todoterreno negro que había a su espalda.

Subimos y tras ponerlo en marcha, condujo la mar de tranquilo durante todo el camino mientras nosotras aprovechábamos para observarlo todo y hacer fotos, alguna que otra nos hicimos en el coche para después subir a las redes.

Hasta que por fin llegamos a la villa. El coche paró ante unas puertas altas de hierro negro que se fueron abriendo poco a poco, dejando ver tras ellas un camino de asfalto con lo que parecía un bosque a ambos lados.

Al final del camino, y a lo lejos desde las puertas, una enorme casa de dos plantas rodeada de árboles, junto a una edificación igual, pero de una sola planta, al lado.

—¿A qué se dedicaba el novio de tu madre? —me preguntó Mabel, en un susurro.

—Tiene varios restaurantes por todo el mundo.

—Eso es una tapadera, nena, este tío fijo que es narco.

—Mabel, por el amor de Dios, no digas burradas.

Cuando paró el coche frente a la puerta de la casa, no tardé en ver a mi madre abrirla y salir a recibirnos.

Bajé del coche y ambas nos acercamos a ella, sonriendo y deseando darnos un abrazo.

—Mi niña, qué alegría que hayas venido —dijo tras darme un beso en la mejilla.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, muy bien. En primera clase nos han tratado como a reinas —sonreí.

—Me alegro. Mabel, cielo, ¿cómo estás?

—Alucinando, Julia, que cuando me dijo Emma que te casabas, no me lo podía creer. ¡Te me has adelantado! —dijo como si nada y mi madre, se echó a reír.

—Qué puedo decir, cuando el amor llama a tu puerta…

—Tienes que abrirla, me sé la teoría —contestó Mabel—, pero Julia, la práctica me esquiva —suspiró.

—Cuando menos te lo esperes, cielo, llegará ese hombre que no te quiera dejar escapar. Vamos, entrad, las muchachas se harán cargo del equipaje —dijo mientras nos cogía a cada una de un brazo para llevarnos al interior de la casa.

Y qué interior, por favor. Si el exterior era una belleza, con la fachada blanca, algunos ventanales y los tejados en marrón, el interior era exquisito.

Suelos de mármol blanco, paredes grises y algunas columnas también de mármol estratégicamente colocadas como pilares de la construcción.

Espejos junto a verdaderas obras de arte de todos los estilos y épocas, jarrones antiguos, flores en jarrones de cristal, y algunas esculturas de esas que podrían formar parte de la colección de un museo.

—Esto es precioso, Emma. Mira, en esa zona de espejos, te estoy imaginando posando con un vestido elegante

para promocionar.

—Mabel, tú igual que mi hija, siempre pensando en lo profesional —sonrió mi madre

—Gajes del oficio, Julia —rio.

Mi madre nos llevó a conocer la casa, empezando por una cocina que era del tamaño de mi apartamento, con una isla enorme en el centro, además de una mesa con sillas donde dijo que a veces tomaban el desayuno, aunque preferían disfrutar de ese momento del día en el porche al que se accedía desde el salón.

Y ahí fuimos, al salón, donde fuimos recibidas por varios sofás, una mesa de cristal en el centro, estanterías, mueble bar y el acceso al jardín trasero.

El porche era una pasada, con una mesa alargada, sillas y un banco junto a la pared. En el jardín había piscina, una zona de tumbonas y una caseta con barra de bar donde Mabel nos veía tomando algún que otro cóctel.

Pero lo mejor eran las vistas, pues la villa en la que nos encontrábamos estaba en una zona alta de Atenas y desde ahí podía contemplarse el mar.

Regresamos al interior y nos mostró el comedor, donde había una mesa con unas doce sillas, así como varias alacenas con vajillas, cristalerías y cuberterías, además de una vinoteca.

El siguiente lugar de la planta baja que nos mostró fue la biblioteca, de la que me enamoré nada más verla.

Tenía un par de sillones de esos orejeros donde acomodarse y que se pasaran las horas leyendo, un sofá y un mueble bar.

Continuamos por el pasillo y nos mostró el despacho donde su prometido solía trabajar, y pasamos a visitar y conocer la primera planta, donde estaban las habitaciones.

La principal, donde dormían mi madre y él, era como un pequeño apartamento, tenía un cuarto de baño enorme y un vestidor del que mi madre se había adueñado de la mitad.

Después nos mostró, sin entrar, las habitaciones de los que en dos semanas se convertirían en mi hermanastro y mi hermanastra, y luego todas las demás que eran para los invitados, cinco en total, todas iguales, con paredes blancas, muebles de madera, cuarto de baño propio y junto al ventanal, una mesa y dos sillones, por si alguna vez queríamos tomar el café a solas.

—Señora, ¿dónde dejamos el equipaje? —le preguntó a mi madre una de las chicas.

—Escoged habitación —nos dijo a Mabel y a mí.

Mabel y yo nos quedamos con las del fondo, una frente a la otra, de modo que si queríamos charlar de noche no molestáramos mucho si caminábamos por el pasillo.

Bajamos con mi madre a la cocina y nos sirvió un vaso de té helado que estaba buenísimo, y fue ahí cuando le pregunté cuándo iba a presentarme a su amado.

—No tardará en llegar —sonrió—. Tenía unas gestiones que hacer con Elena.

—¿Elena? —pregunté.

—Su hija, os va caer bien, ya veréis. Tiene veintiséis años y ella se encarga de llevar el restaurante, ahora que su padre no está aquí.

a

—¿Me vas a decir ya el nombre de mi futuro padrastro? Que me estoy mosqueando con tanto misterio. No será parte de la realeza o algo así.

—No, cariño —rio.

—Pues dímelo, que ya no me da tiempo a buscarlo en redes —voltee los ojos.

—Julia, ¿cómo es que todos los de la casa hablan tan bien el español?

—Es por la abuela Rosa —contestó—. Así se llamaba su abuela paterna, como te dije era de Marbella —me miró, y asentí—. Todos los que trabajan en la casa, son nietos de los que estuvieron trabajando aquí cuando vivía ella, que fue la que se encargó de enseñarles español igual que lo hablaban su hijo, el padre de mi prometido, y él mismo.

—Entonces, siempre han sido una familia acomodada —intuí.

—Sí. Su abuelo era dueño de un hotel, su hijo lo heredó, pero cuando enfermó lo vendieron. Mi amado —sonrió mirándome—, ya tenía el restaurante, así que vender fue la mejor opción —en ese momento escuchamos una risa femenina y mi madre miró hacia la puerta—. Ya han llegado. Venid.

i

La seguimos y fuimos hacia la entrada. Allí vi por primera vez al hombre con el que mi madre estaba a punto de casarse, y con una sola mirada comprobé que se había enamorado de ella.

Era un hombre guapo, y a pesar de tener ya sesenta años, se veía aún joven, apenas tenías algunas vetas blancas repartidas por ese cabello negro como la noche, que enmarcaban unos bonitos ojos verdes.

Era alto, y el traje gris que llevaba se amoldaba a su atlético cuerpo como si de un guante se tratara.

La chica que lo acompañaba, con una elegante falda lápiz en color gris y una camisa de seda blanca, morena y con los ojos azules, debía ser Elena.

—¿Son ellas? —preguntó la chica, con una bonita sonrisa.

—Sí, son ellas —mi madre me puso ambas manos en los hombros—. Mi hija Emma, y su mejor amiga, Mabel. Chicas, ella es Elena.

—¡Por fin voy a tener una hermana! —gritó y se acercó corriendo a mí, que empecé a reír, y me abrazó— No sabes lo feliz que me hizo Julia cuando dijo que tenía una hija. Llevo meses queriendo conocerte. ¡Eres preciosa!

—Gracias, tú también eres un bellezón. Y lo siento, no supe de ti hasta hace dos días —miré a mi madre, y se sonrojó.

—Sí, sí, tenía miedo por si mi padre era un idiota como aquel novio que tuvo —volteó los ojos—. Pero ya ha visto que no lo es, y la quiere muchísimo. Tu madre es su reina griega —rio—. Y yo la quiero como si fuera mi madre, se preocupa por mí, más que la de verdad.

—Elena, cielo, no digas eso.

—Julia, sabes que es verdad. Nos abandonó a los tres sin mirar atrás cuando yo tenía dos años, se dio cuenta de que le estorbábamos y no quería una familia —volteó los ojos.

—Bueno, dejemos el pasado donde está —dijo el prometido de mi madre, que se acercó a mí con una sonrisa—. Emma, me alegro de conocerte por fin —me dio un abrazo.

—Lo mismo digo… —Arqueé la ceja y él, frunció el ceño.

—¿No le has dicho mi nombre? —le preguntó a mi madre, y ella negó mientras sonreía— Qué mujer —suspiró— Me llamo Dorian.

—Ahora entiendo por qué este hombre a los sesenta años, se ve como los de cuarenta —comentó Mabel—. ¡Tienes un retrato encantado como el de Dorian Gray! —soltó, y acabamos todos riendo a carcajadas.

—No le hagáis caso, es la loca de la familia —dije.

—Uy, lo que me ha llamado.

—¿Qué tal vuelo habéis tenido? —se interesó Dorian.

—Tranquilo, hemos comido, dormido y nos han tratado como miembros de la realeza —contestó Mabel.

—No esperaba menos de la primera clase —rio él—. ¿Estáis listas para salir a cenar?

—Oh, sí, claro —sonreí.

—Bien, pues vamos, os llevaré a conocer mi restaurante.

Mabel y yo subimos a coger los bolsos y cuando nos unimos a ellos, subimos los cinco en el todoterreno de Dorian, con el que nos llevó hasta una de las zonas más céntricas y turísticas de Atenas.

Ya era casi de noche por lo que no apreciábamos bien las vistas, pero tanto Mabel, como yo, tomamos nota de esa zona para visitarla de día durante nuestras vacaciones.

El restaurante de Dorian estaba lleno, apenas había mesas libres y si alguna se quedaba vacía, enseguida era ocupada por otros clientes.

Estaba decorado con un gusto exquisito. Paredes en azul y blanco, algunos espejos, fotografías de los lugares más emblemáticos de Atenas y Grecia, muebles blancos, mantelería azul marino y blanco, sillas de lo más cómodas y una música de fondo que daba un ambiente de lo más relajado.

Nos sentamos en una mesa redonda al fondo, y tras pedir una botella de vino blanco, Dorian nos preguntó a Mabe y a mí, si nos importaba que pidiera la cena por nosotras.

—Para que tengáis un primer contacto con la gastronomía —comentó.

—Vale, nos ponemos en tus manos —sonreí.

Llamó a uno de los camareros y pidió una típica ensalada griega, hecha a base de tomate, pepino, cebolla, pimiento verde, aceitunas y queso feta, todo ello condimentado con aceite, sal y orégano.

Como primer plato nos sorprendió con un delicioso *gemistá*. Según nos dijo el plato se podía elaborar con tomates, pimientos, berenjenas o calabacines, los que había pedido eran de tomates, y estaban rellenos de una mezcla a base de verduras, especias y arroz. Se horneaban junto con las patatas que acompañaban como guarnición, y eran servidos una vez estaba perfectamente cocinado, tanto el interior como el exterior.

Y para el plato fuerte nos deleitó con la típica *moussaka*, que era como la famosa lasaña, pero en vez de usar pasta, en Grecia usaban una base de berenjena frita sobre la que servían la carne picada y la bechamel.

Mabel se encargó de hacer fotos a todo, y Elena dijo que aún no me seguía en mis redes, pero sí veía mis publicaciones y estaba enamorada de cómo quedaban las fotos.

—Es que se ven súper profesionales —dijo.

—Eso es porque tengo a la mejor fotógrafa —sonreí mientras pasaba el brazo por los hombros de Mabel.

—¿Se las haces tú?

—Sí, si quieres te hago algunas para tus redes.

—Ay, sí, por favor. Es que me las hago yo, pero el palo selfi me odia —volteó los ojos.

—Tranquila, te enseñaré a controlarlo —rio Mabel.

Pedimos de postre una deliciosa tarta de yogur con frutos rojos y sirope de fresa y tomamos café antes de volver a la villa.

A pesar de que habíamos descansado un poco en el vuelo, no había nada como dormir en una cama y mi madre dijo que debíamos irnos a descansar.

Regresamos a la villa y Dorian me dio las buenas noches como lo haría un padre.

Quedamos en desayunar juntos al día siguiente y abracé a mi madre.

—Me gusta —le susurré al oído, pues sabía que estaba deseando que le dijera algo.

Ella sonrió, y vi el brillo en sus ojos. Estaba feliz, y eso me hacía feliz a mí.

No había mentido, Dorian era un buen hombre y durante la cena se había mostrado atento con todas, cariñoso con mi madre y muy interesado en mi trabajo como *influencer*.

Me metí en la habitación y lo primero que hice fue mandarle un mensaje a mi padre, diciéndole que Dorian, pues así se llamaba el novio de su exmujer, era un buen hombre, después me di una ducha y tras ponerme el pijama me metí en la cama.

Estaba deseando vivir al máximo esos días en Atenas, conocer cada rincón y admirar la belleza que plasmaría en mis fotos.

Por no hablar de las ganas que tenía de que llegara el día de la boda del año.

Capítulo 6



Primer día en Atenas, y me levanté con unas ganas inmensas de salir a conocer aquel lugar.

No dudé en qué ponerme para adentrarme en esas calles que me apetecía tanto recorrer, y opté por uno de esos conjuntos que me habían enviado las firmas que promocionaba, para que Mabel me hiciera algunas fotos y vídeos

Aún no habíamos subido ninguna de las que hicimos a nuestra llegada, pero eso iba a cambiar en cuanto nos sentáramos a tomar el desayuno.

Me había puesto unos shorts color beige con una camiseta de rayas blancas y azul marino, las deportivas blancas y la mochila azul. Iba de lo más *cool* para esa primera salida en plan, excursionista.

Bajé hasta la cocina y allí me encontré a una mujer de unos cuarenta y cinco años, con el cabello castaño, cantando mientras troceaba verduras.

—Buenos días —saludé, y ella giró y al verme, se le dibujó una sonrisa.

—Buenos días, tú debes de ser Emma.

—La misma —sonreí.

—Yo soy Maggie, la cocinera.

—Encantada.

—El desayuno está servido en el porche, si quieres alguna otra cosa, me lo pides y te lo haré encantada.

—Gracias, Maggie.

Fui hacia el porche y allí encontré a mi madre, Dorian, Mabel y Elena, charlando y riendo.

—Buenos días.

—Hija, buenos días —mi madre sonrió al verme y fui directa a darle un beso—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, no eché en falta mi colchón —reí—. Este es súper cómodo también.

—Qué guapa te has puesto —dijo Elena—. ¿Vais a salir a conocer los alrededores?

—Pues sí, esa es la idea, y hacerme fotos con este *outfit* para promocionar la marca.

—Tengo que coger la cámara, entonces —comentó Mabel.

Me senté y cogí un pan tostado que tenía una pinta buenísima, era un poco más fino que al que estaba acostumbrada, y cuando le puse mantequilla y mermelada y di el primer bocado, casi gemí al saborearlo.

.

En la mesa no faltaba de nada, además del pan tostado había bollos, café, zumo, fruta y hasta queso feta y miel, algo que al probarlo definitivamente me encantó. Hice foto y vídeo de todo ello y no dudé en que el video sería la historia de mis redes esa mañana.

Mientas desayunábamos, Mabel y yo, con ayuda de mi madre y Elena, que se implicaron con gusto, elegimos las mejores fotos de nuestra llegada a Atenas la tarde anterior para subirlas a mis redes.

En cuanto lo hice comenzaron a reaccionar los seguidores y hasta Gabriel puso un comentario que nos hizo sonreír a Mabel y a mí, sin que los demás se dieran cuenta.

"En Atenas y sin mí. Otro día triste que afrontar…"

Si tenía claro algo, era que en muchas ocasiones los dos seguíamos ese juego de los seguidores en los que nos consideraban pareja, por lo que no respondí de inmediato, pero lo haría llegado el momento.

—Chicas, es un placer disfrutar de vuestra compañía, pero el deber me llama —dijo Dorian, poniéndose en pie.

—Y a mí, que tengo que acompañarte —rio Elena.

—Adiós, mi amor —Dorian se inclinó para besar a mi madre y a mí se me dibujó una sonrisilla en los labios al ver su carita de enamorada—. Le diré a Claus que esté a vuestra disposición durante estos días —me dijo tras besarme en la mejilla—. Es el chófer de la villa, os llevará donde queráis, y os recogerá cuando le pidáis.

—Genial, gracias, Dorian —sonreí.

—Disfrutad de la visita.

—Adiós, hermana —dijo Elena haciéndome un guiño, y acabamos las dos riendo.

La verdad es que mi madre tenía razón, esa chica me había caído muy bien, tenía un punto de locura como el de Mabel, por lo que, sin duda, congeniaba con nosotras a la perfección.

—Yo voy al despacho a trabajar —mi madre se puso en pie al mismo tiempo que nosotras—, tengo una videollamada con la inmobiliaria dentro de diez minutos —nos dio un abrazo y a mí me besó en la sien—. Pasadlo bien, y si no venís a comer, avisadme, para decírselo a Maggie.

—Vale, yo te mando un mensaje con lo que sea, mamá.

Ella asintió, y Mabel y yo fuimos hacia la puerta de la calle donde encontramos a Claus, el chico que nos había recogido en el aeropuerto el día anterior.

Cuando subimos al coche le pregunté qué zonas eran las más turísticas que podía recomendarnos, y sonrió antes de ponerlo en marcha.

—Hay dos, señorita Emma.

—Uy, así tú y yo nos vamos a llevar mal. Soy Emma a secas, nada de señorita.

—Está bien —asintió—. Como decía, hay dos. Está el barrio de Plaka, que es el más antiguo de la ciudad, y dentro de este se encuentra el barrio de Anafiótica.

—Pues llévanos a Plaka, que es un buen lugar para empezar a hacerme fotos —sonreí, Claus asintió de nuevo y puso el coche en marcha para llevarnos hacia esa zona de Atenas.

Mabel fue mirando en el móvil y leyó que el barrio de Plaka estaba situado a los pies de la Acrópolis, uno de los lugares imprescindibles que debíamos visitar durante nuestra estancia allí.

No tardamos mucho en llegar y Claus me dio su número de teléfono para que lo llamara cuando quisiéramos que nos recogiera para regresar a casa.

Decir que al adentrarnos en el barrio de Plaka fue algo casi mágico, era quedarme corta.

Aquella zona de Atenas conservaba ese encanto de la gracia tradicional que se veía en las películas, con sus estrechas y empedradas calles, las bonitas fachadas de los edificios del sigo XIX y las tabernas antiguas que, quedaba claro, no habían pasado de moda por muchos años que tuvieran.

Por cada rincón del barrio se veían algunas tiendas de *souvenirs* que, como en todas las partes del mundo con lugares turísticos y de interés, no podían faltar.

Mabel y yo nos adentramos en ese barrio donde cada rinconcito tenía su belleza y encanto particulares, y me hice varias fotos y vídeos en algunos de ellos, como en las escaleras *Mnisikleous*, donde me senté de modo que parecía que me había tomado la foto estando desprevenida, mirando hacia algún otro punto del lugar.

Y después de varias fotos y vídeos por aquellas calles donde disfrutamos como niñas, nos sentamos en la terraza de una de las tabernas a comer, después de decirle a mi madre que nos quedábamos por allí a conocer un poco má de la gastronomía.

Pedimos un par de *gyros*, que era un riquísimo pan de pita relleno de carne, tomate, cebolla y salsa *tzatziki*, elaborada a base de yogur griego, pepino y hierbabuena.

También pedimos la deliciosa *moussaka*, todo ello acompañado de una copa de vino de blanco, y de postre un platito de *baklava*, elaborado a base de hojaldre, miel, nueces y almendras, que como acompañamiento del café estaba buenísimo.

En cuando acabamos nos perdimos entre las calles y las tiendas de *souvenirs* donde compramos algunas cosas, incluso unas pulseras de plata que nos encantaron para regalarle a mi madre y a Elena.

Visitamos el barrio de *Anafiótica* y allí me hice algunas fotos y vídeos para subir los *reels* tomando café y caminando por esas magníficas callejuelas, estrechas, eso sí, pero llenas de encanto al estar rodeadas de casa con fachadas blancas y azules que recordaban a esos bonitos pueblos de las islas griegas.

El día se nos había pasado volando, así que nos quedamos a cenar en una de las cafeterías, donde pedimos una ensalada griega para cada una, con una con una copa de vino y echamos un vistazo a las fotos que íbamos a subir, etiquetando a la firma de ropa que promocionaba.

—Anoche estuve mirando varios lugares que visitar —me dijo Mabel después de elegir las fotos que subiríamos a día siguiente por la mañana, así como los *reels*—. Estoy deseando ver todos en vivo, tiene que ser espectacular.

—Yo lo que quiero es conocer pronto al hijo de Dorian, que ya tengo intriga.

—¿Sabes cuándo llega?

—Pues no, le tengo que preguntar a mi madre.

En ese momento me llegó un mensaje al móvil y no tenía el número guardado, pero en cuanto leí el nombre de Elena, sonreí.

Me decía que quería llevarnos a conocer el local de nuestro hermano, y me eché a reír.

—Venga, que ya tenemos plan —dijo Mabel dando una palmada—. Vamos a conocer cómo se divierten aquí los atenienses por la noche.

—Te lo advierto, no voy a tomarme más de dos copas, que no quiero que mi padrastro se lleve una mala impresión de mí.

—Tranquila, con dos vamos bien para empezar, ya cuando tengamos más confianza, pasamos a que sean cuatro.

—La madre que te pario —resoplé mientras llamaba a Claus, para que viniera a buscarnos.

Quedó en estar en el punto donde nos había dejado por la mañana en quince minutos, y allí fuimos las dos hablando de esos lugares que visitaríamos durante nuestra estancia en Atenas.

—Venga, que ya tenemos plan —dijo Mabel dando una palmada—. Vamos a conocer cómo se divierten aquí los atenienses por la noche.

—Te lo advierto, no voy a tomarme más de dos copas, que no quiero que mi padrastro se lleve una mala impresión de mí.

—Tranquila, con dos vamos bien para empezar, ya cuando tengamos más confianza, pasamos a que sean cuatro.

—La madre que te pario —resoplé mientras llamaba a Claus, para que viniera a buscarnos.

Quedó en estar en el punto donde nos había dejado por la mañana en quince minutos, y allí fuimos las dos hablando de esos lugares que visitaríamos durante nuestra estancia en Atenas.

Capítulo 7



Cuando llegamos a la villa ellos también habían cenado. Mi madre nos preguntó qué tal ese primer día por Atenas y le contamos un poco por encima.

—Bueno pues ya veré mañana las fotos —dijo con una sonrisa mientras subíamos las escaleras para ir a cambiarnos.

Nos pusimos unos vestidos blancos con las sandalias de tacón y, tras retocarnos un poco el maquillaje, bajamos para darle el encuentro a Elena, que se había puesto un vestido negro ceñido que le había un cuerpo espectacular.

—¿Listas para conocer el negocio de nuestro hermano mayor? —nos preguntó.

—Listas —respondimos al unísono.

—Divertíos, chicas —dijo Dorian, que salió junto con mi madre hasta la calle para despedirnos.

—Tranquilo papá, que las traeré de vuelta de una sola pieza.

—Más le vale, que solo me faltaba convertirme en la Señora Potato —soltó Mabel, mientras subíamos al coche de Elena, un bonito Mini rojo.

Elena lo puso en marcha y salimos de la villa para ir a ese lugar del que nos fue hablando mientras conducía.

—Es un local de copas muy concurrido y famoso, en una de las zonas de más dinero de Atenas —dijo—. Mi padre quería que Stefan se dedicara a la hostelería, como él, pero lo suyo era la noche y las copas más que la comida.

—¿Tu hermano se llama Stefan? —pregunté.

—Sí, y es mucho mayor que yo, catorce años, exactamente —contestó sin perder de vista la carretera.

—¿Sois de diferentes madres? —curioseó Mabel.

—No, no, somos hijos de la misma desgraciada.

—Qué cariño le tienes —reí.

—Mucho —volteó los ojos.

—Viva la ironía, nenas —rio Mabel.

—No puedo tenerle cariño a una mujer que decidió que le estorbábamos. Porque, siendo sinceras, si una persona no quiere tener familia, para empezar, no se casa y tiene un hijo. Pero claro, ella se enamoró del dinero de mi padre, más que de él. Se quedó embarazada, tuvo a mi hermano, y llevó una vida de lujo hasta que, por accidente, llegué yo. Y dos años después se cansó. Pero a mí me crio la madre de Maggie, no ella. Ella fue llegar del hospita y seguir con su vida como si yo no estuviera por allí. Stefan tenía catorce años y me cuidaba mucho, mi padre también, incluso Maggie hizo muchas veces de hermana y madre, ayudando a su madre a cuidarme a mí.

—¿Y se fue sin más? —pregunté con curiosidad.

—No, se llevó una buena cantidad de dinero y los papeles de renuncia de mi hermano y mía.

—La madre del año, vaya —Mabel volteó los ojos.

—Sí, sí, lo ha sido varios años seguidos —resopló—. Cuando mi padre nos habló de Julia, le dijimos que tuviera cuidado, que tal vez era como mi madre y quería su dinero. Nos habló de ese novio que tuvo ella y le robó, y que también iba en esa relación con pies de plomo. Cuando la conocí la primera vez, sentí algo al verla, y una paz en el momento en el que me abrazó, fue, no sé, como abrazar a una madre. Y perdona que te la robe de vez en cuando, pero ya la quiero como si fuera mi madre, igual que le tengo un inmenso cariño a Maggie y a su difunta madre, por cuidar de mí desde que nací.

—Tranquila, podemos compartirla, que hay Julia para las tres —reí.

—Sí, sí, que yo la tengo como a una segunda madre —dijo Mabel.

—Es un amor de mujer, y mi padre la quiere como no os hacéis una idea.

—Me alegra saberlo, porque otro como aquel que le robó no quería en su vida.

—Hemos llegado —sonrió al parar ante la entrada a un edificio blanco, con dos estatuas griegas talladas en piedra negra, y bajamos cuando dos empleados nos abrieron las puertas—. Gracias chicos —les dijo antes de ir hacia la puerta.

—Oye, y, ¿cuándo conoceremos a Stefan? —pregunté.

—Mañana —respondió mientras entrábamos—. Él llega mañana a la villa.

Asentí, y tanto Mabel, como yo, seguimos a Elena hacia el interior de aquel lugar donde el blanco y el negro se mezclaban a la perfección.

La música resonaba en cada rincón y cuando llegamos a la barra, que era entera de piedra negra con algunos espejos en la parte donde estaban las repisas y estantes para botellas de bebida, vasos y copas, Elena llamó a un camarero que se acercó con el torso desnudo, pero eso sí, llevaba puños blancos en las muñecas y cuello, como si realmente llevara una camisa.

—Tres chupitos de tequila y tres gin tonics, Marcus —le pidió Elena, y él asintió.

—Madre mía, ¿todos los camareros tienen esos pectorales? —preguntó Mabel cuando se alejó.

—Todos —rio Elena.

—¿Cómo es que Stefan llega mañana?

—No vive aquí, solo viene algunas semanas al cabo del año, para ver que todo está bien. Yo me encargo de llevar el negocio desde hace cuatro años, mientras estudiaba finanzas —sonrió—. Stefan confió plenamente en mí cuando se fue, y después mi padre, puso el restaurante en mis manos también.

—¿Y te organizas bien? Me refiero, el restaurante está abierto prácticamente todo el día, y el local, toda la noche, es estar pendiente veinticuatro horas —comentó Mabel.

—Me organizo bien, sí —sonrió—. No me voy casi nunca más tarde de las doce a dormir.

—Mira, Cenicienta de Atenas —dijo Mabel, y nos echamos las tres a reír.

—Prácticamente —contestó—. Me levanto a las siete, me ducho, me visto y después de desayunar voy al restaurante para ver cómo fue la noche anterior, hago caja, organizo turnos y hago pedidos. Tengo un par de encargados, uno de ellos me ayuda cuando estoy por allí, y al otro lo dejo al mando por las noches. Procuro llegar a casa sobre las siete, descansar un poco, cenar algo rápido y me vengo para acá. Aquí también tengo una encargada de confianza que se hace cargo de todo cuando me voy a casa y hasta el cierre. Lo tengo todo bajo control —hizo un guiño y sonreí.

El camarero regresó con las bebidas y nos tomamos los tres chupitos de un sorbo.

Antes de tomarnos los gin tonics nos hicimos algunas fotos y desde ese momento, la noche fue de las tres.

Elena había encajado en nuestro pequeño grupo a la perfección, y a pesar de que nos separaban miles de kilómetros, sabía que en cualquier momento nosotras podríamos venir a visitarla unos días, o ella ir a Marbella dejando aquí al mando del restaurante y el local de copas a los encargados en los que había depositado su confianza, además que a Dorian, también le haría ilusión recibir la visita de su hija pequeña, ya que como me había dicho mi madre, ellos tendrían su vida como matrimonio en Marbella, y no en Atenas.

Lo estábamos pasando bien las tres por allí conociendo el lugar, Elena nos presentó a algunos de los camareros y camareras, así como a la encargada, Lila, y hubo varias ocasiones en las que, como me había ocurrido en aquellos tres años en Marbella, creí ver ese rostro familiar y que no olvidaba.

Pero no era él, ninguno de esos hombres de cabello negro que había visto era David.

Al final tendría que acabar dándole la razón a Mabel en que me iba a volver loca, porque no solo no lo había vuelto a ver, sino que lo comparaba con otros hombres con los que había estado y, claro, ya se sabe eso de que, a veces, las comparaciones podían ser odiosas.

No es que pensara en ese hombre como si quisiera que se convirtiera en el gran amor de mi vida, pero vaya, que después de haberme tenido en su cama durante tantas horas, al menos podía haber tenido la decencia de dejar una nota o de tratar de contactar conmigo.

Pero sí, llegaría el momento en el que yo también pensaría como Mabel y acabaría por creer que ese hombre estaba casado y no fui más que el desahogo de dos días mientras estaba de viaje.

La noche con Elena pasó entre risas y bailes, y tal como le dije a Mabel, solo tomamos dos copas, esas que alargamos hasta un poco más de las doce, antes de regresar a la villa, darnos las buenas noches y meternos en la cama tras llegar al final de aquel primer día, con ganas de conocer al fin a quien en unos días se convertiría, oficialmente, en mi hermanastro mayor.

Elena había encajado en nuestro pequeño grupo a la perfección, y a pesar de que nos separaban miles de kilómetros, sabía que en cualquier momento nosotras podríamos venir a visitarla unos días, o ella ir a Marbella dejando aquí al mando del restaurante y el local de copas a los encargados en los que había depositado su confianza, además que a Dorian, también le haría ilusión recibir la visita de su hija pequeña, ya que como me había dicho mi madre, ellos tendrían su vida como matrimonio en Marbella, y no en Atenas.

Lo estábamos pasando bien las tres por allí conociendo el lugar, Elena nos presentó a algunos de los camareros y camareras, así como a la encargada, Lila, y hubo varias ocasiones en las que, como me había ocurrido en aquellos tres años en Marbella, creí ver ese rostro familiar y que no olvidaba.

Pero no era él, ninguno de esos hombres de cabello negro que había visto era David.

Al final tendría que acabar dándole la razón a Mabel en que me iba a volver loca, porque no solo no lo había vuelto a ver, sino que lo comparaba con otros hombres con los que había estado y, claro, ya se sabe eso de que, a veces, las comparaciones podían ser odiosas.

No es que pensara en ese hombre como si quisiera que se convirtiera en el gran amor de mi vida, pero vaya, que después de haberme tenido en su cama durante tantas horas, al menos podía haber tenido la decencia de dejar una nota o de tratar de contactar conmigo.

Pero sí, llegaría el momento en el que yo también pensaría como Mabel y acabaría por creer que ese hombre estaba casado y no fui más que el desahogo de dos días mientras estaba de viaje.

La noche con Elena pasó entre risas y bailes, y tal como le dije a Mabel, solo tomamos dos copas, esas que alargamos hasta un poco más de las doce, antes de regresar a la villa, darnos las buenas noches y meternos en la cama tras llegar al final de aquel primer día, con ganas de conocer al fin a quien en unos días se convertiría, oficialmente, en mi hermanastro mayor.

Capítulo 8



Después de una ducha y un toque de color en el rostro, me puse unos pantalones azules, una camiseta rosa pastel y las deportivas, y estaba lista para ese nuevo día en Atenas.

Bajé a desayunar y al igual que el día anterior, ya estaban todos en el porche. Di los buenos días, repartí besos y abrazos, y sentí de nuevo ese calor paterno por parte de Dorian.

Nos preguntaron qué tal lo habíamos pasado la noche anterior, y Elena dijo que se iba a plantear visitarnos muy a menudo en Marbella para salir con nosotras.

—Por cierto, chicas —dijo mi madre—. En unos días me tenéis que acompañar para la prueba de mi traje de novia.

—¿Qué vas a llevar, mamá? ¿Un vestido?

—La pregunta del millón —contestó Elena—. Mira que le hemos preguntado nosotros, y nada, no suelta prenda.

—Eso es sorpresa, cariño —rio—. Dorian no va a saber nada hasta que me vea aparecer.

—¿Ves? Secreto de sumario, vamos —Elena resopló y me eché a reír.

—Tú dinos cuándo hay que acompañarte, mamá, y allí nos tendrás.

Cuando terminamos de desayunar, Dorian se fue a trabajar al despacho, Elena dijo que iba a hacer los pedidos para el restaurante y el local de Stefan, y mi madre fue a la cocina con Maggie, para hacer la lista de lo que hubiera que comprar para mandar a Claus con un par de chicas al mercado.

Mientras tanto Mabel y yo, nos quedamos en el jardín subiendo fotos y *reels* del día anterior a las redes, además de dejar listo y editado uno de los tutoriales de maquillaje que grabé en mi casa antes del viaje.

Aproveché que ella iba por un par de cafés para llamar a mi padre.

—Buenos días, mi niña, ¿cómo estás?

—Buenos días, papá. Bien, ¿y tú?

—También, organizando el trabajo para ir a la boda sin preocupaciones —rio.

—Eso está bien.

—Y qué, ¿ya conoces a tu hermano?

—Aún no, llega hoy, según dijo anoche Elena. Y es el mayor, por cierto, tiene catorce años más que ella, por lo que a mí me lleva doce.

—Entonces confiaremos en que será un buen hermano mayor para ti también.

—Papá, que no necesito niñera —reí.

—Eso ya lo sé, pero tú me entiendes. Siempre me preocupó que el día que tu madre y yo faltemos, no tuvieras a nadie en quien apoyarte.

—Está Mabel.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Bueno, tú no pienses en que me vais a faltar, que todavía os queda mucha guerra que darme.

—Cuando hablas así pareces nuestra madre —rio.

—A veces me siento como si lo fuera —sonreí.

—¿Ya te has hecho fotos para las redes?

—Bonita manera de cambiar de tema, Don Carlos —suspiré—. He subido las de ayer.

—Luego las veré y le daré me gusta y pondré que eres la niña más bonita del mundo.

—Papá, por Dios no hagas eso —me eché a reír.

—¿De qué me sirve ser tu padre si no puedo presumir en las redes? Sabes que bromeo, mi vida, nunca te pongo nada.

—Lo sé, papá —Mabel regresó con los cafés en la mano y sonrió al escucharme—. Oye, te dejo que tengo que seguir trabajando.

—Muy bien, cariño. Hablamos otro día.

—Cuídate, ¿vale?

—Y tú. Te quiero.

—Yo también. Un beso, adiós.

—¿Cómo está tu padre? ¿Te echa de menos? —preguntó Mabel, sentándose.

—Pues un poco sí —reí—. Está bien, dejando todo organizado para venir un par de días antes de la boda.

—Bueno, ¿aprovechamos que estás guapísima con ese *outfit* y te hacemos algunas fotos en la villa?

—Venga —sonreí.

Hicimos varias fotos en esos bonitos rincones de la villa de Dorian que quedaron preciosas, incluso grabamos algunos vídeos mientras tomaba el café para usar el que más nos gustase para subir al día siguiente.

Y mientras nos tomábamos otro café a eso de las once y media, me llegó un mensaje de una de las marcas de cosmética que promocionaba para pedirme un vídeo tutorial que subir en un par de días, les dije que no había problema pues tenía varios listos para ello.

Estábamos terminando de editar un vídeo, cuando escuchamos voces y risas en el salón que se acercaban. No tardaron en salir mi madre, Dorian y Elena.

—Chicas, acaba de llegar Stefan —dijo mi madre con una sonrisa, y las dos nos levantamos para saludar a mi futuro hermanastro.

Lo que nunca me hubiese imaginado, era que el hombre que estaba a punto de ver, ya lo conocía.

Alto, de cabello negro y ojos verdes como esmeraldas, con un pantalón vaquero, polo y deportivas blancas, seguía igual de atractivo que hacía tres años.

—Tú —dijimos los dos al unísono, la sorpresa se istaló en nuestros ojos y rostro.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre.

—¿Stefan? —lo llamó Dorian.

—Sí, bueno, nos vimos hace años en un evento al que asistí en un local en Marbella por mi trabajo como *influencer* —contesté.

—Era mi local —dijo Stefan, o David, como yo le había conocido, y eso me dejó un poco más descolocada.

—No fastidies —murmuró Mabel a mi lado.

—Bueno, entonces las presentaciones no son necesarias —comentó Dorian—. Los chicos se conocieron incluso antes que nosotros, mi amor —le dijo a mi madre, mientras le pasaba el brazo por los hombros y le daba un beso en la sien.

—Eso parece —sonrió ella.

—Yo, no las conozco —dijo el rubio de ojos azules que sonreía al lado de Stefan—, si me las presentáis os lo agradezco.

—Claro, tonto, ven —Elena lo cogió del brazo y lo acercó a nosotras, pero yo no podía dejar de mirar a Stefan, ese hombre que me dio un nombre falso para acostarse conmigo durante un fin de semana—. Evan, ellas son, Emma, hija de Julia, y Mabel, su mejor amiga y compañera de trabajo —nos señaló a ambas—. Chicas, Evan es e socio, además de mejor amigo de mi hermano, se conocen desde que usaban pañales —rio.

—Encantado de conoceros —Evan sonrió y nos dio un par de besos a cada una.

—Igualmente —respondimos.

—Tengo una mesa esperando en el restaurante para ir a comer —anunció Dorian—, ¿os parece si vamos yendo?

—Sí, vamos —dijo mi madre, pero yo seguía mirando a Stefan, al igual que él me miraba a mí.

Evan se dio cuenta de ello y como si pudiera comunicarse con su amigo con una sola mirada, dijo que iba un momento a su habitación y enseguida bajaba, Mabel empezó a recoger nuestras cosas para llevarlas a la suya, y quedamos en vernos en la puerta en cinco minutos.

Stefan no se movió, y cuando mi cuerpo reaccionó y comencé a ir hacia la puerta para entrar en el salón, me cogió por la muñeca al pasar por su lado. Nos miramos y sentí de nuevo aquella conexión que noté la noche que nos conocimos.

Durante unos segundos me pareció estar de nuevo en ese local, siendo observada por él en la distancia hasta que se acercó a hablar, nos presentamos, hablamos, tomamos una copa, bailamos y fue tan fuerte esa atracción que los

dos notamos al estar juntos, que una cosa llevó a la otra, nos besamos y me invitó a pasar la noche con él en aquella suite de hotel que yo creí que era suya.

Al despertar me pidió que no me fuera, que me quedara allí, y lo hice. Sentí algo aquellos días, una de esas conexiones que te hacen creer que es la persona indicada para ti, pero todo eso se esfumó la mañana del lunes cuando desperté sola en la cama.

—Espera —dijo, y echó un vistazo hacia el salón por donde todos se marchaban—. Tenemos que hablar.

—No, no es necesario hablar de nada. Fue un fin de semana, ¿no? Además, han pasado tres años, no es como si hubiera sido hace un mes —me encogí de hombros.

—Emma, te debo una explicación.

—Y yo te he dicho que no la quiero. De todos modos, yo no estuve con Stefan, dueño del *Olimpo*, sino con David un empresario que pasaría unos días en Marbella —dije mientras hacía que me soltara para marcharme.

—Debí decirte la verdad, lo sé.

—Sí, debiste, pero no lo hiciste. Y ahora no me interesa escucharla —fui hacia el salón, temblando, pero sin querer demostrarlo, no quería que me viera—. Oh, y, Stefan —dije su nombre con cierto retintín, y me miró—. Quiero tener una estancia tranquila, que nadie sepa que fui una de las que intuyo, son muchas conquistas de fin de semana. Nuestros padres van a casarse, y por lo que he comprobado, se quieren mucho, así que vamos a seguir manteniendo en el olvido que tú y yo alguna vez nos acostamos.

Continué caminando y fui hacia la puerta, donde esperé a que bajara Mabel, que en cuanto me vio, suspiró.

—Nena, me he quedado de piedra —dijo pasándome el brazo por los hombros.

—Pues imagínate yo —resoplé.

—Van a ser unas vacaciones interesantes.

—No quiero estropearle a mi madre la boda, Mabel.

—Lo sé, tranquila que por mi parte nadie va a saber nada —me dio un beso en la mejilla y salimos de la casa donde mi madre nos esperaba junto con Dorian y Elena.

Subimos en el coche de mi futura hermanastra pequeña y vimos salir a Stefan y Evan, quienes subieron en otro coche.

Sí, aquel viaje acababa de dar un giro de esos inesperados con el que no contaba, pero es que, ¿qué probabilidades había de que, de entre los miles de millones de personas que habitaban el mundo, precisamente él fuera el hijo mayor del futuro marido de mi madre?

Desde luego, esto tenía que ser una maldita broma del destino.

Sí, aquel viaje acababa de dar un giro de esos inesperados con el que no contaba, pero es que, ¿qué probabilidades había de que, de entre los miles de millones de personas que habitaban el mundo, precisamente él fuera el hijo mayor del futuro marido de mi madre?

Desde luego, esto tenía que ser una maldita broma del destino.

Capítulo 9



Cuando entramos en el restaurante Elena nos llevó directas a la barra, según dijo, Dorian le había pedido que lo hiciera para tomar allí una copa de vino antes de comer.

Nos sentamos y no podía dejar de mover la pierna, un tic nervioso que me acompañaba desde que tenía quince años y tuve que hacer la exposición de un trabajo en el instituto delante de toda la clase.

—Para, que me vas a poner nerviosa a mí —me pidió Mabel en un susurro, cuando Elena fue a hablar con la encargada que estaba esa mañana.

—No puedo, Mabel, esto debe ser una puta broma.

—Pues ya ves que no. Ahora que, ya le vale. ¿No te dijo que se llamaba David?

—Sí. Eso le he dicho, que como me dio otro nombre, yo no estuve con él, sino con otro.

—Porque tenemos claro que no se trata de un caso de gemelos, ¿verdad?

—Nos lo habrían contado mi madre, Dorian y Elena.

—¿Gemelos separados al nacer y nadie sabe de la existencia del que tú conociste?

—No, Mabel, nada de gemelos —suspiré.

—Vale, pues entonces tienes que pasar de él, en la medida de lo posible. Vais a convivir juntos durante días, y no queremos que esto se convierta en una batalla campal.

—Ya estamos aquí —dijo mi madre.

—¡Guapa! —gritó Mabel girándose al ver a mi madre— Si es que vas a ser la novia más guapa de toda Atenas. Ríete tú, de Helena de Troya.

—Qué cosas tienes, Mabel —rio mi madre.

—¿Y Elena? —preguntó Dorian.

—Hablando con la encargada, ahora vuelve —contesté, y él asintió.

No tardé en ver aparecer a Stefan seguido de su amigo, y entre los nervios y el querer hacer algo para mantenerme ocupada, acabé por beberme la copa de vino casi de un trago.

—Emma, relax —me pidió Mabel, quitándome la copa.

Asentí, y me limité a ser parte del grupo de personas que tomaba una copa, pero sin hablar, tan solo escuchando a Stefan y su socio hablar de lo bien que iba el local de Marbella.

Elena se unió a nosotros poco después diciendo que había tenido que hacer un pedido de urgencia de algunos productos locales que les servirían en menos de una hora, y cuando creí que iríamos a sentarnos a la mesa para disfrutar de aquella comida familiar, alguien llamó a Stefan.

Todos miramos hacia el lugar del que provenía la voz, y vimos a una mujer con un elegante conjunto de falda granate y camisa blanca, de cabello castaño y ojos marrones, sonriendo mientras se acercaba.

—Lamento llegar tarde —dijo mientras rodeaba por los hombros con un brazo a Stefan, y le daba uno de esos besos para los que después se necesita una bombona de oxígeno para poder volver a respirar.

—Nena, creo que lo de que ese hombre era casado, acaba de quedar confirmado —murmuró Mabel en mi oído, pero no hice mucho caso.

Stefan me miró y yo simplemente me limité a beberme el resto de mi vino de un sorbo antes de ponerme en pie queriendo ir a la mesa, pero Dorian nos presentó a la recién llegada.

—Ella es Cristel, algo así como la pareja de Stefan —sonrió—. Ya sabéis que los jóvenes de hoy en día no ponéis etiqueta a lo que tenéis.

—A veces es mejor no ponerla, Dorian —dijo Mabel—. Porque si llevas tiempo con esa persona y te engaña con otra… ¿de qué sirve la etiqueta?

Aquellas palabras las dijo mirando directamente a Stefan, que frunció el ceño sin entender a qué había venido eso Pero claro, mi mejor amiga siempre había tenido claro que el hombre que pasó el fin de semana conmigo estaba casado y yo fui un simple rollo con el que calmar el calentón.

Suspiré mientras giraba cuando Dorian dijo que fuéramos a la mesa, nos sentamos y tuve la mala suerte de que

Stefan y su pareja, o lo que fuera, ocuparon los dos asientos que tenía justo enfrente.

Mabel estaba a mi lado y no dejaba de colocar la mano en mi pierna, esa que temblaba como si estuviera poseída y tuviera vida propia.

Me miraba y pedía que me tranquilizara, algo fácil de decir, pero complicado de hacer.

Nos trajeron un par de botellas de vino y una bandeja con marisco como entrante. Comenzamos a comer y Cristel nos contó que era dueña de una tienda de ropa situada en la zona más lujosa de Atenas, donde compartía escaparate con firmas de las más famosas de todo el mundo.

Ella vendía en exclusiva para algunos diseñadores que fueron haciéndose un hueco en el mundo de la moda poco a poco y ahora eran muy conocidos, y sí, conocía a varios de ellos, pero no trabajaba promocionando su firma.

—Emma es *influencer* —comentó Elena—, seguro que podría promocionar a alguno de esos diseñadores, o incluso tu tienda.

—¿Eres *influencer*? —se interesó Cristel, que no es que me mirara demasiado bien, o eso me pareció.

—Sí —respondí con una leve sonrisa.

—Una de las mejores —insistió Elena—. Tiene millones de seguidores, y las marcas se la rifan.

—Bueno…

—Sí, sí —me cortó Mabel—. Ahora estamos en negociaciones con una firma súper conocida, pero no diremos nombre para no gafar el acuerdo —me hizo un guiño, y la miré con el ceño ligeramente fruncido, pues aquello era una mentira de mi mejor amiga.

—No me habías dicho nada, cariño —dijo mi madre.

—Ya la has escuchado —señalé a Mabel—, no queremos gafarlo.

—Bueno, ya me dirás qué firma es.

—Sí, no te preocupes —sonreí.

Nos trajeron el plato principal, que consistía en una deliciosa carne con patatas y salsa de yogur que estaba buenísima y comimos mientras Dorian se ponía al día con Stefan.

Para cuando terminamos, y antes de que pidieran el postre, me disculpé para ir al cuarto de baño, necesitaba estar

a solas unos minutos.

ySi Dorian se había referido a Cristel como la pareja o algo así de su hijo, quería decir que en el momento en el que nos conocimos, y nos acostamos, no estaba casado, pero sí que tenía pareja.

La puerta se abrió cuando acababa de refrescarme el cuello, estaba de espaldas a ella y cuando levanté la vista, vi a Stefan allí.

—¿Qué haces?

—Tenemos que hablar.

a

—Que no, joder, que no hay nada que hablar —contesté queriendo pasar para irme, pero me atrapó en un rápido movimiento y quedé entre el mueble del lavabo y él.

—Tienes que escucharme, Emma.

—No.

—Sé lo que crees, pero no lo es.

—Ah, que ahora me lees la mente, pues qué bien, así podrás ver que quiero que te vayas a la mierda. Aparta, quiero salir.

—No, sin que hablemos.

ı —Que no quiero escuchar lo que sea que tienes que decirme.

Me miraba fijamente, y como aquella noche que nos conocimos, quedé conectada a sus ojos de un modo que no esperaba que volviera a ocurrir.

Se inclinó y pude notar la punta de su nariz en mi cuello mientras aspiraba despacio mi perfume, como hizo esa vez tres años atrás.

Y cerré los ojos, porque igual que entonces, mi cuerpo se estremeció al tenerlo tan malditamente cerca y pude notar cómo con ese simple roce en la sensible zona en la que tocaba, me iba estremeciendo más, al tiempo que sentía que me excitaba.

Todo por el modo en el que mi mente me estaba llevando a recordar, a ver en ella lo que ocurrió esa noche, cómo me besaba, me tocaba, y las veces que a lo largo de esos años había esperado volver a tenerlo así de cerca.

—No me has olvidado —murmuró, y ahí fue cuando salí de esa espiral de recuerdos que me nublaban la mente, y conseguí apartarlo con un leve empujón.

—Te olvidé, por supuesto que te olvidé —pasé por su lado y regresé a la mesa.

Poco después de que me sentara lo hizo él y vi que Elena nos miraba a ambos con el ceño ligeramente fruncido, como si sospechara algo, pero evité seguir mirándola y me centré en la conversación que mantenía mi madre con Dorian.

Pedimos postre y café, y después de tomarlo todos íbamos a regresar a la villa, solo que no quería encerrarme allí de nuevo sabiendo que él estaría cerca. Necesitaba pensar y saber cómo actuar cuando lo tuviese cerca, así que les dije que Mabel y yo íbamos a visitar algunos de los lugares que teníamos previstos ver para hacer algunas fotos y vídeos.

—Llama a Claus cuando queráis que vaya a recogeros —me dijo Dorian, tras darme un beso.

—Tranquilo, lo llamaré —sonreí.

—¿Os esperamos para cenar, cariño? —preguntó mi madre, antes de subirse al coche.

—Pues… —miré a Mabel, y ella negó.

—No, Julia, no nos esperéis. Vamos a aprovechar la noche también —sonrió.

—Bien, tened cuidado.

—Sí, mamá —respondimos al unísono, y ella se echó a reír.

Stefan me miró con el ceño fruncido, como si no le gustara el hecho de que no iba a regresar a la villa, pero no me importó.

Mabel y yo nos despedimos y comenzamos a alejarnos del restaurante hasta llegar al barrio de Plaka, donde aprovechamos para sentarnos y tomar café en una de las terrazas.

—No me has olvidado —murmuró, y ahí fue cuando salí de esa espiral de recuerdos que me nublaban la mente, y conseguí apartarlo con un leve empujón.

—Te olvidé, por supuesto que te olvidé —pasé por su lado y regresé a la mesa.

Poco después de que me sentara lo hizo él y vi que Elena nos miraba a ambos con el ceño ligeramente fruncido, como si sospechara algo, pero evité seguir mirándola y me centré en la conversación que mantenía mi madre con Dorian.

Pedimos postre y café, y después de tomarlo todos íbamos a regresar a la villa, solo que no quería encerrarme allí de nuevo sabiendo que él estaría cerca. Necesitaba pensar y saber cómo actuar cuando lo tuviese cerca, así que les dije que Mabel y yo íbamos a visitar algunos de los lugares que teníamos previstos ver para hacer algunas fotos y vídeos.

—Llama a Claus cuando queráis que vaya a recogeros —me dijo Dorian, tras darme un beso.

—Tranquilo, lo llamaré —sonreí.

—¿Os esperamos para cenar, cariño? —preguntó mi madre, antes de subirse al coche.

—Pues… —miré a Mabel, y ella negó.

—No, Julia, no nos esperéis. Vamos a aprovechar la noche también —sonrió.

—Bien, tened cuidado.

—Sí, mamá —respondimos al unísono, y ella se echó a reír.

Stefan me miró con el ceño fruncido, como si no le gustara el hecho de que no iba a regresar a la villa, pero no me importó.

Mabel y yo nos despedimos y comenzamos a alejarnos del restaurante hasta llegar al barrio de Plaka, donde aprovechamos para sentarnos y tomar café en una de las terrazas.

Capítulo 10



—¿Vas a contarme lo que ha pasado en el baño, o seguimos aquí mirando las musarañas? —dijo Mabel, tras varios minutos de silencio allí sentadas.

—¿Por qué crees que ha pasado algo?

—Porque cuando has vuelto a la mesa sin color en la cara, parecía que hubieras visto un fantasma, y no el de la ópera precisamente.

—Entró en el baño para hablar conmigo, pero yo no quise, se cernió sobre mí, y…

—No me digas más, te puso tontorrona —suspiró.

—Solo me ha rozado el cuello con la nariz, pero sigo acordándome de lo que pasó y…

—Ya, el cuerpo te pedía marcha.

—Me mintió —cogí la cuchara y volví a dar vueltas al café—. Me dijo que era otra persona y le creí. Me gustó otro hombre que no es él.

—Ser, es, pero con matices.

—¿Ahora te vas a poner de su parte?

—No, no, Dios me libre —se santiguó—. Solo digo que sí es el hombre al que conociste, pero que no te dijo quié era, supongo que porque creería que buscarías más fama.

—Ni que fuera hijo de un rey o algo así.

—No, pero ese debe tener tanto dinero como el Tío Gilito. Dorian lo tiene, desde luego.

—Da igual, ahora solo tengo que pasar estos días evitando estar a solas con él, y si eso pasa, que mi cuerpo no me

delate.

—Porque él ya se ha dado cuenta de que no te has olvidado de lo que pasó, ¿verdad? —suspiré al tiempo que asentía— Deja de marear el café que va a dar más vueltas que una noria —me quitó la cuchara—. Venga, una sonrisa que te hago un par de fotos con la taza en las manos.

Sonreí negando, porque no había nadie como ella para hacer que un momento de esos en los que mi cabeza estaba en otra parte, se me escapara una sonrisilla.

Me hizo varias fotos que quedaron preciosas para subir a las redes, y en ese momento subimos una que no tardó en tener *likes*.

Después de tomarnos el café decidimos ir a visitar la Acrópolis de Atenas, situada en una cima a más de ciento cincuenta metros de altura desde donde tuvimos unas vistas impresionantes de la ciudad.

Saqueada y restaurada en numerosas ocasiones a lo largo de la historia, la Acrópolis era uno de los lugares más importantes de Atenas y donde se encontraban edificios tan emblemáticos como el Partenón, construido en mármol y con el propósito de albergar la imagen de oro y marfil de la diosa Atenea Parthenos.

A unos metros del Partenón encontramos el Erecteón, uno de los templos griegos más interesantes de la Acrópolis

Al igual que el Partenón, el Erecteón fue construido en mármol y destinado a albergar las reliquias más sagradas y antiguas de los atenienses, y estaba formado por varios santuarios dedicados a divinidades como Atenea, Poseidón y Zeus, así como de dos reyes del Ática como fueron Cécrope y Erecteo, de quien recibió el nombre.

Mabel iba leyendo todo en Internet y explicándomelo al detalle, como en ese momento antes de hacerme una foto delante de la Tribuna de las Cariátides, que antaño estaba formada por seis columnas en forma de mujeres jóvenes drapeadas que sujetaban el entablamento, ahora cinco de ellas se encontraban en el Museo de la Acrópolis, y la sexta en el Museo Británico de Londres.

—Esta foto está súper chula para que cambies la del perfil de tus redes —dijo enseñándome un plano de mi cara mientras miraba al cielo con una sonrisa—. Pero ya elegiremos porque vamos a hacer cientos de fotos estos días.

—A ver si nos vamos a quedar sin memoria en el móvil.

—Pues compramos otra tarjeta, mira qué problema —se encogió de hombros.

Seguimos con la visita por la Acrópolis y llegamos hasta los Propileos, que se trataba de la monumental entrada a Partenón, con unas imponentes puertas de mármol y desde donde las vistas de Atenas eran una auténtica pasada.

—Siguiente parada, el tempo de Atenea Niké —dijo Mabel yendo hacia el lugar, que se encontraba a la derecha

de los Propileos—. La base tiene seis metros de altura —leyó—, y por lo que cuentan sobre el templo, lo levantaron en honor a la victoria de los atenienses en la batalla naval de Salamina, el año 480 a.C. —me iba contando mientras yo miraba el templo—. En su interior alberga la imagen de Atenea Niké, conocida como diosa alada, a quien cortaron las alas para que no pudiese abandonar nunca la ciudad de Atenas y asegurarse futuras victorias por mar. Pobre mujer —suspiró.

Continuamos con la visita conociendo y fotografiando el Odeón de Herodes Ático, donde en la actualidad se representaban obras de teatro, así como óperas y conciertos.

El Teatro de Dioniso también era uno de los lugares emblemáticos de la Acrópolis, situado a los pies de esta y considerado el teatro más antiguo del mundo.

Y, por último, en la misma Acrópolis, nos adentramos en el interior del museo donde fuimos parte de la historia que cada una de las cerca de cuatro mil piezas que se encontraban allí contaban de Atenas y esos emblemáticos edificios.

—Vamos, vamos a ver el Aeropagus —me dijo Mabel, cogiéndome de la mano cuando salimos del museo.

—A ver, ¿el qué?

—El Aeropagus —contestó—. Te va a gustar —sonrió.

Me llevó hasta un pequeño monte bordeando la Acrópolis, y allí contemplamos las vistas que ofrecía del lugar qu acabábamos de visitar.

Le hice algunas fotos a Mabel, que no conocía el vértigo ni el riesgo, y nos hicimos un par de selfis juntas con las vistas de la Acrópolis y Atenas de fondo antes de regresar a la ciudad.

Paramos en el barrio de Anafiótica y entramos en uno de los restaurantes para cenar.

—Veamos, ¿qué nos apetece probar hoy? —preguntó Mabel, cogiendo la carta— Hum, esto tiene muy buena pinta. *Saganaki*, delicioso queso feta frito, dorado y crujiente con un chorrito de limón. Pues dos de estos para empezar.

—De segundo, *souvlaki*. Tienen buena pinta las brochetas sobre el pan de pita.

—Ay, sí, de carne y con patatas fritas.

—Tú y las patatas —reí.

—Ostras, quiero esto de postre —me enseñó la carta—. *Loukoumades* —leyó—. Bollitos fritos bañados con miel

y espolvoreados con canela y nueces picadas.

—Madre mía, mira que eres golosa.

—Tú no, ¿verdad? —Volteó los ojos.

La camarera se acercó para tomarnos nota, le pedimos una botella de vino blanco para acompañar la cena, y estuvimos hablando de Stefan.

Mabel decía que lo mejor era seguir fingiendo ante nuestras familias, que solo nos conocíamos de ese evento que había mencionado, pero a mí me iba a costar un poco hacer como si nada, sabiendo que ese hombre no había abandonado mi mente en tres años.

—Oye, y su amigo Evan, ¿estuvo en el local aquella noche? Porque yo no lo recuerdo —dijo mientras cogía una patata que llevarse a la boca.

—Juraría que no, o no me fijé en él.

—No, claro, tú solo tenías ojos para el moreno —volteó los ojos—. Si hubiéramos visto al rubio, me acordaría de él. Esos ojos no se olvidan, así como así.

—Mabel, que nos conocemos.
e
—¿Qué he hecho ahora?

—Todavía nada, pero esa cara significa que el rubio te ha gustado —sonreí.

—Nena, ¿para qué están los ojos? Para ver mejor como decía la abuelita de Caperucita.

—No lo decía así, sino porque tenía los ojos grandes.

—Versión, Caperucita Lujuriosa —contestó, y empecé a toser porque me ahogaba de la risa con el sorbo de vino que acababa de dar—. En mi cuento, Caperucita lleva un vestido estilo griego súper corto para que el lobo se la meta mejor.

—Por Dios, Mabel —le tiré la servilleta a la cara.

—Yo creo que es por el vino.

—Sí, claro —reí.

Terminamos de cenar, pedimos los bollitos de postre con un té, y le mandé un mensaje a Claus para que nos recogiera en el lugar donde nos dejó el día anterior.

Cuando lo vimos, subimos al coche y nos llevó a la villa, donde me despedí de mi mejor amiga con un abrazo frente a la puerta de nuestras habitaciones.

Estaba agotada, pero necesitaba una ducha para relajarme un poco antes de meterme en la cama y dormir unas horas.

Terminamos de cenar, pedimos los bollitos de postre con un té, y le mandé un mensaje a Claus para que nos recogiera en el lugar donde nos dejó el día anterior.

Cuando lo vimos, subimos al coche y nos llevó a la villa, donde me despedí de mi mejor amiga con un abrazo frente a la puerta de nuestras habitaciones.

Estaba agotada, pero necesitaba una ducha para relajarme un poco antes de meterme en la cama y dormir unas horas.

Capítulo 11



La ducha me había sentado de maravilla, iba a dormir como un bebé, estaba segura.

Me puse el pijama y, tras secarme un poco el pelo, salí de vuelta a la habitación sin ser consciente de que me iba a encontrar allí a Stefan.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté al verlo sentado en uno de los sillones junto a la ventana, como si aquella habitación fuera suya.

Tenía un tobillo cruzado sobre la otra pierna, se rascaba la barbilla con una mano y en la otra sostenía un vaso de whisky.

Me observaba en silencio, sin apartar los ojos de mí, recorriendo mi cuerpo, y recordé que llevaba un pijama de pantalón muy cortito, y camiseta de tirantes finos.

—¿Es que estás sordo? Te he preguntado qué haces aquí, esta es mi habitación.

—He venido a hablar.

—Te puedes ir, eso no va a pasar —me crucé de brazos, él dio un sorbo al vaso y lo dejó sobre la mesa—. ¿Y cómo sabías cuál era mi habitación?

—Os he visto llegar, y esperé a ver dónde entrabas.

—Genial, recordaré cerrar con llave a partir de ahora. Vete —señalé la puerta.

—No, hasta que me escuches.

—No hace falta, sé lo que vas a decir —carraspeé—. Tenías novia, me conociste, te llamé la atención, quisiste echar un polvo y listo, como me puse a tiro pues, arreglado, con la tonta de veinticinco años recién cumplidos. Fir de la historia.

—Eso no es lo que pasó, Emma.

—¿Te acordabas de mi nombre en serio, o te lo recordaron nuestros padres cuando nos vimos?

—Me acordaba, me acuerdo de todo lo que pasó ese fin de semana.

—Claro, y yo soy Beyoncé —volteé los ojos.

—Tú eres más guapa —sonrió de medio lado.

—Y menos morena también, no te fastidia. Vete de mi habitación, Stefan, o te juro que grito y me importará una mierda que nuestros padres sepan que nos conocemos porque follamos hace tres años.

—Hicimos algo más que eso, y lo sabes —dio un par de pasos hacia mí.

—Sí, hablar, y en tu caso, además, contarme varias mentiras.

—Sé que no debí hacerlo, tenía que haberte dicho mi nombre y que era el dueño del local, que yo fui quien vio tu perfil en las redes y le pedí a mi gente de marketing que te propusiera asistir ese día al local.

—Exacto, debiste, me habría ahorrado mentirle a mi madre, porque yo no sabía que eras el dueño del *Olimpo*. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Seguía el consejo de mi abogado —suspiró—. Hacía solo seis meses que habíamos abierto, un par de meses después de la inauguración conocí a una chica allí, nos gustamos y, bueno…

—Vale, te acostaste con ella, ahórrame los detalles.

—Sí. El caso es que como sabía que yo era el dueño, se presentó unas semanas después diciendo que estaba embarazada, quería dinero, chantajearme, no sé —se encogió de hombros—. Resultó que era mentira, no había bebé ni nada, pero mi abogado me aconsejó que cuando conociera a alguna mujer con la que irme a la cama, no dijera que era el dueño para evitar más chantajes o cosas peores.

—Ah, y me metiste en ese saco, qué bien. Fuera —señalé de nuevo hacia la puerta.

—Emma, escúchame —me pidió acortando la distancia y quedando a unos pocos pasos de mí—. Ese lunes tuve que venir a Atenas, fue un viaje de urgencia para arreglar unos asuntos del local.

—Ni una nota dejaste —le eché en cara.

—Lo sé, pequeña, y lo siento. Iba a volver en cuestión de unos días, te llamaría y te contaría la verdad.

—Permíteme que me ría. ¡Ja!

—No me creas si no quieres, pero lo que voy a contarte ahora, se lo podrás preguntar a mi hermana si quieres. Un par de días después de llegar tuve un accidente, acabé en el hospital y perdí el móvil, por lo que no tenía tu número de teléfono.

—Oh, por favor, sabías que era *influencer* —protesté—, podrías haber contactado conmigo con un mensaje en las redes.

—Iba a hacerlo, cuando saliera del hospital y estuviera instalado en casa, me había roto la pierna y me quedaría aquí hasta que me recuperara. Pero entonces te busqué en las redes y vi que te habías hecho varias fotos con un chico rubio de tu edad, más o menos. Di por hecho que era tu pareja y, simplemente, no te escribí.

El único chico rubio con el que me hacía fotos y ambos las compartíamos en redes, era Gabriel, por lo que sabía que hablaba de él.

—¿Y qué importaba eso? Podrías haberme mandado un mensaje para decirme soy un capullo que se fue sin dejar una nota, tuve un accidente y pasaré mi convalecencia fuera de Marbella, gracias por el mejor fin de semana de m vida, por ejemplo.

Stefan sonrió de medio lado y ahí volví a ver al hombre de tres años atrás, con ese aire de chico malo y hombre de negocios.

—Fue el mejor fin de semana de mi vida —dijo mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja y yo pensaba que no siguiera tocándome para no acabar cayendo en deseos que no debería estar teniendo.

—Y ahora es otra la que te los da, perfecto. Vete a tu habitación, Stefan —le aparté la mano y di un par de pasos hacia atrás, poniendo distancia entre su cuerpo, ese que estaba cubierto con un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca de manga corta que hacía que se le marcaran los fibrosos brazos.

—No sin que me digas que me perdonas.

—Perdonarte, ¿por qué?, ¿por haber sido tan gilipollas? Sí, te perdono, a fin de cuenta, es parte del pasado, y solo fueron unos cuantos polvos, nada memorables —contesté encogiéndome de hombros.

Stefan arqueó la ceja y noté el modo en el que se le oscurecían sus ojos mientras me miraba los labios. Tragué con fuerza mientras notaba mi corazón comenzar a latir más rápido de lo normal, él dio un paso hacia adelante, y yo lo di hacia atrás. Se acercó de nuevo, y yo retrocedí, así estuvimos hasta que me di con la pared junto a la puerta del baño, y él se quedó a solo unos centímetros de mí.

—¿Estás con él, Emma? —preguntó sin apartar sus verdes ojos de los míos— ¿El chico de las fotos es tu pareja?

Miente, me pedía una vocecita en mi cabeza, miente y di que sí, total, él tiene a Cristel, ¿no?

—Sí —contesté—, y va a venir a la boda.

Stefan se quedó mirándome sin decir nada, como si me estudiara, y cuando menos lo esperaba, se inclinó acortando la distancia y mientras sostenía mis mejillas entre sus manos, me besó.

Sentí el roce de sus labios sobre los míos primero, tan suaves y carnosos como los recordaba, para después notar su lengua entreabriéndolos hasta acceder a mi boca y encontrarse con la mía, esa que no dudó en buscar y buscar mientras trataba de huir y alejarse, hasta que no tuve más remedio que ceder, y Stefan se hizo con el control del beso.

Mi mente estaba sin estar, se había ido a tres años antes, a ese primer beso que nos dimos en el local, en una zona oscura donde nadie podía vernos antes de que me cogiera de la mano y me sacara de allí para ir a pasar el que, sin lugar a dudas, había sido el mejor fin de semana de mi vida.

Pero recobré la cordura y recuperé el control de la situación, aparté a Stefan con ambas manos y cuando nuestras miradas se encontraron, él sonrió de medio lado como si acabara de descubrir algo que, a mí, se me escapaba.

No dijo nada, simplemente se dio la vuelta, caminó hacia la puerta de mi habitación y se marchó dejándome allí con la respiración casi entrecortada, mientras pensaba en lo que había pasado, en el modo tan absurdo en el que había perdido el control de todo y se lo di a él.

Pero lo peor fue saber que él, igual que yo, no había olvidado en estos años nada de lo que pasó entre nosotros, y que aun con el paso del tiempo, mi cuerpo reaccionaba ante él como entonces.

—¿Estás con él, Emma? —preguntó sin apartar sus verdes ojos de los míos— ¿El chico de las fotos es tu pareja?

Miente, me pedía una vocecita en mi cabeza, miente y di que sí, total, él tiene a Cristel, ¿no?

—Sí —contesté—, y va a venir a la boda.

Stefan se quedó mirándome sin decir nada, como si me estudiara, y cuando menos lo esperaba, se inclinó acortando la distancia y mientras sostenía mis mejillas entre sus manos, me besó.

Sentí el roce de sus labios sobre los míos primero, tan suaves y carnosos como los recordaba, para después notar su lengua entreabriéndolos hasta acceder a mi boca y encontrarse con la mía, esa que no dudó en buscar y buscar mientras trataba de huir y alejarse, hasta que no tuve más remedio que ceder, y Stefan se hizo con el control del beso.

Mi mente estaba sin estar, se había ido a tres años antes, a ese primer beso que nos dimos en el local, en una zona oscura donde nadie podía vernos antes de que me cogiera de la mano y me sacara de allí para ir a pasar el que, sin lugar a dudas, había sido el mejor fin de semana de mi vida.

Pero recobré la cordura y recuperé el control de la situación, aparté a Stefan con ambas manos y cuando nuestras miradas se encontraron, él sonrió de medio lado como si acabara de descubrir algo que, a mí, se me escapaba.

No dijo nada, simplemente se dio la vuelta, caminó hacia la puerta de mi habitación y se marchó dejándome allí con la respiración casi entrecortada, mientras pensaba en lo que había pasado, en el modo tan absurdo en el que había perdido el control de todo y se lo di a él.

Pero lo peor fue saber que él, igual que yo, no había olvidado en estos años nada de lo que pasó entre nosotros, y que aun con el paso del tiempo, mi cuerpo reaccionaba ante él como entonces.

Capítulo 12



No es que hubiese dormido mucho, pero tampoco se me notaba en la cara la mala noche que había pasado.

Me apliqué todas las cremas faciales que tenía, la de contorno de ojos, la que camuflaba un poco las ojeras, la hidratante y la base iluminadora antes del maquillaje, y tenía el mismo aspecto que si hubiera dormido ocho horas

Me puse un pantalón corto en verde militar, la camiseta beige de hombro caído y las deportivas blancas, y bajé a desayunar al porche donde encontré a todos.

Y mis ojos se fueron directos hasta Stefan, que me miraba fijamente mientras bebía de su taza de café.

—Buenos días —saludé cuando salí.

—Cariño, buenos días —sonrió mi madre y me dio un beso cuando me incliné a besarla yo—. Ya nos ha dicho Mabel que ayer estuvisteis visitando la Acrópolis.

—Sí, y tenemos fotos muy chulas para subir hoy a las redes —me senté y cogí una tostada que unté con mantequilla y mermelada.

—¿Y habéis pensado qué vais a hacer hoy? —preguntó Dorian, tras dejar su café en la mesa.

—Seguramente ir a cualquiera de los lugares que queremos conocer —sonreí—. Comeremos por ahí y volveremos por la tarde.

—Sí, tengo una lista de sitios apuntada que tenemos que ir tachando —rio Mabel—. La Acrópolis ha sido lo primero.

—¿Por qué no las acompañáis, Stefan? —le propuso Dorian, y el sorbo de café que acababa de dar, se me fue por mal sitio y empecé a toser.

—Claro, es una buena idea —dijo mi madre, con una sonrisa.

—Mamá, no necesitamos niñeras —protesté.

—Ay, mi niña, no van a hacer de niñeras, sino de guías. ¿Quién mejor que dos auténticos atenienses para llevaros a conocer la ciudad?

—Y podéis ir en coche hasta las zonas más alejadas, no tendréis que ir caminando o coger el autobús —añadió Elena.

—Por mí, no hay problema —dijo Stefan, y volvió a mirarme fijamente mientras elevaba con cierto disimulo la ceja, como si me retara.

—Por mí, tampoco, además me vendrá bien salir de la villa y olvidarme unas horas del trabajo —comentó Evan —. Pero antes de irnos tengo que hacer una llamada.

—Venga, hija, seguro que os divertís. Y así os conocéis un poco más —mi madre, ajena a que Stefan y yo nos conocíamos mejor de lo que ellos podrían pensar, sonreía con esa mirada con la que me pedía por favor que visitara la ciudad con mi futuro hermanastro y su mejor amigo y socio.

En ese momento me sentía como una niña pequeña que tiene que acceder a algo solo para que su madre se quede tranquila y feliz.

—No es mala idea, nena —dijo Mabel sonriendo, a sabiendas de que teníamos que acceder.

—Está bien, pero antes nosotras, tenemos que trabajar un poco.

—Genial, nosotros también —contestó Evan.

Terminamos de desayunar y Dorian se fue con Elena al restaurante mientras mi madre echaba una mano a Maggie con la cocina. A ella le gustaba cocinar, pero sobre todo dulces, era una apasionada de la repostería y que decía que era lo que más la relajaba del mundo.

Cuando Stefan y Evan fueron al despacho para hablar con el encargado que estaba al mando del local de Marbella esos días, Mabel y yo escogimos algunas de las fotos de la tarde anterior y las subimos, dejando listo un *reel* para subir después de comer.

Iba a hablar con ella sobre lo ocurrido en mi habitación la noche anterior, pero Stefan y su amigo llegaron antes de lo que pensaba.

—¿Estáis listas? —preguntó Evan.

—Sí, voy a dejar esto en la habitación y a coger mi bolso —contestó Mabel—. Te bajo el tuyo, Emma.

—Gracias, mientras hablaré con mi padre —dije levantando el móvil.

—Os esperamos en el coche —me dijo Stefan, y asentí.

Cuando me quedé sola marqué el número de mi padre, que no tardó en responder.

—Buenos días hija.

—Hola, papá.

—¿Qué tal?

—Bien, a punto de salir a visitar un poco la ciudad con Mabel, Stefan y Evan.

—¿Y esos dos quiénes son? ¿Ya habéis hecho amigos?

—No —reí—. Stefan es el hijo mayor de Dorian, y Evan, su mejor amigo y socio.

—Ah, entonces ya le has conocido.

—Sí.

—¿Qué tal hombre es? —se interesó, y no se refirió a él como un chico sino como un hombre, dado que sabía que tenía cuarenta años.

—Se parece mucho a Dorian, y, bueno, por el momento no me parece mal tipo. Lo he visto interactuar con mamá y se llevan bien.

—Me alegro. Entonces, ¿hoy toca visita turística?

—Sí, aunque ya hemos salido las dos solas por la ciudad. Ya verás las fotos en mis redes.

—Mientras como les echaré un vistazo.

—¿Tú qué tal por allí solo?

—Muy bien, no te preocupes —rio—. Estoy bien cuidado.

—Estás solo, papá.

—Pues eso, bien cuidado.

—No tienes remedio —reí, y vi que Mabel se acercaba—. Oye, tengo que dejarte que ya está aquí Mabel para irnos.

—Vale, cariño. Tened cuidado y disfrutad del día. Te quiero.

—Y yo. Adiós, papá.

Colgué y entré en el salón.

—¿Tu padre bien?

—Sí.

—Pues vamos. Y, Emma.

—Dime —suspiré.

—Como si no fuera más que tu futuro hermanastro, ¿vale? —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Vale.

Salimos de la casa y vimos a los chicos esperando apoyados en el coche. Evan estaba fumando y se acabó el cigarro antes de abrir la parte trasera para que subiera Mabel. Cuando iba a sentarme yo, Stefan me detuvo con una mano en mi cadera y lo miré por encima del hombro con el ceño fruncido.

—Tú, delante conmigo —dijo, y antes de que protestara, Evan ya estaba sentado atrás con Mabel.

Volteé los ojos, resoplé y me senté delante, Stefan cerró la puerta y subió a su asiento, puso el coche en marcha y nos sacó de la villa para ir hasta la ciudad.

Condujo hablando con Evan y Mabel todo el camino, yo no sabía ni qué decir ni si hacerlo, por lo que preferí mantenerme callada y esperar a llegar donde fuera que haríamos la primera parada.

Stefan aparcó el coche a la entrada del barrio de Kolonaki, un barrio señorial donde se encontraban todas las tiendas de lujo y las terrazas más de moda de Atenas.

—Mira, nena, aquí podríamos venir a comprar con tu madre cosas para la boda —me dijo Mabel.

—Seguro que de alguna de estas tiendas es el traje de novia —comentó Stefan.

—Bueno, señoritas, esperamos que estén listas para conocer el primer destino que visitarán el día de hoy —dijo Evan.

—¿Tú eres dueño de un local de copas en Marbella, o guía turístico? —preguntó Mabel riendo.

—Yo soy lo que tú quieras que sea, preciosa — contestó, haciéndole un guiño.

—Vamos al funicular —miré a Stefan cuando dijo aquello—. Hay que subir para ver la Colina de Licabeto, y aunque el paseo es bonito y hay miradores para contemplar las vistas, puede hacerse un poco pesado, ya que son doscientos veintisiete metros de altura.

—La opción del funicular me parece una buenísima idea —dijo Mabel, y la seguí suspirando.

Fuimos hasta el funicular y tras esperar unos quince minutos hasta poder coger uno, nos montamos para subir a la cima del monte, donde llegamos poco después mientras contemplábamos las vistas.

Pero, para vistas, las panorámicas que nos ofrecía de toda Atenas y de la Acrópolis.

Fotos que cuando las veías pensabas que habría que enmarcarlas para disfrutar de ellas cada día. Y ya que habíamos subido hasta allí, visitamos la capilla de San Jorge y aprovechamos para tomarnos un café en uno de los miradores que había allí.

Regresamos al barrio tal como habíamos subido, en el funicular, y una vez allí paseamos por sus calles aprovechando algunos de los rincones más bonitos para hacernos fotos.

—Ahora vamos a un lugar que os va a encantar —dijo Evan.

—¿Dónde? —preguntó Mabel.

—Al templo de Zeus Olímpico.

Caminamos mientras Evan nos iba hablando del lugar que íbamos a ver. Según contaba, cuando se acabó de construir el templo contaba con ciento cuatro columnas corintias de diecisiete metros, de las que actualmente conservaba tan solo quince.

—Su construcción se llevó a término promovida por el emperador romano Adriano, de ahí que, en su honor, se construyera junto al templo la puerta de Adriano —dijo, y también nos contó que en el interior del templo colocaron una gran estatua de Zeus.

El camino hasta allí se nos pasó rápido mientras escuchábamos las explicaciones de Evan, y una vez en la zona nos hicimos fotos nosotras solas, y también con ellos.

Noté que Stefan se acercaba un poco más de lo normal a mí, tanto así que cuando quise darme cuenta, mientras me contaba parte de la historia del templo, me pasó el brazo por los hombros.

Lo miré por el rabillo del ojo y quise decirle que se apartara, pero no lo hice. No iba a mentirme a mí misma.

Paseamos por la zona del templo de Zeus y al igual que había ocurrido cuando visitamos la Acrópolis, por unos minutos formamos parte de aquella historia de una época pasada.

Después de la visita fuimos hacia el barrio de Monastiraki, uno de los más famosos de Atenas y con influencias turcas, cuyo atractivo eran los mercados con forma de zoco, así como varias iglesias ortodoxas y mezquitas.

Paramos a comer y nos sentamos en una de las terrazas que había en la plaza, donde pedimos vino y dejamos que los chicos escogieran los platos que probaríamos ese día.

Empezamos con unas *dolmades*, que eran hojas de parra rellenas con una mezcla de arroz, carne picada y cebolla acompañadas de especias y limón.

También como entrante pidieron *spanakopita*, una empanada de queso feta y espinacas que estaba buenísima.

No faltó un plato de *gyros* que ya habíamos probado la primera noche, y yogur griego con frutos rojos de postre.

Durante toda la comida Stefan se mostró cercano, atento conmigo, y si no era mi imaginación, diría que hasta me sonreía y coqueteaba conmigo, cosa que me ponía bastante nerviosa.

Después de comer visitamos el barrio, perdiéndonos por las calles y rincones mientras Stefan me llevaba todo el tiempo con el brazo por los hombros ante la mirada de nuestros amigos, quienes parecían haber hecho buenas migas, pues charlaban bastante animados.

Evan, que parecía haberse proclamado nuestro guía turístico particular, nos llevó a conocer la Biblioteca de Adriano, las mezquitas de Fethiye y Tzisdaraki, donde pudimos ver una impresionante colección de cerámicas en su interior, la Iglesia Pantánassa y el famoso mercado al aire libre Pazaari, donde Mabel y yo compramos algunos *souvenirs* y piezas de artesanía hechas a mano.

Después de tomar un café allí mismo, en la plaza del barrio Monastiraki, regresamos caminando hasta el coche. Mabel se detuvo en una de las tiendas y entró, pues había visto algo en el escaparate que quería comprar, y Evan la acompañó.

—¿Te ha gustado la visita? —me preguntó Stefan, colocándose frente a mí.

—Sí, ha estado bien. Evan ha nacido para ser guía turístico, no hay duda —sonreí.

—Lo ha hecho para impresionar a tu amiga.

—Pues no habría hecho falta que lo hiciera, Mabel es fácil de impresionar.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Eres fácil de impresionar?

—Yo no —negué—. Stefan, aparta —le pedí, pues estaba cada vez más cerca—. Y, por favor, deja de llevarme como si fuéramos una pareja, se supone que nuestros padres van a casarse, y a ti aquí te conocerán, digo yo. ¿Qué pasa si le dicen algo a tu padre?

—Los hermanos pasean con sus hermanas así por la calle —se encogió de hombros, y fui consciente en ese momento de que estaba andando hacia atrás, como si él me apartara de la calle—. De todos modos, no vamos a se hermanos.

—No de sangre, pero sí hermanastros. ¿O se te ha olvidado que tu padre va a casarse con mi madre?

—No, pequeña, no se me ha olvidado —susurró, y noté que me apoyaba en una pared.

—Stefan —murmuré, lo vi inclinarse y unos segundos después, tenía sus labios sobre los míos.

Cerré los ojos mientras me dejaba llevar por ese beso, mientras mi cuerpo y mi mente recordaban de nuevo aquellas horas que pasamos juntos años atrás.

Stefan me cogió por la cadera y noté cómo daba un leve apretón con la mano, pegándose a mí, rozando su entrepierna en mi vientre.

Estuve a punto de gemir, pero un carraspeo hizo que me apartara y cuando miré, vi a Evan y Mabel mirándonos. Ella tenía la ceja arqueada y los labios fruncidos, mientras él, sonreía de medio lado.

—Si los señores han terminado de hacer manitas, podemos volver a la villa y llegar a tiempo para cenar —dijo Mabel.

Me sonrojé, aparté a Stefan y fui hacia mi amiga, que suspiró mientras me pasaba el brazo por los hombros y me besó en la mejilla.

—Lo tienes jodido, amiga, muy jodido —murmuró.

Razón no le faltaba, tener a Stefan allí después de tres años pensando en él, recordando lo que vivimos aquel fin de semana, no era bueno para mí, pues me exponía a que de algún modo acabara por meter la pata y que mi madre y Dorian supieran que nos conocíamos mucho mejor de lo que le habíamos dicho a todos.

r

—Lo tienes jodido, amiga, muy jodido —murmuró.

Razón no le faltaba, tener a Stefan allí después de tres años pensando en él, recordando lo que vivimos aquel fin de semana, no era bueno para mí, pues me exponía a que de algún modo acabara por meter la pata y que mi madre y Dorian supieran que nos conocíamos mucho mejor de lo que le habíamos dicho a todos.

Capítulo 13



Después de la cena familiar, hablando de la visita con guías que habíamos tenido Mabel y yo, me retiré antes que el resto para darme una ducha antes de meterme en la cama.

Necesitaba esos minutos a solas y quitarme de la cabeza a Stefan, cuanto más tiempo pasaba a su lado más sentía que, de algún modo, acabaríamos metiendo la pata uno de los dos en más de un sentido.

Cuando salí de la ducha me di cuenta de que me había dejado el pijama en la habitación, así de despistada me tenía ese hombre.

Abrí la puerta, desnuda completamente, y allí parado en medio de la habitación estaba él, con un pantalón de chándal y una camiseta igual que la noche anterior. Sus ojos se posaron en mi cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo, despacio, mientras yo no podía moverme. No lo esperaba allí, no pensé que fuera a ser tan descarado como para colarse una vez más en mi habitación, pero lo había hecho.

Cuando volvió a mirarme a los ojos vi un destello de deseo en los suyos, y en un rápido movimiento Stefan llegó hasta mí, me sostuvo por la nuca y con hambre y furia, se apoderó de mis labios en un beso febril y ardiente que me hizo gemir.

Sentí su mano en uno de mis pechos, masajeándolo despacio hasta que comenzó a jugar con el pezón entre los dedos. Lo pellizcaba y tiraba de él, volvía a pellizcarlo y después simplemente lo masajeaba entre los dedos.

Cogí su camiseta con las manos, agarrando con fuerza y queriendo apartarme de él, era algo que mi mente pedía, pero mi cuerpo se negaba a hacer. Me estremecí al notar su mano deslizándose despacio por mi cuerpo, tocando tan solo con la yema de los dedos bajando lentamente hacia mi entrepierna.

Y allí fue donde se detuvo, dejando la palma sobre mi sexo, cubriéndolo por completo, mientras seguía besándome con esa urgencia y necesidad que estaba consiguiendo excitarme.

Comenzó a mover la mano poco a poco, rozando con la palma mi clítoris de tal modo, que sentí un estremecimiento por todo el cuerpo, como si una descarga me atravesara de pies a cabeza.

Podía notar la humedad formándose en mi zona, el modo en el que la mano de Stefan se deslizaba con facilidad mientras llevaba consigo el fruto de lo que hacía. Me penetró despacio, retiró el dedo y volvió a penetrarme haciéndome gemir.

Parecía disfrutar de lo que hacía, llevando el dedo lentamente a mi interior, retirarlo y volver a penetrarme de nuevo mientras todo mi cuerpo se estremecía, mientras mi mente pedía más y mis manos se aferraban con todas sus fuerzas a su camiseta.

De manera instintiva comencé a moverme, yendo al encuentro de su dedo y excitándome más si es que era posible. Stefan me dio un leve mordisquito en el labio inferior antes de volver a besarme con esa hambre voraz que empleaba.

Y cuando menos lo esperaba, su mano comenzó a moverse más y más deprisa, penetrándome rápido y con fuerza, haciendo que yo misma me moviera al ritmo que él marcaba.

Quería correrme, estaba a punto de hacerlo y solté su camiseta para llevar un brazo alrededor de su cuello y agarrarme con fuerza para no caerme, y la otra mano a su cabello, enredando los dedos en él mientras sentía esa oleada de placer descontrolado que, al igual que tres años atrás, amenazaba con arrasarme como si de un tornado se tratara.

—Hazlo —murmuró con los labios sobre los mío, y esa orden que tanto esperaba y deseaba, fue el detonante de una explosión de placer como hacía años que no me asaltaba.

Me corrí con fuerza, gimiendo y gritando en su boca tan discretamente como pude para que nadie en la casa me oyera. Se suponía que íbamos a ser hermanos, familia, y no debíamos estar haciendo aquello, pero no me importaba, estando con Stefan nada de lo que no debiera hacer importaba.

Me cogió por las nalgas haciendo que le rodeara la cintura con las piernas, nos miramos y en sus ojos vi el deseo que debían mostrar también los míos. Caminó hasta la mesa que había junto a la ventana y allí me sentó, volvió a besarme con esa hambre que le caracterizaba y me recostó sobre la mesa para dejar un camino de breves y suaves besos por mi torso, lamiendo mis pechos y pezones, mordisqueándolos y haciendo que me estremeciera y arquear la espalda, hasta llegar a mi sexo.

Deslizó la lengua entre mis húmedos pliegues, lamió el clítoris despacio, mirándome a los ojos, gemí agarrándom a la mesa y Stefan separó aún más mis piernas, sosteniéndolas por los muslos de modo que no pudiera cerrarlas mientras él me devoraba con avidez y destreza, haciéndome gemir y arquear la espalda al mismo tiempo que movía las caderas de arriba abajo, una y otra vez, sintiendo ese torbellino de excitación recorrerme el cuerpo.

Stefan no paraba, lamía y lamía, llevaba la lengua al interior de mi vagina y volvía a lamer con rapidez y sin para hasta que noté de nuevo que iba a correrme.

Y no necesité decírselo porque él lo supo, siempre lo sabía, como si conociera tan bien mi cuerpo que supiera el

momento exacto en el que iba a liberar de nuevo el clímax que él había provocado, al que me llevaba de manera deliberada.

Deslicé mis manos sobre su cabello, enredando los dedos entre los mechones, agarrándome y tirando de ellos mientras gemía y gritaba de nuevo con ese segundo orgasmo que fue más intenso que el primero.

Cuando acabé, mientras recobraba el aliento con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando con fuerza estando aún recostada en la mesa, Stefan me besó el interior del muslo y subió de nuevo por el vientre, jugó con mis pezones durante unos minutos al mismo tiempo que deslizaba la mano en mi excitado y húmedo sexo, y me besó de manera posesiva mientras mi mente volvía a aquellas horas, años atrás, donde parecíamos no querer separarnos el uno del otro.

Jamás en mi vida había tenido sexo del modo en el que lo tuve con él, y por eso sabía que nunca volvería a disfrutar del sexo con nadie como lo había hecho con él.

A las pruebas me debía, y de los amantes que tuve en estos años hasta que nuestros caminos se encontraron de nuevo aquí, en Atenas, no había vuelto a disfrutar ni excitarme de este modo.

—Te voy a follar en cada sitio de esta habitación, pequeña —dijo mirándome fijamente a los ojos mientras lo veía liberar su miembro.

Me penetró con fuerza, de una certera embestida que me hizo arquear la espalda, y comenzó a moverse dentro y fuera, penetrándome rápido y fuerte, alcanzando lo más profundo de mi ser mientras yo gemía casi sin respiración.

Mientras su miembro se deslizaba con facilidad entre los músculos de mi vagina que lo apresaban haciendo que él también jadeara. Stefan me lamía los pezones y los mordía con esa mezcla de rudeza y ternura que tantas veces había recordado mientras me tocaba a mí misma en mitad de la noche tras despertarme de un sueño en el que él y yo éramos los protagonistas.

Volvió a lograr que me corriera y tras la última oleada de mi orgasmo, se retiró y me bajó de la mesa, colocándome inclinada sobre ella y con las piernas separadas para seguir follándome desde atrás.

Lo hacía mientras mantenía sus manos entrelazadas con las mías, apoyadas en la mesa, entrando y saliendo con tanta fuerza que sentí que acabaría esa noche quedando laxa y completamente exhausta.

Incluso el roce de mis pezones sobre la mesa hacía que mi excitación fuera en aumento, y cuando quise darme cuenta, Stefan, estaba moviéndose más y más rápido y fuerte al sentir que empezaba a correrme.

Me besó en la espalda cuando liberé ese nuevo orgasmo y me llevó a la cama, donde tras recostarme se despojó de su ropa y se colocó entre mis piernas, volviendo a lamer mi sexo mientras me penetraba con dos dedos hasta hacer que me corriera una vez más.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso rudo y salvaje, me penetró con fuerza y comenzó a moverse de manera frenética hasta hacerme gritar en su boca presa del deseo, el placer y esa necesidad de correrme que me asaltaba cada vez que él me tocaba, me besaba y penetraba con posesividad.

Y por Dios que podía sentirse posesivo conmigo porque si había algo que durante estos años esperé, fue esto, sentirlo cerca, sentirlo dentro y que me follara como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiéramos estado separados.

Hizo que me corriera de nuevo, se retiró y tras colocarme de rodillas con ambas piernas separadas a ambos lados de las suyas, pegando su pecho a mi espalda, se adentró una vez más en mi cuerpo, llenándome por completo y haciendo que me estremeciera entre sus brazos.

Masajeó mis pechos mientras me penetraba una y otra vez, mientras me mordisqueaba el hombro, y deslizó una mano hasta mi sexo para jugar con el clítoris entre los dedos, pellizcarlo y hacerme enloquecer de placer y lujuria.

Noté que no solo iba a correrme yo, sino que él también se acercaba a ese punto de no retorno en el que ambos liberaríamos el clímax, y así lo hicimos.

Mientras me penetraba con fuerza y rudeza desde atrás, mientras me tocaba el clítoris sin parar y con la otra mano cubría mi boca para silenciar así mi grito descontrolado, nos corrimos al unísono hasta caer laxos y agotados en la cama.

Noté un beso en el hombro antes de que se retirara y lo miré, entre la neblina de placer que aún nublaba mi vista.

—¿Qué hemos hecho, Stefan? —pregunté.

—Lo que los dos deseábamos, pequeña —me besó en los labios—. Y solo ha sido el principio de una noche que va a ser muy, pero que muy larga.

Volvió a besarme y poco después estábamos tocándonos de nuevo, dejándonos llevar por eso que tanto deseábamos los dos hasta que lo hicimos por segunda vez, y después hubo una tercera, hasta que sentí el cansancio apoderándose de mi cuerpo y me dejé llevar por él, entre los brazos de Stefan, hasta quedarme dormida

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso rudo y salvaje, me penetró con fuerza y comenzó a moverse de manera frenética hasta hacerme gritar en su boca presa del deseo, el placer y esa necesidad de correrme que me asaltaba cada vez que él me tocaba, me besaba y penetraba con posesividad.

Y por Dios que podía sentirse posesivo conmigo porque si había algo que durante estos años esperé, fue esto, sentirlo cerca, sentirlo dentro y que me follara como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiéramos estado separados.

Hizo que me corriera de nuevo, se retiró y tras colocarme de rodillas con ambas piernas separadas a ambos lados de las suyas, pegando su pecho a mi espalda, se adentró una vez más en mi cuerpo, llenándome por completo y haciendo que me estremeciera entre sus brazos.

Masajeó mis pechos mientras me penetraba una y otra vez, mientras me mordisqueaba el hombro, y deslizó una mano hasta mi sexo para jugar con el clítoris entre los dedos, pellizcarlo y hacerme enloquecer de placer y lujuria.

Noté que no solo iba a correrme yo, sino que él también se acercaba a ese punto de no retorno en el que ambos liberaríamos el clímax, y así lo hicimos.

Mientras me penetraba con fuerza y rudeza desde atrás, mientras me tocaba el clítoris sin parar y con la otra mano cubría mi boca para silenciar así mi grito descontrolado, nos corrimos al unísono hasta caer laxos y agotados en la cama.

Noté un beso en el hombro antes de que se retirara y lo miré, entre la neblina de placer que aún nublaba mi vista.

—¿Qué hemos hecho, Stefan? —pregunté.

—Lo que los dos deseábamos, pequeña —me besó en los labios—. Y solo ha sido el principio de una noche que va a ser muy, pero que muy larga.

Volvió a besarme y poco después estábamos tocándonos de nuevo, dejándonos llevar por eso que tanto deseábamos los dos hasta que lo hicimos por segunda vez, y después hubo una tercera, hasta que sentí el cansancio apoderándose de mi cuerpo y me dejé llevar por él, entre los brazos de Stefan, hasta quedarme dormida.

Capítulo 14



Desperté al escuchar el canto de un pájaro en la ventana, abrí los ojos y sonreí al verlo allí parado. Me giré en busca de Stefan y no estaba en la cama.

No escuchaba nada en el cuarto de baño, tampoco vi su ropa en ningún lado de la habitación y entonces lo supe. Se había ido, otra vez.

Desnuda y sola, así me había dejado después de una noche de sexo loco y desenfrenado. Si es que no podía ser más tonta.

Recostada en la cama mirando al techo noté cómo las lágrimas querían salir, pero no se lo permití, no iba a llorar otra vez y menos por él, que me hacía lo mismo que le reproché noches atrás.

Me levanté y tras darme una ducha rápida, me puse uno de esos *outfits* que me hicieron llegar las marcas y que esa mañana usaría para las fotos y promocionarlo en redes, me recogí el pelo en una coleta alta y bajé para ir al porche a desayunar.

Solo que antes de llegar me topé con una escena que, de verdad, no esperaba encontrar esa mañana.

En el salón estaban Stefan y Cristel, ella lo besaba y él no parecía querer apartarse, hasta que me vio y, sin apartar los ojos de mí, siguió besándola aún más.

Fui hacia el porche y tras dar los buenos días, me senté junto a mi mejor amiga, que frunció el ceño al verme. Nadie me conocía como ella, y sabía que pasaba algo.

—¿Qué planes tenéis para hoy, hija? —preguntó mi madre, mientras me untaba mantequilla en el pan.

—Pues iremos a la ciudad, tengo que hacerme fotos para promocionar este *outfit*.

—¿Y después? Porque a Dorian y a mí, nos gustaría comer con todos —sonrió.

—Ah, sí, claro, no hay problema —le devolví la sonrisa.

—Entonces, ¿en su restaurante a las dos?

—Perfecto —asentí.

Evan seguía desayunando sin decir nada, mientras que Stefan no había salido aún. De manera inconsciente miraba de vez en cuando hacia dentro, esperando verlo, aunque lo que de verdad quería era entrar y gritarle, decirle que era un gilipollas y un imbécil, pero no podía montar un escándalo delante de nuestros padres.

Apareció poco después, sonrió mientras me miraba y se bebió el café de un sorbo.

—Nos vamos, Evan —le dijo a su socio.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—¿Vais al local? —preguntó Elena.

—Ajá, tenemos algo de trabajo allí.

—Ok, pues entonces no me paso, me quedo en el restaurante.

—Hijo, os esperamos allí para comer —le dijo Dorian.

Stefan asintió y él y Evan se marcharon. Cuando Dorian y Elena terminaron su desayuno, se despidieron de nosotras y se fueron también, mi madre no tardó en hacerlo pues quería ir a hablar con la encargada de la floristería donde escogieron las flores.

—¿Vas a decirme ya qué pasa? Porque llevas un par de días que a veces miras a Stefan como si lo fulminaras, y otras, es que te lo comes con los ojos.

—Pues hoy quería fulminarlo.

—Eso ya lo he visto. ¿Qué me he perdido?

Suspiré y le conté que Stefan se coló en mi habitación la noche de su llegada a la villa para explicarme por qué desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra, y que la noche anterior también estaba allí y acabamos acostándonos.

—¿En serio?

—Soñarlo no lo he soñado, Mabel, que me duelen ciertas partes y no es de mis dedos, que son más pequeños que su…

—Vale, vale, deja los detalles a un lado. O sea, que anoche hubo tomate.

—Y mucho.

—Joder, nena, que vais a ser hermanos.

—Hermanastros, no compartimos sangre.

—Familia, Emma, vais a ser familia.

—Estoy jodida.

—Sí, pero porque sientes algo por ese hombre desde hace tres años. ¿Y ha tenido los santos bemoles de dejarte otra vez sola?

—Y se estaba besando con Cristel cuando he entrado en el salón.

—No me jodas. Ese tío es gilipollas —resopló.

—Tengo que tomar cartas en este asunto, Emma —suspiré.

—Pues ya me dirás cómo, porque por mucho que no quieras volver a caer, sabes que acabarás haciéndolo.

—Él piensa que tengo novio, que Gabriel es mi novio de hecho.

—Claro, las fotos que dice que vio, eran las que te hiciste con Gabriel.

—Sí. Voy a pedirle que venga, que se haga pasar por mi novio.

—Vamos a mi habitación, lo llamamos ahora mismo y hablamos con él —dijo poniéndose en pie, y la seguí.

Para mantener esa conversación era mejor hacerlo en un lugar donde nadie pudiera escucharnos, así que entramos en la habitación de Mabel y le hice una videollamada a Gabriel.

—Hombre, dos españolas por Atenas —dijo al vernos.

—Hola, Gabriel —saludé con una sonrisa.

—¿Qué hacéis por allí, preciosas?

—Pues que se casa la madre de Emma —contestó Mabel.

—Vaya, felicidades. Pero, ¿en Atenas?

—El novio es de aquí, aunque tiene una abuela española —le aclaré.

—Tienes unas fotos muy chulas en tu perfil, las marcas están encantadas con ellas —sonrió.

—Oye, ¿qué haces en los próximos días? —preguntó Mabel.

—Nada, bueno, tengo algunas promos de perfumes y ropa que hacer, pero son fotos que subir a las redes, como Emma.

—Pues mándanos tus datos que vamos a cogerte un billete de avión a Atenas.

—¿Qué pinto yo en Atenas? —Frunció el ceño.

—¿Tú te fías de nosotras? —Mabel era la que hablaba, yo simplemente escuchaba.

—Claro que me fio —sonrió—. ¿Se trata de alguna colaboración, Emma?

—Algo así.

—Vale, no me vais a decir nada por aquí, ¿no?

—Mejor cuando llegues, solo te pedimos una cosa —dijo Mabel—. No nos dejes tiradas.

—Vale, vale —rio—. Por las amigas, lo que sea.

Nos mandó los datos por mensaje mientras hablábamos y en ese momento Mabel buscó un vuelo que pudiera coger al día siguiente, le pedimos que viniera dispuesto a hacer lo que yo le dijera una vez estuviera aquí, y me dijo que no me preocupara.

Después de esa llamada Mabel y yo cogimos nuestras cosas y salimos de casa para que Claus nos llevara a la ciudad.

—Primera visita, el Ágora Antigua —dijo con un guiño cuando bajamos del coche.

Y hacia allí me llevó dando un paseo y parando cada poco para hacerme una o dos fotos, siempre consiguiendo que me saliera la sonrisa.

El Ágora Antigua de Atenas era como el Foro Romano, donde había edificios administrativos, mercados, templos teatros, un lugar donde se mezclaba la actividad social y política con la comercial.

Lo que encontramos allí eran más ruinas que los edificios mencionados, pero era lo que había ocasionado el paso del tiempo, al menos se podía pasear por allí y ver algunos de los lugares más importantes del Ágora, como el Odeón de Agripa o el Templo de Hefesto, que era el edificio mejor conservado.

Después de la visita y hacer varias fotos para subir a las redes al día siguiente, siguiendo la lista de lugares que Mabel había seleccionado en Internet, me llevó por las calles de Mitropoleos y Athinas, para ir al conocido Mercado Central de Atenas, un lugar en el que sentir la personalidad de la ciudad.

Adentrarse por los puestos exteriores, donde los comerciantes ofrecían a voz en grito la fruta, verdura, especias o dulces, entre otros productos, era sentirse parte de Atenas.

Compramos algunos dulces y un par de cafés y nos sentamos en un banco a tomarlos mientras aprovechábamos para hacernos algunas fotos y escoger las que subiríamos para promocionar el pantalón y la camiseta que llevaba puestos.

Tras la parada admirando a los atenienses en un día rutinario de compra, seguimos con la visita al mercado, esta vez en la parte cubierta dado que los puestos de carne y pescado se encontraban en el interior de un edificio y donde, al igual que en los demás puestos, los comerciantes ofrecían sus productos gritando a viva voz.

Era una pasada ser parte de eso, de la vida y rutina de la gente de Atenas, y por un momento, tirando de imaginación, te podías llegar a hacer una idea de cómo fue en otra época la vida allí.

Cuando quisimos darnos cuenta era casi la hora de comer, así que abandonamos el mercado y fuimos caminando rápido hasta el restaurante de Dorian.

Y hacia allí me llevó dando un paseo y parando cada poco para hacerme una o dos fotos, siempre consiguiendo que me saliera la sonrisa.

El Ágora Antigua de Atenas era como el Foro Romano, donde había edificios administrativos, mercados, templos, teatros, un lugar donde se mezclaba la actividad social y política con la comercial.

Lo que encontramos allí eran más ruinas que los edificios mencionados, pero era lo que había ocasionado el paso del tiempo, al menos se podía pasear por allí y ver algunos de los lugares más importantes del Ágora, como el Odeón de Agripa o el Templo de Hefesto, que era el edificio mejor conservado.

Después de la visita y hacer varias fotos para subir a las redes al día siguiente, siguiendo la lista de lugares que Mabel había seleccionado en Internet, me llevó por las calles de Mitropoleos y Athinas, para ir al conocido Mercado Central de Atenas, un lugar en el que sentir la personalidad de la ciudad.

Adentrarse por los puestos exteriores, donde los comerciantes ofrecían a voz en grito la fruta, verdura, especias o dulces, entre otros productos, era sentirse parte de Atenas.

Compramos algunos dulces y un par de cafés y nos sentamos en un banco a tomarlos mientras aprovechábamos para hacernos algunas fotos y escoger las que subiríamos para promocionar el pantalón y la camiseta que llevaba puestos.

Tras la parada admirando a los atenienses en un día rutinario de compra, seguimos con la visita al mercado, esta vez en la parte cubierta dado que los puestos de carne y pescado se encontraban en el interior de un edificio y donde, al igual que en los demás puestos, los comerciantes ofrecían sus productos gritando a viva voz.

Era una pasada ser parte de eso, de la vida y rutina de la gente de Atenas, y por un momento, tirando de imaginación, te podías llegar a hacer una idea de cómo fue en otra época la vida allí.

Cuando quisimos darnos cuenta era casi la hora de comer, así que abandonamos el mercado y fuimos caminando rápido hasta el restaurante de Dorian.

Capítulo 15



Entramos en el restaurante y vimos a mi madre, Dorian y Elena esperándonos en la barra.

—No llegamos tarde, ¿verdad? —dije abrazando a mi madre.

—No, cariño —sonrió.

—Es que hemos dado una vuelta por el Mercado Central, y hemos perdido la noción del tiempo.

—¿A qué es bonito?

—Sí, da una idea de cómo pudieron ser los mercados en otra época.

—¿Vamos a la mesa? —propuso Dorian.

—¿Y Stefan y Evan? —preguntó Mabel.

—No vienen, tenían algo que hacer —contestó Elena.

—Me han dejado solo con tan bellas mujeres —comentó Dorian.

—Y tú preocupado, ¿verdad que sí, papá? —rio Elena.

—En absoluto, hija, todo lo contrario. Encantado de estar en tan buena compañía.

—Claro que sí, Dorian —dijo Mabel mientras se agarraba a su brazo—, que se mueran los demás hombres de envidia.

—Cuidado, mamá, que te quita el novio a la que te descuides —reí.

—No, no, yo a Julia la respeto mucho —contestó Mabel—. Dorian es suyo y de nadie más. Y que no me entere yo de que alguna desvergonzada se lo intenta quitar, que se las verá conmigo.

Dorian se echó a reír y le dio un beso en la frente a Mabel, diciendo que la iba a adoptar también como hija, y ella encantada.

Nos sentamos y pedimos vino, marisco, *moussaka*, *dolmades*, ensalada griega y una carne que Dorian había pedido que prepararan a la brasa para nosotros.

Mientras comíamos mi madre nos dijo que había estado, además de en la floristería, visitando una tienda de regalitos para boda y que había encargado algunas cosas que quería darnos como recuerdo.

Volví a preguntarle por su traje de novia, pero nada, no soltaba prenda, solo dijo que ya lo veríamos cuando la acompañáramos a la *boutique* donde lo había encargado en unos días.

—Chicas, esta noche la tengo libre —dijo Elena, mientras degustábamos la carne—. Mi hermano y Evan se quedan a cargo del local, así que puedo ir allí en calidad de visitante. Qué me decís, ¿os animáis a una noche de copas conmigo? Por favor, decidme que sí —nos pidió, al tiempo que juntaba las manos y las cruzaba a modo de súplica.

—Por mí, perfecto, nos tomamos un par de gin tonics, hacemos unas fotos y unos vídeos, y ya tenemos material para otro día —contestó Mabel.

—Hablando de material, tengo que subir luego un tutorial de los que grabé en casa antes de venir.

—Vale, luego miramos cuál subir.

—Entonces, ¿salimos esta noche después de cenar?

—Sí, que me va a venir bien despejarme un poco.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó mi madre, tras mi suspiro.

—¿Eh? No, nada —sonreí—. Es solo que me están llegando varios mensajes de nuevas propuestas que tengo que mirar y, ya sabes, a veces me agobio un poquito con eso.

—Vamos, que necesita un whiskito, cortito o larguito, no va a decir que no a uno u otro —rio Mabel.

—Pues a salir y disfrutar, cariño, que sois jóvenes las tres —dijo mi madre—. Quién sabe, igual hasta encontráis un ateniense que os enamore.

—No es mala idea, Julia, si son todos tan simpáticos como tu Dorian y con esa percha —contestó mi amiga.

—No sé, imagino que habrá de todo —rio él.

—Mira qué modesto nos has salido, papá.

—Hija, uno tiene ya una edad y no se las da de dios griego —rio de nuevo Dorian.

—¿Cómo qué no? Dorian, Dorian, Dorian… —suspiró Mabel— Cuántos jóvenes de treinta quisieran estar como tú con el doble de años. Si hay algunos que tienen ya unas entradas que parecen pistas de aterrizaje. Y tú, mira qu pelazo tienes.

—Verá que al final me sacas los colores —volvió a reír.

—Tranquilo, te acabarás acostumbrado —le aseguré—, que con mi padre hace lo mismo. Le tira cada piropo — reí.

—Hombres, es que al que es guapo y atractivo hay que hacérselo saber, nena.

—Hablando de tu padre —dijo mi madre—, ¿has hablado con él?

—Sí, mamá. Está dejando todo el trabajo adelantado para venir a la boda. Tranquila, que no va a faltar al evento del año.

Pedimos postre y café y lo tomamos hablando de la boda. Sería una ceremonia íntima a la que acudiríamos las dos familias y algunos amigos de Stefan, que aún conservaba en Atenas y que conocían a mi madre.

Después de tomar un chupito digestivo, como lo llamó Dorian, nos despedimos quedando en vernos a la hora de l cena en la villa y Mabel y yo fuimos hacia el barrio de Plaka, para adentrarnos de nuevo en sus calles y tiendas.

Paramos en un par de escaparates y nos compramos unos pendientes y una pulsera que nos gustaron para usar el día de la boda.

—Y todavía no hemos elegido vestido —dije cuando salimos, yendo hacia una de las cafeterías para sentarnos a tomar un café en la terraza.

—Pues ahora echamos un vistazo, y cuando decidas, pides que te lo manden aquí, no sea que te lo vayan a hacer llegar a tu casa.

—Ya lo sé, Mabel, hija, que no soy tonta —reí.

Nos sentamos y lo que hicimos primero fue seleccionar el tutorial que iba a subir. Entre los que tenía aún pendientes me decanté por una rutina con cremas y sérum de una firma que nos gustaba mucho a las dos.

Después pasamos a seleccionar algunas fotos más para la promo del día siguiente y buscamos vestidos en la página de una de las firmas para las que hacía colaboraciones.

—De negro no —me advirtió Mabel—, es una boda, no un funeral.

—No pensaba vestirme de negro en la boda de mi madre. Pero vamos, de rojo tampoco —reí cuando vi que se é quedaba mirando un modelo rojo muy bonito.

—No, no, si este lo veo más para provocar a tu ateniense.

—¿Mi ateniense? —Fruncí el ceño.

—Stefan, nena, Stefan —volteó los ojos.

—Pero vamos a ver, Mabel, que no quiero provocarlo, sino hacerle ver que yo también tengo a alguien en mi vida

—Sí, sí, quieres dejarle claro que ya tienes quien te de gustirrinín igual que se lo dan a él, me queda claro. Pero, con este vestido, saliendo una noche con Gabriel, y que Stefan os vea, se va a querer tirar de los pelos por perderte.

—Me da igual lo que haga, él tiene a Cristel y yo no quiero ser la otra, ya lo sabes.
s

—Pues por eso, yo de ti, pedía este vestido. O mejor todavía… —Entrecerró los ojos mientras me miraba.

a —Mabel, cuando pones esa cara, das miedo. ¿Qué estás pensando?

—Ya lo verás, cariño, ya lo verás. Pero todavía no, cuando esté Gabriel aquí, que necesito de su ayuda.

—En serio, das miedo.

—Pero si soy la más buena del mundo mundial.

—Claro, claro, tú nunca haces nada malo ni piensas nada que pueda ser perjudicial para mí —resoplé, diciendo la palabras que una vez me dijo.

—Efectivamente —sonrió.

Tenía un peligro cuando se le pasaba algo por la cabeza que no me contaba, que de verdad me daba miedo.

Aunque sí, era mi mejor amiga y nunca había hecho nada que me perjudicara, sino todo lo contrario.

Nos tomamos el café con unos bollitos que estaban buenísimos, cubiertos de chocolate y acompañados de fresas y plátano, y después fuimos a echar un vistazo a las tiendas de *souvenirs*, donde acabamos picando y comprando una de esas bolas de nieve con el Partenón de Atenas.

Por no hablar de las pulseras hechas a mano de plata, con piedras de varios colores incrustadas que Mabel compró para ella, para mí, para mi madre y para Elena, pues quería tener un detallito con nosotras por haberla invitado a su boda.

Llamé a Claus para que nos recogiera y llevara de vuelta a la villa. Cuando llegamos fuimos a dejar nuestras compras y aproveché para hablar con mi padre.

Era algo que siempre hacíamos, hablar cada día un ratito, tanto si yo estaba de viaje como si estaba en Marbella.

Después de contarnos que estábamos bien y que él tenía ganas de venir y conocer los rincones que veía en mis fotos, bajé al comedor para cenar con mi madre, Dorian, Elena y Mabel, antes de ir a divertirnos.

s

Nos tomamos el café con unos bollitos que estaban buenísimos, cubiertos de chocolate y acompañados de fresas y plátano, y después fuimos a echar un vistazo a las tiendas de *souvenirs*, donde acabamos picando y comprando una de esas bolas de nieve con el Partenón de Atenas.

Por no hablar de las pulseras hechas a mano de plata, con piedras de varios colores incrustadas que Mabel compró para ella, para mí, para mi madre y para Elena, pues quería tener un detallito con nosotras por haberla invitado a su boda.

Llamé a Claus para que nos recogiera y llevara de vuelta a la villa. Cuando llegamos fuimos a dejar nuestras compras y aproveché para hablar con mi padre.

Era algo que siempre hacíamos, hablar cada día un ratito, tanto si yo estaba de viaje como si estaba en Marbella.

Después de contarnos que estábamos bien y que él tenía ganas de venir y conocer los rincones que veía en mis fotos, bajé al comedor para cenar con mi madre, Dorian, Elena y Mabel, antes de ir a divertirnos.

Capítulo 16



Llegamos las tres al local más que dispuestas a divertirnos, aunque sabía que podría encontrarme con Stefan allí esa noche.

—En serio, estos camareros no se ven en Marbella —dijo Mabel cuando nos acercamos a la barra.

—Buenas noches, jefa. ¿Qué os pongo? —preguntó el camarero.

—Si dejas la barra y me acompañas, contigo me va perfecto para toda la noche —soltó de nuevo Mabel, y Elena y yo nos reímos mientras que él sonreía de medio lado—. Pero como no puedes, me conformo con un gin tonic.

—Que sean dos más —le pidió Elena, y él asintió.

—Estás desatada, Mabel —dije.

—Debe ser el yogur griego o tanta especia, que me tienen con las hormonas revolucionadas.

—Sí, claro —rio Elena.

—Vale, esta noche nada de hombres. Pero por parte de ninguna —Mabel me miró y señaló.

—¿Y por qué me miras a mí?

—¿Me he perdido algo? —curioseó Elena— Espera, no me digas que le has echado el ojo a Evan.

—¿Qué? No, no, ni mucho menos.

—¿Entonces?

—Aquí están los gin tonics —dijo el camarero, dejándolos frente a nosotras.

—Qué rápido. Espero que no seas así para todo, guapetón.

—Mabel, ¿no habías dicho que nada de hombres? —protesté.

—Vaya por Dios —mi amiga volteó los ojos y Elena y yo volvimos a reír.

Nos tomamos aquella primera copa mientras bailábamos, todo iba perfecto hasta que cierto hombre pasó por allí y saludó a algunos clientes.

Mabel se dio cuenta, me miró y sonreí encogiéndome de hombros. Ya contábamos con la posibilidad de verlo y no iba a darle más importancia de la que tenía, era el dueño del local y lo más normal es que estuviese allí.

Pero hice como si no le hubiese visto, hasta que Evan se acercó a nosotras.

—Buenas noches, señoritas —saludó.

—Qué formal vienes, Evan. ¿No será que vas a hacer de niñera con nosotras? —preguntó Elena.

—En todo caso, niñero —corrigió—. Y no, vengo a tomar una copa. Estoy de reuniones y números, hasta el gorro Ponme un whisky —le pidió al camarero, que asintió.

—¿Y mi hermano?

—Por ahí saludando a unos clientes.

—Pensé que estaba con Cristel.

—No la nombres, que se aparece —dijo Evan, volteando los ojos.

—¿No te cae bien la pareja de tu socio? —curioseó Mabel.

—Prefiero no opinar. Aunque me caes mucho mejor tú, preciosa —le pasó el brazo por los hombros y ella sonrió, al tiempo que negaba.

Para Elena tampoco pasó desapercibido el modo en el que Evan miraba a mi amiga, así que me hizo una seña con la cabeza y, en un descuido de Mabel, nos escabullimos.

—Esos dos parece que han hecho buenas migas —dije.

—Antes de que regreséis a Marbella, Evan se la ha ligado. Adoro al rubio, pero tiene mucho peligro.

—Pues se han juntado dos buenos entonces —reí—. Mabel es un amor, pero también tiene su punto de peligro.

—Va a ser interesante entonces —acercó su copa a la mía y brindamos.

—¿Tú tienes pareja? —pregunté tras dar un sorbo.

—Ya no. Rompí con mi ex hace unos seis, o tal vez siete meses. Solía venir aquí a echarme una mano, la excusa era que no quería dejarme sola en el mundo de la noche, pero comprobé que era porque se estaba liando con una de las camareras.

—Menudo imbécil.

—Mucho. Rompí con él, y aunque ella no tenía mucha culpa, aun sabiendo que era mi novio, le pedí a Stefan que la despidiera, no podía seguir viéndola y hacer como si nada. Y tú, ¿hay alguien esperándote en Marbella?

—Hola —la voz de Stefan hizo que me estremeciera, mientras Elena sonreía.

—¡Hermanito! Mira, he traído a nuestra hermana la mediana —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—He pasado de ser Emma, a la hermana mediana —reí.

—Estás entre su edad y la mía.

—Me acerco más a la tuya, Elena.

—Eres mayor que yo, no te acercas a mi edad.

—Te saco solo dos años.

—Elena —la llamó alguien y se giró para saludar a una chica que sonreía mientras se acercaba.

—Os dejo, ahora vuelvo —dijo mi hermanita pequeña, dejándome allí sola con nuestro hermano mayor. Iba a odiarla por eso.

—Estás preciosa —susurró Stefan en mi oído, pegado a mi espalda mientras podía sentir su mano en la cadera.

—Gracias. Me voy con Mabel.

—Está en la pista, bailando con Evan —contestó, y al mirar hacia la pista, comprobé que así era.

Suspiré, resignándome a tener que quedarme allí con Stefan mientras mi mejor amiga bailaba y tonteaba con su socio, y mi nueva hermana pequeña charlaba y reía con algunas amigas.

—Lo de anoche estuvo bien —dijo mientras deslizaba la mano por mi costado.

—No fue nada memorable, como hace tres años —mentí—. De hecho, desapareciste, otra vez.

—Iba a quedarme, despertar contigo, besarte y volver a follarte, pero.

—Pero llegó tu pareja, entiendo —me aparté girando para mirarlo a la cara—. ¿Qué fue lo de anoche, algo así como recordar viejos tiempos?

—Emma.

—No —levanté la mano para que no siguiera hablando—. Follamos, estuvo bien, pero sin llegar a haber fuegos artificiales, y esta mañana has besado a tu pareja como si no hubieras estado con otra anoche. Perfecto, fui un polvo y nada más.

. Caminé alejándome de él para ir a la barra a pedir otra copa, pero antes de que pudiera dar más de cinco pasos, Stefan me cogió de la mano haciendo que lo siguiera por el local hacia una puerta lateral. Entramos en un pasillo y seguimos caminando mientras le pedía que me soltara y preguntaba a dónde íbamos, sin que me diera una respuesta.

Hasta que abrió una puerta, entramos y la cerró con llave pegándome a ella.

Asaltó mis labios mientras notaba su cuerpo grande y fibroso cerniéndose sobre el mío, mientras me sostenía ambas muñecas y las llevaba encima de mi cabeza, aprisionándolas con una mano, y pasando la otra por mi costado, masajeando el pecho y bajando hasta colarla por debajo del vestido.

Sentí el calor de las yemas de sus dedos en el muslo, deslizándose hasta alcanzar mi entrepierna, y en un movimiento rápido dio un tirón y escuché el modo en el que se rasgaba la tela de mi braguita.

Comenzó a tocarme como había hecho la noche anterior, me penetró con dos dedos sin la menor dificultad y gemí en su boca mientras el deseo y las ganas de que hiciera aquello me impedían detenerlo.

Antes de que me corriera me cogió en brazos y me llevó al escritorio, pues acababa de descubrir que estábamos en su despacho, me recostó en él y sin soltarme las muñecas, bajó los tirantes y la parte delantera del vestido exponiendo mis pechos desnudos, lamió y mordisqueó ambos pezones haciéndome gritar mientras jugaba con el clítoris entre sus dedos.

Volvió a penetrarme sin dejar de atender mis pechos, hasta que notó que iba a correrme y se detuvo.

Sus ojos buscaron los míos, mi respiración era entrecortada, el pecho me subía y bajaba con fuerza por la

excitación, y Stefan me soltó las manos para colocarse entre mis piernas y comenzar a lamer mi zona íntima con avidez, con hambre, con lujuria y deseo, hasta hacerme enloquecer por completo.

Me corrí con tanta fuerza mientras movía las caderas ofreciéndole mi sexo, que grité hasta sentir que me ardía la garganta.

No tardó en liberar su erección, cogerme de nuevo en brazos y penetrarme así, sosteniéndome a pulso y casi sin esfuerzo mientras me besaba y yo me mantenía sujeta a sus hombros.

—Dime que no sientes esto, pequeña —murmuró mientras se llevaba uno de mis pechos a la boca y mordisqueaba el pezón—. Dime que esto no te hace enloquecer, Emma.

—Es solo sexo —contesté entre jadeos.

—¿Quieres fuegos artificiales? —preguntó, pero no respondí, no me dio tiempo a hacerlo.

Me dejó en el suelo, junto al sofá que había al lado del mueble bar, me recostó sobre el respaldo y comenzó a penetrarme con fuerza, agarrándome por las caderas de tal modo que sentía sus dedos clavándose en mi carne.

Lo hacía rápido y con posesión, como si en su mente estuviera borrando lo que fuera que habían hecho otros durante esos años, o, más bien, un hombre en concreto que él creía que era mi novio.

Noté que cogía mi pelo con la mano y lo enrollaba en ella, tirando de la coleta hacia atrás hasta que la cabeza quedó ligeramente arqueada y mi cuello expuesto.

Stefan me penetraba con fuerza y profundamente desde atrás mientras mordisqueaba mi cuello y el hombro, mis gemidos cada vez eran más altos y mis gritos más ensordecedores, hasta que noté que iba a correrme, y él también.

Aquel iba a ser un encuentro rápido, salvaje y casi primitivo entre dos personas que por mucho que no quisieran s deseaban, se necesitaban para esos momentos de liberación.

Estaba cerca, estaba llegando a ese momento de liberación, de éxtasis, de desenfreno, y entonces, Stefan se retiró.

No tardé en escucharlo jadear mientras se corría en la parte baja de mi espalda, pero sin haber llegado a correrme yo.

Lo miré por encima del hombro con los ojos cargados de ira, lo sabía, y él simplemente estaba allí, sonriendo de medio lado.

—Eres un gilipollas —dije cuando me limpió con un pañuelo antes de colocarse la ropa.

—Dado que lo nuestro no es más que sexo, y según tú no es para tirar cohetes —se encogió de hombros—. No veo por qué tendría que dejar que te corras dos veces.

—Ni siquiera ha sido real, los orgasmos femeninos se fingen, ¿lo sabías?

—Ninguna mujer ha fingido conmigo, pequeña.

—Alguna vez tendría que ser la primera, capullo —me bajé el vestido y fui hacia la puerta, pero antes de salir, a dije mis últimas palabras—. Me debes un tanga, de los caros, y no vuelvas a tocarme en tu vida, Stefan. Ni voy a ser la otra, ni voy a volver a fallar a mi novio.

—Si has follado conmigo dos noches seguidas, quiere decir que tu novio no te satisface como debería.

—Debería ser un poquito menos egocéntrico, el mundo no gira entorno a ti, hermano —escupí esa última palabra con rabia, y él me miró con los dientes apretados.

Salí del despacho dando un portazo y regresé a la zona del local, cuando vi a las chicas en la barra me acerqué a ellas y les dije que me marchaba, Elena preguntó si estaba bien y mentí, dije que solo quería descansar.

Pero Mabel no era tonta y cuando vio salir a Stefan del mismo lugar del que había salido yo, ató cabos y asintió.

Cogí un taxi en la misma puerta, le di la dirección de la villa de Dorian y cuando me dejó allí entré, me quité los zapatos y subí descalza hasta mi habitación. Al pasar por la puerta de mi madre y Dorian los escuché teniendo sexo y aquello me sacó una sonrisa.

Mi madre gritaba como una leona, señal de que su ateniense era tan fogoso como el mío, pero ya se sabe que, de tal palo, tal astilla, o lo que era lo mismo, de tal padre, tal hijo.

e Entré en mi habitación desnudándome hasta que llegué al cuarto de baño y me di una ducha rápida, necesitaba quitarme el olor de Stefan del cuerpo, y no porque no me gustara, sino para olvidarme de lo gilipollas que había sido.

Ese hombre estaba con otra y me usaba para un desahogo, nada más. No se podía ser más tonta que yo.

Después de ponerme el pijama me metí en la cama mirando por la ventana, la Luna estaba en lo más alto iluminando todo, y en ese momento se me fue la adrenalina y sentí las lágrimas cayendo por las mejillas.

Las aparté y me obligué a no llorar por él. No debía, no podía, él no merecía ni una sola lágrima más.

Capítulo 17



Esa mañana durante el desayuno Stefan me estuvo mirando todo el tiempo mientras yo lo ignoraba, o al menos mientras lo intentaba.

Nadie, salvo Mabel, sabía que vendría Gabriel y llegaba hoy, algo que estaba deseando que ocurriera porque quería ver la cara de Stefan mientras me besaba con otro, como yo había tenido que verlo a él.

Dorian y Elena se fueron al restaurante, mientras que Stefan y Evan se quedaron trabajando en el despacho de la villa con videollamadas toda la mañana.

Así que nosotras aprovechamos para hacer algunos tutoriales de maquillaje, además de subir las fotos del día anterior promocionando el *outfit* que llevaba.

Tuve un par de llamadas con una de las firmas con las que colaboraba y quedamos en que haría un vídeo con unas cremas que había llevado y que querían promocionar mucho, dado que eran perfectas para la época de verano.

Y como en la villa teníamos piscina… Mabel y yo nos pusimos unos trajes de baño e hicimos varias fotos.

—Mira qué guapas mis niñas —dijo mi madre, cuando salió al jardín a eso de las doce para sacarnos un té helado a cada una.

—Había que promocionar esta colección y qué mejor sitio que en este lugar, Julia.

—Desde luego que sí. ¿Habéis terminado ya?

—Sí, vamos a darnos un chapuzón antes de comer —contesté cuando me dio un abrazo.

—Hacéis bien, cariño. Me vuelvo a la cocina, que voy a preparar tarta de manzana.

—Oh, por favor, qué rica —dijo Mabel.

—No es golosa ni nada —reí.

—Le dijo la sartén al cazo —mi madre volteó los ojos y se fue riendo hacia la casa.

Mabel y yo nos quedamos allí, bebimos un poco de té y nos dimos un baño para refrescarnos. Cuando salimos para tomar un poco el sol en una de las tumbonas, vimos aparecer a Stefan y Evan en traje de baño.

—Madre del amor hermoso —murmuró Mabel al verlos—. ¿Pero de qué están hechos los atenienses, nena? —preguntó cuando los vimos tirarse a la piscina.

—¿De lo mismo que los españoles?

—No, no, o sea, ¿tú los has visto? Qué torso, qué abdominales, mira esos brazos, y las piernas. Jesús, voy a ir al Infierno por tener pensamientos impuros con el rubio. Si parece Brad Pitt haciendo de Aquiles en Troya.

—Mabel, toma un bañito frío, anda —reí.

—No puedo, la piscina está ocupada.

—¿Desde cuándo ese es un problema para ti? —Arqueé la ceja.

—Pues también es verdad. Estos calores me los tengo que quitar. ¿Tú crees que harían un trío conmigo?

—Mabel, por Dios —protesté.

—Es broma, nena, qué manera de marcar territorio con el moreno —rio.

—No marco nada.

—No, qué va. Si solo te ha faltado tener un hierro candente con la E y tatuársela a fuego en el brazo, como si fuer un Miura.

—Vete al agua, Mabel —le dije mientras me recostaba bocabajo en la tumbona para secarme bien.

—Joder con la teniente O'Neill, qué genio saca a veces. Cualquiera diría que te ha echado varios polvos ese hombre que te han dejado con las patitas temblorosas.

—Al agua —insistí.

—Vale, ya te dejo sola. Adiós —me dio un azote en el culo y cuando fui a tirarle el bote de crema protectora, ya estaba corriendo hacia la piscina.

Me reí, poque me tenía que reír con sus cosas, no había nadie más loca que ella, y por eso la quería tanto, porque con sus locuras conseguía alegrarme los días.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sola, tranquilamente, cuando noté unas gotas de agua caerme en la espalda a modo de salpicadura, y grité.

—¡Mabel, joder! —me incorporé, pero no fue ella quien estaba allí, sino Stefan— ¿Tú eres idiota?

—Solo quería refrescarte.

—Puedo hacerlo yo sola, metiéndome en el agua.

—Entonces, métete conmigo —sonrió de medio lado.

—No, gracias.

—Vale, me quedo aquí un rato, que te veo muy sola —se acomodó en la tumbona conmigo, mientras lo miraba si poder creerlo, y me pasaba el brazo por los hombros al tiempo que se cruzaba de piernas.

—Stefan, vete a otra tumbona —dije tratando de quitarme su brazo de encima, pero no hubo manera.

—Estoy bien en esta.

—Por Dios, ¿qué te he hecho yo? —protesté— ¿No está tu amiguita hoy por aquí para que la molestes a ella?

—No es mi amiguita.

—Tu pareja, cierto, lo olvidaba —volteé los ojos.

a

—Me gusta más estar contigo, pequeña —dijo mirándome y antes de que me diera cuenta, sus labios estaban sobre los míos.

Me pilló por sorpresa, pero no por eso iba a mentir y decir que no me gustaba, porque sí me gustaba que me besara, y mucho.

Pero estábamos en el jardín, mi madre podía salir en cualquier momento y vernos, algo que quería y debía evitar a toda costa.

—Para, si mi madre nos ve…

—Pues le decimos la verdad, que nos conocemos muy, pero que muy bien.

—Nunca —le señalé—, ¿me oyes? Nunca te atrevas a contarle a mi madre que nos conocemos de ese modo. Ella es feliz con tu padre, y él me gusta para ella, no lo estropees, Stefan, o te juro que te hago la vida imposible.

—Me pones mucho cuando te enfadas, pequeña —dijo mientras me acariciaba la mejilla—. Voy a besarte, Emma y me da igual que no quieras.

Y lo hizo, se lanzó a besarme como si no hubiera un mañana y yo dejé que lo hiciera, hasta que escuché el carraspeo de Mabel y conseguí que se apartara.

—Vamos a ir a ayudar a tu madre a poner la mesa —me dijo, y asentí.

Dejé a Stefan en la tumbona y cogí el pareo que fui poniéndome por el camino hasta la casa.

—Emma.

—No lo digas, que ya lo sé —la corté—. No me ha hecho caso, y no podía apartarlo.

—Si os ve alguien que no seamos Evan o yo…

—Lo sé —suspiré entrando en la casa.

Fuimos a la cocina y mientras mi madre y Maggi ultimaban la comida, nosotras pusimos la mesa en el salón para después subir a darnos una ducha rápida y vestirnos.

Cuando Dorian y Elena regresaron del restaurante, los chicos también se habían cambiado de ropa, nos sentamos todos a la mesa y disfrutamos de aquella comida.

Me retiré después del café para hablar con mi padre, a quien le dije que le haría llegar el traje para la boda aquí, que no se preocupara, y es que quería pedirlo a una de las firmas con las que Gabriel y yo habíamos hecho algunas colaboraciones juntos, igual que pediría el de mi amigo.

Stefan y Evan salieron para tomarse una copa, Mabel se unió a mí y estuvimos echando un vistazo a las fotos que habíamos hecho esa mañana.

—Emma, cariño —me giré cuando me llamó mi madre—. Ha venido alguien que dice que está invitado a la boda —sonrió, y supe que acababa de conocer a Gabriel.

Abrí la boca y sonreí, fingiendo ser una novia enamorada, y me levanté de un salto para ir hacia el salón donde vi a Gabriel.

El muy jodido estaba guapísimo con los vaqueros y la camiseta.

—¡Gaby! —grité mientras corría hacia él, que sonrió al verme, y me lancé a sus brazos haciendo que casi acabara cayendo por mi culpa, pero controló bien el equilibrio.

,

No lo dudé, le planté un beso de esos de película de amor al más puro estilo de Hollywood, y él me miró con los ojos muy abiertos hasta que comenzó a relajarse y me siguió el juego.

—Vaya recibimiento —dijo con una sonrisa.

—Te echaba de menos.

Escuché un leve sonido de protesta a mi espalda y supe que era Stefan, pero no le presté atención, no al menos más de la necesaria.

—Hija, ¿no vas a presentarme? —preguntó mi madre, y me giré a mirarla por encima del hombro.

—Mamá, él es Gabriel, mi novio —noté que se tensaba a mi lado, pero no me corrigió—. Gaby, ella es mi madre, Julia, la novia —sonreí.

—Un placer conocerla, suegra —dijo extendiendo la mano que ella estrechó antes de acercarse para darle dos besos, momento en el que me dejó en el suelo.

—No me habías dicho que fuera a venir tu novio —comentó mi madre—. De hecho, ni siquiera sabía que tenías novio. Pero el caso es que me suenas, Gabriel.

—Julia, él es *influencer*, como Emma, han colaborado con algunas marcas juntos, y todo el mundo los adora y, sin saberlo, les piden que sean pareja.

s—Es verdad, eres tú —sonrió mi madre—. El chico guapo por el que siempre te pregunto y me dices que solo sois amigos.

—Bueno, ya sabes, una necesita estar segura de que el hombre con el que se acuesta, es con el que se despertará a día siguiente —respondí.

—Eso es un zasca, socio —murmuró Evan, y Stefan se giró hacia él, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué tal el viaje, amor? —le pregunté a Gabriel.

—Muy tranquilo, por suerte. Pero estaba deseando ver a mi chica —se inclinó y me dio un beso rápido en los labios.

—Ven, te llevo a tu habitación —dije cogiéndole la mano.

—¿No va a dormir contigo? —preguntó Stefan, que estaba junto a la puerta del porche cruzado de brazos.

—Por respeto a nuestros padres, no —contesté.

—Hija, preséntale tu futuro hermano a tu novio.

Volteé los ojos, pero hice las presentaciones, eso sí, empecé por Evan, a quien se le escapó una sonrisilla.

—Y él es Stefan, mi futuro hermanastro mayor —dije—.

—Encantado —Gabriel le estrechó la mano, y Stefan solo asintió.

—Ahora, sí, vamos a tu habitación. Lo instalo al lado de la mía, mamá.

—Vale, cariño —sonrió—. Hacéis muy buena pareja.

—Con tu hija es imposible no hacerla —dijo Gabriel, que me miraba con unos ojitos de niño enamorado, que era para comérselo.

—Ahora bajamos.

—Tomaos vuestro tiempo, hermanita —contestó Stefan, con ese tonito de chulería que iba a empezar a odiar.

Me llevé a Gabriel hacia las escaleras, cogió su maleta y fuimos cogidos de la mano hasta que entramos en la que iba a ser su habitación.

—¿Desde cuándo tú y yo somos novios, preciosa? —preguntó con la ceja arqueada.

—Desde que descubrí que mi futuro hermanastro es el hombre con el que tuve un fin de semana de sexo desenfrenado hace tres años y desapareció el lunes por la mañana.

—Me faltan datos de esta historia —se sentó en la cama, y me cogió la mano para que me sentara en su regazo—. ¿Me los cuentas?

Sonreí, le di un beso en la mejilla y asentí. Suspiré y comencé a contarle todo desde el principio, desde aquella noche tres años atrás cuando fui a un evento en el local llamado *Olimpo* en Marbella, donde conocí a un empresario llamado David y tras un tonteo y comprobar que conectamos, me fui con él a un hotel a pasar esa noche y me quedé también el domingo.

Cuando llegué al momento en el que vi a Stefan y supe que era ese hombre, le conté lo que él me había dicho sobre su viaje, lo del accidente y las fotos que había visto nuestras en mi perfil.

—Me he liado con él otra vez, que no debería, pero pasó, dos veces —confesé—, pero la segunda fue después de pedirte que vinieras porque volvió a dejarme sola y cuando lo vi, se estaba besando con su amiguita, su pareja o lo que sea que es esa mujer para él.

—Qué fuerte, me has puesto los cuernos con tu futuro hermanastro —dijo mirándome con la ceja arqueada.

—Gabriel, por Dios —protesté, y sonrió.

—Vale, entonces, tengo que hacer de novio súper enamorado, que no sabe que te has acostado con tu nuevo hermano mayor.

—Sí —suspiré—. Siento meterte en esto, pero…

—Tranquila, creo que va a ser muy divertido ¿Tengo carta blanca para ser un súper novio con todas las funciones que un novio tiene, delante de él?

—Sin pasarte, a ver si vas a querer follarme delante de él.

—No, no —rio—, pero se va a poner muy celoso.

—Tampoco quiero eso, con que se dé cuenta de que no voy a volver a caer en sus brazos otra vez —me encogí de hombros.

—Vale, entonces desde este momento soy tu novio.

—Sí.

—Ok —me dio un beso en la mejilla—. Pero, una cosa, preciosa.

—Dime.

—¿Estás segura que no quieres nada con ese hombre, ni él contigo? Y me refiero a nada serio.

—No, a la vista está que he sido otro polvo fácil para él.

—Pues por cómo me ha mirado al conocerme, yo no diría que eres solo eso, pero vale. Haré mi papel de novio enamorado, y él se pondrá celoso hasta acabar en llamas.

—Madre mía, a ver si va a ser esto peor que el no haberte llamado.

—Que no, tú tranquila, que soy un novio muy bueno —me hizo un guiño y me dio un beso en la mejilla.

Lo ayudé a deshacer el equipaje y cuando lo tuvimos todo colocado, decidimos bajar, no tardarían en llegar Dorian y Elena, los únicos que faltaban por conocerle.

—Madre mía, a ver si va a ser esto peor que el no haberte llamado.

—Que no, tú tranquila, que soy un novio muy bueno —me hizo un guiño y me dio un beso en la mejilla.

Lo ayudé a deshacer el equipaje y cuando lo tuvimos todo colocado, decidimos bajar, no tardarían en llegar Dorian y Elena, los únicos que faltaban por conocerle.

Capítulo 18



Cuando entramos en el salón Mabel estaba allí mirando su móvil, al vernos sonrió y fue a saludar a Gabriel.

—Hola, preciosa —le dio un par de besos.

—¿Ya te ha contado? —murmuró, y él asintió— Ok, guay. Pues ya sabes, haz el papel de tu vida que igual descubres que vales para la interpretación.

—Desde luego, si esto sale bien, que nos den un Oscar o un Goya a los tres, porque, madre mía…

—Ah, ya estás aquí —dijo mi madre, que entró sonriendo—. He hablado con Dorian, y vamos a ir a cenar al restaurante.

—Vale, pues, cuando queráis podemos irnos —contesté.

—Voy a pedirle a Claus que nos lleve.

—¿Y Stefan?

—Se fue con Evan en cuanto tu madre habló con Dorian —me dijo Mabel, encogiéndose de hombros.

—¿Estáis listos para salir ya entonces?

—Sí, mamá, solo tengo que coger el bolso.

—Yo te lo bajo, nena, tú quédate aquí con tu chico —Mabel sonrió haciéndome un guiño y sonreí al verla irse hacia el pasillo.

Mi madre fue a buscar a Claus y yo aproveché para enseñarle a Gabriel el jardín desde el salón antes de ir hacia la entrada de la casa para esperar a Mabel.
Una vez se unió a nosotros, salimos con mi madre y subimos al coche.

Durante el camino mi madre no paró de preguntarle cosas a Gabriel, quería conocer un poco más a su yerno. Me sentía mal por estar mintiendo a mi madre de ese modo, pero algún día, uno muy lejano, cuando se lo contara, sabía que me perdonaría y se reiría de todo esto conmigo.

Llegamos al restaurante y Gabriel me cogió de la mano, sonreí al mirarlo y él me hizo un guiño antes de inclinarse a darme un beso en la mejilla.

Entramos y vimos a Dorian y Elena en la barra tomando una copa de vino junto a Stefan y Evan. El ateniense de mis tormentos se tomó la copa de un sorbo y nos miró un poquito mal.

—Cuidado nena —me dijo Mabel.

—¿Qué pasa?

—Una daga ateniense voladora.

—Madre mía, estás fatal —reí.

—Sí, sí, pero Gabriel también la ha visto, ¿a qué sí?

—Sí —murmuró.

—Vaya, me ausento unas horas y tenemos inquilino nuevo en la villa —dijo Dorian.

—Espero que no te importe que lo invitara a venir, pero mi madre me dijo que podía venir quien quisiera…

—Emma, vas a ser mi hija, y este muchacho, mi yerno, no hay problema porque te acompañe estos días hasta la boda. Soy Dorian, encantado de conocerte —le tendió la mano a Gabriel y él se la estrechó.

—Gabriel, un placer, señor.

—Solo Dorian —sonrió.

—Entendido.

—Yo soy Elena, la pequeña de la familia —dijo con una sonrisa al tiempo que ponía los dedos de ambas manos formando una V.

—Una pequeña muy bonita —contestó Gabriel.

—Me gusta tu novio, hermana —Elena me hizo un guiño y acabé riendo.

Otro resoplido por parte de Stefan me llamó la atención, y cuando lo miré, vi a Evan dándole un codazo en el costado. Mabel también lo vio y sin que nadie se diera cuenta, levantó los pulgares en señal de que nuestra pequeña mentira, estaba teniendo buenos resultados.

—Vamos a la mesa —dijo Dorian, y todos le seguimos.

Gabriel no me soltaba la mano, se había metido muy bien en el papel de novio y, cuando pillaba a Stefan mirándome, no dudaba en darme un beso o hacerme una caricia en la mejilla o un guiño cómplice.

Nos sentamos y, al igual que yo tuve que verlo a él con esa mujer sentados frente a mí, esta vez nosotros estábamos sentados frente a Stefan.

Dorian pidió vino y varios platos típicos, además de marisco, que nosotras ya habíamos probado y que a Gabriel también le gustaron.

Durante la cena no me pasó desapercibido el modo en el que Stefan miraba a Gabriel, en algunos momentos incluso lo encontré apretando los dientes si Gabriel me daba un beso.

—Os veo, y es que no se puede negar que sois una pareja de guapos perfecta —dijo Elena—. Mira que he visto fotos vuestras en redes, pero en persona se os ve mucho mejor. ¿Vais a confirmar a vuestros seguidores que sois pareja?

—Pues no, por el momento no —contesté.

—Os harían muchas más peticiones para colaboraciones con las firmas de ropa que promocionáis.

—Eso les dije yo, pero van a ir poco a poco —comentó Mabel.

—De todos modos, ya sabes cómo es esto —miré a Gabriel para ver qué decía—. Cuando la relación se lleva en secreto, no corre peligro de romperse. Cuanta más gente lo sepa, a veces es peor, pueden intentar hacer que rompamos.

—Que ya lo han intentado, por cierto —añadió Mabel—. Hay muchas seguidoras de Gabriel que lo quieren para ellas y a mi pobre Emma la llaman, bruja.

—Gente que quiere hacer daño oculta en las redes o bajo un nombre falso, siempre habrá, cariño —dijo mi madre con una sonrisa cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—Lo sé, mamá. En mis primeros años tuve algunas de esas personas.

—Pero ahí estaba yo para callar bocas y soltar sapos y culebras por la mía —me reí al escuchar a Mabel—. Capeamos aquello como dos campeonas y no volvieron a decir nada.

—Hasta que empezamos a subir fotos juntos —comentó Gabriel.

—Pues ni caso, que hacéis una pareja súper bonita —sonrió Elena, y di un sorbo a mi copa—. ¿Tenemos boda a la vista? —preguntó de manera inocente y espontánea, y tanto yo, como Stefan, que también había dado un sorbo a su copa, acabamos derramando el líquido en la mesa.

Mi madre, Dorian y Elena, miraron a Stefan sin entender su reacción. Se disculpó mientras se ponía en pie para ir al cuarto de baño a limpiarse un poco, y antes de irse nos miró a Gabriel y a mí, con el ceño fruncido.

—Elena, hija, no hagas preguntas incómodas —rio Dorian.

—Tranquilo, no pasa nada —dije sonriendo—. Es solo que me ha pillado por sorpresa. Pero no, de momento no hay boda.

—Vaya, yo que pensaba que la próxima sería en Marbella —suspiró.

Seguimos cenando y charlando hasta que Stefan regresó del cuarto de baño, momento en el que Gabriel se interesó por el trabajo de mi futura hermanastra.

En el momento en el que dijo que se encargaba del restaurante durante el día y del local de copas de Stefan durante la noche, le dio la enhorabuena porque no todo el mundo compaginaba bien dos trabajos tan diferentes.

Tomamos café y propusieron ir al local de Stefan a terminar la noche con una copa, mi madre y Dorian prefirieron irse a casa y nosotros aceptamos.

Mabel, Gabriel y yo fuimos en el coche de Elena, Stefan y Evan lo hicieron en el suyo. Cuando llegamos, a Gabriel le gustó el ambiente y no tardó en habituarse a él.

Nos quedamos en la barra tomando esa copa mientras Stefan saludaba a algunos clientes, y Evan nos hacía compañía.

Fui al cuarto de baño y a la vuelta Stefan me cogió por la muñeca para llevarme al pasillo que llevaba a su despacho.

,

—¿Qué haces?

—No te va a hacer feliz —dijo.

—¿Qué?

—Ese chico, no te va a hacer feliz, Emma.

—Ah, ¿y tú sí? —arqueé la ceja, pero no contestó— Lo imaginaba —hice que me soltara y salí de allí para volver a con los demás.

En cuanto Gabriel me vio llegar frunció el ceño, preguntó si estaba bien y asentí, pero solo necesitó un vistazo hacia la puerta del pasillo por la que ahora salía Stefan, para saber que había pasado algo.

—Ey, sonríe, que Gabriel ha llegado al rescate —me hizo un guiño y sonreí.

—Te he metido en un lío, que no es lo mismo.

—No, preciosa, me has invitado a unas vacaciones de lujo en una villa de Atenas, que no se te olvide.

—Ay, Gabriel, que no sé cómo acabará esto —suspiré abrazándolo.

—¿Quieres que te diga yo cómo va a acabar?

—Miedo me da —reí.

—Pues mira, el ateniense me da a mí que va a intentar conquistarte y al final sí que habrá boda en Marbella.

—¿Qué dices?
1

—¿Quieres apostar? —Arqueó la ceja.

—No, no, que seguro que pierdo.

—Por supuesto que perderías —me dio un beso en los labios y vi que Stefan pasaba en ese momento por nuestro lado.

—Me voy a la villa, ¿vienes o te quedas? —le preguntó a Evan, que estaba muy cerquita de Mabel— No contestes. Nos vemos mañana.

Me echó una última mirada y se fue, Elena le preguntó a Evan qué le pasaba a su hermano y él no dijo más que eran cosas del trabajo, pero me miró a mí.

Si estaba celoso, era su problema. No teníamos nada, fue decisión suya no enviar un mensaje años atrás. Si lo hubiese hecho, quién sabe cómo estaríamos ahora.

Capítulo 19



Salí al jardín esa mañana, la primera de Gabriel en la villa, y estaban todos desayunando.

—Buenos días —saludé, y Mabel frunció los labios al ver que estaba un poquito seria.

Gabriel sonrió, me tendió la mano y me senté a su lado, momento en el que me dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, preciosa —dijo.

—Nena, estábamos hablando Gabriel y yo de ir a pasar el día fuera.

—Sí, por mí, genial —sonreí.

Cogí una tostada y noté la mirada de Stefan sobre mí, no quería mirarlo, pero sabía que me observaba.

En ese momento le sonó el móvil y se disculpó entrando en la casa, por lo que me tomé el desayuno algo más tranquila y sin esa sensación de que me observaba.

—Chicas, reservad el día para mí, mañana —nos pidió mi madre, tras dejar su taza de café—. Vamos a una prueba de mi traje.

—Al fin vamos a ver el secreto mejor guardado de esta boda —dijo Elena.

—Desde luego, que parece que te dé miedo que te lo copiemos, Julia —comentó Mabel.

—No, no —rio mi madre—. ¿Vosotras ya tenéis vestido? Porque en la *boutique* hay algunos preciosos.

—Estamos mirando todavía, mamá. Seguramente, pida a una de las firmas que promociono que nos los envíen.

—Al final nuestra boda va a servir para que la niña tenga más trabajo —dijo Dorian.

—Y que no me falte —reí.

—Evan, tenemos que irnos —miré a Stefan cuando salió al jardín.

—¿Vendréis a comer, hijo?

—No lo creo papá. Te aviso de igual modo —contestó, y Dorian asintió.

Después de irse ellos dos, no tardaron en marcharse Dorian y Elena, también. Mi madre me dio un beso y fue a trabajar en el despacho, pues dijo que tenía que revisar unas propiedades que querían poner en venta con su inmobiliaria.

Subí por mi bolso y el de Mabel y cuando regresé, fuimos hasta el coche donde nos esperaba Claus para llevarnos a la ciudad.

Nos dejó poco después en el barrio de Psiri, al oeste de la plaza de Monastiraki, y que según nos dijo Mabel estab considerado el *SoHo* de Atenas, ya que era el barrio de moda de la ciudad.

Y no era para menos aquella afirmación que hacían en diferentes sitios de Internet, puesto que en el barrio de Psir se encontraban las mejores tiendas de diseño, así como una gran variedad de terrazas y bares donde disfrutar tranquilamente de un café, un aperitivo o una copa, lejos del bullicio de los barrios y zonas más turísticos de Atenas.

Pero si había algo que caracterizaba ese barrio, y que le daba un aire muy distinto a todos los demás, eran los grafitis que decoraban diferentes lugares.

Caminamos por la calle Anargiron, donde se encontraban la mayoría de los bares, hasta llegar a la conocida Plaza de los Héroes, donde paramos a tomar un café y hablar de lo que ocurriría en esos días en los que Gabriel y yo seguiríamos fingiendo ser pareja.

—Por lo pronto, vais a haceros una foto de esas súper chulas para subir juntos, a las redes —dijo Mabel cuando nos trajeron los cafés.

—A ver, nuestros seguidores saben que yo estoy en Atenas —contesté—, verlo a él aquí va a dar que hablar.

—Exacto. ¿Recuerdas lo que te puso él en una de las fotos? Eso de, tú allí o algo así.

—En Atenas y sin mí. Otro día triste que afrontar, fue lo que escribí —dijo Gabriel.

—Buena memoria —Mabel le señaló—. Pues ahora ya no va a estar triste porque está en Atenas también.

—Y dirán que si somos pareja.

—Y ahí entráis a responder los dos lo mismo, nena. Ni confirmo ni desmiento.

—¿Eso tenemos que poner? —curioseó Gabriel.

—Sí. ¿No dijiste que tenías que promocionar una de las firmas? —le preguntó a él.

—De hecho, es esta ropa —contestó con una sonrisa.

—Pues mejor me lo pones. Fotos en este pintoresco barrio. A ti te voy a hacer alguna mirando anillos en el escaparate de una joyería por la que hemos pasado —me dijo.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

a—No, no, es perfecto. ¿No hemos venido a una boda? Pues tengo hasta la frase para el post.

—¿Siempre es así? —quiso saber Gabriel, y asentí— Das miedo, Mabel.
i
—Tú calla, y dame el móvil para hacerte las fotos, anda.

—Si me lo pides de ese modo, como para decirte que no.

Nos echamos a reír, Gabriel le entregó el móvil y no tardó en hacernos varias fotos allí sentados, en la terraza de la cafetería, con nuestras tazas en la mano, otra donde ambos habíamos apoyado la cabeza en la del otro y sonreíamos, una incluso donde nos mirábamos por el rabillo del ojo y que quedó de lo más bonita.

—La pareja del año, os lo digo yo.

Sonreímos al escuchar a Mabel y fue Gabriel quien subió las fotos etiquetándome, no tardaron en reaccionar nuestros seguidores y comentarlas.

Empezamos con la sesión de fotos a Gabriel en aquel barrio y cuando teníamos una gran cantidad de ellas, Mabel me hizo ponerme delante del escaparate de la joyería para hacerme esa foto que había dicho, como si de algo espontáneo se tratara.

Ni siquiera me dejó subirla a mí a las redes, sino que lo hizo ella, y cuando vi el comentario, resoplé antes de soltar una carcajada.

“Dicen que de una boda sale otra boda. ¿Será esta una señal?”

—Madre mía, verás los comentarios —rio Gabriel.

—A ver, que yo esto lo hago porque el ateniense se ha puesto celoso, que se le nota una mijita —dijo Mabel, mientras juntaba el pulgar y el índice para hacer hincapié en lo de la mijita.

—No está celoso, esta frustrado porque no va a poder seguir colándose en mi habitación.

—Y en tus bragas —añadió ella.

—Qué fina y delicada eres —volteé los ojos.

Íbamos hacia uno de los bares para comer cuando, de una de las tiendas, salió la persona que menos esperaba ver por allí esa mañana. Sobraba decir que Cristel me dedicó una de esas miradas que daban miedo, pero no iba a dejar que me atemorizara con su presencia.

—Vaya, si está aquí la futura hermana de mi chico —dijo.

—Hola, Cristel —saludé y cuando pasé por su lado, me puso la mano en el pecho, para detenerme.

—Sé quién eres —me giré para mirarla, sorprendida—. No me mires con esa carita, Stefan me lo cuenta todo. Sé que una vez tuvisteis algo y que ahora quieres recuperarlo, que le sigues y te le insinúas. Hazte un favor a ti misma y no te rebajes de ese modo, no vas a recuperarlo porque va a casarse conmigo.

—¿En serio? —preguntó Mabel con la ceja arqueada.

—Puedes estar tranquila —dije y volvió a mirarme—, no tengo ningún interés en él. Y eso de que yo lo sigo y me le insinúo, no sé de dónde lo sacas, pero no es cierto. Si me disculpas —le quité la mano de mi pecho y pasé por su lado para continuar mi camino con Mabel y Gabriel, que no dudó en pasarme el brazo por los hombros y darme un beso rápido en los labios mientras ella miraba para que viera lo que los demás, que era mi pareja.

Cristel no contestó, pero me mosqueaba eso de que dijera que era yo la que iba detrás de Stefan.

—Ni caso, nena, esa mujer debe estar amargada, no hay más que verle la cara —me dijo Mabel.

Sonreí, nos sentamos en una de las terrazas a comer y allí pasamos casi toda la tarde, mientras escogíamos las mejores fotos de Gabriel, para que subiera a las redes y promocionar la ropa de la firma que llevaba esa mañana.

Tomamos café y decidimos seguir paseando por el barrio, entramos en algunas tiendas donde hicimos un par de compras, y llamé a Claus para que nos llevara de vuelta a la villa, a tiempo de llegar para la cena.

Capítulo 20



Saludamos a mi madre y Dorian cuando entramos en el salón, estaban sentados tomando una copa de vino mientras esperaban a Elena, que había ido a hablar por teléfono con uno de los camareros del local de Stefan.

Y hablando del ateniense de mis tormentos, por la puerta entraba seguido de Evan.

—Buenas noches —saludó.

—Hola, hijo. ¿Qué tal ha ido el trabajo?

—Bien.

—Elena está hablando con uno de los camareros ahora —dijo mi madre.

—Sí, me ha llamado, pero era por algo que sabe ella, es la que más tiempo está en el local —Stefan se sentó junto a su padre y me miró, momento en el que Gabriel me pasó el brazo por los hombros.

—Ya estoy de vuelta —miramos hacia la puerta para ver a Elena.

—¿Lo has arreglado? —le preguntó Stefan.

—Sí, tranquilo, hermano, que está solucionado —sonrió acercándose para darle un beso en la mejilla y se sentó en el apoyabrazos del sofá, a su lado.

—Pues si ya estamos todos, vamos a cenar —ordenó Dorian, poniéndose en pie.

—¿No viene tu pareja, Stefan? —curioseó Mabel, y la miré con los ojos tan abiertos que habría jurado que se me saldrían de las cuencas.

—No —se limitó a contestar él, mientras iba hacia la puerta.

—Mabel, por Dios —susurré.

—¿Qué? A ver si es que él va a poder ser el único que lance dagas voladoras. Qué manera de miraros, por favor —volteó los ojos.

Resoplé y fui hacia el pasillo con Gabriel a mi lado frotándome el brazo. El pobre de esta se iba a ganar el cielo porque lo había metido en un marrón, sin comerlo ni beberlo, que le iba a deber un favor de esos grandes que no sabría cómo pagar.

Nos sentamos a la mesa y no tardó Maggie en aparecer junto con una de las empleadas de la casa con la cena.

Había *dolmades*, ensalada griega, *gyros*, marisco y una carne a la brasa que estaba buenísima.

Stefan se pasó toda la cena mirándome, y yo evitando hacerlo. Pero sentía sus ojos puestos en mí, al igual que escuchaba el modo en el que resoplaba si Gabriel me hacía algún gesto de cariño.

Charlamos de la mañana de chicas que nos esperaba al día siguiente, y finalmente conseguimos que mi madre nos dijera dónde iba a llevarnos.

—La *boutique* está en el barrio de Psiri —sonrió.

—Pues hemos estado por allí todo el día los tres —contestó Mabel—. Hoy la sesión de fotos ha sido para Gabriel, y ha quedado de lo más chulas con esos grafitis de fondo.

—¿Las habéis subido ya? —preguntó Elena.

—Sí, y alguna más —sonrió mi amiga de lo más cómplice.

Elena, que había empezado a seguirme poco después de que llegáramos a Atenas, cogió el móvil mientras daba un sorbo a su copa de vino y entró en sus redes para ver mi perfil.

—Si es que sois una pareja de guapos perfecta —dijo al vernos a Gabriel y a mí—. No puede ser —rio—. ¿De verdad has subido esta foto? —giró el móvil para que todos la vieran, y era en la que estaba delante del escaparate de la joyería.

—Verás que al final tenemos que preparar otra boda, cariño —comentó Dorian con una sonrisa.

—No, no, si me caso es en Marbella —contesté.

—Pues hija, podríais aprovechar que estáis aquí, que va a venir tu padre y que tenemos todo listo para nuestra boda, y celebrar también la vuestra.

—Mamá, que no vamos a casarnos todavía —reí.

—No estoy tan segura de eso, mira la cara de Gabriel —me dijo, y cuando miré a mi supuesto novio, estaba sonriendo con una cara de pillín que era de lo más sospechosa.

—En serio, Julia, aún no hemos planeado nada.

—Al menos espero ser la primera en enterarme cuando llegue ese momento, no quisiera saberlo al mismo tiempo que vuestros seguidores —le señaló.

—Descuida, que en cuanto le ponga un anillo a tu hija en el dedo, te haremos una videollamada.

—Eso está mejor.

Sonreí, Gabriel me dio un beso en la mejilla y terminamos de cenar tomando un postre que había preparado mi madre, un flan de queso que estaba buenísimo.

Ella y Dorian se retiraron poco después para ir a dormir dejándonos a los jóvenes, como habían dicho, disfrutar de la noche en el porche, y es que Elena propuso salir a tomar una copa.

Stefan fue el único que no se quedó, los demás salimos a tomarnos una copa mientras charlábamos del regalo que Elena quería hacerles a nuestros padres por la boda.

—Mi padre no me dejaba pagar parte de la luna de miel, así que encargué algo que a los dos les gustará tener.

—¿Qué es? —curioseé.

—Un retrato suyo. Hay una foto de ellos que les encanta, y la tienen en la habitación. Hice una copia y encargué un lienzo pintado a mano por un artista local. He ido a verlo esta tarde, y ha quedado precioso, parece una foto.

—A mi madre siempre le ha gustado el arte. En casa y en la inmobiliaria tiene algunos cuadros, pero no son de esos que valen miles de millones, como pensó aquel novio que tuvo —volteé los ojos.

—Ay, por favor, si todavía recuerdo el día que dijo que los iba a vender —dijo Mabel—. A ver, que igual se habría sacado unos miles, pero no se habría hecho millonario.

—Y por eso robó a mi madre el dinero de las comisiones.

—Qué cabrón —dijo Evan.

—Hay mucha gente mala por el mundo —me encogí de hombros.

Seguimos allí charlando hasta que nos acabamos la copa, momento en el que todos decidimos ir a nuestras habitaciones y descansar, nosotras, porque teníamos por delante un intenso día de compras desde bien temprano con mi madre.

Nos despedimos todos en el pasillo, entré en mi habitación y fui a darme una ducha antes de meterme en la cama. Cuando salí con el pijama puesto, me encontré a Stefan allí, esperándome.

—¿Te has vuelto loco? Esto ya empieza ser preocupante —dije pasando por su lado.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que hablar, puedes creerme. O, bueno, sí que hay una cosa. Tu amiguita.

—¿Qué amiguita? —Frunció el ceño.

—Cristel.

—Oh, por Dios —suspiró—. No es…

—Sí, sí es. Resulta que cuando íbamos a comer, la hemos visto saliendo de una tienda del barrio de Psiri, y me ha dicho que sabe quién soy —abrió los ojos con cierta sorpresa—, que me olvide de recuperarte y que deje que seguirte e insinuarme. ¿No sabe que eres tú —le señalé con el dedo el pecho—, el que se cuela en mi habitación por las noches? Ah, sí, también me ha dicho que vas a casarte con ella, así que, hazme el favor y sal de mi habitación ahora mismo —hice un leve movimiento de cabeza indicándole la puerta.

—No me interesa ella, Emma —dijo mientras me sostenía por las caderas en un rápido movimiento—. No me interesa Cristel.

Cuando quise darme cuenta me tenía cogida en brazos mientras sus labios se apoderaban de los míos en un beso frenético, lujurioso y de lo más pecaminoso.

Nuestras lenguas se movían al unísono, buscándose y encontrándose sin tregua ni descanso, y la cordura abandonó mi mente mientras mi cuerpo se dejaba llevar por todo lo que sentía en ese instante.

Stefan me quitó la camiseta del pijama, lanzándola en algún punto de la habitación mientras se apoderaba de nuevo de mis labios en un beso furioso y rudo que me dejaba sin aliento.

Bajó mis pantalones haciendo que cayeran a mis pies, junto con la braguita, y cuando me tuvo desnuda por completo me alzó en brazos para llevarme a la cama.

Tras recostarme en ella no dudó ni un instante en separarme las piernas y colocarse entre ellas, lanzándose con desesperación a mi sexo. Me lamía y mordisqueaba el clítoris sin censar, rápido y con la intención de hacerme llegar al orgasmo antes de que siquiera me diera cuenta de que me acercaba.

Comenzó a penetrarme al mismo tiempo que su juguetona lengua se deslizaba entre mis pliegues una y otra vez, haciendo que mi cuerpo temblara presa del placer que me provocaba. Arqueé la espalda agarrándome a la sábana con fuerza, gimiendo y tratando de no gritar demasiado alto, y cuando los dos fuimos conscientes de que estaba a escasos segundos de liberarme, Stefan empezó a ir mucho más rápido hasta que lo hice, hasta que alcancé ese orgasmo tan brutal como intenso sin que él se detuviera mientras mis caderas se movían en busca de más y más placer.

Cuando se disipó ese último coletazo de mi orgasmo, Stefan liberó su miembro sin siquiera desnudarse y en un rápido movimiento, con fuerza y contundencia, me penetró haciendo que lo sintiera tan, pero tan dentro, que por un momento creí que acabaría desmayándome ante aquel placer.

Agarró mis muñecas con una mano, manteniéndolas por encima de mi cabeza, con la otra se aferró a mi cadera con fuerza y noté el modo en el que las yemas de sus dedos se clavaban en la carne.

Sus ojos se posaron en los míos, oscuros y brillantes por el deseo, cargados de un fuego que me hacía estremecer y desearlo más y más a cada segundo que pasaba.

Se inclinó, lamió y mordisqueó mis pezones, tirando de ellos levemente, haciendo que una excitante mezcla de dolor y placer me recorriera de pies a cabeza, haciendo que arqueara la espalda y moviera las caderas sintiéndolo dentro de mí, llenándome con su miembro erecto, duro y palpitante, mientras mis gemidos y sus leves gruñidos se hacían presentes ante el silencio de la habitación.

Y fue entonces cuando empezó a moverse rápido y con fuerza, penetrándome una y otra vez sin descanso, manteniendo mis muñecas sujetas, inmovilizando mis manos mientras seguía agarrándome por la cadera con tanta fuerza, al tiempo que me ayudaba a ir al encuentro de sus embestidas que me resultaba imposible no gritar.

Stefan siguió y siguió entrando y saliendo, penetrándome con fuerza una y otra vez, una y otra vez sin perder el ritmo, hasta que los dos sentimos que el orgasmo se acercaba, y para mi sorpresa, se detuvo.

ó

Lo miré con el ceño fruncido y el pecho subiendo y bajando rápido por la respiración agitada. Se retiró soltándome las muñecas, me agarró por las caderas haciéndome girar en la cama hasta quedar recostada bocabajo, volvió a coger mis manos y a llevarlas de nuevo sobre mi cabeza, las inmovilizó agarrándome por las muñecas con una de sus manos, elevó mis caderas y una vez más me penetró desde atrás con fuerza, haciendo que un gemido ahogado saliera de lo más profundo de mi ser.

Siguió moviéndose sin descanso, sin parar, entrando y saliendo fuerte y rápido hasta que noté que agarraba mi cadera con tanta fuerza, que sentí una leve punzada de dolor en la carne. Se acercaba, su orgasmo se acercaba rápido y sin control igual que el mío, y segundos después lo liberamos al unísono, mientras él seguía

penetrándome con la misma intensidad, jadeando a mi espalda al tiempo que mis gemidos se mezclaban con ellos

Cuando todo acabó y creí que se desnudaría para meterse en la cama conmigo, Stefan se retiró, liberó mis muñecas y noté que se inclinaba hasta que le escuchó hablarme al oído.

—Si quieres sigue mintiéndote, pero a él no lo deseas como a mí.

Salí de ese estado febril por el placer y la lujuria que me había hecho vivir, lo miré por encima del hombro y vi cómo se levantaba de la cama mientras acomodaba su miembro aún erecto bajo la ropa y se giraba para ir hacia la puerta.

Se marchó, lo vi salir sin haber podido decirle una sola palabra, sin poder decirle lo gilipollas que había sido en ese momento.

Pero sin duda yo lo había sido mucho más que él, por permitir que ocurriera aquello de nuevo, por dejar que mi mente y mi cuerpo se olvidaran de todo y le dieran a él el control.

Esto tenía que acabar, o la que iba a pasarlo mal, sería yo.
y

penetrándome con la misma intensidad, jadeando a mi espalda al tiempo que mis gemidos se mezclaban con ellos.

Cuando todo acabó y creí que se desnudaría para meterse en la cama conmigo, Stefan se retiró, liberó mis muñecas y noté que se inclinaba hasta que le escuchó hablarme al oído.

—Si quieres sigue mintiéndote, pero a él no lo deseas como a mí.

Salí de ese estado febril por el placer y la lujuria que me había hecho vivir, lo miré por encima del hombro y vi cómo se levantaba de la cama mientras acomodaba su miembro aún erecto bajo la ropa y se giraba para ir hacia la puerta.

Se marchó, lo vi salir sin haber podido decirle una sola palabra, sin poder decirle lo gilipollas que había sido en ese momento.

Pero sin duda yo lo había sido mucho más que él, por permitir que ocurriera aquello de nuevo, por dejar que mi mente y mi cuerpo se olvidaran de todo y le dieran a él el control.

Esto tenía que acabar, o la que iba a pasarlo mal, sería yo.

Capítulo 21



Bajé a desayunar dispuesta a ignorar a Stefan, salí al porche dando los buenos días y me senté junto a Gabriel, a quien no dudé en saludar con un beso de lo más apasionado, motivo por el cual mi amigo me miró con los ojos muy abiertos.

—Oye, oye, un poquito de decencia —dijo Mabel, tirándome la servilleta a la cabeza.

—Me pides eso porque tú no puedes dar los buenos días así a tu chico —sonreí.

—A ver, nena, que después de lo que escuché anoche saliendo de tu habitación, entiendo que lo saludes así, pero, están tus padres.

Me quedé pálida, lo sabía, porque mientras Stefan me follaba como un salvaje la noche anterior, creí que mis gritos estaban un poco más controlados de lo que al parecer estaban.

Al mirarlo a él vi que sonreía con disimulo mientras tenía la cabeza inclinada y daba un sorbo a su taza de café. Había que joderse, qué cabrito era si había sido consciente de que podían escucharme y no evitó que pasara, como la primera noche que lo hicimos allí.

—No fuiste la única que oyó ruidos al final del pasillo —dijo Evan, y lo miré aún más horrorizada.

—Doy fe de eso —rio Elena.

—Madre mía —murmuré llevándome las manos a la cabeza.

—Sí, sí, tu madre también oyó… algo —carraspeó ella.

—Me muero —dije sin querer levantar la vista.

—Tranquila, preciosa, que no me vuelvo a colar en tu habitación —escuché que decía Gabriel, mientras me frotaba la espalda.

—Yo tengo dudas al respecto —miré a Stefan cuando dijo aquello, y quise ahogarlo con mis propias manos—. Aunque no escuché nada. ¿Fue después de que habláramos, Emma?

—Sí —mentí.

—Estarías profundamente dormido, hermanito.

—Puede ser, Elena, puede ser.

—¿Y de qué hablasteis? —curioseó mi madre.

—De vuestro regalo, si cogíamos algo entre los tres o cada uno lo suyo —mentí de nuevo a mi madre y me sentía fatal por ello.

—Por mi parte, abstinencia hasta que vuelva a Marbella, preciosa, prometido —me dijo Gabriel con una leve sonrisa, y dimos el tema por zanjado.

Aunque por el modo en el que me miraba Stefan, con los dientes ligeramente apretados y ese brillo de maldad y enfado en los ojos, sabía que no quedaría zanjado en absoluto.

Estaba claro que Mabel y Gabriel sabían que lo que pasó en mi habitación, fue con Stefan, mientras los demás creían que había sido con Gabriel. Y dado que Gabriel, mi supuesto novio, estaba hablando también de lo que pasó, Stefan pensaba que había estado con los dos la misma noche. Bueno, eso jugaba a mi favor, al menos en parte.

Terminamos de desayunar y ya teníamos todas el día planeado para pasarlo con mi madre, por lo que Dorian le propuso a Gabriel ir con él al restaurante para que no se quedara solo. Stefan y Evan se quedarían trabajando en el despacho.

Salimos de la casa y Claus nos llevó hasta el barrio de Psiri, Mabel no tardó en notar mi incomodidad cuando llegamos, no quería encontrarme con Cristel esa mañana y sabía que, estando por allí, era lo que podría ocurrir.

Mi madre nos fue llevando hasta la *boutique* donde había encargado su traje y por suerte no era de la que vi salir a Cristel.

—Julia, buenos días —la saludó una mujer de cabello castaño y unos bonitos ojos azules.

—Hola, Diana —le dio un par de besos—. Ella es mi hija, Emma —me señaló—, y su mejor amiga, Mabel.

—Encantada —dijimos ambas al unísono.

—Igual de guapa que tu madre, no me extraña que las firmas te quieran para promocionar sus productos.

—Tu madre siempre presumiendo de hija —rio Mabel.

Diana nos acompañó hasta una salita donde nos sentamos las tres y nos trajeron un café mientras mi madre se probaba el que sería su traje de novia y que era el secreto mejor guardado de Atenas.

—Aquí tienen unos vestidos muy bonitos, y yo debería ir eligiendo ya el que ponerme para la boda —comentó Elena.

—Nosotras hemos echado el ojo a algunos de las firmas que promociona Emma. ¿Quieres mirar si te gusta alguno?

—Siempre que esté dentro de mi presupuesto —sonrió.

—Anda, boba, que vamos a ser hermanas —reí—. Tú mira el que te guste, que yo hablo con la firma y les digo que ese día promocionamos tres —le hice un guiño.

—¿Yo, haciendo de *influencer*? Qué vergüenza —se sonrojó.

—¿Cómo que, qué vergüenza? Pero si eres preciosa, Elena.

—Sé que no soy feílla, pero eso de que me vean en redes…

—Todo es cuestión de probar, y quién sabe, igual triunfas.

—Chicas —miramos hacia la puerta donde vimos a Diana sonriendo—. Julia está lista.

Se apartó y vi aparecer a mi madre. Estaba preciosa con aquel vestido en color beige, de gasa y una caída de lo más sutil y elegante, tirantes anchos con escote en forma de V.

—Mamá, es perfecto —sonreí poniéndome en pie—. Estás preciosa.

—¿De verdad? Ya me casé de blanco una vez y, bueno, me pareció un vestido muy bonito.

—Lo es, Julia —dijo Elena—. Mi padre va a llorar cuando te vea.

—¿Tu padre solo? Incluso Carlos llorará el día de tu boda —añadió Mabel.

—Los zapatos están forrados con la misma gasa —mi madre levantó un poco la falda del vestido para enseñarnos los zapatos, y sonreí al verlos.

—Vas a ser la novia más guapa del mundo, mamá —la abracé.

La ayudamos a escoger algunos complementos para el pelo con los que hacer el recogido que tenía en mente y del que se encargaría Mabel, así como de maquillarla. Salimos de la *boutique* y fuimos hacia una de las joyerías para regalarle entre las tres unos pendientes y una gargantilla que llevar en su gran día.

—En serio, chicas, no hace falta —dijo al ver dónde teníamos intención de entrar.

—Es nuestro regalo, así que, calladita, futura madrastra —contestó Elena.

—Por Dios, me acabo de sentir como la madrastra de Cenicienta. A mí no me llames de ese modo, niña —le dio un leve empujón con el hombro y todas reímos.

—Es que seguir llamándote Julia me parece feo.

—Peor es que me llames madrastra, no me digas que no.

—¿Entonces te llamo mamá?

—Mucho mejor, dónde va a parar.

—Veinticuatro años esperando para decir esa palabra —rio Elena,

—Ya sabes lo que dicen: nunca es tarde —contestó Mabel.

Echamos un vistazo a las preciosidades que había en la joyería y mi madre se enamoró de un conjunto de oro blanco y pequeñas piedras de cuarzo rosa. Ese fue el regalo que le hicimos las tres para llevar ese día.

—Y ahora vamos a pasar a esa *boutique* de allí —dijo Elena.

—Esa es de complementos y cosas para novias —comentó mi madre al verla.

—Ajá.

—¿Para qué vamos a entrar? Ya tengo el vestido y los complementos.

—No, no tienes todos los complementos, te faltan algunas cositas —dije mientras me colgaba de su brazo y le daba un beso en la mejilla.

—Empezáis a darme miedo las tres juntas, tenéis mucho peligro me parece a mí —entrecerró los ojos y nosotras

nos miramos y encogimos de hombros.

Una vez dentro de la tienda le dijimos a la dependienta lo que queríamos, y no tardó en llevarnos a una salita al fondo para mostrarnos varios modelos.

Mi madre nos miró con los ojos muy abiertos y las tres sonreímos con inocencia.

—Vaya tres bichos estáis hechas —rio.

—Venga, tú elige que esto también va a ser nuestro regalo para ti —contestó Elena.

—¿Para mí? Pero si lo va a ver tu padre también.

—Bueno, pues es nuestro regalo para los dos. Julia, una boda sin noche de bodas apasionada, no es una boda —dijo Mabel.

—Madre mía, estáis locas —negó mientras echaba un vistazo a los modelos que había traído la dependienta.

Cada conjunto de lencería era precioso, en blanco o en beige, dado que eran para llevar bajo el vestido con el que le daría el sí a Dorian. Mi madre eligió cuatro de entre los que había visto, y de esos descartó dos hasta que, finalmente, se decidió por uno de ellos. Era beige y de encaje, así que le pedimos a la dependienta la liga a juego.

Eso sí, le dijimos que, si tenía alguna con un detalle en azul, mucho mejor.

—Ya sabes, por eso de que las novias tienen que llevar algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul —dije.

La dependienta regresó con una que tenía la cinta toda alrededor y acabando en un pequeño lacito a cada lado, en ese tono.

—Vale, nuevo lleva toda la ropa, así como los complementos, pendientes y gargantilla. Azul, los adornitos de la liga, ¿qué hay de lo viejo y lo prestado?

—Yo le voy a prestar un bolso de mano en color beige que he traído —dijo Mabel.

—Y yo tengo lo viejo, pero hasta el día de la boda, no te lo doy —sonreí.

—Algo viejo que tú tienes, es tu padre, y no lo puedo llevar puesto —comentó mi madre, haciendo que la tres nos riéramos a carcajadas.

—Si su padre con cincuenta años es viejo, Julia, el mío con diez más, es un carcamal, vamos.

—Que no te oiga tu padre decir eso, Elena —rio mi madre.

—Por favor, tu padre con sesenta años es súper sexy, yo me lo ligaba si estuviera soltero.

—Mabel, hija, mira que eres —reí.

—¿Qué? Yo de este viaje tengo que volver a Marbella con mi propio dios griego, vamos.

—Después de comer vamos al museo y te hacemos fotos con los que encontremos —le dijo mi madre.

—Uy, uy, lo que me ha dicho —Mabel se llevó la mano a la frente, mirando a mi madre con el ceño fruncido—. Yo pensaba que me querías más, Julia.

—Bueno, Evan está soltero, si te sirve… —comentó Elena— Que no creas que no he visto cómo tonteáis.

—Mira de lo que me acabo de enterar —mi madre se cruzó de brazos—. Pues me vas a contar mientras comemos qué es eso de que Evan y tú tonteáis, jovencita.

—Poca cosa, Julia, que no hemos llegado a nada.

—De momento —dijimos Elena y yo, al unísono, y reímos.

—De momento, de momento. No descarto que pueda surgir una apasionada historia de amor en Atenas como la tuya con Dorian.

—Una historia de amor en Atenas, próximamente en cines —dijo Elena y volvimos a reírnos las cuatro.

Después de pagar las compras regresamos a la calle y nos adentramos por el barrio de Psiri una vez más, entramos en un bar y allí comimos, tomamos café, charlamos y reímos hasta bien entrada la tarde, cuando Dorian llamó a mi madre para decirle que fuéramos al restaurante a cenar.

—Que no te oiga tu padre decir eso, Elena —rio mi madre.

—Por favor, tu padre con sesenta años es súper sexy, yo me lo ligaba si estuviera soltero.

—Mabel, hija, mira que eres —reí.

—¿Qué? Yo de este viaje tengo que volver a Marbella con mi propio dios griego, vamos.

—Después de comer vamos al museo y te hacemos fotos con los que encontremos —le dijo mi madre.

—Uy, uy, lo que me ha dicho —Mabel se llevó la mano a la frente, mirando a mi madre con el ceño fruncido—. Yo pensaba que me querías más, Julia.

—Bueno, Evan está soltero, si te sirve… —comentó Elena— Que no creas que no he visto cómo tonteáis.

—Mira de lo que me acabo de enterar —mi madre se cruzó de brazos—. Pues me vas a contar mientras comemos qué es eso de que Evan y tú tonteáis, jovencita.

—Poca cosa, Julia, que no hemos llegado a nada.

—De momento —dijimos Elena y yo, al unísono, y reímos.

—De momento, de momento. No descarto que pueda surgir una apasionada historia de amor en Atenas como la tuya con Dorian.

—Una historia de amor en Atenas, próximamente en cines —dijo Elena y volvimos a reírnos las cuatro.

Después de pagar las compras regresamos a la calle y nos adentramos por el barrio de Psiri una vez más, entramos en un bar y allí comimos, tomamos café, charlamos y reímos hasta bien entrada la tarde, cuando Dorian llamó a mi madre para decirle que fuéramos al restaurante a cenar.

Capítulo 22



Entramos en el restaurante riendo por algo que había dicho Mabel. En la barra nos esperaban los cuatro tomando una cerveza, y al vernos, Dorian sonrió.

—¿Cómo han ido el día, cariño? —le preguntó a mi madre, al tiempo que la rodeaba por la cintura con el brazo y besaba su mejilla.

—Muy bien —sonrió—. Estas tres locas me han hecho algunos regalos para ese día.

—¿Regalos? Creí que habías dicho que no dejarías que las niñas se gastaran dinero en regalos —rio él.

—Son de lo más persuasivas, empezando por mi hija —mi madre volteó los ojos.

—Dorian, te garantizo que uno de los regalos te va a encantar —dijo Mabel—. Ya nos darás las gracias —le hizo un guiño.

—Conociendo a estas dos, el regalo tiene peligro —rio Gabriel.

—Uy, lo que ha dicho —Mabel puso los brazos en jarras—. Nena, yo de ti lo castigaría sin postre el resto del mes —me dijo a mí.

—Oye, que ya he dicho que estaré en abstinencia hasta que volvamos a Marbella —protestó él, mientras me pasaba el brazo por los hombros—. No le hagas caso, preciosa —me dio un beso rápido en los labios.

—¿Cenamos? —escuché la voz de Stefan y cuando lo miré, vi que estaba un poquito molesto.

Bueno, al menos la presencia de Gabriel allí le incomodaba, un punto para mí por eso.

Fuimos hacia la mesa y no sabía bien cómo, pero acabé quedando sentada entre Gabriel y Stefan. El ateniense de mis desvelos se sentó a mi izquierda y sonrió de medio lado cuando lo miré.

Pedimos vino, unos entrantes de queso feta, algo de marisco y *moussaka*.

Ni diez minutos llevábamos en la mesa hablando de cómo sería la boda en la villa, cuando noté la mano de Stefan en mi rodilla.

Me sobresalté, pero tuve la suerte de que nadie se diera cuenta, y mientras el que iba a ser mi futuro hermanastro me acariciaba la rodilla, yo lo miré por el rabillo del ojo mientras llevaba mi mano sobre la suya para apartarla.

No pude, ese maldito ateniense de ojos verdes como esmeraldas la atrapó entrelazándola con la suya. Me ayudé de la otra mano para hacer que me soltara, pero fue en vano porque se llevó mi mano sobre su pierna y allí las dejó mientras acariciaba el interior de mi muñeca.

Todos seguían charlando, incluso Stefan era parte de la conversación mientras yo seguía intentando por todos los medios que me soltara la mano.

Lo hizo, sí, pero para llevar la suya de nuevo a mi pierna, esta vez agarrándome el muslo con un leve apretón.

—Para —murmuré cuando vi que me dedicaba una leve miradita por el rabillo del ojo.

—¿De verdad quieres que pare? —susurró mientras subía la mano despacio por el muslo y acariciando la parte interna.

—Stefan, para —hablaba en susurros y entre dientes, esperando que nadie se diera cuenta.

—No quieres, y lo sabes.

Resoplé, y en el momento en el que su mano llegó a mi entrepierna, rozándome por encima de la tela del pantalón cogí aire al tiempo que cerraba las piernas con fuerza, pero él seguía acercando la mano a mi sexo, rozando de tal modo que comenzaba a tener serias dificultades para respirar.

Miré a Mabel, y cuando frunció el ceño, miré hacia Stefan, esperando que entendiera que me encontraba en un apuro y me echara una mano. No fue el caso, pero un momento en el que noté que Stefan aflojaba su agarre de mi muslo, aparté la mano de allí.

No dudé en cruzarme de piernas evitando que hiciera de nuevo esa jugada, miré a Gabriel y me sonrió.

—Va a ser una boda preciosa, Julia —dijo Elena.

—Ya solo con tener a nuestro lado a las personas que nos importan, lo será —contestó mi madre, y Dorian le dio un abrazo y un beso en la frente.

—Se os ve tan enamorados —Mabel apoyó ambos codos en la mesa y llevó las manos a su rostro al tiempo que

suspiraba—. Hacéis muy buena pareja, pero ese amor, ese amor es envidiable.

—Bueno, también tenemos nuestras peleíllas, ¿eh? —comentó Dorian.

—Papá, en qué lado de la cama duerme cada uno, no es una pelea —Elena volteó los ojos.

—Cielo, ese no ha sido motivo de discusión, pero otros más importantes, sí —le dijo mi madre—. Toda relación tiene altos y bajos, no todos los días son bonitos ni de color de rosa. Pero el amor es mucho más fuerte que esas peleíllas, y cuando hay amor, todo es posible.

—Incluso conseguir que ella te ceda el lado izquierdo de la cama.

—Dorian, por Dios —rio mi madre—. Yo siempre he dormido en el lado derecho.

—Es verdad, es verdad.

Seguimos hablando y Gabriel tuvo esos gestos de cariño que tendría cualquier novio, mientras que Stefan me miraba y yo evitaba encontrarme con sus ojos.

No podía negar que el toque de las yemas de sus dedos acariciándome el muslo había sido excitante, pero aquel no era el sitio más indicado para hacerlo.

¿Qué habría pasado si le hubiera visto alguno de nuestros padres, o su hermana? O incluso Gabriel, que se suponía que era mi novio y a quien no iba a haberle gustado ver a mi futuro hermanastro tocándome de ese modo.

Vi que Stefan cogía su móvil mientras esperábamos que nos trajeran el postre, y poco después me llegó un mensaje.

Era suyo, lo miré por el rabillo del ojo y seguía concentrando en su pantalla, sin duda esperando que leyera y respondiera el mensaje que acababa de enviarme.

Stefan: *Esta noche quiero que vengas a mi habitación.*

Emma: *En tus sueños, Stefan.*

Stefan: *No estoy bromeando, quiero que admitas que me deseas a mí y no a ese al que llamas novio. ¿Vas a seguir fingiendo que entre nosotros no hay nada real?*

Emma: *No estoy fingiendo, porque no hay nada. Sexo, es lo que hemos tenido. Y te recuerdo que no es nada memorable. Anoche follé con mi novio y grité mucho más que contigo.*

Stefan: *No escuché nada, y soy de sueño ligero, lo que me indica que tus gemidos y gritos que todos escucharon, los provoqué yo, tu novio no te hizo gritar de un modo tan salvaje y excitante. Te gusta que te toque, que lama y muerda, que te penetre con mis dedos y te folle con fuerza. No eres una delicada flor a la que rozar con miedo, preciosa.*

Emma: *Stefan, vete a la mierda.*

Guardé el móvil de nuevo en el bolso después de enviar ese mensaje y me limité a comerme el postre cuando lo sirvieron y tomarme el café que trajeron después.
Estaba más que dispuesta a irme a casa y descansar, hasta que Elena propuso ir al local de Stefan.

—Por mí, perfecto, el cuerpo me pide baile —dijo Mabel.

—Me ofrezco voluntario para dárselo —contestó Evan.

—Ey, ey, que ya sé yo qué clase de baile quieres darle —protestó Elena—. Y, oye, me parece bien, pero en la intimidad, no delante de mí, que solo me falta que me deis una vela cada uno —señaló a Evan y a Gabriel—. Hermano, vas a tener que cargar conmigo esta noche.

—A caballito, como cuando eras pequeña y te llevaba a la cama —rio Stefan.

—Nosotros nos vamos a la villa. Divertíos, y, sobre todo, no lleguéis muy tarde.

—Por Dios, papá, a ver si ahora nos vas a decir que estemos en casa a las doce —Elena volteó los ojos.

—No hija. A las doce y media.

—No tienes remedio —resopló Elena, pero Dorian empezó a reír antes de ponerse en pie y darle un beso a su hija

—Divertíos. Nos vemos mañana en el desayuno.

—Buenas noches, chicos —dijo mi madre, despidiéndose y lanzando un beso que repartió para todos.

—Y ahora sí, la noche es nuestra —Elena empezó a bailar sentada, hasta que se puso en pie y le dio un beso a Stefan—. Las copas corren de tu cuenta, hermanito.

—Quiero un hermano, papá, le decía yo cunando tenía ocho años, o una hermana con la que jugar. Y ahora es como una hija a quien pagar las copas —Stefan suspiró mientras se levantaba de la silla.

—Y vas a tener otra más, peor que yo —rio Elena—. Emma es *influencer* y a ella sí que vas a tener que invitarla a las copas en tus locales para que haga buenas promociones.

—Nena, que me da que quiere ser tu representante —rio Mabel.

—Si me da alojamiento en su casa, yo, encantada —contestó Elena.

—¿Y quién se iba a encargar de los negocios aquí, Elenita? —preguntó Evan.

—Pues… ¿tú, por ejemplo? —Arqueó la ceja.

—Hala, ya me ha castigado sin volver a Marbella la niña.

—Bueno, qué, ¿vamos o no a tomar una copa? —interrogó Mabel.

Iba a negarme, pero no quería dejar solo a Gabriel o que él decidiera acompañarme de vuelta a casa, así que, sí, opté por aceptar ir a tomar una copa con todos.

.

ı

—Nena, que me da que quiere ser tu representante —rio Mabel.

—Si me da alojamiento en su casa, yo, encantada —contestó Elena.

—¿Y quién se iba a encargar de los negocios aquí, Elenita? —preguntó Evan.

—Pues… ¿tú, por ejemplo? —Arqueó la ceja.

—Hala, ya me ha castigado sin volver a Marbella la niña.

—Bueno, qué, ¿vamos o no a tomar una copa? —interrogó Mabel.

Iba a negarme, pero no quería dejar solo a Gabriel o que él decidiera acompañarme de vuelta a casa, así que, sí, opté por aceptar ir a tomar una copa con todos.

Capítulo 23



Cuando llegamos al local fuimos directos a la barra por unos chupitos de vodka a petición de la pequeña de la familia, y es que Elena tenía mucha marcha en el cuerpo.

Nos tomamos los chupitos y pedimos gin tonics para todos. Mabel se acercó a mí, y como era costumbre en mi loca particular, comenzó a bailar conmigo a golpe de cadera.

Gabriel sonreía mientras nos miraba, hasta que se acercó Elena para hablar con él.

—Te está mirando —me dijo Mabel al oído.

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—El Conde de Montecristo —volteó los ojos—. ¿Quién va a ser, alma cándida? Stefan, tu ateniense.

—Pues que mire, me da igual. O mejor no, que llame a su prometida y la mire a ella, y la bese, y la toque y…

—Madre mía, ¿qué te pasa?

Suspiré antes de contarle lo que había estado haciendo Stefan durante casi toda la cena, ese modo en el que me buscaba.

—A ver, anoche te liaste otra vez con él.

—Un error, no debería haber pasado, pero tiene una mala, malísima costumbre, de colarse en mi habitación.

—¿Y por qué no cierras con llave?

—Se me olvida.

—Ya, se te olvida, ¿o en el fondo quieres que ese hombre se cuele en tu habitación? —Arqueó la ceja.

—Se me olvida, ¿vale?

—Vale, vale, no digo nada —levantó ambas manos—. Si me permites un apunte.

—No lo digas —la corté, porque sabía lo que estaba a punto de decir mi mejor amiga, y no, no quería escucharlo.

—Le gustas, y hasta me atrevería a decir que, en estos tres años, no ha olvidado lo que pasó entre vosotros.

—Me habría escrito.

—Estaba Gabriel en tu vida.

—Por Dios, Mabel, eso debería haberlo preguntado antes de darlo por hecho.

—Ahí tienes razón, pero nena, a veces el ser humano está un poquito ciego y no mira más allá de lo que tiene delante. En fin… ¿Otra copa?

—Pues sí, que paga mi futuro hermanastro —sonreí.

—Yo es que de hermanos no os veo, qué quieres que te diga. Creo que vais a cometer mucho incesto.

—Por Dios, Mabel —reí.

Regresamos a la barra a pedir otro gin tonic, cuando nos lo pusieron, mientras Mabel hablaba con Evan, noté una mano entrelazándose con la mía y supe, sin lugar a dudas, que era él.

Me llevó hasta un rincón bastante alejado de los demás donde nadie podía vernos, y asaltó mis labios en un beso fiero y voraz. Sus manos recorrían mi cuerpo tocando cada rincón sin dejar una sola zona libre del contacto de las yemas de sus dedos, esas que me provocaban un calor irracional al mismo tiempo que hacían que me olvidara de todo y todos cuanto nos rodeaban.

Gemí en su boca en el momento en el que me alzó en brazos y movió las caderas rozándome el sexo con su entrepierna, me agarré con fuerza a su cabello y tiré de él provocando que un ruido gutural saliera de lo más hondo de su ser.

Stefan me besaba como si de ese beso dependiera su vida, como si yo fuera el oxígeno que necesitaba para respirar.

Volvió a moverse y gemí al sentir el roce de su miembro, que comenzaba a endurecerse bajo la ropa, en mi clítoris. Nada más que nosotros importábamos en ese momento, hasta que regresó mi cordura y me aparté huyendo de un beso que me llevaría a hacer una locura.

—Bájame, Stefan.

—¿Vas a seguir negando lo que pasa entre nosotros, pequeña?

—No pasa nada. Bájame, y si estás cachondo y quieres follar, llama a tu prometida.

—Cristel no es tal cosa —frunció el ceño.

—No es eso lo que dice ella. Bájame, o juro que grito que estás intentando… —me quedé callada, puesto que no haría eso en mi vida, jamás acusaría a alguien de algo que no era verdad.

—No puedes seguir negando lo evidente —murmuró inclinándose y cuando rozó mi cuello con la nariz, como aquel día cuando nos vimos después de tres años, sentí que me estremecía de pies a cabeza—. Quieres lo mismo que yo, pequeña, y no puedes evitar desearlo.

—Bájame, Stefan, alguien podría vernos.

—Pues que nos vean —me miró fijamente—. Que nos vea ese novio tuyo y se entere que nadie te hará sentir lo que yo. Que nos vea y sepa que no tiene nada que hacer contigo, que eres mía, pequeña, mía.

Volvió a lanzarse a mis labios y los devoró con hambre, con furia, mordisqueándome el labio inferior mientras llevaba la mano bajo mi camiseta para tocarme el pecho, ese que no dudó en liberal del sujetador.

Lo aparté con un leve empujón con ambas manos en el pecho y rompió el beso, me miró mientras los dos respirábamos con dificultad.

—Bájame, y, por favor, déjame. Tú tienes a Cristel, y si no fuera eso que ella dice que es, no habrías estado besándola como la besabas la mañana siguiente de follar conmigo.

—Yo la besé, tú follaste con él anoche después de estar conmigo —respondió mientras me dejaba en el suelo.

—No vuelvas a buscarme de este modo, Stefan. Y ni se te ocurra colarte en mi habitación una sola noche más.

Me fui dejándolo allí y regresé a la barra donde Mabel, al verme llegar, volteó los ojos.

—Necesito whisky, una botella a ser posible —dije mientras me pasaba las manos por la cara.

—Lo que necesitas es aclarar las cosas con ese hombre, decirle que Gabriel no es…

—No —la señalé impidiéndole que siguiera hablando—. No voy decir que no es lo que se supone que es, porque

ya escuchaste a Cristel, va a casarse con ella y yo vuelvo a ser ese polvo fácil con el que se desahoga. Si es que soy gilipollas.

Cogí mi copa y me la bebí de un sorbo.

—Venga, vamos a olvidarnos de todo y a divertirnos. ¿Dónde está Gabriel? —preguntó al tiempo que miraba alrededor— Ah, allí está con Elena. Ven, hay que hacer algunas fotos y subirlas con un par de *reels*, que se note que sois un par de guapos *influencers* enamorados, disfrutando de la noche de copas en Atenas.

Me cogió de la mano y fuimos hasta donde mi supuesto novio y mi futura hermanastra charlaban y reían.

Mabel se puso al mando de la situación, como solía ser costumbre en ella, cuando yo entraba en una de mis leves crisis de agobio, y no tardó en empezar a hacernos fotos a los dos juntos.

Gabriel vio a Stefan acercarse a nosotros y no dudó en desplegar ese encanto y cariño que desprendía cuando estábamos juntos, algo que a Mabel le encantó y comenzó a decir que se nos veía la mar de enamorados.

Miraditas por aquí, gestos cómplices, un beso en la mejilla, un abrazo por allá, y comenzó a grabar mientras chocábamos las copas y hasta hablábamos deseando a nuestros seguidores que disfrutaran de la compañía de esa persona especial que tuvieran en sus vidas.

—Eso ha quedado muy bonito y sin duda va a dar que hablar —comentó Elena con una sonrisa.

—Mañana ella tiene cientos de lobas diciendo que se aleje de Gabriel, y él a otras tantas pidiéndole que se declare a Emma de manera oficial —rio Mabel—. Desde luego que las seguidoras están totalmente divididas.

—Yo voy a ser de las que pida que se declare —sonrió Elena—. Es que mira, qué pareja más bonita hacen, por favor.

Escuché a Stefan protestar y cuando lo miré, se bebió el contenido de su copa de un trago antes de decir que iba al despacho.

—Hermano, qué amargado estás —dijo Elena al verlo pasar por delante—. ¿Es que Cristel no te ha dado mimos hoy, o qué?

Stefan se giró mirando a su hermana con cara de pocos amigos, momento en el que Evan se acercó, interponiéndose entre ambos hermanos, y le dijo a Stefan que se fueran al despacho.

—¿Qué he dicho? —preguntó la pobre Elena con pena— Nunca había visto así a mi hermano.

—No te preocupes, cielo, que igual es por algo del trabajo —contestó Mabel pasándole el brazo por los hombros

—. ¿Bailamos? Que estos dos tortolitos igual quieren hacer manitas —sonrió al tiempo que nos hacía un guiño y se llevó a Elena a la zona de baile.

—¿Qué ha pasado con Stefan? —curioseó Gabriel.

—Que me ha llevado a un rincón oscuro a besarme y ponerme como una moto —resoplé.

—Vaya, así que estás cachondilla —sonrió de medio lado—. ¿Te ayudo a liberar estrés, preciosa?

—¿Te vas un poquito a la mierda, Gaby? —arqueé la ceja y él comenzó a reír a carcajadas.

No tardó en darme un beso en la mejilla y abrazarme.

—Está celoso, y le pones como a un animal en celo. La cosa promete —rio.

Sí, sí que prometía, pero acabaría ardiendo todo como ardió en su momento Troya, porque si Stefan y yo seguíamos jugando con fuego, íbamos a acabar quemándonos los dos.

—. ¿Bailamos? Que estos dos tortolitos igual quieren hacer manitas —sonrió al tiempo que nos hacía un guiño y se llevó a Elena a la zona de baile.

—¿Qué ha pasado con Stefan? —curioseó Gabriel.

—Que me ha llevado a un rincón oscuro a besarme y ponerme como una moto —resoplé.

—Vaya, así que estás cachondilla —sonrió de medio lado—. ¿Te ayudo a liberar estrés, preciosa?

—¿Te vas un poquito a la mierda, Gaby? —arqueé la ceja y él comenzó a reír a carcajadas.

No tardó en darme un beso en la mejilla y abrazarme.

—Está celoso, y le pones como a un animal en celo. La cosa promete —rio.

Sí, sí que prometía, pero acabaría ardiendo todo como ardió en su momento Troya, porque si Stefan y yo seguíamos jugando con fuego, íbamos a acabar quemándonos los dos.

Capítulo 24



Mabel y yo estábamos en el porche tomando té helado y echando un vistazo a los vestidos que podrían encajarnos para la boda, ella decía que el rosa que había visto me quedaría bien, y yo estaba más decidida por uno turquesa que me encantaba.

Llamé a la chica de la firma con la que siempre hablaba para hacer las colaboraciones, y le pedí que nos enviara e azul marino para Mabel, el turquesa para mí y uno en fucsia que estábamos seguras que a Elena le sentaría muy bien.

También pedí el traje para mi padre y para Gabriel, una sorpresa que pensaba darles a ambos.

Aprovechamos para hacerme algunas fotos con un traje de baño y las subimos después, justo acabábamos de terminar cuando aparecieron Stefan y Evan por la puerta y salieron usando solo un bañador.

—Señoritas —nos saludó Evan haciendo una reverencia que nos sacó una sonrisa a cada una.

—Es simpático —dije poniéndome las gafas de sol cuando ya estaban metiéndose en el agua.

—Es un dios griego, nena —Mabel no le quitaba los ojos de encima—, y acabaré consiguiendo que me ponga mirando al Olimpo de los dioses.

Solté una carcajada al escucharla, y ellos me miraron desde la piscina con la ceja arqueada.

—Joder, te podías haber reído un poquito más bajo, Emma.

—Es que me ha hecho gracia, pero por cómo lo mirabas, parecía que tuvieras un helado delante.

—Oh, te aseguro que pienso degustar cara rincón del cuerpo de ese rubio como si fuera un helado. Me voy al agua.

—Claro que sí, date un baño fresquito a ver si se te quita el calor.

Me dejó allí sola y fue a meterse en la piscina, momento en el que Evan sonrió al verla llegar y extendió los brazos.

—Salta, que yo te cojo —le dijo.

—Uy, qué va, no sea que falles y acabe ahogándome.

Mabel saltó como una atleta, y tras unos instantes buceando salió a flote.

Evan la recibió encantado, y ni uno ni el otro dudaron en abrazarse. Conocía a mi mejor amiga, y el rubio que se parecía a Brad Pitt la tenía loquita.

Stefan miró hacia mí, pero como yo tenía las gafas de sol puestas no podía ver mis ojos, cosa que aproveché para echar un vistazo a ese torso desnudo y, como diría Mabel, cincelado como mármol.

Tragué con fuerza cuando lo vi apoyar ambas manos en el borde de la piscina y, de un salto, salió de ella mientras el agua caía por su cuerpo. “Quién fuera gota”, habría dicho Mabel, y solo de pensarlo me salió una risilla que Stefan debió pensar era por él, y sonrió mientras caminaba hacia mí.

Hasta que vi que se paraba y no tardé en averiguar por qué.

—Hola, preciosa —miré a mi izquierda y vi a Gabriel, que se inclinó para darme un beso rápido en los labios antes de sentarse en la tumbona conmigo.

—Hola. ¿Ya has terminado la videollamada? —pregunté mientras me pasaba el brazo por los hombros y yo apoyaba la cabeza en el suyo.

—Sí, quieren que hagamos una colaboración. Han visto las fotos de estos días y los comentarios de los seguidores y van a enviarnos aquí algunas prendas. Espero que no te importe que les haya dado la dirección de la villa.

—No, tranquilo. Yo he pedido que me envíen los vestidos para la boda, así que, tranquilo.

—Vale, me han dicho que lo tendremos aquí mañana por la tarde, así que podemos salir dentro de un par de días por la ciudad y hacer una sesión.

—Perfecto.

—¿Qué tal con tu chico? —preguntó cuando lo vimos volver a meterse en el agua.

—No es mi chico.

—Porque me tienes a mí —suspiró y me eché a reír.

—Qué bobo eres. Stefan también a alguien, y si tú estás aquí en calidad de novio, es porque él pensó que lo eras. Y solo porque vio unas fotos, no me escribió para preguntar.

—¿Qué le habrías dicho si lo hubiera hecho hace tres años, Emma?

—Pues tal vez que sí, que eras mi novio. Se fue sin dejar una sola nota, Gabriel. ¿Tú sabes cómo me sentí? Como si fuera una…

—Ni se te ocurra decir la palabra que estoy seguro que vas a decir —me advirtió—. Hizo mal en salir como si nada, pero tenía intención de llamarte.

—Eso es lo que dice él.

—Vale, es su palabra contra tus pensamientos, pero dale un poco de crédito al hombre, está que se sube por las paredes de celos, no hay más que verlo —dijo mientras me acariciaba el brazo y vi que se inclinaba un poco sobre mí para esconder el rostro en mi cuello, al tiempo que con la otra mano me sostenía por la mejilla.

—¿Qué haces?

—Tú solo mira hacia la piscina, ¿nos está mirando?

—Pues sí, y con los dientes apretados.

—Le sale humo por las orejas —murmuró, y me rozó el cuello con la nariz, lo que hizo que empezara a reírme porque me estaba haciendo cosquillas.

—Para, Gabriel, que tengo cosquillas.

—Mejor, así se cree que estoy besando esta parte delicada de tu cuerpo que a él tanto le gusta.

—¿Y tú qué sabes si le gusta o no?

—Porque a veces se queda mirando ahí mientras tú tienes los ojos cerrados y haces leves estiramientos. ¿Sigue mirando? —preguntó mientras bajaba la mano y la llevaba por el costado.

—Sí.

—Coge la toalla.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Que cojas la tolla y te cubras las piernas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté mientras la colocaba como me había pedido.

—Meterte mano debajo de la toalla.

—¡No, no!

—Sí, sí —me miró con una sonrisa de medio lado y se inclinó sobre mí de tal modo que parecía que me estuviera besando en los labios mientras movía el brazo por debajo de la toalla, pero sin tocarme en mi zona, pues había dejado la mano quieta sobre el muslo.

—Por Dios, Gabriel, esto se nos ha ido de las manos —murmuré.

—Si te acabas casando con él, me pido ser el padrino.

—No voy a casarme con él.

—No quieras apostar, preciosa, que pierdes. ¿Sigue mirando?

Eché un vistazo rápido cuando Gabriel volvió a ir hacia mi cuello y vi a Stefan salir del agua.

—Sí, y viene hacia aquí.

—Gime cuando esté a nuestra altura.

—Gabriel, no.

—Hazlo, Emma —dijo mientas movía la mano por mi muslo de modo que parecía que tocaba entre mis piernas.

En cuanto Stefan pasó cerca de nosotros, gemí, él me miró y cogió una toalla que había en una tumbona, lo hizo con fuerza como si estuviera enfadado, y se fue hacia el porche.

—Se ha ido —dije.

—Enfadado como un mono —rio Gabriel y me dio un beso—. Esta noche lo tienes llamando a tu puerta.

—Pues no lo es que quiero, que voy a parecer una viciosa —resoplé.

—¡Ey, parejita! ¿No os dais un chapuzón? —gritó Mabel.

—Yo me voy al agua —me hizo un guiño y cuando se levantó vi que se colocaba la entrepierna—. No soy de piedra —se encogió hombros.

Suspiré dejando caer la cabeza hacia atrás, pensando si todo eso que estábamos haciendo Gabriel y yo no sería una locura. Sí, sí que lo era, pero ya no había vuelta atrás.

Mientras ellos se dieron un baño yo me quedé allí tomando el sol, hasta mi madre salió para avisarnos de que ya estaba la comida lista y que Dorian y Elena habían llegado.

Me puse la camiseta y el pantalón y entré, encontrándome con Stefan en el pasillo.

—No estabas disfrutando —dijo.

—¿Perdona? —Fruncí el ceño.

—Cuando te tocaba tu novio, no estabas disfrutando.

—¿Qué sabrás tú? —protesté.

—Mucho, pequeña —me cogió por las caderas—. Porque cuando te toco ahí, tu cara de placer lo dice todo. Mientras te tocaba él, no disfrutabas.

Iba a contestarle, pero se apartó cuando vio aparecer a Elena, entramos en el comedor y nos sentamos a la mesa a disfrutar de esas exquisiteces que Maggie había preparado.

Durante la comida Stefan no dejó de mirarme, y por más que yo quería mostrar tranquilidad, era imposible, me ponía nerviosa y cuando sus ojos verdes me observaban con ese deseo en ellos, sentía que me sonrojaba.

Después del postre tomamos café y Mabel sacó un tema que, hasta ese momento, la verdad es que ni se me había pasado por la cabeza.

—¿Vas a tener despedida de soltera, Julia?

—Pues no había pensado en ello.

—¿Cómo qué no? Eso no puede ser, Julia —dijo Elena—. Chicas, tenemos la obligación de preparar su despedida de soltera.

—Cena pagada en el restaurante —comentó Dorian.

—Papá, por Dios, que no queremos veros —Elena volteó los ojos y nos echamos a reír.

—Copas en el local —dijo Evan.

—Otro —Elena resopló—. Así no se puede.

—A ver, Elena, piensa un poco, que nosotras planeamos la despedida y nos sale todo gratis —murmuró Mabel.

—Ah, sí, visto así. Ok, cenamos en el restaurante y después vamos al local a tomar unas copas.

—Voy a buscar un par de strippers masculinos para que vayan a la zona privada.

—Mabel, ¿qué dices? —grité mientras le quitaba el móvil de las manos.

—Nena, una despedida de soltera sin un show, no es lo mismo.

—Mabel, hija, que ya tengo una edad —rio mi madre.

—Anda lo que dice —resopló Elena—. Papá, ríñele tú que eres el mayor.

—Tampoco soy Matusalén, Elena.

—¿Pagáis bien? Digo, porque os hago yo el show —propuso Evan.

—Aquiles, tú resérvate para mí, ¿estamos? —le dijo Mabel.

—¿Aquiles? —preguntaron todos, y yo me eché a reír.

—Dice que es igualito que Brad Pitt en Troya —contesté.

—Se da un aire, sí. Pero le falta pelo —dijo Elena con los ojos entrecerrados.

—A ver, centrémonos un poco —pidió Mabel—. Cena en el restaurante, y copas en el local. ¿Sin strippers?

—Sin strippers —dijimos mi madre y yo, al unísono.

—Vaya par de aburridas —Mabel volteó los ojos—. Más vale que no te cases nunca, Emma, porque en tu despedida sí que voy a contratar un par de strippers.

—En la tuya no, que ya te haré yo el show —soltó Evan.

—¿Vestido de Aquiles? —curioseó Gabriel y nos reímos.

—La que te ha caído encima, socio —dijo Stefan, que sonreía.

—¿Me quedaría bien la melena? —preguntó Evan mientras se tocaba el cabello.

—Tendrías tu punto, sí —dijo Elena.

—No me quieras quitar a mi futuro marido, niña, que hay atenienses y griegos de sobra para ti —protestó Mabel.

—No, no, tranquila, que es un poquito mayor para mí —rio ella.

—Mayor dice, si estoy hecho un chaval.

—Yo es que soy más de chicos de treinta, así como Gabriel.

—Mala suerte, hermanita, se va a casar con nuestra futura hermanastra —contestó Stefan, que no me quitaba los ojos de encima.

Tragué con fuerza al ver el modo en el que me observaba, con esos ojos oscuros y cargados de lo que sin duda alguna era deseo. Aparté la mirada y cogí el móvil para disimular.

Por suerte lo llamaron por teléfono y se fue a hablar al despacho. Gabriel me dio un apretón en la rodilla, hizo un guiño mientras sonreía y se inclinó para darme un beso en la frente.

—¿Todo bien? —preguntó en un susurro, y asentí.

Pero no, no estaba bien, porque cada día que pasaba sentía que Stefan me atraía más y más a él.

Dimos por terminada la sobremesa y me fui a la habitación mientras las chicas, Evan y Gabriel salían a la piscina. Hablé con mi padre, que dijo que estaba deseando vernos a mi madre y a mí, pues éramos y siempre seríamos sus chicas, y preparé la ropa para darme una ducha. Iba a entrar al cuarto de baño cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al ver a Stefan.

—Al menos he llamado, alégrate de eso —sonrió.

—Vete a la mierda —dije mientras cerraba, pero detuvo la puerta.

—Solo venía a decirte que los demás estaban hablando de salir a cenar los seis esta noche, así que estate lista a es de las ocho y media, que hemos quedado en la puerta de la casa.

—Vale, gracias por avisar.

—Un placer, pequeña —me hizo un guiño y cerré mientras volteaba los ojos.

Bueno, pues la ropa que tenía pensada ponerme después de la ducha quedó descartada, así que después de maquillarme y peinarme revisaría entre los vestidos que había llevado, cuál ponerme para esa noche.

—Solo venía a decirte que los demás estaban hablando de salir a cenar los seis esta noche, así que estate lista a eso de las ocho y media, que hemos quedado en la puerta de la casa.

—Vale, gracias por avisar.

—Un placer, pequeña —me hizo un guiño y cerré mientras volteaba los ojos.

Bueno, pues la ropa que tenía pensada ponerme después de la ducha quedó descartada, así que después de maquillarme y peinarme revisaría entre los vestidos que había llevado, cuál ponerme para esa noche.

Capítulo 25



A la hora que me había dicho Stefan estaba en la puerta de la casa, pero no había nadie aún.

Un par de minutos después apareció él con un pantalón vaquero, un polo blanco y las deportivas del mismo color, y ese perfume a océano que tanto me gustaba.

—Aún no han bajado los demás —dije cuando llegó hasta mí.

—Se han ido antes, nos esperan en el restaurante. Elena tenía que revisar unas cosas y se han adelantado todos.

—Ah, vale —fruncí el ceño, pero no me pareció extraño que Mabel, que al igual que yo había hecho buenas miga con Elena, la acompañara, y Gabriel fingiera que me daba un poco de espacio sin ser un novio pegajoso.

Salimos de casa y me abrió la puerta del copiloto de su coche, donde me senté con todo el cuidado de no enseñar nada que no debiera, puesto que me había puesto un vestido con un poquito de vuelo en la falda.

Subió y tras ponerlo en marcha, salimos de la villa para ir por las calles de Atenas hasta llegar al restaurante, o all era donde yo pensaba que íbamos, pues Stefan comenzó a parar en la puerta de un hotel a las afueras.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Cenamos aquí.

—¿Habéis reservado mesa en el restaurante de un hotel?

—No, pequeña, he reservado una suite para cenar los dos.

—¿Qué? No, ni hablar. Llévame a la villa, Stefan.

—Emma, solo es una cena —dijo cogiéndome la mano, y fue hacia la entrada, al garaje del hotel, donde aparcó.

—No deberíamos hacer esto, Stefan. ¿Qué se supone que vamos a decirles a los demás?

—Les he dicho que quiero cenar con la hija de la futura esposa de mi padre y hablar con ella, a fin de cuentas, vamos a ser familia.

—Hermanos —le corregí mirándolo—. Vamos a ser hermanos, Stefan.

—Los dos sabemos que nunca podremos mirarnos como hermanos, pequeña —se llevó mi mano a los labios y dejó un beso en ella.

Bajó del coche y comencé a respirar tan tranquila como pude mientras contaba para calmarme.

Aquello era una locura, los dos sabíamos perfectamente que no podíamos estar solos en la misma habitación, ni siquiera en el mismo metro cuadrado, sin besarnos, tocarnos o dejarnos llevar por el deseo como animales.

Cuando abrió la puerta me tendió la mano y acabé aceptándola, bajé del coche y caminamos juntos hasta el ascensor. Una vez dentro, pulsó el botón de la última planta y unos pocos segundos después las puertas volvieron a abrirse ante nosotros. Salimos al pasillo y Stefan entrelazó nuestras manos para llevarme hasta la suite.

Crucé el umbral de la puerta con el corazón latiendo a mil por hora. Junto al ventanal había una mesa redonda spara dos personas completamente preparada con la cena y una botella de champán en una cubitera.

Stefan la descorchó, sirvió dos copas y me ofreció una.

—El champán de la paz —dijo, mirándome fijamente.

í —Solo va a ser una cena —murmuré y di un sorbo a mi copa.

Me aparté de él porque lo necesitaba, fui hacia la ventana y tras dar un segundo sorbo contemplé la ciudad iluminada desde aquella altura.

—Son unas vistas muy bonitas —dije.

—Las mías son mejores —noté que me rodeaba con ambos brazos por la cintura y me besaba el cuello.

—Stefan.

—No digas nada, pequeña —me pidió—. Esta noche no somos los hijos de una pareja a punto de casarse, no somos casi familia.

—No me pidas eso, tienes a Cristel, y yo…

—No tengo a nadie, Emma. Y esta noche tú, tampoco —me hizo girar entre sus brazos para mirarme a los ojos—. Esta noche solo somos tú y yo, pequeña, solo nosotros.

Sentí sus labios sobre los míos y cerré los ojos dejándome llevar por eso que tanto quería y deseaba.

Stefan me quitó la copa de las manos y tras dejarla en la mesa, me alzo en brazos volviendo a besarme mientras le rodeaba con las piernas por la cintura.

Enredé los dedos en su cabello y me perdí, me perdí por completo mientras me llevaba a la habitación, pues sabía que era allí donde se dirigía.

Tras recostarme en la cama me quitó los zapatos y se deshizo de su polo, ese que lanzó al suelo antes de volver a inclinarse sobre mí para besarme.

Sentía cómo me estremecía con cada una de sus caricias, con el roce de las yemas de sus dedos en mi piel, ese toque suave y cálido que nadie, salvo él, tenía.

Me quitó el vestido dejándome solo con la ropa interior blanca de encaje que llevaba, jadeó al verme y fue besándome con ternura cada pequeño rincón de mi cuerpo. Cuando me miraba con esos ojos verdes que conseguían sonrojarme como si fuera una adolescente, no podía evitar morderme el labio mientras jugaba con su cabello entre los dedos.

Se deshizo de mi sujetador y comenzó a lamer mis pezones despacio, jugando con la lengua y dejando pequeños y suaves mordisquitos que me arrancaban gemidos de placer absoluto.

Noté su mano deslizándose por mi vientre hasta adentrarse bajo la tela de mi braguita y arqueé la espalda cuando sus dedos se deslizaron entre mis pliegues.

En el momento en el que me penetró con uno de ellos, grité arqueando la espalda. Stefan volvió a morderme el pezón y el grito fue aún más fuerte.

El placer y el dolor mezclados en un mismo momento, haciendo que mi cuerpo quisiera y deseara más, mucho más de eso que Stefan me daba como ningún otro me había dado en esos tres años que no dejé de pensar en él.

Hizo que me corriera en apenas unos minutos mientras su lengua jugaba con mis pezones, me penetraba con el dedo corazón y hacía fricción sobre mi clítoris con el pulgar.

Cuando terminé de liberar el clímax, me quitó la braguita y comenzó a deslizar la lengua por toda mi zona, esa que estaba más que húmeda y excitada por su culpa, y lamida tras lamida me llevó de nuevo a un intenso orgasmo

Se levantó de la cama, se quitó el resto de su ropa y volvió a colocarse entre mis piernas para besarme mientras

con una mano me acariciaba el cabello y con la otra, el costado, subiendo despacio hasta alcanzar mi pecho y masajearlo, pellizcarme el pezón y tirar de él haciéndome gemir al mismo tiempo que se movía entre mis piernas, rozándome con su más que evidente erección sobre mi clítoris.

Gemí, me estremecí y arqueé la espalda moviendo las caderas en busca de más. Llevé la mano entre nuestros cuerpos y envolví con ella su miembro que me recibió con una leve sacudida.

Stefan dejó escapar un gruñido mientras me besaba y no dudé en seguir tocándole, moviendo la mano de arriba abajo despacio sin dejar de mover las caderas en busca de ese roce, de esa fricción que ambos sexos compartían.

Me estremecí, sentí que necesitaba más de él y cuando nos miramos, Stefan apartó mi mano de entre nuestros cuerpos para guiar su miembro hasta penetrarme.

Lo hizo despacio, poco a poco y mirándome a los ojos. Cuando llegó a lo más hondo de mi ser se inclinó para besarme sin moverse, tan solo quedándose unido a mí de esa forma tan íntima.

Aquello no era sexo, no se trataba solo de eso esa noche, pude sentirlo con ese beso que me daba.

Y comenzó a moverse poco después, despacio, entrando y saliendo mientras seguíamos compartiendo ese beso que parecía decir tantas cosas.

Me acariciaba ambas mejillas, me abrazaba, y yo seguía gimiendo en su boca mientras lo rodeaba con mis brazos y me aferraba a él con ambas manos, sosteniéndome a sus hombros.

En ese momento era como si no hubieran pasado tres años desde aquel fin de semana, desde esas horas en las que nos entregamos al placer y la lujuria.

Rodamos por la cama hasta que yo quedé sobre él y comencé a moverme. Stefan me acariciaba la espalda, la cintura, los costados, y bajó las manos a mis caderas para agarrarme con fuerza mientras me guiaba en los movimientos para que lo sintiera más y más profundo.

Volvió a hacernos girar hasta quedar de nuevo él sobre mí y sentí una conexión en ese momento que no podía explicar con palabras.

No, no se trataba solo de sexo, sino de algo más, algo… Algo que no quería perder, de eso estaba segura.

Siguió penetrándome y cuando noté que me acercaba al orgasmo, al igual que él, me agarré con fuerza a su espalada y sentí que dejaba la marca de mis uñas en ella, algo que no pareció importarle, pero que hizo que aumentara el ritmo.

Comenzó a moverse más y más deprisa, colmándome por completo, alcanzando lo más profundo de mi ser

mientras me besaba, hasta que rompió el beso y apoyó su frente en mi hombro.

Me aferré a él, jadeé, gemí y grité con todas mis fuerzas mientras Stefan me hacía suya una vez más y pensaba que no quería a otro que hiciera aquello, lo quería a él, siempre a él.

Acabamos alcanzando el clímax al unísono, gritando mientras liberábamos ese éxtasis al que habíamos llegado, y cuando ambos acabamos y recobramos el aliento, nos besamos una vez más.

—No hemos terminado, lo sabes, ¿verdad? —dijo con una media sonrisa mientras me acariciaba la mejilla antes de volver a besarme.

Y no, no habíamos terminado, aquello solo fue el principio de una noche en la que, después de hacerlo por segunda vez, fuimos a comer algo, desnudos eso sí, y regresamos a la cama donde volvimos a dejarnos llevar y entregamos al deseo más puro y carnal durante horas.

En algún momento me quedé dormida presa del agotamiento, y me sobresalté al escuchar un ruido, ya de madrugada.

Stefan no estaba en la cama, tampoco había rastro de su ropa y supe que había vuelto a irse dejándome allí sola después del sexo, igual que tres años atrás, igual que esa noche en la villa.

Sentí unas ganas terribles de llorar y retiré la única lágrima que permití que se escapara de mis ojos mientras cogía el móvil de la mesita de noche.

Solo había una persona a la que poder llamar a las cuatro de la madrugada y que no me mandaría a la mierda, así que marqué su número.

—¿Emma? ¿Va todo bien, preciosa? —preguntó Gabriel.

—¿Puedes venir a buscarme, por favor?

—¿Dónde estás? Se suponía que habías ido con…

—Se ha ido, otra vez —se me quebraba la voz—. Te mando ubicación, ¿vale?

—Vale, voy a ver si puedo coger un coche.

—Gracias, Gabriel.

Colgué, le mandé un mensaje con la ubicación del hotel y salí de la cama para vestirme.

No me podía creer que lo hubiera vuelto a hacer, que me dejara de nuevo sola después de tener sexo conmigo.

Pero esa iba a ser la última, no pensaba darle la oportunidad de hacerme sentir especial y que podríamos ser algo más que esto, sin importar que nuestros padres estuvieran a punto de casarse, y me dejara en mitad de la noche.

Salí de la suite y fui hacia la entrada al hotel, donde esperé a que Gabriel llegara, mientras pensaba que no iba a escuchar ni una sola vez más las excusas que Stefan quisiera darme después.

a

No me podía creer que lo hubiera vuelto a hacer, que me dejara de nuevo sola después de tener sexo conmigo.

Pero esa iba a ser la última, no pensaba darle la oportunidad de hacerme sentir especial y que podríamos ser algo más que esto, sin importar que nuestros padres estuvieran a punto de casarse, y me dejara en mitad de la noche.

Salí de la suite y fui hacia la entrada al hotel, donde esperé a que Gabriel llegara, mientras pensaba que no iba a escuchar ni una sola vez más las excusas que Stefan quisiera darme después.

Capítulo 26



Esos dos últimos días habían pasado rápidos y los pasé evitando estar a solas con Stefan.

Gabriel había sido de gran ayuda, desde el momento en el que se presentó en el hotel a recogerme con el coche de Elena y se quedó conmigo en la habitación hasta que me dormí.

El día siguiente salí por la mañana con él y Mabel a visitar algunos lugares donde nosotras habíamos estado y él no, y aprovechamos para hablar y desahogarme con ellos.

Esta mañana fuimos a hacer las fotos para promocionar juntos la ropa de la firma con la que él colaboraba, y para ello visitamos la Colina Filopappou, otro de los mejores miradores de Atenas a una altura de ciento cuarenta y siete metros.

La colina recibió ese nombre por el monumento que allí alberga en honor al cónsul romano, Cayo Julio Filopapo. Desde aquella altura las vistas de la Acrópolis, así como de la ciudad de Atenas, eran impresionantes, como en todos los miradores que habíamos tenido el placer de visitar.

Otra visita que según Mabel y las recomendaciones que había leído en Internet no podíamos dejar pasar, era el Ágora Romana que mandó construir el emperador Augusto y que en su época se convirtió en el centro de poder, reunión y negocios del gran Imperio Romano en Atenas.

Adentrarse por los restos de edificios tan importantes como la puerta de Atenea Arquegetis, era como transportarse en el tiempo y visualizar la majestuosidad que antaño pudo verse a lo largo y ancho de todo Ateneas

Acabamos el día de turismo y fotos en la Plaza Sintagma, donde se encontraba el Parlamento, tomando un café en una de las terrazas con vistas a ese y otros muchos edificios importantes. Tuvimos el placer de ser testigos del cambio de guardia que se celebraba cada hora por parte de antiguos soldados del ejército griego que actualmente se ocupaban de la vigilancia del Parlamento.

Regresamos a la villa a eso de las seis, con el tiempo justo para Mabel y yo darnos una ducha, ponernos guapas y salir a celebrar la despedida de soltera de mi madre.

—¿Listas para una noche de fiesta, señoras? —preguntó Elena, cuando Mabel y yo nos unimos a ella y mi madre, en el salón.

—Me vuelves a llamar señora, y no respondo —contestó mi amiga.

—Disculpe usted, señorita —Elena hizo una reverencia y me eché a reír.

—Mucho mejor, no cabe duda.

—Mabel, eres terrible —seguí riendo.

—Vamos, Claus nos espera —dijo mi madre.

—¿Ya os vais? —nos giramos al escuchar a Dorian.

—Sí, vamos a llevar a tu futura esposa a que disfrute de sus últimas horas como soltera —contestó Mabel.

—Divertíos, y ya sabéis, comed y bebed cuanto queráis —sonrió mientras se acercaba a despedirnos a todas con un par de besos.

—Mañana todas con resaca, lo veo —rio Elena.

—Mira la niña, parecía un angelito y resulta que es la peor de todas —dijo Mabel.

—Es que ya hay confianza, mujer —volvió a reír mí, casi hermana.

Salimos de la casa y Claus estaba esperando junto al coche, no tardó en abrir la puerta de atrás para que subiéramos mi madre, Mabel y yo, mientras que Elena se sentó delante con él.

Nos llevó hasta el restaurante y allí teníamos una mesa reservada al fondo del salón donde habían colocado varios biombos para darnos cierta privacidad, cosa que agradecimos.

Pedimos vino, *dolmades*, ensalada griega, marisco y las brochetas de carne que estaban buenísimas.

Durante la cena hablamos de cómo se conocieron mi madre y Dorian y a ninguna de las tres se nos borraba la sonrisa mientras mi madre, nos contaba el modo en el que aquel ateniense con una parte de sangre española recorriendo sus venas, la cortejó durante semanas hasta que aceptó tomar un café con él.

Y ese café dio lugar a que fueran a cenar, puesto que para ambos el tiempo parecía no correr mientras habían estado juntos.

Cuando la dejó en casa se despidió con un beso en la mejilla y ella notó que se sonrojaba. Creyó que no lo vería más, pero a la mañana siguiente recibió en la inmobiliaria una rosa con un café y una nota invitándola a comer.

—Desde ese día no me he separado de él —dijo mi madre, con una sonrisa—. Emma, a tu padre lo quise con todo mi corazón, y me dio el mejor de los regalos, que eres tú —me cogió de la mano—. Pero me enamoré de Dorian sin casi darme cuenta. Espero que lo entiendas, cariño.

—Mamá, si hay algo que sé, es que el amor llega cuando menos lo esperamos.

—Tú estás enamorada, ¿verdad qué sí?

—Y tanto que lo está, Julia —contestó Mabel.

—Pero, ¿de Gabriel? —curioseó mi madre.

No respondí, mi madre seguía mirándome y aparté la mirada, no quería mentirle, no más de lo que lo había hecho ya durante esos días desde que vi a Stefan y desde que llegó Gabriel.

Terminamos de cenar y nos tomamos una botella de champán brindando por la novia, la más guapa de las que hubiéramos visto nunca, y salimos del restaurante donde también había cenado Claus para ir al local de Stefan.

En cuanto entramos Mabel y Elena empezaron a bailar mientras íbamos de camino a la barra, mi madre se echó a reír al verlas.

—Creo que cada una ha encontrado la horma de su zapato —dijo mientras se agarraba a mi brazo.

—¿Será que en otra vida fueron hermanas?

—No me extrañaría —rio.

Llegamos a la barra y pedimos gin tonics para las cuatro, volvimos a brindar una vez más por la futura novia, y dejamos que Mabel y Elena fueran a bailar mientras nosotras, nos sentamos en una de las mesas.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó mi madre.

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, es que estos dos días te he notado un poco distante. ¿No fue bien la cena con Stefan? Nos dijo que ibais a hablar en calidad de hijos mayores de la pareja —sonrió.

—Estuvo todo bien, mamá —aparté la mirada y di un sorbo a mi copa.

—Mi niña, puedes contarme lo que sea, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero no hay nada que contar, en serio.

—¿Es por Gabriel?

—¿A qué te refieres?

—Hija, sabes que nunca he querido meterme en lo que no me llaman, y que tus relaciones, tuyas son, pero, ¿puedo serte sincera?

—Claro.

—Yo veo que estáis cómodos juntos, pero esa chispa que toda pareja desprende cuando se mira… no la he terminado de ver en vosotros.

—Bueno, será que no te has fijado bien —sonreí.

—Será eso, y que a lo mejor veo cosas donde no las hay.

—¿A qué te refieres?

—Gabriel mira mucho a Elena, y ella a él.

—Será que se han caído bien, no sé —me encogí de hombros.

—Puede ser —dio un sorbo a su copa antes de seguir hablando—. Pero, cariño, si pasara algo entre ellos…

—Mamá, tranquila, que, si pasara algo entre mi novio y mi futura hermanastra, no voy a montar en cólera. A fin de cuentas, qué hemos hablado antes, que el amor nos llega así —chasqueé los dedos—, de improviso y sin que nos demos cuenta, ¿no? Pues si Gabriel no está de que sea mi marido, pues resignación, unos años de sexo muy buenos que hemos tenido.

—Con qué calma te lo estás tomando, si me pasara a mí…

—No te va a pasar, porque Dorian está muy enamorado de ti, mamá —le di un apretón en la mano—. Y en confianza te digo que ese hombre te hace gritar en la cama como nunca te escuché con papá —sonreí.

—Pero, ¿cuándo nos has escuchado? —preguntó horrorizada.

—Una noche que me fui antes que ninguno a casa.

—Ay, qué vergüenza.

—Pues la misma que pasé yo cuando descubrí que todos me escuchasteis tener sexo con —me callé, por suerte, porque a punto estuve de decir Stefan, y eso habría sido una catástrofe mundial.

—Vale, nada de sexo en la villa hasta que os marchéis todos —me dijo, señalándome con el dedo.

o—Vale —reí, y acabó riendo ella también.

Con mi madre siempre había podido hablar de todo, pero para ella el sexo era un poquito intimidante, igual que para mí, aunque teníamos nuestras breves charlas como en ese momento.

Cuando Mabel y Elena regresaron para sentarse en la mesa con nosotras, pedimos otra copa y nos quedamos allí charlando hasta que me pareció ver a Evan acercarse a la barra, y sí, resultó ser el ateniense rubio pues Mabel me lo confirmó con sus palabras al verlo.

—Ahí está mi Aquiles —suspiró.

—Te ha gustado el socio de mi hermano, ¿eh? —sonrió Elena, dando un sorbo a su copa.

—Niña, ¿tú lo has visto bien? Es un espécimen de esos que una no puede dejar escapar. Vamos, que lo iba a aprovechar todo, todito, todo de ese cuerpo creado por los dioses para el pecado.

—Esto, ¿hola? —dijo mi madre y la miramos las tres— Que estoy aquí.

—A ver, Julia, que tú vas a casarte con otro dios griego que ya quisieran tener muchas, pero dime —Mabel se agarró del brazo de mi madre al tiempo que cruzaba las piernas—, ¿está o no está bueno Evan?

—Es guapo, y atractivo —sonrió mi madre.

—Gracias por tu aportación, es que estas dos no tienen buen gusto —Mabel resopló al tiempo que nos señalaba a Elena y a mí.

—Va a ser eso, sí, por eso Emma está con un hombre que ya quisiera yo —dijo elena.

—¿Te gusta Gabriel, Elena? —preguntó mi madre.

—¿Eh? —Mi casi hermana se puso roja como un tomate, y ahí entendí las palabras de mi madre— Es guapo, sí.

Mi madre me miró, sonreí y me encogí de hombros. Si ella supiera que entre Gabriel y yo no había nada…

Di un sorbo a mi copa y la dejé en la mesa mientras me levantaba disculpándome con ellas, tenía que ir al cuarto de baño.

Aproveché esos momentos a solas después de hacer mis cosas y refrescarme la cara para enviarle un mensaje a Gabriel.

Emma: *¿Te gusta Elena?*

Directa al grano y sencilla, no necesitaba preguntar más.

Gabriel: *Es guapa, sí. ¿Por qué esa pregunta, si puede saberse?*

Emma: *Mi madre, que tiene mejor vista de lo que yo pensaba, se ha dado cuenta de que os miráis y parece que habéis conectado. Gaby, me has ayudado mucho y te lo agradezco, pero si te gusta mi casi hermana, adelante, no te preocupes por mí, que ya solucionaremos todo. Vuelvo con las chicas, que descanses.*

Guardé el móvil y salí del cuarto de baño, momento en el que una mano me cogió por la cintura desde atrás y me llegó el aroma de Stefan.

Me llevó por el pasillo hasta una puerta lateral y de ahí al pasillo que daba a su despacho, donde entramos y no tardó en asaltar mis labios como si de un guerrero se tratase en mitad de una batalla.

Y me dejé, entendiendo por fin que estaba completamente enamorada de él.

No tardó en alzarme en brazos y, tras pegarme a la pared, levantó la falda de mi vestido, hizo la tela de la braguita a un lado y comenzó a tocarme y excitarme con sus dedos como solo él sabía.

Cuando alcancé aquel primer orgasmo minutos después, liberó su miembro duro y erecto y me penetró con fuerza

Me mantenía en equilibrio agarrándome con ambas manos en sus hombros mientras entraba y salía rápido y con fuerza, haciendo que mi cuerpo chocara con la pared junto a la puerta.

No hubo palabras, ese era un encuentro carnal y desesperado por parte de ambos, y estaba bien, o al menos sentía que lo estaba hasta que ambos liberamos el clímax al unísono tras ese momento rápido e intenso, y me dejó en el suelo.

—Has estado muy esquiva estos días conmigo, pequeña —murmuró acariciándome la mejilla.

—¿Esquiva? ¿En serio? Te fuiste, Stefan —le golpeé con el dedo en el pecho—. Igual que hace tres años, igual

que esa noche en mi habitación, te fuiste dejándome sola después de follarme durante horas.

—La otra noche tuve una emergencia en el local, y no iba a pedirle a Elena que fuera a esas horas. Cuando regresé al hotel para despertarte, no estabas.

—Hombre, me desperté de madrugada y no te vi, ¿qué creías que iba a pensar, Stefan, que habías bajado por café? —Lo empujé con ambas manos para apartarlo— Mira, esto se acaba aquí, ha sido la última vez, Stefan, la última. No te cueles en mi habitación, no me lleves a cenar con mentiras y no me asaltes en tu local.

Abrí la puerta y salí del despacho sin esperar que me dijera nada en absoluto. Llegué a la zona donde estaban mi madre y las chicas y me senté a tomar una copa, la última por lo que dijo mi madre, y regresaríamos a casa.

Stefan salió por el pasillo y se unió a Evan en la barra, hablaron, ambos miraron hacia la mesa y su amigo y socio le dio una palmada en el hombro.

Me iba a costar dejar de pensar en él, obligarme a no sentir nada de lo que sentía, pero era lo mejor dado que si seguía con eso yo sería la única que lo pasaría mal, a pesar de que ya lo estaba sufriendo.

que esa noche en mi habitación, te fuiste dejándome sola después de follarme durante horas.

—La otra noche tuve una emergencia en el local, y no iba a pedirle a Elena que fuera a esas horas. Cuando regresé al hotel para despertarte, no estabas.

—Hombre, me desperté de madrugada y no te vi, ¿qué creías que iba a pensar, Stefan, que habías bajado por café? —Lo empujé con ambas manos para apartarlo— Mira, esto se acaba aquí, ha sido la última vez, Stefan, la última. No te cueles en mi habitación, no me lleves a cenar con mentiras y no me asaltes en tu local.

Abrí la puerta y salí del despacho sin esperar que me dijera nada en absoluto. Llegué a la zona donde estaban mi madre y las chicas y me senté a tomar una copa, la última por lo que dijo mi madre, y regresaríamos a casa.

Stefan salió por el pasillo y se unió a Evan en la barra, hablaron, ambos miraron hacia la mesa y su amigo y socio le dio una palmada en el hombro.

Me iba a costar dejar de pensar en él, obligarme a no sentir nada de lo que sentía, pero era lo mejor dado que si seguía con eso yo sería la única que lo pasaría mal, a pesar de que ya lo estaba sufriendo.

Capítulo 27



Esa mañana salimos Mabel, Gabriel y yo a visitar la calle Ernou, cerca de la Plaza Sintagma, una de las zonas comerciales de Atenas llena de tiendas de todo tipo. Tomamos café en una de las terrazas y fuimos a conocer la iglesia bizantina Kapnikareas, la más antigua de la ciudad, donde quedamos impresionados con los frescos que aún se conservaban en su interior.

Nos hicimos algunas fotos que subir a las redes y entramos en el museo arqueológico, donde cada rincón por el que pasábamos nos llevaba a una época anterior de la historia de Atenas.

Sin duda alguna lo más impresionante que encontramos fue la escultura en mármol de Afrodita, Eros y Pan, y lo que estaba considerado como la joya del museo, la Máscara de Agamenón, una máscara funeraria hecha de oro que, según constaba en la leyenda junto a la máscara, se encontró en Micenas.

Lo último que visitamos, dado que no saldríamos de turismo pues en un par de días se celebraría la boda y estábamos todos ultimando los detalles, fue el Jardín Nacional de Atenas.

Paseamos y nos fotografiamos por los senderos del jardín rodeados de naturaleza, disfrutando de la paz y tranquilidad que ofrecía aquel hermoso rincón lejos del bullicio y el ajetreo de la ciudad.

El jardín estaba en el centro de Atenas, cerca de la Plaza Sintagma, y albergaba miles de árboles y arbustos de todo el mundo, lagos que daban esa vida al lugar y monumentos con cientos de años de antigüedad, como el acueducto en el que nos detuvimos a hacernos varias fotos que subir a las redes.

Dimos la visita por terminada y regresamos a la villa, en el mismo momento en el que llegaba mi padre.

—¡Papá! —grité al verlo cuando bajé del coche.

—Mi niña —sonrió abriendo los brazos y no lo dudé, me lancé a ellos como cuando era pequeña—. Qué guapa estás, hija —me dio un beso en la frente.

—Tú sí que estás guapo, ¿y el traje? —pregunté al verlo con unos vaqueros, un polo y las deportivas— Te has quitado entre diez y quince años de encima.

—El avión y el traje no compaginan bien —sonrió.

—Vaya, Carlos, pero qué guapo te veo —dijo Mabel.

—Eso es porque has estado muchos días sin verme —rio él.

—Nah, que tú eres guapo de siempre —le dio un par de besos—. ¿Qué tal el viaje?

—Tranquilo, durmiendo un poco, viendo una película mientras me daban de desayunar.

—Papá, él es Gabriel —dije cuando se acercó—. Mi novio.

—¿Tu novio? —preguntó mirándome con el ceño fruncido.

—Sí —sonreí.

—Encantado, señor —Gabriel le tendió la mano y mi padre se la estrechó.

—Solo Carlos —dijo con una sonrisa, y Gabriel asintió.

—Vamos dentro, que mamá estará en la cocina con Maggie —me colgué del brazo de mi padre y entramos en la casa mientras Gabriel llevaba su maleta.

Fuimos a la cocina, pero Maggie me dijo que mi madre estaba poniendo la mesa en el comedor, así que allí llevé a mi padre.

—Mira quién ha llegado —dije, y mi madre sonrió cuando se giró y vio allí a mi padre.

—Carlos —se acercó para darle un abrazo—. Cuánto me alegro de verte.

—Lo mismo digo. ¿Qué tal vas de nervios? —sonrió.

—Calla, que estoy empezando a notarlos —rio.

Ellos siguieron hablando como si nosotros no estuviéramos allí, algo que a Gabriel le llamó la atención y Mabel le dijo que, a pesar de estar divorciados, seguían llevándose bien y sintiendo ese cariño mutuo que siempre habían tenido el uno hacia el otro.

Dorian y Elena llegaron en ese momento y mi madre hizo las presentaciones pertinentes, mi padre sonrió al conocer a futuro marido de su exmujer y pronto nos dimos cuenta de que habían congeniado.

Stefan y Evan fueron los últimos en unirse a nosotros, estrecharon la mano a mi padre y no me pasó desapercibido el modo en el que Stefan me miraba mientras hablaba con él sobre el trabajo y le contaba que vivía en Marbella y tenía un negocio allí.

Mi padre, como buen banquero, le ofreció sus servicios para mantener sus finanzas y su dinero a buen recaudo, momento en el que Stefan dijo que pasaría a hacerle una visita por el banco cuando regresara a Marbella.

Nos sentamos a comer y mi padre quedó gratamente satisfecho con los platos típicos que había probado, así como con el postre, hecho a base de yogur griego. Después del café él y yo salimos al jardín y nos sentamos en una de las tumbonas.

—¿Qué opinas de Dorian, papá? —pregunté, apoyando la cabeza en su hombro.

—Parece un buen tipo, y no va detrás del dinero de tu madre.

—No —reí—, por ese lado puedes estar tranquilo.

—Veo feliz a tu madre, y eso es lo que me importa.

—Nunca dejará de quererte, pero está enamoradísima de él.

—Lo sé, lo he visto en el modo en que lo mira. ¿Y a ti qué te pasa? —curioseó, acariciándome el brazo.

—¿A mí? Nada, ¿por qué? —Levanté lar cabeza para mirarlo.

—No sé, tengo la sensación de que hay algo que no cuentas. ¿Y de dónde ha salido ese novio que tienes?

—De Marbella —sonreí, y le conté que al igual que yo, Gabriel era *influencer* y habíamos colaborado juntos para promocionar algunas firmas de ropa en los últimos años—. Lo invité a venir y aprovechamos para promocionar juntos y por separado esas firmas que tenemos.

—¿Por qué no sabíamos nada de él hasta ahora?

—Ya sabes cómo somos los jóvenes, papá, llevamos todo muy en secreto, por si no funciona no tener que dar explicaciones.

—Pero nos lo has presentado, lo has traído a la boda de tu madre, lo cual quiere decir que vais en serio, ¿no?

—Papá, nada en esta vida es definitivo, y tú mejor que nadie lo sabe.

—Tienes razón —suspiró—. Pero sigo pensando que te pasa algo que no me cuentas.

—No es nada, de verdad, solo, ya sabes, la emoción por la boda. A fin de cuentas, no se casa la madre de una todos los días, ¿no? —sonreí.

—Emma, han traído un paquete para ti —me dijo mi madre desde la puerta.

—¡Voy! —grité poniéndome en pie— Ven, que, si es lo que creo, también es para ti.

—¿Para mí? —Frunció el ceño mientras se levantaba.

—Te dije que no trajeras traje para la boda, que yo me encargaba de eso, ¿verdad?

—Sí.

—Pues vamos —sonreí agarrándome a su brazo.

Cuando entramos ya estaba Mabel allí al lado de la caja sonriendo.

—¿Es lo que creo qué es? —preguntó.

—Debe ser, sí —reí acercándome para abrirla.

Y así fue, allí estaban los tres vestidos de la firma que había pedido para nosotras, y los dos trajes para mi padre y Gabriel.

Mabel llamó a Elena y a Gabriel, que no tardaron en aparecer, le entregué los trajes primero a él y a mi padre y después saqué el vestido de Elena.

—¿Para mí? —preguntó cuando se lo di.

—Sí —sonreí—, para que lo uses el día de la boda.

—Ay, mi madre, que al final sí que me veo de *influencer* —rio—. Es precioso, me encanta.

—Estos son los nuestros —Mabel sacó el mío y después de dármelo, cogió el suyo.

Las tres nos los pusimos así por encima de la ropa y tanto mi madre, como mi padre y Gabriel, dijeron que nos veíamos guapísimas.

—¿Qué es este alboroto? —preguntó Dorian que entró seguido de Stefan y Evan.

—Mira papá, Emma ha pedido un vestido de la firma que promociona para que use en la boda —contestó Elena —. ¿A qué es precioso?

—Sí, ese color te sienta bien —sonrió él—. Y vosotras, estáis muy guapas también, chicas.

—Gracias —dijimos Mabel y yo al unísono.

Miré a Stefan y me observaba fijamente, con ese brillo en sus verdes ojos que tan nerviosa me ponía. Noté que me estremecía y volví a guardar el vestido en su caja, al igual que hicieron Mabel y Elena, para llevarlos a nuestras habitaciones.

Cuando entré en la mía me quedé mirando la puerta y, al igual que esos días atrás, la cerré con llave para que no tener visitas con las que no contaba.

Iba a dejar el vestido en el armario cuando escuché un par de golpecitos en la puerta, y acto seguido, la voz de Stefan.

—Emma, ábreme.

Respiré hondo y me senté en la cama, dejando la caja a mi lado, mientras miraba la puerta.

El hombre del que me había enamorado estaba al otro lado, y mi corazón me pedía que le abriera, mientras mi cabeza seguía diciéndome que no era buena idea.

Llamó de nuevo, dijo que quería hablar, pero no abrí, y me quedé allí en silencio esperando que se fuera, momento en el que guardé el vestido, y me recosté en la cama a descansar.

—Mira papá, Emma ha pedido un vestido de la firma que promociona para que use en la boda —contestó Elena —. ¿A qué es precioso?

—Sí, ese color te sienta bien —sonrió él—. Y vosotras, estáis muy guapas también, chicas.

—Gracias —dijimos Mabel y yo al unísono.

Miré a Stefan y me observaba fijamente, con ese brillo en sus verdes ojos que tan nerviosa me ponía. Noté que me estremecía y volví a guardar el vestido en su caja, al igual que hicieron Mabel y Elena, para llevarlos a nuestras habitaciones.

Cuando entré en la mía me quedé mirando la puerta y, al igual que esos días atrás, la cerré con llave para que no tener visitas con las que no contaba.

Iba a dejar el vestido en el armario cuando escuché un par de golpecitos en la puerta, y acto seguido, la voz de Stefan.

—Emma, ábreme.

Respiré hondo y me senté en la cama, dejando la caja a mi lado, mientras miraba la puerta.

El hombre del que me había enamorado estaba al otro lado, y mi corazón me pedía que le abriera, mientras mi cabeza seguía diciéndome que no era buena idea.

Llamó de nuevo, dijo que quería hablar, pero no abrí, y me quedé allí en silencio esperando que se fuera, momento en el que guardé el vestido, y me recosté en la cama a descansar.

Capítulo 28



Y llegó el día más esperado no solo por mi madre y Dorian, sino por todos los que los queríamos.

Esos dos días desde la llegada de mi padre fueron intensos, ultimando detalles para este gran momento, buscando con mi padre un regalo perfecto para los futuros novios, y paseando de su brazo por las calles de Atenas, mientras seguía preguntándome qué era eso que me oprimía el pecho y me tenía un poquito triste.

Desde luego, a mi padre, igual que a mi madre, no se le escapaba nada, pero no podía contarle que estaba enamorada de mi futuro hermanastro, al que conocí tres años antes y del que no me había olvidado, ni podría olvidarme por mucho que quisiera.

La mañana había sido más ajetreada si cabía que de costumbre, la villa se llenó de gente y el jardín quedó preparado para la ceremonia que tendría lugar por la tarde después de comer. Aunque siendo sincera, comer no comimos mucho más allá de unos sándwiches que preparó Maggie.

Todos ayudamos en algo, no había tiempo para que alguno de nosotros estuviera parado.

Nosotras tres nos encargamos de preparar a la novia, por lo que la llevamos a mi habitación y allí nos arreglamos todas.

Pasamos ese rato entre cafés y alguna que otra copa de champán mientras nos hacíamos la manicura, nos maquillábamos, peinábamos, y poníamos nuestros vestidos.

El mío era de estilo griego, como una túnica, de un solo tirante ancho y con un bonito cinturón dorado a juego cor los brazaletes que compré el día anterior para ponerme en el antebrazo derecho, como hacían en la antigua Grecia las mujeres.

Mabel me hizo un bonito recogido en el lado izquierdo, puesto que era el hombro que tenía desnudo y sin vestido, y me colocó unos bonitos pasadores también dorados.

El maquillaje era en tonos suaves, marrones y rosas muy naturales, y cuando me miré en el espejo sonreí, mi mejor amiga debería haberse dedicado al estilismo de manera profesional.

Elena también estaba guapísima con su vestido fucsia de tirantes finos, entallado hasta la cintura y con la falda con caída y una gracia al moverse cuando caminaba, que le hacía parecer una diosa.

Mabel no se quedaba atrás, y su vestido azul marino de tirante ancho, escote en forma de V y de gasa de lo más vaporosa, le quedaba perfecto.

Pero si había una mujer que destacaba entre las cuatro, esa era mi madre.

Estaba realmente guapísima, mucho más que el día que fuimos a hacer la última prueba del vestido, era, sin lugar a dudas, la novia más guapa que había visto y vería en mi vida.

Nos hicimos una foto las cuatro juntas para tener como recuerdo, y después mi madre nos hizo varias a las tres para que escogiéramos las que quisiéramos para subir a las redes y promocionar la firma.

Estábamos listas para bajar y mi padre llamó a la puerta.

—Pero qué guapo estás, Carlos —le dijo Elena—. ¿Te puedo pedir que seas mi acompañante el día de hoy?

—Claro que sí, bonita —sonrió él, mientras ella se colgaba de su brazo.

—Es que somos los dos únicos solteros —suspiró ella.

—Oye, oye, que yo tampoco tengo pareja, y Evan está soltero también —dijo Mabel.

—Bueno, pero es tu Aquiles, y os lleváis un tonteo que no descartaría yo que ardiera la villa esta noche —contestó Elena.

—No te digo yo que no vaya a pasar, Elenita —Mabel le hizo un guiño y nos echamos todos a reír.

—Bueno, yo venía a buscar a la novia, por si quiere que la acompañe al altar —comentó mi padre.

—Carlos, pero, si no te lo he pedido.

—¿Y? A ver si no voy a poder llevar a mi exmujer a los brazos de otro hombre.

—Madre mía, yo de mayor quiero un exmarido como tú, Carlos —dijo Elena.

—Chiquilla, no te has casado, ¿y ya estás pensando en divorciarte? —rio mi padre.

—Ya ves, así de bien me ha ido en el amor. ¿Te casas tú conmigo y así tengo un exmarido tan bueno como tú?

—Que soy muy mayor para ti, bonita —sonrió dándole un beso en la mejilla—. Podría ser tu padre.

—De hecho, a partir de hoy puede considerarte así, si quieres —dije yo, y ella sonrió.

—Pues afortunada voy a ser de tener dos padres y una madre que me quieran, porque la que me tuvo, me abandonó como a un gatito —suspiró—. Me voy bajando a ver cómo está todo.

—Te acompañamos —cogí a Mabel del brazo y fuimos hacia la puerta las tres—. Os vemos ahora —sonreí, y mis padres asintieron mientras cerraba.

—Sigue enamorado de ella, ¿a que sí? —me dijo Elena cuando bajábamos las escaleras, y asentí.

—Fue su gran amor, y dice que siempre lo será, aunque no esté con ella.

—¿Tu madre lo sabe?

—¿Que está enamorado como el primer día? No, no quiere que lo sepa porque sabe que ya no la tendrá nunca como algo más que una amiga y la madre de su hija.

—Es de admirar que vaya a llevarla a los brazos de mi padre, desde luego.

—Según dijo una vez, si quieres a alguien con todo tu corazón, lo mejor que puedes hacer es dejarlo ir. Y eso hizo él —en ese momento pasó Stefan por delante y noté que me estremecía.

Estaba guapísimo con ese traje negro, camisa blanca y la pajarita, todo un galán de cine que diría mi madre.

—Hermanita, estás preciosa —le dijo a Elena, dándole un beso en la mejilla.

—Tú también estás muy guapo.

—Mabel, creo que vas a hacer que cierto rubio se pase la noche suspirando —rio.

—Es bueno saberlo.

—Emma.

—Stefan.

No dijimos más, y pasé por su lado dejando allí a las chicas para ir a ver a Gabriel, que estaba en el porche tomando una copa mientras hablaba con Evan.

—Hola —saludé, y Gabriel sonrió al verme.

—Preciosa, estás impresionante con este vestido —dijo inclinándose para besarme en la mejilla.

—El traje te sienta bien, pareces un hombre de negocios —sonreí—. ¿Han llegado ya todos los invitados? —pregunté al ver a muchos de ellos por el jardín mezclados con los camareros y camareras del servicio de cáterin que habían contratado mi madre y Dorian.

—Eso parece —contestó Evan—, según me ha dicho Stefan.

Asentí, cogí una copa de vino de la bandeja que llevaba la chica que se acercó a nosotros en ese momento, y el primer sorbo que daba se me acabó atragantando en cuanto vi a Cristel salir caminando colgada del brazo de Stefan.

Pasaron por nuestro lado sin decir nada, pero la mirada que ella me dedicó, con esa sonrisa malvada en los labios como si con eso me dejara claro que ella ganaba y yo no, hizo que me entrara de todo.

—Tranquila —murmuró Gabriel a mi lado, que no dudó en pasarme el brazo por los hombros y besarme la mejilla —. Ni caso, ¿vale? Que no te amargue la tarde.

Asentí, di otro sorbo a la copa y cuando Mabel y Elena se unieron a nosotros diciéndonos que mis padres ya estaban listos para salir, fuimos a ocupar nuestros asientos. Por suerte Stefan estaba en el lado de Dorian junto a Cristel, y yo me sentaría en el lado de mi madre.

Dorian estaba muy guapo con ese traje negro y una rosa blanca en el bolsillo de la chaqueta, como las que mi madre había escogido para su ramo de novia.

Cuando la música comenzó a sonar, todos nos giramos para ver llegar a mi madre, que sonreía feliz y emocionada caminando del brazo de su exmarido.

Se la entregó como haría un padre, sonriendo y feliz, y se sentó a mi lado cogiéndome la mano.

El sacerdote comenzó la ceremonia y ninguno de los dos perdió la sonrisa ni una sola vez, por no hablar de esas miradas cómplices que se dedicaban.

—Hace poco tiempo que llegaste a mi vida, pero lo hiciste con la clara intención de quedarte en ella —dijo mi madre, comenzando sus votos—. Siempre habrá quien piense que lo nuestro es una locura, pero para mí es una de las mejores cosas que he hecho en la vida. Hoy me convierto en tu amiga, compañera y esposa, y te aseguro que no dejaré de quererte ni un solo día como lo hago ahora.

En ese momento me emocioné, pero también sufrí por mi padre, lo miré y él me sonrió mientras se inclinaba para darme un beso diciéndome así que todo estaba bien para él.

—Desde el momento en el que te vi supe que serías alguien especial —comenzó a hablar Dorian—, aceptaste mi pasado y al igual que quieres a tu hija, sé cuánto quieres y aprecias a mis hijos, por eso sé que en ti tienen una amiga y esa madre que les ha faltado durante años, aunque el mayor podría ser tu hermano pequeño —sonrió haciéndonos reír a todos—. Me devolviste la fe en el amor, me diste la vida y hoy, ante nuestros hijos, ante nuestras familias, te prometo que no voy a dejar de amarte nunca.

Se me caían las lágrimas, al igual que a Elena y Mabel, y Gabriel me pasó el brazo por los hombros con tal de consolarme un poco.

Después, el intercambio de anillos y ese beso cargado de un amor infinito como era el que sentían el uno por el otro.

Tras corear a voz en grito y entre aplausos el típico “vivan los novios”, pasamos a hacernos a algunas fotos de familia con ellos. Gabriel no quiso acompañarme dado que Stefan no permitió que Cristel lo hiciera, pero tanto m madre, como Dorian pidieron a Mabel y Evan que se acercaran para una foto con todos juntos, puesto que ambos querían a los amigos de sus hijos como si fueran sus hijos también.

Besé a mi madre dándole la enhorabuena, abracé a Dorian y le dije que no podía haber mejor hombre que él, además de mi padre en su momento, para hacer feliz a mi madre.

Pasamos a la zona donde habían dispuesto las mesas con platos para ir comiendo, dado que aquella era una boda en plan bufet, cada quien que cogiera lo que quisiera y le apeteciera comer, y nosotros nos quedamos en una de ellas.

Mabel, Elena, Gabriel, mi padre y yo, estuvimos acompañados durante un buen rato por Evan, que no perdió el tiempo y estuvo coqueteando con mi amiga con todo el descaro que le caracterizaba.

Pero es que eran los dos iguales, tal para cual que decía mi padre, y si él tiraba la caña, ella no se quedaba atrás.

Los recién casados fueron pasando por las mesas para saludar a los invitados, y con nosotros se quedaron charlando más tiempo.

—¿Dónde está Stefan? —preguntó Dorian— Creí que estaría con vosotros.

—Está por allí en una mesa con Cristel —contestó Elena—. Es como si tuvieran una enfermedad contagiosa, no se han acercado aquí en toda la tarde.

—No digas eso, hija.

—Papá, esa mujer tiene algo que no me gusta, ya está, ya lo he dicho —Elena dio un sorbo a su copa y yo miré hacia otro lado.

—La conoces desde hace dos años, Elena, ¿qué tiene que no te gusta?

—Pues no lo sé, papá, pero no me gusta para mi hermano. Es… —suspiró— Déjalo, no quiero hacerme mala sangre ni arruinarte el día. Venga, a bailar, pareja —les dio un leve empujoncito cuando empezó a sonar la música y los dos se fueron riendo hacia la pequeña tarima que habían colocado a modo de pista.

Por mi parte estaba incómoda porque, aunque Stefan no se acercaba a nuestra mesa, lo veía de vez en cuando y siempre estaba ella muy encima de él, de manera un tanto posesiva como si pensara que alguna de las invitadas quisiera intentar algo con él.

—Preciosa, olvídate de esa mujer —me dijo Gabriel en un momento dado, cuando resoplé al ver, una vez más, cómo lo mantenía sujeto por el brazo impidiendo que se apartara de ella, casi ni lo dejó saludar a mi madre y a su padre—. Y te digo una cosa, Stefan está más pendiente de ti, de lo que haces, de cómo te toco y me acerco a ti, que de ella.

—Pues genial, igual es que ahora se ha nombrado a sí mismo mi guardián —volteé los ojos—. Voy por una copa.

Gabriel había estado en todo momento no solo muy pendiente de mí, sino que se mostraba cariñoso y tierno, me acariciaba el brazo cuando me notaba tensa, me daba algún que otro beso en la sien y me mimaba, me mimaba mucho sin dejarme sola.

Se lo agradecía, de verdad que sí, pero en ese momento necesitaba un poco de distancia de todo, así que cogí una copa de champán y le dije al chico que llevaba la bandeja que se fijara bien en mí, que iba a estar en el porche sentada un buen rato y quería que me trajera más champán cuando viera mi copa vacía.

No, no me faltó una copa llena en la mano en ningún momento, y acabé notando que necesitaba aire y estar a solas, por lo que, tras el último sorbo de champán, dejé la copa vacía en la mesa del porche y me alejé, iba a da un paseo por la villa, por esos amplios extensos jardines que rodeaban la casa y que aún no había visitado en su totalidad.

Pero vaya, que con lo extensos que eran me faltarían horas para recorrerlo todo.

—Papá, esa mujer tiene algo que no me gusta, ya está, ya lo he dicho —Elena dio un sorbo a su copa y yo miré hacia otro lado.

—La conoces desde hace dos años, Elena, ¿qué tiene que no te gusta?

—Pues no lo sé, papá, pero no me gusta para mi hermano. Es… —suspiró— Déjalo, no quiero hacerme mala sangre ni arruinarte el día. Venga, a bailar, pareja —les dio un leve empujoncito cuando empezó a sonar la música y los dos se fueron riendo hacia la pequeña tarima que habían colocado a modo de pista.

Por mi parte estaba incómoda porque, aunque Stefan no se acercaba a nuestra mesa, lo veía de vez en cuando y siempre estaba ella muy encima de él, de manera un tanto posesiva como si pensara que alguna de las invitadas quisiera intentar algo con él.

—Preciosa, olvídate de esa mujer —me dijo Gabriel en un momento dado, cuando resoplé al ver, una vez más, cómo lo mantenía sujeto por el brazo impidiendo que se apartara de ella, casi ni lo dejó saludar a mi madre y a su padre—. Y te digo una cosa, Stefan está más pendiente de ti, de lo que haces, de cómo te toco y me acerco a ti, que de ella.

—Pues genial, igual es que ahora se ha nombrado a sí mismo mi guardián —volteé los ojos—. Voy por una copa.

Gabriel había estado en todo momento no solo muy pendiente de mí, sino que se mostraba cariñoso y tierno, me acariciaba el brazo cuando me notaba tensa, me daba algún que otro beso en la sien y me mimaba, me mimaba mucho sin dejarme sola.

Se lo agradecía, de verdad que sí, pero en ese momento necesitaba un poco de distancia de todo, así que cogí una copa de champán y le dije al chico que llevaba la bandeja que se fijara bien en mí, que iba a estar en el porche sentada un buen rato y quería que me trajera más champán cuando viera mi copa vacía.

No, no me faltó una copa llena en la mano en ningún momento, y acabé notando que necesitaba aire y estar a solas, por lo que, tras el último sorbo de champán, dejé la copa vacía en la mesa del porche y me alejé, iba a da un paseo por la villa, por esos amplios extensos jardines que rodeaban la casa y que aún no había visitado en su totalidad.

Pero vaya, que con lo extensos que eran me faltarían horas para recorrerlo todo.

Capítulo 29



Después de un largo y tranquilo paseo por los jardines de la villa, me senté a unos metros de la casa, pero lejos de bullicio de la boda, necesitaba ese momento de soledad.

Me senté en el césped, estiré las piernas y tras apoyar ambas manos y dejar caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, respiré hondo disfrutando del aroma que me ofrecía esa tranquila noche de verano en Atenas.

La mezcla de olor a césped recién cortado con el aire puro y fresco y esas leves notar de agua salada del mar que teníamos a lo lejos, era como un delicioso elixir para la relajación.

Adoraba el lugar en el que nací, pero si tuviera la oportunidad de vivir allí, en esa villa, rodeada de esas noches tranquilas, no dudaría en mudarme.

Pero entonces tendría que ver al ateniense de mis desvelos cuando viniera a pasar sus vacaciones, o cuando tuvier que atender el local y comprobar que todo marchaba como él quería.

No, no sería beneficioso para mí en lo más mínimo. De hecho, esos tres años había estado evitando a toda costa ir al *Olimpo*, ese local en Marbella donde lo conocí, bajo otro nombre, fingiendo ser otra persona.

Suspiré, encogí las piernas y las abracé apoyando la barbilla en las rodillas mirando hacia el horizonte, hacia el mar, buscando ese punto fijo en el que concentrarme y no pensar en nada, dejar la mente en blanco.

¿Cómo podía haberme enamorado de él? ¿En qué momento había pasado que ni siquiera fui consciente de ello?

Había mentido a mis padres diciendo que tenía novio porque me dolió verlo con otra después de que estuviera conmigo, y no debería haberlo hecho. Si él no hubiera sacado esas conclusiones años atrás, yo no habría pedido a Gabriel que se metiera en esto.

Sentí las lágrimas agolpándose en mis ojos, y antes de que me diera cuenta, caían por las mejillas descontroladas. Las fui apartando poco a poco, pero seguían brotando aun con los ojos cerrados.

No había nada peor en la vida que ese llanto que salía sin que lo buscáramos ni supiéramos el motivo real por el

que lo hacía, aunque una idea de por qué lloraba de ese modo, podía tener.

—Hola —la voz de Stefan hizo que me sobresaltara, me sequé las mejillas retirando las lágrimas y cuando miré a mi derecha ahí estaba él, tan alto, tan guapo, con esos ojos verdes que me atraían a él como un imán.

—Hola —respondí apartando la mirada y volviendo a concentrarme en el punto fijo del horizonte, esperando que no me hubiera visto llorando.

—¿Qué haces aquí sola?

l —Tú lo has dicho, estar sola —dije con un nudo en la garganta, y la voz ligeramente tomada.

—Emma, ¿has bebido? —preguntó sentándose a mi lado.

—Como todos en la boda —me encogí de hombros.

—Tú te has excedido, de eso estoy seguro.

—¿Qué eres ahora, mi padre? —protesté mirándolo— ¿Vas a decirme qué puedo o no hacer?

—No, pequeña.

a —Eso pensaba —volví a evitar mirarlo—. Y no me llames, pequeña.

—¿Por qué lloras? —Vale, encima se había dado cuenta, qué suerte la mía.

—No estaba llorando, debe ser por el alcohol.

—A mí no me engañas.

—Pues qué bien. ¿Puedes irte, por favor? Si he venido hasta aquí es para estar sola, completamente sola.

—No voy a dejarte sola, y menos en este estado —contestó y noté que me pasaba el brazo por los hombros.

—No estoy tan mal —fruncí el ceño mientras lo miraba, y él aprovechó el momento para besarme.

Intenté apartarme, pero me sostuvo por la mejilla evitando así que me alejara de él. Ese calor que desprendían sus labios, el modo en el que me besaba, todo era un conjunto de lo que no debería desear, pero deseaba.

Y me dejé llevar por lo que quería, por lo que en ese instante de debilidad necesitaba, y me aferré al beso de Stefan como si de un salvavidas en mitad de una tempestad en medio del océano se tratase, queriendo mantenerm

a su lado siempre porque con él sentía que estaría a salvo, que no me pasaría nada, pero rompí el beso al darme de lleno con la realidad, una en la que él no era un hombre libre, ya que ya había una mujer en su vida.

—Vete, por favor, déjame sola —le pedí con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, esperando no romper a llorar de nuevo, y Stefan apoyó la frente en la mía.

—No he dejado de pensar en ti en estos tres años, Emma —dijo, y me tomó tan por sorpresa que no sabía si lo había escuchado decir aquello o era lo que mi cabeza quería escuchar—. Voy a hacer lo imposible porque estemos juntos —me acarició la mejilla, y yo seguía con los ojos cerrados—. ¿Me oyes, pequeña? Lo que haga falta.

—Eso no va a pasar, Stefan —me aparté para mirarle—, porque nunca me involucraría con un hombre casado, y tú vas a casarte con ella.

—Si hay algo de lo que estoy seguro ahora mismo, es de que cuando dé ese paso, será contigo Emma, con ninguna otra.

—No digas cosas que sabes que no harás.

—Lo verás, pequeña, lo verás —volvió a acariciarme la mejilla y se inclinó para besarme una vez más.

En esa ocasión fue él quien rompió el beso y se levantó para marcharse, dejándome sola tal como le había pedido, para lamer mis propias heridas de tonta y llorar abrazándome las piernas.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que se marchó Stefan, hasta que escuché la voz de Gabriel, que se acercaba.

—¿Qué haces aquí sola llorando? —preguntó sentándose a mi lado.

—Pues eso, llorar —me sequé las mejillas.

—Vamos, preciosa, cuéntame qué ha pasado —me pidió pasándome el brazo por los hombros y dándome un beso en la sien.

Suspiré y le hablé de Stefan, de que me había ido a pasear por los jardines de la villa con tal de no verlo con esa mujer porque me dolía, y de cómo me había encontrado allí llorando y un poco borracha.

Le conté lo que me había dicho y más lloré, porque sabía que no era real, que nunca lo tendría conmigo.

—No hay más que ver el modo posesivo con el que lo mantenía cerca —dije entre sollozos.

—Se fue hace al menos una hora, y ese es el tiempo que Stefan ha estado desaparecido de la fiesta también. Mabe

y yo pensamos que estabais por aquí dando rienda suelta a la pasión —sonrió.

—No ha estado aquí ni quince minutos.

—Oye, en quince minutos se pueden hacer muchas cosas. Te quedas con ganas de más, sí, pero se pueden hacer cositas.

—Estoy cansada, Gabriel —me apoyé en su hombro.

—Eso es que está pegando todo el bajonazo del alcohol, preciosa, por eso llevas un buen rato llorando. Anda, vamos a la cama.

—No te metas tanto en el papel de novio, que no estoy para sexo ahora mismo.

—Tranquila, que te veo más como a una hermana —me dio un beso en la frente antes de levantarse y ayudarme a mí.

—Stefan ya es mi hermano, y no lo veo así.

—Normal, porque no estáis hechos para ser hermanos, sino para algo más carnal y pecaminoso.

—No quiero ni pensar en lo que diría mi madre si supiera que hemos estado follando como animales aquí, en el despacho del local, y en esa suite de hotel.

—A ver, borrachilla, controla esa lengua que no quiero detalles. Y te aseguro que tu madre y tus dos padres, tampoco los quieren. Venga, a la cama —me cargó en brazos y le rodeé con los míos por los hombros apoyando la cabeza en mi brazo.

—Me siento como una novia.

—Pues yo no me siento como el novio —rio—. Uy, nos está viendo tu chico.

—No es mi chico —negué y se me escapó un suspiro.

—Te aseguro que por cómo me mira ahora mismo, querría ser él quien te cargara en brazos.

—Que la cargue a ella, que va a ser su mujer.

—Preciosa, que ella se fue hace rato ya y, créeme, esa mujer a él no le interesa. Le interesas tú, Emma.

No respondí, cerré los ojos y me dejé llevar como si volara, notando cada paso que Gabriel daba conmigo en

brazos, hasta que sentí que me recostaba en la cama.

—Si te ayudo a quitarte el vestido y ponerte una camiseta, no me lo tendrás nunca en cuenta, ¿verdad? —dijo acariciándome la mejilla, y negué con los ojos entrecerrados— Vale, pues voy por una camiseta —me dio un beso en la frente y se alejó.

No tardó en volver y tal como dijo, me ayudó a quitarme el vestido y ponerme la camiseta antes de retirar la ropa de la cama y meterme en ella.

—Gabriel —lo llamé cuando me quedé recostada de lado, con las manos debajo de la almohada.

—Dime, preciosa.

—¿Te puedes quedar? Solo hasta que me duerma, es que si estoy sola sé que voy a llorar y mañana tendré un terrible dolor de cabeza.

—Claro que me quedo —sonrió—, no tengo nada mejor que hacer ni otro sitio al que ir —me dio un beso en la frente, se quitó la chaqueta, la pajarita y los zapatos, y se metió en la cama conmigo, abrazándome—. Descansa, preciosa, ya verás como mañana ves todo de otro modo.

—Gabriel.

—Qué.

—Eres un buen hombre, la que te consiga como novio, va a ser muy afortunada.

a

—Creo que lo voy a tener un poquito difícil para encontrar a la mujer de mi vida, parece que el amor me rehúye.

—Cuando menos lo esperes, Gabriel —susurré cerrando los ojos, notando ese peso en los párpados por el agotamiento que me invadía en ese instante—. Cuando menos lo esperes llegará para cambiarte la vida, para hacer que tu corazón tenga un motivo por el que latir, y sentirás que, con ella, estás en casa.

—A ti el alcohol te hace ponerte sentimental y profunda —rio—. Descansa, Emma.

—Buenas noches, Gabriel.

Capítulo 30

Cuando desperté lo hice entre los brazos de un más que dormido Gabriel, completamente vestido.

Suspiré recordando lo que había pasado y me le abracé dándole un beso en la mejilla, momento en el que se

despertó y comenzó a moverse.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días, ¿de verdad te quedaste aquí?

—No me soltabas y no quería moverme para no despertarte.

—Pues has tenido que dormir muy incómodo con la ropa puesta.

—Tranquila, sobreviviré —sonreí—. Voy a darme una ducha y cambiarme antes de bajar a desayunar —me dio un eso en la frente—. Te veo abajo.

—Vale.

Se levantó y después de coger su ropa, salió de mi habitación dejándome aún en la cama mirando al techo. Cogí aire, lo solté, cerré los ojos y noté que me dolía un poco la cabeza, así que me levanté y fui a coger un par de pastillas para la resaca que tenía en el neceser, me las tomé con un vaso de agua y me di una ducha de esas que reconstituyen hasta el alma.

Tras recogerme el pelo en una coleta alta, me puse unos pantalones cortos, una camiseta y las deportivas y bajé para unirme al resto en el porche y disfrutar de un buen desayuno.

En el momento que vi a Mabel con las gafas de sol, supe que no había sido la única que se pasó con las copas la noche anterior.

—Buenos días —saludé a todos, pero no vi a Stefan ni Evan aún sentados.

—Buenos días, cariño —sonrió mi madre—. ¿Cómo estás? Gabriel nos ha dicho que bebiste un poquito más de la cuenta.

—Sí, pero solo un poco. Estoy bien, me he tomado un par de pastillas.

—Dime que tienes más, nena —me pidió Mabel, y le di las dos que había bajado para ella—. Te como la cara, me acabas de salvar la vida.

—Tan exagerada como siempre —volteé los ojos.

Me senté y vi que todos empezaban a desayunar, por lo que al ver que no esperaban a Stefan y Evan, pregunté si habían ido a trabajar desde temprano.

—No, hermanita —me dijo Elena—, ellos han regresado hoy a Marbella. Su vuelo salió a las siete y media.

Me sentí rara al escuchar aquello, Stefan sabía que regresaba a Marbella el día siguiente de la boda, y no me dijo nada en todo el tiempo que estuvimos en la villa, y tampoco la noche anterior.

Gabriel me cogió de la mano, lo miré y sonrió al tiempo que me daba un leve apretón en ella a modo de consuelo. Sin necesidad de que le dijera nada, él sabía lo que estaba pensando.

—Vosotros os marcháis mañana, ¿no? —me preguntó mi madre.

—Sí, por la mañana, el vuelo sale a las nueve.

—Bien, así podremos despedirnos hoy. Dorian y yo salimos de luna de miel esta tarde.

—¿Y dónde vais? —curioseó mi padre.

—No tengo ni idea —mi madre resopló—. Dorian no me ha dicho dónde me lleva.

—Te dije que iba a ser una sorpresa, y las sorpresas no se cuentan —Dorian le dio un beso en la mejilla.

—Así pasa, que llevo en la maleta ropa de verano y de abrigo, y me ha costado cerrarla.

—Papá, en serio, tendrías que haberle dicho dónde vais, solo para que no cargue con tanta ropa.

—De lo que estoy seguro es de que el destino, le va gustar —sonrió.

—Más te vale, porque con tanto secreto…

—Mamá, que tú no dijiste cómo ibas a ir vestida —le recordé.

—Para que se sorprendiera al verme.

—Pues por eso él no te dice dónde te lleva —reí.

Seguimos desayunando y comenzamos a hablar de la ceremonia, lo bonita que había sido, cómo lloramos las tres al escucharlos decirse esos votos matrimoniales, y lo mucho que disfrutaron los invitados con la comida, la bebida y la música.

Pero yo volví a ese rincón del jardín en el que me senté a solas, donde lloré y donde Stefan me dijo que no me había olvidado en esos años. Si era verdad, ¿por qué nunca me escribió para preguntar si estaba con el chico de las fotos? ¿Por qué simplemente no intentó verme?

Se fue a lo fácil, a eso de: “ella tiene novio y yo no la voy a esperar eternamente”. Supongo que pensó eso de que mujeres había tantas en el mundo como peces en el mar.

Ya no importaba, no iba a verlo más porque si había conseguido evitar durante tres años ir al lugar en el que nos conocimos, podía seguir sin ir allí.

Cuando terminamos de desayunar Elena se fue al restaurante y mientras Mabel, mi padre y Gabriel recogían sus cosas para hacer el equipaje, mi madre me llevó a dar una vuelta por los jardines.

—Te voy a echar de menos, mi niña —dijo agarrándome del brazo.

—Solo serán unas semanas, mamá —sonreí.

—Ya, pero, ¿no puedo echarte de menos? —Arqueó la ceja.

—Sí, sí, pero me puedes hacer videollamadas, ¿eh?

—Te tomo la palabra —me advirtió—. He visto a Gabriel salir de tu habitación esta mañana, y llevaba el traje de ayer.

—Se quedó a dormir conmigo.

—¿Solo a dormir? —curioseó.

—Sí, mamá —reí—, solo a dormir, Me respetó como todo un caballero.

—Bueno, te recuerdo que en su primera noche aquí…

—Mamá, ya.

—Vale, vale.

Nos quedamos en silencio y seguimos caminando así, la una junto a la otra, disfrutando del paseo, del sol, del aire puro y de las vistas.

a

—No es el hombre de tu vida —dijo de pronto.

—¿Quién?

s

—Gabriel —me miró y me acarició la mejilla—. Él no es el hombre de tu vida, cariño. Lo veo en tus ojos, y en lo

de él. Os miráis con cariño, pero no con amor o pasión. Vuestras miradas son como las que Stefan y Elena se dedican, no como las que he visto entre Mabel y Evan. Y aunque te lo dirá ella, a él lo vi entrando anoche en su habitación —murmuró.

—Mamá, no sabía que eras tan cotilla —reí.

—Y no lo soy, pero, bajé por agua y a la que regresé a mi habitación, vi a Evan en la puerta de Mabel, ella abrió y lo metió hacia dentro cogiéndolo de la camiseta.

—Le tenía ganas desde hacía tiempo.

—Ya lo vi —rio—. Su Aquiles particular.

—Mientras no se deje el pelo largo por culpa de Mabel —reí.

—Quién sabe, hija, uno por amor es capaz de hacer lo inimaginable —contestó, y en ese momento recordé las palabras de Stefan.

"Voy a hacer hasta lo imposible porque estemos juntos. ¿Me oyes, pequeña? Lo que haga falta"

Esas palabras resonaron en mi cabeza y aunque me gustaría que así fuera, que Stefan y yo estuviéramos juntos, sabía que no era algo factible, puesto que Cristel tenía muy claro que él se casaría con ella, y nadie tiene algo tan claro si no ve indicios de algo o si la otra persona no le ha dicho que será así.

Mi madre y yo dimos el paseo por finalizado y regresamos a la casa, ayudamos a Maggie con la comida, pusimos la mesa y cuando estuvo todo listo, tuvimos esa última comida antes de que ella y Dorian se despidieran de todos nosotros para ir al aeropuerto.

Si había algo por lo que me quedaba tranquila, era porque mi madre se veía más feliz que nunca desde que se divorció de mi padre.

Subí a mi habitación para preparar mi equipaje y durante un segundo pensé en enviarle un mensaje a Stefan y decirle que esperaba que hubiera tenido un buen viaje de vuelta. Pero si no me había dicho que regresaba esa mañana, sería que no quería tampoco hablar conmigo a la vuelta, por mucho que dijera que iba a hacer lo que fuera para estar conmigo.

Me puse música mientras hacía el equipaje para desconectar de todo, lo necesitaba, de verdad que sí, necesitaba tener la mente despejada y no pensar en nada, tan solo en mí.

s

Capítulo 31



Después de un vuelo largo, pero tranquilo en el que comimos, dormimos, y Mabel me contó que sí, que se había acostado con Evan la noche de la boda de mi madre, aterrizábamos en Marbella.

Bajamos del avión y mientras esperábamos para coger nuestro equipaje mi padre se ofreció a llevarnos a casa pue tenía el coche en el parking, momento en el que me llegó un mensaje de Stefan.

Stefan: *Hola, pequeña. Sé que regresabas hoy y quiero que vengas como influencer invitada para promocionar l fiesta de verano de mi local, es esta noche. Te veo a las diez.*

Alucinada, así me quedaba con su mensaje.

—¿Os llevo entonces? —preguntó mi padre, que esperaba que le dijera algo.

—Gracias, pero cogeremos un taxi, nos vamos a quedar por aquí a tomar un café —le contesté dándole un abrazo.

—Como queráis. ¿Te veo para comer juntos algún día?

—Ya sabes que sí —sonreí—. Yo te llamo.

—Vale, hija, te quiero. Mabel, cuídate. Gabriel, espero verte pronto.

—Lo mismo digo, Carlos —respondió él.

Salimos del aeropuerto, cogimos un taxi y decidimos ir a una cafetería cerca de mi casa, después ellos se irían a las suyas.

Nos sentamos en la terraza y pedimos nuestros cafés, momento que aproveché para enseñarles eso de lo que quería hablar con ellos y que, cuando lo vi al encender el móvil, me dejó sin palabras.

—Tengo noticias de Stefan —dije sacando el móvil del bolso.

—¿Te ha escrito? —preguntó Mabel, después de dar un sorbo a su café.

—Sí, pero es que alucino con lo que me pide.

—¿Qué te cases con él y le des muchos hijos? —Mi amiga arqueó la ceja.

—No, no hay planes de boda ni lo insinúa entre líneas. Quiere que vaya esta noche al local.

—Ya te echa de menos, ¿ves? —sonrió Gabriel.

—O le pica el asunto y quiere que ella le ayude a rascarse.

—Mira que eres brutita, Mabel, hija —volteé los ojos.
s

—Oye, que lo he dicho yo, pero seguro que lo hemos pensado los tres —nos señaló a Gabriel y a mí.

—Así que te quiere verte —dijo él.

—En realidad lo que quiere es que vaya como *influencer* invitada para promocionar su fiesta de verano.

—Dile que sí —contestaron al unísono.

—¿Qué parte de que no quiero ir a su local, no entendéis? Mabel, que me he pasado los últimos tres años evitando
ese sitio.

—Lo sé, como si fuera un lugar con enfermos de peste —volteó los ojos—. Pero a ver, nena, te vendrá bien esa colaboración. Ya sabes que muchos locales hacen fiestas de verano y cuentan con *influencers* de toda España para las inauguraciones.

—Yo asisto todos los años a la del local que hay junto al puerto —comentó Gabriel.

—Y yo a la que da Conrado, eso no es nada nuevo.

—Pero esto sí, Emma —dijo Mabel—. A ese hombre no es que le gustes solo como mujer y para un poco de sexo sucio y lleno de intensos gritos y orgasmos.

—Por favor, no me recuerdes eso, que todos menos los que lo sabíamos pensaban que había sido él quien me hizo gritar como posesa —señalé a Gabriel.

—Yo consigo eso, te lo puedo demostrar cuando quieras —lo miré con la ceja arqueada y un ligero rastro de enfado en la mirada—. Ok, mejor no te lo enseño.

—Dile que sí, Emma —insistió Mabel—. Te pones un vestidazo, tacones, labios rojos y a dejar claro que eres la reina de la noche, la reina de Marbella incluso.

—No va a salir bien.

—Va a salir estupendamente. Fotos y vídeos para tus redes, dinerito en la cuenta y copas gratis, yo es que ni me lo pensaba —dijo Gabriel.

—Vente conmigo —le pedí.

—¿Yo?

—Se supone que eres mi novio.

—Pero no cuenta conmigo para promocionar su fiesta de verano.

—Me da igual, yo sí cuento contigo. Somos pareja, y ya que me toca trabajar, me acompañas.

—Se pone la cosa interesante —rio Mabel.

—Yo diría más que bien que se masca la tragedia —suspiró Gabriel—. Vale, te acompaño.

—Nos acompañas, que donde va la *influencer*, voy yo, que soy la fotógrafa —dijo ella.

—¿Qué me pongo?

—Ay, qué mono, que le pide consejo a su chica —rio de nuevo Mabel.

—Serás bruja —rio él también.

—Vístete casual, pero así guapetón, que tienes que dar buena imagen delante de la cámara.

—Vale, jefa —le dijo a Mabel, llevándose la mano a la sien en el típico saludo militar.

—Y tú, escoge bien el vestido —me señaló—. Uno de esos elegantes, pero sexy que diga: "arráncamelo a bocados".

—Joder, Mabel, que voy a trabajar —reí.

—Sí, sí, pero que el ateniense vea lo que se está perdiendo por idiota.

—Madre mía —volteé los ojos.

—Venga, contéstale y dile que sí vas, pero no que me llevas a mí.

—Eso, eso, que se sorprenda al vernos llegar juntos.

—Sois los dos igual de malos, en serio. Un par de demonios.

—Pero nos quieres mucho —dijo ella poniendo esa cara de angelito, batiendo las pestañas.

Cogí el móvil y tecleé la respuesta para Stefan.

Emma: *Hola, sí, hace poco hemos llegado. Mañana nos vemos, le pasará Mabel mi cuenta a Evan para que haga la transferencia. Adiós.*

—Así, directa y sin crearle expectativas —me dijo Mabel—. Ahora envío un mensaje a Evan con la cuenta.

Stefan me respondió un par de minutos después, que nos veríamos a la noche siguiente y guardé el móvil.

Después de tomar el café me despedí de ellos, quedando en que nos veríamos en la puerta del *Olimpo*, y los dejé a cada uno en un taxi para irme a casa.

En cuanto entré por la puerta suspiré y me quité las zapatillas, caminando descalza hasta la habitación donde comencé a deshacer el equipaje y puse ropa a lavar.

No tenía gran cosa en la nevera después de tantos días fuera, así que tras cambiarme de ropa bajé a hacer algo de compra al supermercado que tenía cerca de casa.

Acabé llenando el carro con varias chocolatinas, chuches y tarrinas de helado que pensaba comerme esa noche después de un sándwich vegetal mientras me daba una maratón de esa serie que me tenía tan enganchada antes de irme al viaje.

Mientras guardaba la compra y tendía la ropa que acababa de lavar, pensaba en Stefan y en esos momentos que habíamos compartido en Atenas.

No iba a negar que me gustaba, porque era más que evidente que sí, pero lo que tampoco podía negarme a mí misma era que estaba enamorada de él y que, si estaba con Cristel no podría estar conmigo, y eso quería que él lo tuviera tan claro como lo tenía yo.

Porque nunca había estado con un hombre con pareja, y esta no iba a ser la primera vez.

Capítulo 32



Habían pasado tres años desde que estuve en el *Olimpo*, y faltaban solo cinco minutos para volver a pisar el lugar en el que todo empezó.

Mabel me mandó un mensaje diciendo que ella y Gabriel ya estaban allí, a lo que respondí que estaba llegando y nos veríamos en breve.

Una vez más los recuerdos de aquella noche se agolpaban en mi mente, dispuestos a hacerme estremecer.

No había habido un solo día que mis pensamientos no fueran para él, para esa noche en la que sentí que había conectado con alguien de un modo tan real.

El hombre al que conocí era atento, simpático, amable, por no hablar de ese modo que tenía para coquetear conmigo, tan sutil, pero intenso y que consiguió que me dejara llevar como nunca antes lo había hecho.

Porque seamos sinceros, jamás me había atrevido a irme a pasar una noche con un hombre al que conocía por primera vez, ni mucho menos acabar aceptando, quedándome al día siguiente.

Qué tonta había sido, qué ingenua a mis veinticinco años recién cumplidos, al creer en lo que dijo aquellos días. Ni siquiera se alojaba en hotel, debió hacer la reserva poco antes de que nos fuéramos.

—Hemos llegado, Emma —me dijo el chófer de esa noche, al que conocía desde hacía un par de años.

Asentí, bajé del coche y quedé en llamarlo solo si le necesitaba, puesto que posiblemente me fuera de vuelta a casa con Gabriel, dado que lo habíamos hablado por la mañana.

—Aquí está mi chica —sonreí al ver a Mabel con los brazos extendidos esperando que me acercara—. Estás que rompes, nena. Al ateniense le va a dar un infarto cuando te vea, pero más, cuando vea a tu novio.

—Qué mala eres, hija, de verdad —reí.

—Hola, preciosa —Gabriel sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Bueno, vamos entrando. Yo voy delante —dijo Mabel.

El exterior del *Olimpo* no había cambiado nada en esos años, seguía siendo tan blanco y reluciente como lo recordaba.

Las dos columnas de estilo griego en mármol blanco que franqueaban la puerta, una a cada lado, parecían más altas que entonces.

Había un par de porteros allí vestidos de negro, con el típico auricular que todos los que trabajaban en las puertas de esos locales de moda usaban para comunicarse con el interior, nos vieron llegar, me identifiqué, y tras comprobar la morena que estaba con ellos en la lista que tenía que estaba en ella, nos dejó pasar.

De nuevo ese *dejá vù*, ese momento de recuerdos agolpados en mi cabeza de aquella noche, cuando entré aquí por primera vez como invitada a esa fiesta donde personalidades de todos los círculos disfrutaban de una noche de copas.

Las paredes de mármol blanco, los suelos en negro, los muebles blancos y algunas esculturas de esos dioses y diosas que vivían en el Olimpo seguían en el mismo lugar y dando esa majestuosidad a cada rincón del local.

Muchos me miraban al pasar puesto que me conocían, había estado en varios de los locales más exclusivos de Marbella para dar visibilidad en redes y hacer promo, por lo que mi cara no pasaba desapercibida.

Y esa noche mucho menos, pues me había puesto un vestido rojo, de gasa con mucha caída, de un solo tirante ancho que cubría el hombro derecho, largo hasta los tobillos con una apertura en la parte izquierda de la falda que hacía que la pierna se me viera al caminar. Era de estilo griego, y llevaba un cinturón plateado, a juego con las sandalias de tacón.

El maquillaje era en tonos naturales, salvo los labios, que eran del mismo rojo que el vestido, y me había recogido el pelo en una coleta alta.

Cuando llegamos a la barra pedimos tres gin tonics y Mabel nos hizo la primera foto para las redes.

No llevábamos por allí ni cinco minutos, cuando vi a Stefan junto a Evan, ambos con traje y camisa, pero sin corbata, saludando a los clientes de más importancia con los que se cruzaban.

—Ahí viene —murmuró Mabel, y di un sorbo a la copa mientras mis ojos y los de Stefan se encontraban.

—Buenas noches —saludó Evan.

—Hola.

—Emma, estás guapísima, muy acorde con el local —me dijo con una sonrisa.

—¿Qué puedo decir, Evan? Pensé que estaría bien dado que este es el Olimpo de los dioses.

—Mejor que bien, esta noche tú eres nuestra diosa Afrodita —respondió, mientras señalaba la escultura que había a unos metros de nosotros a la izquierda, y me salió una sonrisilla mientras negaba.

Afrodita, diosa griega de la belleza, la sensualidad y el amor, ahí era nada cómo me había bautizado el socio de Stefan, que todavía no había abierto la boca para decir nada.

Volví a mirarlo y el brillo en sus ojos me lo dijo todo. Le gustaba lo que veía, pero no la compañía que tenía al lado, pues Gabriel me sostenía por la cintura con una mano.

—Y tú, ¿qué?, ¿te has quedado mudo de la impresión, Stefan? —le preguntó Mabel, que no callaba ni bajo el agua cuando quería sonsacar información.

—Si es el caso no es para menos, mi chica está impresionante esta noche. Vas a presumir de hermana en redes, cuñado —comentó Gabriel, que incluso a mí me dejó sorprendida con ese descaro.

—Estás preciosa, Emma —me dijo al fin Stefan, sin apartar los ojos de mí.

Alguien lo llamó, y tras girarse cuando el hombre que se había acercado le dio una palmada en el hombro, comenzó a hablar con él, mientras yo bebía de mi copa dándole la espalda.

—No me dejes solo con él que me tiene ganas —murmuró Gabriel en mi oído—. Aunque me atrevería a decir que te tiene más ganas a ti —rio.

—Calla, anda, que como te escuchen…

—¿Quién?

—Pues Evan, por ejemplo, que está aquí.

—Sí, sí, pero yo lo veo muy entretenido con Mabel —hizo un leve gesto de cabeza para que mirara hacia donde estaba mi amiga y sí, vi que ella y su Aquiles particular estaban tonteando un poquito.

Parecían dos quinceañeros, hablándose al oído, riendo y con esas manos que no sabían dónde ir. Sonreí, Mabel me miró y me hizo un guiño.

—Hora de las fotos —dijo acercándose a mí, y me cogió del brazo para llevarme hacia la escultura de Afrodita,

para matarla.

Hicimos varias más por todo el local, regresamos a la barra y sacó algunas más con Gabriel e incluso acabamos subiendo un par de *reels*.

Y cuando estaba tomando un sorbo de la que era mi segunda copa de la noche, mientras Mabel y Evan tonteaban y Gabriel había ido a saludar a unos conocidos, noté una mano en la cintura que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Socio, deberíamos hacernos unas fotos con Emma —dijo Evan al ver a Stefan a mi lado.

Mabel cogió el móvil, Evan se acercó a nosotros, quedé en medio de ambos hombres y mi amiga nos sacó varias fotos para después subir las mejores a las redes y promocionar esa temporada de fiestas de verano en el *Olimpo*.

Cuando volvimos a quedarnos solos, Stefan pidió un whisky, sin soltarme la cintura en ningún momento, eso sí.

Se lo bebió de un trago, yo di un pequeño sorbo a mi copa, y lo siguiente que escuché fue a Stefan hablarme al oído.

—Tenemos que hablar.

Iba a decir que no, pero mi cuerpo se dejó llevar por Stefan caminando entre la gente del local, y acabamos entrando en un pasillo donde, al fondo, estaba su despacho.

Cuando cruzamos la puerta respiré hondo mientras podía notar mi cuerpo aun ligeramente tembloroso, y es que, e no saber lo que ocurriría, me ponía nerviosa.

—¿Te ha llegado el pago? Evan me ha dicho que lo hizo esta mañana.

—Sí, sí, tranquilo —respondí, y él asintió.

Caminó hacia el escritorio llevándome de la mano, se sentó con las piernas ligeramente separadas y me colocó entre ellas, posando ambas manos en mis caderas.

—Stefan.

—Estás espectacular, pequeña —dijo acariciándome la mejilla mientras sus ojos me observaban con intensidad y mi cuerpo lo llamaba a gritos.

Porque sí, a pesar de querer alejarme de él, no podía, por mucho que ahora fuera parte de la familia y debiera llamarlo hermano, era algo que no me salía, no lo veía de ese modo y mi cuerpo lo reconocía como el único

hombre capaz de hacerme vibrar con una simple caricia, como en ese momento.

Llevó la mano a mi nuca sin dejar de mirarme, me atrajo hacia él y el calor abrasador de sus labios se apoderaron de los míos en un beso que los dos necesitábamos.

ySu mano se adentró bajo la tela del vestido y tras retirar la braguita a un lado, comenzó a tocarme, a provocar esa excitación que solo él conseguía en mí. Deslizó el dedo entre mis pliegues, me penetró un par de veces llevando consigo la humedad que se había formado en mi interior, me estremecí al sentir la yema de su dedo rozándome el clítoris, y gemí en su boca cuando lo pellizcó y tiró de él.

Volvió a penetrarme con el dedo y siguió y siguió sin parar hasta que me dejé llevar por el orgasmo y me corrí agarrándome con fuerza a sus hombros.

Stefan se incorporó y tras colocarse a mi espalda, colocó mis manos en el escritorio, me inclinó hacia él separando mis piernas, levantó la falda del vestido dejando mis glúteos desnudos, liberó su erección y tras sujetarme las muñecas con la mano para impedir que pudiera mover mis manos, me penetró con fuerza y rudeza haciéndome gemir.

Me estremecí de pies a cabeza, sentí esa oleada de placer que me invadía y mientras él se movía entrando y saliendo con esa intensidad y urgencia que lo caracterizaba, yo lo hacía también acompasando el ritmo que Stefan marcaba.

Sabía que aquello iba a ser otro de nuestros encuentros rápidos, podía sentir el modo en que mi cuerpo se preparaba de nuevo para liberar el clímax, al mismo tiempo que notaba a Stefan llegar a ese punto de no retorno
len el que yo me encontraba.

Dos, tres, cinco embestidas más y los dos gritamos de modo desgarrado liberando el éxtasis en el que nos habíamos visto envueltos. Porque sí, nadie podía negar que lo nuestro, era una química de alta tensión, que cada uno de nuestros encuentros era mejor que el anterior.

Me besó el hombro y tras retirarse, me ayudó a acomodar mi ropa antes de que me incorporara.

—¿De esto teníamos que hablar? —pregunté al girarme, pero no le di tiempo a responder— Es la última vez, Stefan, esta vez sí se ha acabado. Somos hermanos.

—No lo somos.

—Desde el momento en el que tu padre y mi madre se casaron, nos convertimos en hermanos. Por no hablar de que me has traído aquí aun sabiendo que mi novio está fuera.

—No lo quieres, Emma. No lo deseas —dijo, cogiéndome por la cintura.

—¿Qué sabrás tú?

—Si él te hiciera sentir la mitad de lo que sientes conmigo, no habrías seguido con esto desde esa primera noche en la villa.

—Tienes un ego grandísimo, Stefan. Y no, no debería haber seguido con esto después de esa noche, ni siquiera debió pasar esa vez. Me mentiste hace tres años, me utilizaste para un desahogo lejos de tu pareja y desapareciste. Deberías haber seguido así, lejos de mi vida, o al menos aceptar que desde que nuestros padres se comprometieron, nosotros pasábamos a ser hermanos.

Pasé por su lado mientras notaba una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. Salí del despacho sin decir nada y regresé a la barra, donde Mabel y Evan seguían la mar de sonrientes y con esos tonteos previos a lo que, sin duda alguna, sería una noche de sexo salvaje.

Le dije a mi mejor amiga que me iba a casa, le pedí a Gabriel que me llevara y nos despedimos de ellos, quedando en vernos otro día.

—¿Todo bien, preciosa? —me preguntó Gabriel cuando subió al coche, y tan solo negué.

No dijo más, se limitó a conducir hasta mi casa respetando mi silencio, nos despedimos con un par de besos y un abrazo y me dijo que, si necesitaba hablar, no dudara en llamarlo para hacerlo.

Agradecía poder contar con él en esos momentos, además de con Mabel. Subí a casa, me desnudé y tras ponerme una camiseta me metí en la cama, pensando en lo mucho que me gustaba Stefan, cuánto lo amaba y el daño que me hacía tenerlo cerca.

—¿Qué sabrás tú?

—Si él te hiciera sentir la mitad de lo que sientes conmigo, no habrías seguido con esto desde esa primera noche en la villa.

—Tienes un ego grandísimo, Stefan. Y no, no debería haber seguido con esto después de esa noche, ni siquiera debió pasar esa vez. Me mentiste hace tres años, me utilizaste para un desahogo lejos de tu pareja y desapareciste. Deberías haber seguido así, lejos de mi vida, o al menos aceptar que desde que nuestros padres se comprometieron, nosotros pasábamos a ser hermanos.

Pasé por su lado mientras notaba una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. Salí del despacho sin decir nada y regresé a la barra, donde Mabel y Evan seguían la mar de sonrientes y con esos tonteos previos a lo que, sin duda alguna, sería una noche de sexo salvaje.

Le dije a mi mejor amiga que me iba a casa, le pedí a Gabriel que me llevara y nos despedimos de ellos, quedando en vernos otro día.

—¿Todo bien, preciosa? —me preguntó Gabriel cuando subió al coche, y tan solo negué.

No dijo más, se limitó a conducir hasta mi casa respetando mi silencio, nos despedimos con un par de besos y un abrazo y me dijo que, si necesitaba hablar, no dudara en llamarlo para hacerlo.

Agradecía poder contar con él en esos momentos, además de con Mabel. Subí a casa, me desnudé y tras ponerme una camiseta me metí en la cama, pensando en lo mucho que me gustaba Stefan, cuánto lo amaba y el daño que me hacía tenerlo cerca.

Capítulo 33



Esa mañana, dos días después de la noche con Stefan en su local, me había llegado una caja de bombones de una de las pastelerías más reconocidas de la ciudad.

No tenía duda de que eran de él, y la nota que los acompañaba, en la que me invitaba a cenar, me lo acabó confirmando.

Llamé a Mabel y después de mucho hablarlo, a pesar de que no debería seguir viéndome con él, decidí ir para hablar y cerrar ese capítulo.

Así que, después de haber escogido un vestido blanco ibicenco de tirantes finos, maquillarme y recogerme el cabello en una coleta alta, aquí estaba, sentada en el coche que me llevaba hasta el puerto donde Stefan había dicho que me esperaba.

Solo sería una cena, hablaríamos como los adultos que éramos, y al igual que estos últimos tres años, volveríamos a nuestras vidas y tan solo nos veríamos para las comidas y cenas familiares.

Fácil de decir, no tanto el poder cumplirlo, porque, aunque quisiera negarlo hasta la saciedad, me había enamorado de mi sexy hermanastro mayor.

—Hemos llegado. ¿Me llamarás para recogerte? —me preguntó Lucas, el chofer de esa noche y a quien también conocía desde hacía tiempo.

—Pues no lo sé, tú no estés pendiente del móvil.

—Lo estaré de todos modos —sonrió.

—No sé por qué pensé que me harías caso —suspiré—. Buenas noches.

Bajé del coche y eché un vistazo hacia la zona de restaurantes esperando ver a Stefan, pero no lo vi.

Estaba sacando el móvil del bolso para llamarlo, cuando escuché mi nombre, levanté la vista y al mirar alrededor,

lo encontré en la entrada del puerto, esa que conducía hacia donde estaban amarrados los barcos.

—Buenas noches, pequeña —dijo sonriendo cuando llegué hasta él.

—Buenas noches. Creí que estarías esperándome en la entrada de…

—Cenamos en mi barco —me cortó.

—¿Perdón? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Espero que no te marees navegando.

—No, no me mareo.

—Entonces vamos —me tendió la mano, me agarré a él y dejé que me llevara hacia donde tuviera amarrado su barco.

Al llegar sonreí al ver el nombre que tenía su barco, ese que no era como un transatlántico, pero tampoco una barquita para pescar. Debía tener unos siete metros de eslora y contaba con dos plantas.

—El Olimpo, ¿eh? —sonreí mientras me ayudaba a subir.

—Qué puedo decir, estoy muy aferrado a mis raíces.

—Es bonito.

—Ven, te lo enseño antes de zarpar.

—¿Vamos a salir a navegar?

—Solo iremos unas millas lejos del puerto, para tener una cena tranquila.

—Tú lo que quieres es evitar que salga del barco antes de acabar de comer —arqueé la ceja.

—Me has pillado —chasqueó la lengua.

—Soy buena nadadora, no tendría problemas en nadar hasta aquí.

—No te lo permitiría, que te quede claro —se inclinó y me dio un beso en la sien.

En la cubierta me presentó al hombre que estaría a los mandos, así como a dos camareros que nos servirían la cena, bastante majos y simpáticos los tres.

—No pensarás hacer una orgia donde yo seré la protagonista, ¿no? —murmuré cuando me llevaba hacia el interio para enseñarme primero el salón.

—Para empezar, jamás te compartiría con nadie —contestó muy serio mientras me miraba con los ojos fijos en lo míos.

Tragué con fuerza y sentí un escalofrío por todo el cuerpo, nadie como Stefan para conseguir que mi mente volara hacia imágenes que quedarían para siempre en mi mente.

El salón del barco era bastante amplio, todo el mobiliario era en madera oscura y también en negro brillante, con algunos ribetes en dorado que resaltaban sobre ellos. Tenía dos sofás amplios y una mesa en el centro donde toma una copa o disfrutar de una taza de café y una buena charla.

Lo siguiente que vimos fue la cocina, amplia, blanca, con electrodomésticos de acero y un montón de bandejas cubiertas que intuí sería nuestra cena.

Me llevó por el pasillo hasta las escaleras que conducían a la planta de arriba, señaló bajo ellas un par de puertas y me dijo eran para el uso de la tripulación, luego subimos.

Allí me mostró dos habitaciones idénticas, con paredes beige, muebles de madera oscura, una cama en el centro, cuarto de baño propio y un armario doble.

Y, por último, la habitación principal que parecía una suite de hotel.

Al igual que las otras dos, tenía paredes beige y muebles en madera oscura, una enorme cama en el centro, cuarto de baño propio con ducha y jacuzzi, un vestidor y una mesa con dos sillas en una pequeña terraza que era una maravilla.

—Tú te has tenido que dar unas buenas vacaciones aquí dentro —dije cuando salimos a la terraza, contemplando el puerto y la ciudad.

—Evan y yo hemos salido a altar mar a veces, sí, un fin de semana o cuatro días, disfrutando del silencio, de la inmensidad del océano y lejos del bullicio de la ciudad.

—Voy a tener que pedirte que lo alquiles un fin de semana para irme con Mabel —sonreí.

—Cuando quieras, es tuyo, y sin tener que pagar nada —susurró en mi oído, y lo tenía tan cerca que podía distinguir cada leve nota de olor de su perfume.

Me dio un beso en el cuello y de nuevo sentí ese estremecimiento que él provocaba en mí. Me cogió por la cintura y me llevó de nuevo hacia la cubierta del barco, donde habían servido en la terraza a la que se accedía desde el salón la cena.

—Zarpamos ya, señor —dijo uno de los camareros antes de que los dos desaparecieran en el interior, y Stefan asintió.

Nos sentamos, sirvió dos copas de vino y me ofreció una, chocando ambas a modo de brindis. Di el primer sobo y no tardé en notar que el barco se empezaba a mover despacio para alejarse del puerto.

Stefan levantó las tapaderas que cubrían las bandejas de comida y el olorcito que me recibió, se me hizo la boca agua.

Había marisco a la plancha, tostas de queso y salmón, de aguacate, de jamón, ensalada griega y carne a la brasa. Por no hablar de esa fuente de frutas que tenían todas una pinta y un color más vivo, que daban ganas de comérselas antes que el esto.

Stefan me sirvió un poco de ensalada en el plato, lo miré con la ceja arqueada pues de sobra podía servírmelo yo misma, y se limitó a sonreír.

Cogí ese primer bocado que saboreé y por un momento volví a estar en Atenas, solo que no estaba allí.

El barco se movía despacio, pero ya nos habíamos alejado del puerto, ese que veía a lo lejos, pero aun suficientemente cerca como para distinguir cada una de las embarcaciones allí amarradas, donde en muchas de ellas se celebraba alguna de esas fiestas de empresarios o gente famosa que quería pasar una noche divertida.

Las tostas estaban deliciosas, y qué decir del marisco, buenísimo.

Mientras comíamos hablamos de la fiesta de dos noches atrás, esa que fue un éxito, como todas las que seguramente hicieron en esos tres años que no nos vimos, y me dijo que tenían todas las noches el local lleno para disfrutar de esas noches de fiesta.

—Me alegro —sonreí.

—Quiero que vengas a alguna otra fiesta, será bueno para el local contar con una *influencer* como tú, por no hablar de que a esas fiestas acuden algunos empresarios a los que estoy seguro les gustaría que colaboraras con ellos. O que lo hiciera Gabriel.

—¿Gabriel? —Fruncí el ceño.

—Sí, tu novio —dijo con un tono un poco mordaz—. Hay un par de dueños de concesionarios a los que, seguro que les gustaría hablar con él para que promocione sus coches, y por supuesto contigo también, los deportivos y coches elegantes no tienen que ser solo para hombres.

—Gracias por la parte que me toca.

—También hay alguna dueña de cosméticos y perfumes con la que podrías encajar.

—A ver, Stefan, ¿me estás buscando trabajos para que gane más dinerito como *influencer*, o lo haces porque quieres saber dónde estoy y qué hago en todo momento?

—Lo primero —contestó muy serio—. Al igual que con Elena, quiero mirar por ti.

—Eso es muy de hermano de mayor —arqueé la ceja.

—Se supone que ahora lo soy, ¿no?

Aparté la mirada, porque sí, ahora éramos familia, pero no podía dejar de desear a ese hombre como lo que era, un hombre y no un hermano.

Seguimos comiendo mientras me preguntaba si había hablado con mi madre esos días, y dije que sí. El día anterior me hizo una videollamada desde el barco en el que estaban disfrutando de un crucero por el Mediterráneo, y me contó que después de esos días en alta mar, irían en avión hasta París, la ciudad del amor, donde estarían tres días, para después ir a una villa en La Toscana y visitar Venecia, para acabar la luna de miel, después de tres semanas y no dos como decían, en Escocia.

Hacía rato que el barco se había detenido y el puerto y la ciudad ya no eran más que un montón de pequeños puntitos de luz a lo lejos.

—Yo sabía dónde iba a llevarla —sonrió—. Pero me pidió que no le dijera nada. Van a disfrutar de ese viaje.

—Apenas han comenzado y mi madre ya lo está disfrutando. Hum, esta carne está buenísima, es muy jugosa.

—Entonces, ¿he acertado con la cena?

—Sí, estaba todo riquísimo. Y la fruta tiene una pinta… Me voy a comer todas las uvas.

Fui a coger el racimo, pero Stefan se adelantó, fruncí el ceño mirándolo y sonrió de medio lado mientras cogía una y se la llevaba a la boca.

No tardó en levantarse de la silla y acomodarse a mi lado en el sofá, cogió una uva y me la acercó a los labios.

—Abre la boca —murmuró mientras pasaba la pequeña fruta por mis labios, los separé, acerqué la lengua a ella y Stefan la dejó allí.

Volví a cerrarlos mientras él mantenía los dedos en el interior de mi boca, y se quedó mirando el modo en el que los lamía al tiempo que los retiraba.

—Está muy dulce —dije en apenas un susurro.

Stefan no me dejó coger las uvas, sino que me las dio él, llevando una a una a mi boca y manteniendo sus dedos en ella el tiempo justo de que se los lamiera.

Nunca me habían dado de comer, y debía admitir que me parecía un acto de lo más sensual y erótico.

Porque me estaba excitando, mientras Stefan observaba mis labios con sus lujuriosos ojos, me excitaba de solo pensar en lo que podían hacer sus dedos en mi cuerpo.

Y tras la última uva que llevó a mi boca, se inclinó y sentí sus labios sobre los míos, su lengua entrando sin esfuerzo buscando la mía y encontrándola para hacer esa danza de búsqueda, encuentro y huida que ambas hacían

Noté la mano de Stefan en el muslo y me estremecí de pies a cabeza ante el contacto de las yemas de sus dedos deslizándose por la piel que parecía arder ante ese contacto. Y cuando separó ligeramente mis piernas, adentrándose sin miedo por la tela de la braguita, gemí al sentir su dedo jugando entre mis pliegues.

—Stefan —murmuré entre besos.

—No quiero que seamos hermanos, no puedo ser tu hermano, pequeña. Quiero que seas mía.

Me estremecí aún más y cuando sus labios se apoderaron de nuevo de los míos, llevé ambos brazos alrededor de sus hombros y lo atraje hacia mí, permitiendo que me tocara tanto como quisiera, de ese modo que a mi cuerpo no solo le gustaba, sino que anhelaba que lo hiciera.

Comenzó a hacer fricción con el pulgar sobre mi clítoris y me penetró con el dedo corazón, llegando a lo más profundo de mi ser.

Podía notar mi cuerpo tembloroso, sacudiéndose una y otra vez mientras el orgasmo comenzaba a tomar forma.

Apenas unos minutos después Stefan hizo que liberara el clímax y gritara en su boca al correrme.

—Vamos a la habitación, pequeña —propuso, lo miré y asentí.

Se levantó, me cogió en brazos como si fuéramos un par de recién casados, y caminó por el barco hasta que llegamos a la habitación, donde entró decidido a que esa noche fuera un nuevo momento de locura para los dos.

Me recostó en la cama y no tardó en desnudarme por completo, separó mis piernas, se inclinó y jadeé al sentir su lengua pasando rápida entre mis pliegues, lamiendo el clítoris de tal modo que me recorrió un escalofrío de pies a cabeza.

Lo observé mientras se desnudaba, despacio y sin prisa, como si quisiera que aquella noche no terminara nunca.

Fue hacia la cómoda y de ella sacó algo que trajo en las manos. Se acomodó de rodillas entre mis piernas y noté una vibración mientras algo frío y metálico se deslizaba por toda mi zona.

—Stefan, ¿qué haces?

—Llevarte al cielo, pequeña —contestó al tiempo que me hacía un guiño.

Y me penetró con lo que sin duda alguna era un vibrador, al mismo tiempo que me pellizcaba el clítoris con dos dedos y tiraba de él haciéndome gritar.

.

Volvió a inclinarse entre mis piernas y mientras llevaba una y otra vez el vibrador a lo más hondo de mi ser, haciendo que me estremeciera por completo, comenzó a lamer mi zona con una lentitud que me hacía resoplar desesperada, queriendo más.

Hasta que aumentó el ritmo y me agarré con fuerza a las sábanas arqueando la espalda, solo para detenerse unos minutos después y dejarme jadeando esperando más.

Retiró el vibrador poco a poco y noté que cogía algo de la cama, lo introdujo en mi vagina y sentí que no era muy grande, pero tenía forma como de bola. Lo siguiente que hizo fue colocar un succionador de clítoris que puso en marcha, y segundos después noté también una vibración en la vagina, pero de manera alterna, como si se tratara de uno de esos aparatos de gimnasia que tenían varias y distintas velocidades y maneras de vibrar.

—Oh, por Dios —gemí agarrada a las sábanas con todas mis fuerzas.

Stefan mantenía la bola vibradora en mi vagina, haciendo que me moviera cada vez que subía de intensidad, mientras el succionador me llevaba de manera inminente a un nuevo orgasmo, y se ayudó de la lengua y los dientes sobre mis pezones, lamiendo y mordiendo mientras todo mi cuerpo se sacudía entre chillidos de puro placer.

Notaba cómo temblaba de pies a cabeza, cómo me estremecía y el modo en el que el placer me envolvía, y Stefan me besó con esa urgencia que tantas veces había sentido en él.

Cuando volví a correrme gritando a todo lo que daban mis cuerdas vocales, retiró el succionador del clítoris y la bola vibradora, y me penetró con fuerza de una sola y certera embestida.

Lo rodeé con ambas piernas por la cintura, apoyando los talones en sus duros y cincelados glúteos atenienses, atrayéndolo hacia mí para que me penetrara más y más fuerte y rápido, que me llenara de él mientras nuestras bocas compartían un beso lujurioso y excitante.

Arañé su espalda, clavé las uñas y agarré con tanta fuerza sus hombros que podía notar el modo en el que mis dedos quedarían marcados.

Stefan se movía con tanta fuerza que podía notar los músculos de mi vagina contrayéndose alrededor de su miembro, lo que hacía que este palpitara queriendo liberar su propio clímax.

No tardamos en dejarnos llevar por el momento y nos corrimos al unísono, gritando, gimiendo y agarrándonos con fuerza a la carne del otro, mientras el deseo nublaba nuestras mentes.

Cuando recobramos el aliento Stefan volvió a besarme con una mezcla de dulce ternura y pasión que me hizo querer tener eso cada noche durante el resto de mi vida.

—Quiero intentarlo, Stefan —dije con un hilo de voz, dejando a un lado el hecho de que ese hombre, el que me acababa de llevar al cielo, era ya mi hermanastro—. Pero no me engañes, no juegues conmigo porque me perderás para siempre.

—Eso no va a pasar, pequeña —sonrió inclinándose para darme un beso rápido en los labios—. Voy a ser solo tuyo.

Vi en sus ojos que era sincero, o al menos es lo que quería pensar, que no iba a mentirme de nuevo, que no habría nadie más en su vida que yo, que por mucho que fuéramos algo así como hermanos, haría lo que fuera porque estuviéramos juntos tal como dijo la noche de la boda de nuestros padres.

Me besó de nuevo, sus manos recorrieron mi cuerpo una vez más y como siempre que estábamos en una misma cama, las horas se llenaron de deseo, lujuria y pasión a nuestro alrededor.

Cuando volví a correrme gritando a todo lo que daban mis cuerdas vocales, retiró el succionador del clítoris y la bola vibradora, y me penetró con fuerza de una sola y certera embestida.

Lo rodeé con ambas piernas por la cintura, apoyando los talones en sus duros y cincelados glúteos atenienses, atrayéndolo hacia mí para que me penetrara más y más fuerte y rápido, que me llenara de él mientras nuestras bocas compartían un beso lujurioso y excitante.

Arañé su espalda, clavé las uñas y agarré con tanta fuerza sus hombros que podía notar el modo en el que mis dedos quedarían marcados.

Stefan se movía con tanta fuerza que podía notar los músculos de mi vagina contrayéndose alrededor de su miembro, lo que hacía que este palpitara queriendo liberar su propio clímax.

No tardamos en dejarnos llevar por el momento y nos corrimos al unísono, gritando, gimiendo y agarrándonos con fuerza a la carne del otro, mientras el deseo nublaba nuestras mentes.

Cuando recobramos el aliento Stefan volvió a besarme con una mezcla de dulce ternura y pasión que me hizo querer tener eso cada noche durante el resto de mi vida.

—Quiero intentarlo, Stefan —dije con un hilo de voz, dejando a un lado el hecho de que ese hombre, el que me acababa de llevar al cielo, era ya mi hermanastro—. Pero no me engañes, no juegues conmigo porque me perderás para siempre.

—Eso no va a pasar, pequeña —sonrió inclinándose para darme un beso rápido en los labios—. Voy a ser solo tuyo.

Vi en sus ojos que era sincero, o al menos es lo que quería pensar, que no iba a mentirme de nuevo, que no habría nadie más en su vida que yo, que por mucho que fuéramos algo así como hermanos, haría lo que fuera porque estuviéramos juntos tal como dijo la noche de la boda de nuestros padres.

Me besó de nuevo, sus manos recorrieron mi cuerpo una vez más y como siempre que estábamos en una misma cama, las horas se llenaron de deseo, lujuria y pasión a nuestro alrededor.

Capítulo 34



Notaba una caricia en la espalda y fui despertando poco a poco. Estaba tumbada bocabajo en la cama y podía sentir el roce de las sábanas en mi cuerpo desnudo.

Sonreí al notar un beso en el hombro, abrí los ojos y vi a Stefan observándome.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días.

—Hora de desayunar, pero antes date una ducha, tu cuerpo lo agradecerá —se inclinó y me besó en los labios antes de levantarse.

Llevaba un pantalón vaquero con polo y deportivas blancas, la noche anterior el polo era azul y el pantalón beige. Me levanté y fui al cuarto de baño, desde luego que mi cuerpo iba a agradecer esa ducha reparadora, pues notaba que me dolían partes en las que nunca había reparado antes.

Cuando regresé a la habitación Stefan estaba en la terraza, tomando un sorbo de café, me vestí y salí, comprobando que el barco estaba en movimiento.

—Cuando terminemos de desayunar, estaremos en el puerto —dijo, mientas me sentaba a su lado.

—Qué buena pinta tiene todo —sonreí.

Había zumo, café, tostadas, croissants, mantequilla, mermelada, jamón, tomate, y yogur griego con frutas.

Me puse unas tostadas con jamón y tomate que no comí, literalmente devoré, me tomé el zumo, y no dudé en untar mantequilla y mermelada a un croissant que partí por la mitad y me comí mientras tomaba el café. Stefan me miraba y sonreía sin decir nada.

—¿Qué? —pregunté cuando acabé el café y cogí un yogur con frutas.

—Nada, solo te veía comer. Creo que eres la primera mujer que no se preocupa en exceso por las calorías —sonrió.

—Ah, eso. Bueno, digamos que en casa hago algunos ejercicios para mantenerme bien, y como saludable, solo que me gusta disfrutar de vez en cuando de algo rico.

—Está bien saberlo —dio un sorbo a su café—. Otro día te llevo a mi restaurante favorito, estoy seguro de que te va a gustar cómo preparan la carne, y la tarta de zanahorias.

—Suena bien, soy un poquito golosa —admití.

—No hace falta que lo jures, lo he comprobado.

Apenas unos minutos después llegamos al puerto y tas dejar el barco amarrado, Stefan y yo bajamos para ir hacia su coche que estaba aparcado allí. Subimos y me llevó a casa, donde nos despedimos con un beso de lo más apasionado y esas ganas de más que siempre nos quedaban.

—Te llamo y nos vemos —dijo antes de que me bajara del coche.

—Vale —sonreí.

De camino a la puerta de mi edificio empezó a sonar mi móvil, lo saqué del bolso y vi que era mi padre.

—Hola papá.

—Buenos días, cariño. ¿Quedamos para comer?

—Claro, sí, me apetece mucho —sonreí mientras abría la puerta—. ¿A las dos?

—Perfecto, te espero en el restaurante del puerto.

—Ok. Hasta luego, papá.

—Adiós, mi niña.

Entré en el ascensor y vi que me había llegado un mensaje de Mabel mientras hablaba con mi padre.

Mabel: *Buenos días, cariño. ¿Cómo fue la cena de anoche? Te espero en casa para un café y me cuentas. Te quiero.*

Fui hacia la puerta de mi casa y al llegar vi un paquete en el suelo, fruncí el ceño y vi que no tenía remitente. Al

entrar lo primero que hice fue abrirlo.

Bombones, una rosa roja y una nota de Stefan.

«Por muchas noches como esta, pequeña»

Se me dibujó una sonrisa en los labios que no se fue pronto, y estuvo ahí mientras me cambiaba de ropa y me hacía una coleta alta para ir a ver a Mabel.

Cogí el coche y fui hacia su casa, donde una vez que subí me recibió con ese abrazo de mamá osa que a veces tenía conmigo.

—Qué cutis más reluciente tienes, nena. Tú has sido mala —dijo cerrando la puerta con una sonrisilla—. ¿Te pusi mirando al Olimpo?

—Mira que eres bruta —reí—. Me llevó en El Olimpo.

—Me he perdido —dijo mirándome, mientras me sentaba en uno de los taburetes de su cocina y ella preparaba el café.

—Tiene un barco llamado, El Olimpo.

—¿Te llevó a cenar en su barco, entonces? —asentí— Pues a ver si nos lo presta para irnos un fin de semana a alta mar y lejos de todo.

—Eso le dije.

—Va, sigue —me pidió, y le conté todo, de principio a fin, desde que nos vimos hasta que me dejó en casa un par de horas antes—. Así que, ¿se puede decir que estáis juntos y revueltos?

—Sí. No puedo alejarme de él por más que quiera, Mabel. Ese hombre…

—Te pone las piernas temblorosas y te adora como si fueras su diosa, la diosa de su Olimpo —sonrió—. Eres la diosa del CEO más codiciado de Marbella.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad, nena. Muchas *influencers* y mujeres en general de la vida marbellí, han querido cazar al CEO ateniense más sexy desde que vino a vivir aquí hace ya cuatro años, y ninguna lo ha conseguido. A ver, el año antes de conocerte estuvo con algunas mujeres, pero nada reseñable.

—¿Cómo sabes eso? —curioseé.

—Me lo ha contado Evan. Y sí, eso que te dijo de que no te había olvidado en este tiempo, era cierto.

—¿Te ha contado algo más? ¿Sobre Cristel?

—No, eso no, eso deberá contártelo Stefan, yo tampoco quise saber nada, la verdad. Pero no pienses en ella, ¿sí? Está contigo, y es con lo que debes quedarte —me hizo un guiño y sirvió los cafés.

Le dije que había quedado para comer con mi padre y pasamos aquel rato hablando de ella y Evan, con quien no solo había congeniado y conectado de un modo que no esperaba, sino que se estaban viendo más a menudo de lo que yo pensaba.

Me despedí quedando en vernos al día siguiente para hacer grabar unos tutoriales de maquillaje y promocionar los productos que había recibido en su casa la tarde anterior, y fui hacia el puerto para comer con mi padre.

En cuanto me vio abrió los brazos y me lancé a ellos.

—Hola, mi niña —me besó en la frente.

—Hola, papá.

—Te veo feliz —sonrió—. ¿Algo que contarme? No tendrá que ver con ese novio tuyo.

Suspiré, sonreí y le prometí contarle todo mientras comíamos, pero antes hablamos de mi madre y le dije lo que me había dicho de su viaje, para que estuviera tranquilo puesto que sabía que, para él, era tan importante saber que mi madre estaba bien al igual que lo estaba yo.

Nos sentamos a la mesa, pedimos vino, unos entrantes de marisco para compartir, y como plato principal él pidió carne asada y yo pescado al horno.

—Y bien, ¿qué es eso que te tiene tan feliz? —preguntó cuando nos quedamos solos después de que sirvieran el vino.

—Es por un hombre, sí, pero no por el que tú crees.

—Hija, si me permites decirte algo, en Atenas vi que Gabriel y tú os llevabais bien, pero no vi la chispa de una pareja enamorada.

—Otro como mamá —volteé los ojos—. ¿Con el carnet de padre dan esas intuiciones?

—Sí —rio.

—Genial, pues espero experimentarlas cuando sea madre.

—¿Qué hombre te tiene así, entonces?

—Stefan —confesé y me quedé mirando a mi padre en silencio, no tardó en sonreír mientras dejaba su copa en la mesa tras el sorbo que acababa de dar.

—Algo me olía. Ese hombre te miraba demasiado. Y me resultó curioso que, después de que la mujer que lo acompañó en la boda se fuera, él estuviera como buscando a alguien por el jardín, y la única que no estabas eras tú. Luego lo vi desaparecer y cuando volví a verlo, venía del mismo sitio por el que Gabriel apareció contigo en brazos. ¿Qué pasó entre vosotros en Atenas, mi niña?

Volví a suspirar y me armé de valor para hablar con él, era mi padre, y al igual que con mi madre, podía tener conversaciones de todo tipo.

—Nos conocíamos de antes, papá, y no solo por trabajo como les dijimos a mamá, a Dorian y a Elena —confesé, y le conté todo.

No me dejé nada, bueno sí, los temas de índole sexual los mantuve solo para mí, no quería escandalizar a mi padre, a pesar de ser un hombre moderno. Lo que me daba miedo no era solo el hecho de que Stefan fuera el hijo mayor del marido de mi madre y que con eso nos convirtiéramos en hermanastros, sino que tenía diez años menos que mi padre y ocho menos que mi madre, no era un chico de mi edad, sino un hombre en toda la extensión de la palabra.

—Cariño, que la edad no te importe, esa no es más que un número y no vas a tener mejor ejemplo que el de tu madre y Dorian, se llevan los mismos años que Stefan y tú. En cuanto a lo demás, sabes que siempre que lo necesites podrás contar conmigo. Y por tu madre y Dorian, tampoco te preocupes, estoy seguro que entenderán que sus hijos nunca podrán verse como hermanos porque se ven con otros ojos, unos más carnales —me hizo un guiño—. Con respecto a esa mujer, si él dice que no es verdad y no están prometidos, créelo, mi niña, no temas hacerlo. Por lo que vi en la boda, no tenía ojos para esa mujer, sino para otra, y ahora sé que esa otra, eras tú.

—Eso me dijo Gabriel, que Stefan parecía más pendiente de mí, que de ella.

—Y tenía razón. Así que no pienses más de la cuenta ni temas hablar de esto con tu madre, estoy seguro que ella y Dorian, lo van a entender y os darán su bendición como os la doy yo.

—Gracias papá, no sabes la comedura de cabeza que he tenido desde que volví a verle.

—¿Sabes que hay un dicho que dice que, por mucho que quieras alejar algo de ti, si está destinado a ser tuyo,

siempre volverá? Pues a pesar de que no te dijo realmente quién era, ese hombre estaba destinado a ser para ti — dijo dándome un apretón de manos y sonreí.

Terminamos de comer y tras el café, nos despedimos quedando en vernos pronto de nuevo para comer, no se marchó sin decirme que llamara a mi madre y le contara todo igual que se lo había contado a él.

Pero para eso iba a necesitar más que una videollamada.

;

y

siempre volverá? Pues a pesar de que no te dijo realmente quién era, ese hombre estaba destinado a ser para ti —dijo dándome un apretón de manos y sonreí.

Terminamos de comer y tras el café, nos despedimos quedando en vernos pronto de nuevo para comer, no se marchó sin decirme que llamara a mi madre y le contara todo igual que se lo había contado a él.

Pero para eso iba a necesitar más que una videollamada.

Capítulo 35



Esos dos últimos días los había pasado grabando tutoriales con Mabel y haciendo algunas fotos, incluida una colaboración con Gabriel, puesto que desde que nos habían visto juntos en Atenas no dejaban de llegarnos propuestas.

No había visto a Stefan, pero sí que hablamos por teléfono y mensajes, el último apenas dos horas antes en el que me decía que tenía ganas de verme, igual que yo a él.

Así que no lo pensé, me di una ducha, pedí un coche para que me recogiera una hora después, me maquillé y tras ponerme uno de los vestidos que más me gustaban, con las sandalias de tacón, estaba lista para ir a verlo al *Olimpo*.

Era Lucas quien me esperaba en el coche, sonreímos al vernos, me acomodé y le dije dónde quería que me llevara Poco después de poner el coche en marcha me llamó Gabriel.

—Hola, preciosa, ¿qué haces? —preguntó.

—Pues voy de camino al *Olimpo*.

—¿A ver a tu chico? —noté que sonreía, y lo hice también, esos días le había contado lo de Stefan y se alegraba por nosotros.

—Nah, voy a ver si esto de ser *influencer* sirve para que me inviten a una copa.

—Qué buena esa —rio—. Iba a invitarte a tomar algo, pero si ya tienes planes, no molesto más.

—Oye, oye, tú nunca molestas, ni molestarás, ¿estamos?

—Vale. Diviértete, nos vemos otro día.

—Tú también, adiós.

En una de las conversaciones que tuve con Stefan por teléfono preguntó qué iba a pasar con Gabriel, qué iba a decirle, y le conté la verdad, que, ni era, ni había sido mi pareja. Se echó a reír diciendo que le habíamos colado un buen gol, pero se sentía molesto por haber visto cómo otro hombre me besaba y me tocaba, lo que me llevó a hacerle ver que yo me había sentido de igual modo al ver a Cristel con él.

Cuando llegamos y Lucas me avisó, le dije que no esperara mi llamada, que seguramente me llevarían a casa, aunque siendo sincera, no contaba con volver allí, o al menos, no hacerlo sola. No iba a mentirme a mí misma, quería que Stefan me llevara a su casa, ya está, lo había dicho y confesado.

Bajé del coche tras despedirme de Lucas, caminé hacia la entrada y vi a esos dos porteros y la chica con su lista d asistentes, le dije que no estaba en ella, pero al darle mi nombre, sonrió.

—Cielo, en este lugar y por orden de los jefes, eres clienta VIP —me dijo con una amplia sonrisa—. Disfruta de l noche.

—Gracias —sonreí mientras avanzaba, y antes de entrar en el local me hice una foto.

Se la envié a Mabel y a Gabriel diciéndoles que era clienta VIP del *Olimpo*, y ella fue la primera en responder.

Mabel: *Te lo dije, nena, eres la diosa del CEO en su propio Olimpo. Diviértete, aunque eres una mala amiga, ya me podías haber avisado.*

Me eché a reír mientras me dirigía a la sala, Gabriel me mandó un mensaje diciéndome que estaba guapísima y que el ateniense era un hombre con suerte.

Guardé el bolso y fui hacia la barra donde me pedí un gin tonic.

Iba a preguntar por Stefan, pero no lo hice, sabía que en cualquier momento lo vería por allí saludando a alguno d esos clientes VIPs que había en la sala.

A quien no tardé en ver fue a Evan, iba mirando el móvil y en el momento en el que se colocó a mi lado, sonreí antes de saludarlo.

—Emma, ¿qué haces aquí? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido, y empezó a mirar alrededor.

—He venido a dar una sorpresa a Stefan, los dos teníamos ganas de vernos —sonreí—. ¿Está por aquí? —Miré a ver si lo encontraba, ya que Evan también parecía buscarlo.

—Emma, igual deberías haberlo llamado antes de venir —dijo, y por su voz supe que algo andaba mal.

—Hablamos hace un par de horas por mensaje, si hubiese estado ocupado me lo habría dicho.

Abrió la boca para decirme algo más, pero no lo hizo, en lugar de hablar se quedó mirando hacia mi espalda y cuando miré, lo vi.

Stefan estaba allí, saliendo del pasillo que llevaba a su despacho, y no estaba solo, Cristel lo acompañaba y lo tenía rodeado por los hombros con un brazo mientras lo besaba. Y no, ese no era un simple beso en la mejilla a modo de saludo o despedida, sino uno como el que se estaban dando en el salón de la villa, la mañana siguiente a que se acostara conmigo.

No me lo podía creer, me había vuelto a mentir, me había dicho que no habría nadie más que yo, y dos noches después de estar conmigo, lo encontraba con ella.

Como si fuera consciente de que lo observaba, Stefan se apartó de ella y al levantar la vista se encontró con mi mirada, abrió la boca unos segundos y la volvió a cerrar al mismo tiempo que los ojos, cogiendo aire antes de mirarme de nuevo.

Dejé la copa en la barra, que no se me cayó al suelo de casualidad, y comencé a caminar hacia la salida. Evan me llamó, pero no me detuve, no tenía tiempo para despedirme de él.

Poco después escuché la voz de Stefan llamándome, gritaba mi nombre, pero no me iba a parar, no quería verle, no quería escuchar más mentiras.

Qué tonta había sido, qué ingenua. Estaba claro que ese hombre nos quería tener a las dos, no había duda al respecto. Era CEO, pero como si de un guerrero de la antigua Atenas se tratara, Stefan quería tener una mujer en cada puerto.

Pues conmigo no iba a conseguir esa amante con la que pasar el rato cuando estuviera en Marbella.

—¡Emma, espera! —lo escuché gritar de nuevo, pero continué caminando— Espera, Emma, por favor.

—¡Suéltame! —grité cuando salimos a la calle y noté que me agarraba del brazo.

Mi grito desesperado provocó las miradas de algunas de las personas que esperaban para entrar en el local, lo que hizo que Stefan me llevara a un lado de la calle sin miradas curiosas que nos observaran.

—¿Qué haces aquí, Emma? —preguntó.

—El idiota, por lo que se ve. Si llego a saber que ya tenías planes con ella, no habría venido a darte una sorpresa con mi visita.

—Pequeña, no digas eso —me sostuvo ambas mejillas y las acarició con los pulgares—. Te dije en serio que tenía

ganas de verte.

—Uy, sí, lo he notado por ese beso que estabas dando con ella.

—Emma, no sabía que iba a venir, ni siquiera sé qué hace aquí. Le dije en Atenas la noche de la boda que no habría nunca nada más entre nosotros.

—No quiero escucharte, Stefan, no quiero escuchar más mentiras —negué, él no me soltaba y me miraba fijamente.

—Pequeña.

—Deja de llamarme así. No tenía que haber venido, pero entonces habría seguido confiando en ti y estarías con las dos el tiempo que tardaras en cansarte de una de nosotras.

—No digas eso, Emma, de ti no podría cansarme. Estos tres años…

—No me importa, no quiero escuchar más, de verdad que no Stefan. Te creí, y no tenía que haberlo hecho. Sigues con ella —se me estaba quebrando la voz y sentía las lágrimas queriendo salir, pero las controlé tanto como pude —. Sigues con ella y quieres tenernos a las dos. Lo siento, pero no —aquella decisión me iba a doler el resto de m vida, lo sabía—. No quiero verte más, no quiero que me llames, que me escribas o me busques. Voy a olvidar tod lo que ha habido entre nosotros, todo, y para mí, serás solo mi hermanastro.

—Emma, no me digas eso —me pidió mirándome fijamente sin soltarme, y se inclinó para besarme, un beso en el que sentí todo, incluso el modo en el que se me partía el corazón por haber creído que para él solo existía yo—. Mírame y dime que no has sentido nada. Dímelo, Emma.

—Nada, Stefan, no he sentido nada —cogí sus manos y las aparté de mis mejillas.

Me giré y comencé a caminar, pero en el momento en el que sentí las lágrimas caer por mis mejillas como dos río desbordados, empecé a correr sin mirar atrás ni pararme cuando Stefan me llamaba.

Hasta que noté un golpe, salí volando mientras escuchaba a Stefan gritando mi nombre, y acabé cayendo al suelo golpeándome con el asfalto en la cabeza.

Fue un sonido sordo y seco, por no hablar de la rapidez con la que dejé de escuchar el bullicio de todo lo que me rodeaba, de sentir mi propio cuerpo y de ser literalmente engullida por la más absoluta oscuridad que me estaba rodeando.

Capítulo 36



No sabía por qué, pero cuando trataba de moverme, era como si tuviera una tonelada de cemento sobre mi cuerpo. Era incapaz de tan siquiera mover un mísero dedo de la mano, así que mejor ni hablábamos de levantar el brazo.

¿Y qué era lo que no me dejaba tragar con normalidad? Tenía algo obstruyendo mi garganta, o tal vez era solo el nudo de dolor que sentía, pero, ¿por qué me dolía?

Quería abrir los ojos, y eso era aún peor que intentar levantar un brazo o la pierna, y mejor no digo lo que era querer mover el cuerpo entero y girarme para quedar de un costado, el que fuera, me daba igual, porque llevaba horas en la misma postura, tumbada en la cama bocarriba.

Y esos pitidos incesantes que hacían que me despertase cada poco tiempo, pero sin abrir los ojos, esos parecían pesar todavía más que el cemento que me cubría.

Escuchaba voces de vez en cuando, pero no las distinguía, no conseguía saber quién hablaba, y mucho menos lo que decían.

Solo quería abrir los ojos, y levantarme de la cama.

Y al fin lo hice, lo de abrir los ojos quiero decir, porque con lo que me encontré me dejó claro que de esa cama me levantaría, sí, pero en algunos días.

Una pierna escayolada y en alto, suero, medicamentos y un dolor por todo el cuerpo, que era para morirse, de verdad. Aunque algo me decía que, si no me había muerto, poco me había faltado.

—¿Hola? —llamé en apenas un susurro y con la voz entrecortada, notando la boca seca.

—Emma, cariño —miré hacia la voz de mi padre y ahí estaba, levantándose del sofá que había junto a la cama.

—Tengo sed.

—Espera —cogió una botella de agua y llenó un vaso que me acercó con una pajita para que pudiera beber—.

¿Mejor?

—Sí, gracias.

—No fuerces mucho, hija.

—¿Qué hago aquí?

—Estás en el hospital, Emma —me acarició la frente y se inclinó para darme un beso—. Creímos que te perdíamos, hija. Menos mal que él estaba allí y actuaron todos con rapidez.

—¿Qué me pasó?

—¿No te acuerdas? —Frunció el ceño.

—Yo…

—¡Emma, estás despierta! —gritó Mabel entrando en la habitación en ese momento, con dos cafés en las manos, uno se lo dio a mi padre y el otro lo dejó en la mesita— Nena, qué susto me diste. Ahora que, vaya siesta de tres días te has pegado, si ya pensaba que tendríamos que llamar al príncipe para que te despertara con un beso, como a la Bella Durmiente. ¿Cómo estás?

—Como si me hubieran atropellado.

—Es lo que pasó, hija.

—¿Me atropellaron? —pregunté, y mi padre asintió.

Cerré los ojos apoyando la cabeza en la cama y comencé a hacer funcionar los engranajes de mi cabeza, esos que parecían tan dormidos como me sentía yo misma. Y sí, ahí estaba, tres noches atrás siendo lanzada por los aires tras un golpe fuerte, cayendo al suelo y perdiendo el conocimiento. Qué divertido, una manera de lo más dramática de acabar la noche de copas. Porque había salido a tomar una copa, estaba en…

—Ey, preciosa —miré a un lado y vi a Gabriel con su habitual sonrisa—, ¿cómo estás?

—Hecha puré, al parecer. No puedo mover nada, me pesa todo.

—A ver, apriétame la mano —me pidió al tiempo que cogía la mía, y le di un apretón, algo débil, pero lo hice—. Puedes moverte, solo que tu cuerpo aún no quiere —rio.

—¿Cuándo podré irme a casa? Necesito salir de esta cama.

—Primero vamos a dejar que te vean los médicos —dijo mi padre, y le pidió a Mabel que fuera a avisar a la enfermera.

No tardó en aparecer con una doctora sonriente de unos cuarenta y cinco años, y ellos tres salieron de la habitación dejándome con ella.

Me hicieron un chequeo, preguntaron si sabía cómo me llamaba, cuántos años tenía y si podía recordar lo que pasó, conteste a todo, incluso a lo que recordaba del golpe y mi posterior caída.

Dijeron que debía quedarme aún unos días allí ingresada, había estado tres días allí vigilada constantemente, a base de calmantes para el dolor y sedada, aunque alguna vez había abierto los ojos cuando me bajaron las dosis, pero enseguida me volvía a ir a mi mundo de somnolencia.

Cuando salieron vi entrar de nuevo a mi padre y Mabel, que sonrió antes de darme un beso en la mejilla.

—Tienes visita, nena. Se ha estado comiendo hasta las manos de los nervios porque no despertabas.

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—Ahora lo verás —sonrió y fue a la puerta para llamar a alguien, no tardó en regresar y lo hizo acompañada de Evan, su Aquiles particular, y Stefan.

—Pequeña, menudo susto me diste —dijo acercándose a la cama y cogiendo mi mano para besarla.

—Hermano, no tenías que haber venido, seguro que estás ocupado con el trabajo.

—¿Hermano? —preguntaron todos con sorpresa.

—Sí, mi hermano Stefan. A ver, no es tu hijo —miré a mi padre—, pero es el hijo del marido de mamá.

—Emma, cariño, ¿no recuerdas lo que tú y Stefan…?

—¿Qué, papá?

—Preciosa, ¿qué recuerdas de él? —Gabriel señaló a Stefan— Aparte de que es hijo del marido de tu madre.

—Pues eso, amor, que es mi hermanastro, ¿no?

—¿Amor? —gritó Mabel.

—¿Qué pasa? He llamado así a Gabriel muchas veces, que para algo es mi novio.

—Hostias —murmuró Evan a un lado, y todos me miraron.

—A ver, nena, que esto está empezando a preocuparme —Mabel se sentó en la cama y me cogió de la mano—. Cuéntanos qué recuerdas de antes del atropello, por favor.

Suspiré y se lo dije, que habíamos ido a la boda de mi madre, que allí conocí a Stefan y Elena, su hermana pequeña y, por ende, hija también de Dorian, que Gabriel estuvo allí con nosotras y que se lo presenté a mis padres.

—Esto es una broma —dijo Stefan, acercándose—. ¿No recuerdas nada de mí, Emma?

—No, solo eso, que nos conocimos en Atenas —fruncí el ceño.

—No, nos conocimos antes.

—Stefan, para —le dijo Evan—. Mabel, ve a llamar a la doctora.

—Sí, porque esto no es normal.

Mi mejor amiga salió de la habitación y allí me quedé con todos, mientras Stefan me miraba, incrédulo.

—No puede ser que no me recuerdes, Emma. Hemos estado juntos, pequeña.

—Sigo sin saber qué haces en Marbella, porque estamos en Marbella, ¿verdad?

—Sí, hija, estamos en Marbella —contestó mi padre, cogiéndome la mano.

—¿Y qué hacéis aquí vosotros? ¡Ah, sí! —Me llevé la mano a la frente.

—¿Te acuerdas de algo, pequeña?

—Sí, sí, me lo dijiste en Atenas —sonreí—. Evan y tú tenéis un local de copas aquí, es verdad.

—Sí —dijo Stefan y suspiró.

—Emma, dice tu amiga que tienes algunas lagunas —miré a la doctora cuando entró.

—No, yo me siento bien.

—Emma, nena, que se te ha olvidado con quién te estás acostando —soltó mi amiga, levantando ambos brazos.

—¿Qué dices? Ya os he dicho que Gabriel es mi novio.

—Pues va a ser que no, que tú estás liada con…

—Mabel —la cortó mi padre—, deja que la vea la doctora. Vamos fuera, chicos.

—Pero si estoy bien, no sé qué va a mirarme —suspiré, y los vi salir.

La doctora me preguntó cosas sobre Gabriel, Stefan, el viaje a la boda de mi madre en Atenas, e incluso si recordaba dónde y con quién estaba la noche que me atropellaron.

Respondí a lo que a mis ojos era mi verdad, y ella sonrió antes de salir.

Cuando me quedé sola dejé caer la cabeza en la almohada, cerré los ojos y me concentré en respirar con tranquilidad. Según la doctora parecía tener una leve pérdida de memoria y mi cerebro, por alguna razón que desconocía, no reconocía a Stefan como algo más que mi hermanastro, a pesar de que Mabel le dijo que era algo así como mi pareja.

La puerta se abrió y mi amiga entró pálida y con el rostro descompuesto, sin duda no esperaba que fuera a despertar con una ligera amnesia en mi currículum.

—Pequeña, tienes que recordar —me pidió Stefan.

—Es que no sé qué queréis que recuerde, porque no hay nada que haya olvidado. A ver, Mabel, ¿cómo iba a estar yo liada con mi hermanastro? Es que es de locos.

—Hija, por lo que me contaste a mí…

—¿Tú también, papá? —protesté— Esto no será cosa tuya para volverme loca o algo de eso —miré a Stefan y le señalé—, porque no tiene ni pizca de gracia.

—Pequeña, no es ninguna broma.

—Uf, me está empezando a doler la cabeza —dije, y pude mover los brazos despacio hasta llevar ambas manos a mis sienes—. Me gustaría estar sola, si no os importa.

—Claro cariño, nos vamos. Pero estoy ahí fuera, ¿de acuerdo? —Mi padre señaló la puerta y asentí.

—¿Quieres una pastilla para la cabeza? —me preguntó Gabriel.

—Sería de gran ayuda, la verdad.

—Ahora vuelvo —sonrió y me dio un beso en la frente.

Salieron todos, Stefan me miraba con los ojos incrédulos por completo.

En el momento en el que la puerta se cerró, giré la cabeza para mirar hacia el lado contrario en el que estaba mi amiga, y empecé a llorar.

Ella no me veía y tampoco me escuchaba, pero estaba allí conmigo, cogiéndome de la mano y acariciándome el brazo.

—Aquí tienes la pastilla —dijo Gabriel cuando regresó.

—Gracias —la cogí sollozando y me la tomé.

—Emma, ¿por qué lloras? —me preguntó Mabel.

—Preciosa, la doctora ha dicho que es una pérdida leve de memoria, y solo has olvidado lo que tienes con Stefan, no a él.

—Es que no lo he olvidado, Gabriel.

—¿Qué has dicho, nena?

—Que no he olvidado nada, Mabel, estoy perfectamente de la memoria.

—Pues explícame a qué ha venido esto, porque debo estar perdiéndome algo.

—Fui al *Olimpo* a darle una sorpresa a Stefan, y la sorprendida fui yo.

—Evan me dijo que lo viste con Cristel, te fuiste, él salió detrás, y lo siguiente que supo era que alguien pedía que llamaran a una ambulancia, cuando salió a la calle encontró a Stefan de rodillas a tu lado.

—Salí corriendo, no quería ni podía estar con él. Lo vi besándola, y eso…

—¿Por qué finges entonces? —curioseó Gabriel.

—Es la única manera que se me ha ocurrido para que me deje —respondí—. No quiero sufrir por él, Gabriel, si ella estaba allí la otra noche, sería por algo, y no creo que solo quisiera desearle suerte en la vida. Se besaron, y yo

no quiero ser la otra, no puedo serlo.

—Madre mía, nena, qué papelón tenemos aquí —Mabel suspiró—. Pues nada, Gabriel, tú y yo a fingir que no sabemos nada de esto.

—No, Mabel, no puedo pediros eso.

—No nos lo has pedido, nosotros vamos a hacerlo porque para eso están los amigos, para las buenas y para las malas, para apoyarse en todo. Así que, tú finge, que ya nosotros haremos nuestra parte —sonrió cogiéndome la mano y dándome un apretón.

—Otra vez a ser el objeto de las miradas asesinas del ateniense —suspiró Gabriel—. Finjamos pues, mi querida diosa Afrodita. Al final veo que el dios Hades me llevará con él al inframundo por mala persona.

—Tranquilo que al paso que vamos, allí acabaremos los tres, revolucionando todo —rio Mabel.

—No tenéis que hacer esto, chicos, de verdad.

—Pero queremos —respondieron al unísono.

Esperaba que saliera bien, y que de ese modo pudiera olvidarme de él, y que Stefan se olvidara también de mí.

no quiero ser la otra, no puedo serlo.

—Madre mía, nena, qué papelón tenemos aquí —Mabel suspiró—. Pues nada, Gabriel, tú y yo a fingir que no sabemos nada de esto.

—No, Mabel, no puedo pediros eso.

—No nos lo has pedido, nosotros vamos a hacerlo porque para eso están los amigos, para las buenas y para las malas, para apoyarse en todo. Así que, tú finge, que ya nosotros haremos nuestra parte —sonrió cogiéndome la mano y dándome un apretón.

—Otra vez a ser el objeto de las miradas asesinas del ateniense —suspiró Gabriel—. Finjamos pues, mi querida diosa Afrodita. Al final veo que el dios Hades me llevará con él al inframundo por mala persona.

—Tranquilo que al paso que vamos, allí acabaremos los tres, revolucionando todo —rio Mabel.

—No tenéis que hacer esto, chicos, de verdad.

—Pero queremos —respondieron al unísono.

Esperaba que saliera bien, y que de ese modo pudiera olvidarme de él, y que Stefan se olvidara también de mí.

Capítulo 37



Dos días había sido el tiempo que me tuvieron en el hospital después de que me despertara.

Tenía la pierna con una leve rotura, pero no necesitó cirugía, por suerte, y según la doctora soldaría bien. Solo necesitaba reposo y cuidarme mucho, sin hacer esfuerzos ni correr maratones. Claro, en eso pensaba yo, en correr maratones con una pierna escayolada y apoyándome en dos muletas. En fin…

Estaba en el tercer día de mi despertar cuando recibí oficialmente el alta después del desayuno.

Mi padre me llevó a casa y se quedó conmigo para ver cómo me desenvolvía sola, por suerte conseguí convencerlo de que podía estar allí sin que nadie me ayudara, o de lo contrario habría contratado a alguien para estar rondándome.

No hacía ni veinte minutos que me había quedado sola, cuando llamaron al portero y al abrir me saludó Mabel. Abrí la puerta y volví al salón despacito y a paso de tortuga, para sentarme allí con la pierna en alto.

—¡Hola, hola! —gritó al entrar.

—Ven al salón.

—Caroline, corre hacia la luz —dijo, y me eché a reír—. Nena, que parecías la chiquitilla de *Poltergeist* llamándome.

—Qué bruta eres.

—¿Cómo estás, cariño? —me dio un beso y un abrazo.

—Bien, pero necesito una ducha. Estaba aquí debatiendo cómo hacer para meterme allí y no mojar todo ni matarme al salir.

—Menos mal que he llegado a tiempo, entonces. Vamos, yo te ayudo.

Me levanté del sofá y fuimos las dos a la habitación. Escogí un camisón de esos cómodos de algodón que a veces usaba para estar en casa, ya que era lo más fácil de poner y quitar dada mi situación, y Mabel me colocó una bolsa de basura en la pierna mientras el agua se ponía en la temperatura adecuada.

Menudo cuadro, era para verme desnuda y con la bolsa en la pierna.

Conseguí ducharme y le pedí que no le dijera nada a mi padre, que no quería que me mandara a alguien para cuidarme, y dijo que no me preocupara, que vendría ella a visitarme por las mañanas y ayudarme con la ducha.

—No tienes que hacerlo, Mabel, creo que podré sola.

—Voy a venir, y traeré café y bollos. A tu padre dile que las visitas, después de comer —me hizo un guiño—. No mejor se lo digo yo, que soy tu asistente personal.

—Lo que me faltaba —reí.

—¿Tienes algo de comida preparada? Que va siendo hora de comer y tengo una leona dentro.

—Algo hay, creo que tengo lasaña precocinada en el congelador.

—Pues para un apuro, muy rica. Esta noche te preparo alguna comida y la traigo mañana para congelar.

—Mabel…

—Te callas, que mira que eres protestona, hija mía —volteó los ojos—. Las amigas se cuidan, están ahí para las buenas y para las malas. Que tienes un día de mierda y necesitas hablar, ¿quién mejor que una amiga para escucharte? Y esa, mi querida Emma, soy yo —se señaló con el dedo en el pecho—. Voy a poner la lasaña en el horno, tú siéntate a ver la tele un ratito —me dio un beso y fue hacia la cocina mientras yo me sentaba en el sofá.

La escuché trasteando al mismo tiempo que canturreaba algo que no distinguí, pero ella era así, cuando entraba en la cocina para preparar algo, siempre canturreaba.

—Voy yo —dijo cuando escuchamos que llamaban al portero, y supuse que debía ser Gabriel, porque cuando me dieron el alta mi padre los avisó a los dos—. Te han traído un regalito, cariño —me giré a mirarla y la vi con un ramo de flores precioso y una caja de bombones en la mano—. Tienen nota —hizo un guiño antes de entregármelo y volver a la cocina, dejándome sola.

Tragué con fuerza porque estaba segura de que eran de Stefan, y no me equivoqué al leer la nota de su puño y letra.

«Espero que te recuperes pronto, pequeña. Y, por favor, recuérdame, porque no quiero que me olvides. Stefan»

—¿Qué dice?

—Joder, Mabel, qué susto —me llevé la mano al pecho.

—Lo siento, es que me ha podido la curiosidad —le entregué la nota y ella sonrió después de leerla—. Evan me ha dicho que está hecho polvo, que eso de que no te acuerdes de él… lo tiene bastante mal.

—Es lo que hay, necesito paz mental y saber que está con otra y conmigo al mismo tiempo, no me la da.

—No está con ella.

—¿Vas a decirme que no vi lo que vi cuando me atropellaron? Porque lo vi, Mabel, que no estoy ciega, ni iba borracha.

—No digo que no lo vieras, solo que él no está con ella. Ya no, vaya.

—Tengamos la fiesta en paz, que no quiero saber nada de esa historia.

—Vale, vale. Voy a poner estas preciosidades en agua, y a poner la mesa para comer.

Se llevó las flores y me quedé leyendo la nota, pensando que seguramente Stefan esperaría un mensaje por mi parte, pero no le escribí.

Cuando la comida estuvo lista Mabel y yo nos sentamos a la mesa y comimos, fue a preparar el café cuando llamaron otra vez y al volver, lo hizo acompañada de Gabriel, que traía una bandeja de mis pasteles favoritos, un buen surtido de ellos rellenos de crema, trufa y nata.

Se ofreció para venir a echarme una mano cuando lo necesitara y le dije que no era necesario, que ya tenía a Mabel como enfermera, pero que le agradecía el gesto.

Eran cerca de las seis cuando se marcharon los dos después varios cafés y un poco de charla que me vino genial.

Me recosté en el sofá en silencio y con los ojos cerrados, disfrutando de ese momento de tranquilidad, y a eso de las siete llamaron al portero de nuevo.

—¿Sí? —pregunté.

—Mi niña, abre —contestó mi madre, y suspiré.

No me lo podía creer, había vuelto de su luna de miel antes de tiempo, y todo por mi culpa.

—Mamá, ¿qué hacéis aquí? —pregunté al ver que estaba con Dorian y Elena.

—¿Cómo que qué hacemos aquí? Venir a ver cómo estás, cariño —me dio un abrazo—. Vamos, vamos al salón que tu padre me ha dicho que tienes que tener la pierna en alto.

—No teníais que haber venido, estabais de luna de miel.

—¿Y? Han atropellado a mi hija, ¿de verdad pensabas que iba a estar tranquila recorriendo el mundo contigo así?

—Estoy bien, mamá, los moratones están desapareciendo y lo de la pierna, va para largo todavía.

—No culpes a tu madre, que yo también insistí en venir, hija —me dijo Dorian—. Vamos, siéntate.

—Ay, hermanita, qué susto me llevé cuando me llamó Stefan. Iba a venir antes, pero me dijo que en el hospital no hacía nada —Elena me dio un abrazo—, así que esperé a que ellos regresaran para venir juntos.

—No teníais por qué, pero gracias —sonreí.

—Si vuelves a decirme a mí, que soy tu madre, que no tenía por qué venir, te doy tal chancletazo que vas a dejar de decir tonterías.

—Vale, vale, no lo digo más —reí.

Me preguntaron cómo me encontraba, si me estaba tomando las patillas que me había recetado el médico, si Gabriel vendría a quedarse conmigo esa noche, y dije que había estado por la tarde, que no quería ser una carga para todos.

Dorian dijo que no me preocupara por el tema de las comidas y las cenas, que él me haría llegar todos los días un menú rico y saludable de su restaurante, y cuando le dije que Mabel cocinaría para mí, resopló antes de pedirme que la llamara.

—No, Mabel, soy Dorian —dijo cuando ella respondió—. Sí, estamos los tres aquí, vinimos en cuanto pudimos. Me ha dicho Emma que vas a cocinar mañana, pero no es necesario. Yo le mandaré la comida con uno de mis empleados del restaurante —se quedó en silencio un momento, y después se echó a reír—. Vale, menú para dos comensales, perfecto. Un beso, hija, nos vemos pronto —colgó y me devolvió el móvil—. Dice que mande menú para las dos, que ella es tu asistente y vais a trabajar mucho desde casa.

—Sí, no queda más remedio —reí.

—Bueno, nos vamos que ha sido un vuelo largo y hemos venido directos desde el aeropuerto. Vamos, amor —le

dijo a mi madre.

—Cualquier cosa, me llamas, ¿vale? —me pidió ella.

—Tranquila, mamá, que estaré bien —le di un beso.

—Hermanita, si te aburres, ya sabes dónde estoy —Elena me hizo un guiño y sonreí.

Me pidieron que me quedara sentada y se fueron. En el momento en el que volví a quedarme sola, cerré los ojos con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. No tendrían que haber regresado de su luna de miel, estaba bien y tenía a Mabel y a mi padre para ayudarme en caso de necesitarlo, pero me alegraba de tener a mi madre cerca, aúr había algo de lo que quería hablar con ella, y le quería contar todo, incluso que estaba fingiendo no recordar que Stefan era algo más que solo mi hermanastro mayor.

)

dijo a mi madre.

—Cualquier cosa, me llamas, ¿vale? —me pidió ella.

—Tranquila, mamá, que estaré bien —le di un beso.

—Hermanita, si te aburres, ya sabes dónde estoy —Elena me hizo un guiño y sonreí.

Me pidieron que me quedara sentada y se fueron. En el momento en el que volví a quedarme sola, cerré los ojos con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. No tendrían que haber regresado de su luna de miel, estaba bien y tenía a Mabel y a mi padre para ayudarme en caso de necesitarlo, pero me alegraba de tener a mi madre cerca, aún había algo de lo que quería hablar con ella, y le quería contar todo, incluso que estaba fingiendo no recordar que Stefan era algo más que solo mi hermanastro mayor.

Capítulo 38



Había pasado las últimas dos horas, sentada en el sofá con las piernas en alto, mirando las redes y leyendo los comentarios que tenía en un post que había subido Mabel en mi nombre, poco después de mi atropello, para justificar mi ausencia.

Tenía varios mensajes de las firmas con las que colaboraba y todos me deseaban una pronta recuperación, contesté uno a uno, dándoles las gracias y haciéndoles saber que ya estaba en casa, así como que haría las promos de sus productos en la medida de lo posible, dado que, aunque podía salir a la calle y caminar con ayuda de las muletas, lo de posar mucho tiempo de pie para las fotos ya era otro tema.

Estando allí sentada hice una foto de mis piernas de tal modo que la escayola se viera bien, y la subí a las redes diciendo que ya estaba en casa y ahora tocaba armarme de paciencia para la recuperación.

Di las gracias por los comentarios y sus mensajes de apoyo y mejoría en el post de la noticia de mi accidente, y dejé el móvil a un lado del sofá.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo, era el primer día en casa y no sabía qué hacer para no sentirme angustiada.

Mi padre me dijo que la policía estaba buscando el coche que me atropelló y se dio a la fuga, es que no se molestó ni en parar a ver qué había pasado, fue todo tan rápido que, por lo que me había dicho Stefan, que era quien estaba conmigo en el momento de lo ocurrido, no pudo ver la matrícula.

Al menos podía dar gracias a que no había sido algo peor, los golpes del cuerpo y el dolor se pasarían, la pierna volvería a ser la de antes, con ciertas limitaciones y eso de que sentiría un dolorcillo con los cambios de tiempo, según me dijo una enfermera, y en la cabeza solo tenía un chichón que ya estaba casi desaparecido por completo.

Escuché que llamaban al portero y pensé en que tenía que darle una copia de las llaves de casa a Mabel, porque seguro que era ella que venía para hacerme compañía y cenar algo.

Me levanté despacio, cogí las muletas y fui hacia la puerta, no iba a decir que ya prácticamente corría con ellas, pero sí que caminaba un poquito más deprisa. Al final me veía practicando en casa con las muletas para ir un poco

más rápido.

—Si vienes a cenar, más vale que traigas la comida —dije al descolgar antes de abrir a mi mejor amiga.

Dejé la puerta entreabierta y regresé al sofá, la verdad que ese primer día me notaba tan floja de fuerzas por haber pasado varios días en el hospital, que no aguantaba estar mucho tiempo de pie. Me senté con la pierna en alto y esperé a que subiera.

Escuché la puerta cerrándose y sonreí, puesto que me llegó un delicioso olor a comida china.

—Hola —la voz de Stefan hizo que me sobresaltara, porque no era él a quien esperaba ver en mi casa.

—¿Qué haces aquí?

é —Traigo la cena —sonrió mientras levantaba la bolsa.

—No tenías que haberte molestado —negué—. Pensé que era Mabel quien había venido.

—Tengo el pelo demasiado corto para ser ella —se encogió de hombros, y volteé los ojos al tiempo que sonreía sin que me viera—. ¿Cómo te encuentras? —se sentó en el sofá de al lado y dejó la comida en la mesa de café.

—No estoy para hacer carreras, pero de aquí a la puerta para abrir, voy un poquito más deprisa.

—Tienes que hacer caso a los médicos, tomar los calmantes y tener reposo, todo el que puedas.

—Lo sé.

—Espero que te guste la comida china —dijo sacando los recipientes de la bolsa.

a —Sí, sí me gusta.

Asintió mientras se levantaba, preguntó por la cocina y dónde estaban los vasos, y fue hacia allí para volver con dos y una botella de agua que tenía en la nevera.

—¿Tienes que tomarte ahora alguna pastilla?

—Sí, de hecho, son dos las que tengo que tomar después de la cena.

Volvió a asentir, y tras sentarse de nuevo en el sofá que tenía a mi lado, cogió uno de los envases de comida y me
o lo entregó.

Arroz frito, una delicia para mi paladar. También había rollitos de primavera y pollo con salsa de soja. Cenamos mientras me preguntaba qué tal me desenvolvía en casa, si necesitaba que enviara a alguien a echarme una mano, y le dije que no, que Mabel se había ofrecido a venir por las mañanas, solo por si necesitaba algo.

Después de cenar recogió todo y mientras estaba allí en mi sofá, esperando que regresara, pensé que aquello era algo tan cotidiano para las parejas que por un momento me imaginé viviendo eso cada día con él, pero era una locura, Cristel estaba entre nosotros y yo no iba a ser segunda opción de nadie.

Cuando regresó se sentó en el sofá en el que yo estaba, y lo hizo colocando mis piernas sobre las suyas, quedando más cerca de mí. Sonrió mientras me masajeaba el muslo de la pierna escayolada y después masajeó la otra, así como el pie.

—¿Mejor?

—Sí, pero no tenías que hacerlo.

—Siempre viene bien un masaje, ten en cuenta que ahora todo el peso recae en la pierna sana, y al final del día acabará resentida.

—Sabes mucho al respecto, por lo que sé ve.

—Tuve un accidente hace tres años, y también estuve con una pierna escayolada. Te aconsejo que te hagas con una varilla larga, cuando empiece a picar…

—Pues menudos ánimos me estás dando —resoplé.

—Solo te doy consejos —rio—. Y ármate de paciencia, porque hasta que te la quiten pasará mínimo un mes.

—Ya me estás agobiando —volteé los ojos—. Vaya hermano mayor me ha dado la vida.

—No me llames así.

—¿Por qué? Eres el hijo del marido de mi madre, y, por ende, mi hermanastro. Pero esa es una palabra que no me suena bien.

—No soy tu hermano, Emma, y nunca lo seré —lo tenía tan cerca de mi rostro que no tardó en posar la mano en mi mejilla al tiempo que se inclinaba.

Iba a besarme, lo sabía, y tenía que evitarlo a toda costa por mucho que desease que lo hiciera, por mucho que quisiera sentir sus labios sobre los míos y perderme en un beso suyo.

Así que cuando estaba a unos pocos centímetros, moví la cabeza haciéndome a un lado y se detuvo.

—Pequeña.

—Vete —le pedí sin mirarlo.

—Emma, escúchame.

—Stefan, somos hermanos, por mucho que tú quieras decirme que hay algo más.

—¿Por qué no le preguntas a Mabel? ¿O a Gabriel?

—¿Cómo le voy a preguntar a mi novio si tenía algo contigo antes del atropello? ¿Te has vuelvo loco?

—Pues a Mabel, habla con ella —suspiró y vi el tormento en sus ojos antes de apartar la mirada de mí unos segundos, y volvió a mirarme—. Esto es por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —Fruncí el ceño.

—Esa noche fuiste al local para darme una sorpresa —sonrió con tristeza—, me viste con alguien y te fuiste, te seguí, hablamos, pero saliste corriendo sin mirar y el coche…

—Me atropelló y se dio a la fuga —acabé por él.

—He revisado todas las cámaras de la zona, voy todos los días a la comisaría, quiero saber quién lo ha hecho —me acarició la mejilla y vi en sus ojos que seguía queriendo besarme.

—Vete, Stefan, necesito dormir —le aparté la mano y me moví para levantarme, si me quedaba un solo segundo más ahí con él, acabaría dejando que mi deseo por él tomara el control, y eso no era bueno.

Cogí las muletas y cuando se levantó, lo acompañé a la puerta.

—Gracias por la cena, y la compañía —dije cuando salió.

—Siempre que quieras, pequeña, siempre que me necesites, llámame —se inclinó y me dio un beso demasiado cerca de la comisura de los labios.

Cuando se fue cerré la puerta y me apoyé en ella, suspiré y me aguanté las ganas de llorar que tenía en ese momento. Fui a tomarme las pastillas y a meterme en la cama, al menos mientras estuviera dormida no pensaría tanto en él, ¿verdad?

Eso era lo que creía, no lo que pasó al cerrar los ojos.

Eso era lo que creía, no lo que pasó al cerrar los ojos.

Capítulo 39



Después de dos días metida en casa sin salir, le pedí a Mabel que no viniera, que mejor nos veíamos en una de las cafeterías del puerto.

Había estado conmigo la tarde anterior y después de ayudarme con la ducha y hacer algunas fotos y vídeos para las redes, cenamos y se fue.

Necesitaba que me diera el aire, respirar algo que no fuera el ambientador de mi casa y el aire desde la terraza, y ver el mar un poco más cerca.

Mi madre, Dorian y Elena, también habían estado visitándome esos días para ver cómo estaba, se quedaban un ratito y él se iba al restaurante mientras ella se iba a la inmobiliaria o a que Elena conociera la ciudad.

Y mi padre también me había visitado para tomar café y traerme algunas cosas del súper. La verdad era que todos incluidos Gabriel y Stefan, estaban muy pendientes de mí, estos últimos llamaban o escribían para charlar un ratito y preguntar cómo estaba.

Pedí un coche que me dejó en el puerto y avisé a Mabel con un mensaje de que ya estaba allí, no tardó en responder diciendo que llegaría pronto.

Me senté en una de las terrazas con las mejores vistas del puerto, y pedí un café, cerré los ojos y respiré hondo, disfrutando de ese olor a agua salada que llegaba desde el mar.

—¿Emma? —me giré al escuchar la voz de una mujer llamándome, y me encontré a la última persona que pensaba ver por allí— Soy Cristel —sonrió.

—Sí, sé quién eres —respondí.

—¿Cómo te encuentras? Quise llamarte, pero Stefan me dijo que estos días estabas descansando mucho —dijo mientras se sentaba, sin que nadie la invitara a hacerlo.

—Sí, bueno, ya sabes, llevando todo con mucha paciencia.

—Imagino, tiene que ser molesto llevar la escayola.

—Un poco, pero te acabas acostumbrando.

—¿Y qué haces aquí?

—Pues tomar un café —contesté algo que era evidente, dado que tenía la taza delante—. Y que necesitaba un poco de aire.

—Normal, tiene que ser agobiante estar en casa. Pero me alegro de verte, porque ya no podía esperar más. ¿No recuerdas que habíamos quedado en vernos?

Esa mujer o estaba loca, o pensaba que la loca era yo.

—¿Habíamos quedado tú y yo?

—Claro —sonrió—. Imagino que no lo recuerdas, ya me dijo Stefan que tenías una leve pérdida de memoria y no recordabas mucho del viaje a Atenas.

—Poco, la verdad.

—Bueno, pues te vuelvo a poner al día —sonrió al tiempo que me daba un apretón en la mano, y por Dios que me estaba poniendo mala por momentos, pero sentía curiosidad por lo que fuera que quisiera contarme—. Soy la mujer de Stefan, llevamos un año y medio casados, y unos tres años y medio juntos —sonrió—, cuando tú y yo nos conocimos en Atenas, nos hicimos buenas amigas.

—Vaya —qué mentira me acababa de soltar por esa boca de bruja que tenía.

—El caso es que como yo tengo allí mi *boutique*, no me había planteado mudarme aún, solo vengo a Marbella para estar con él una o dos semanas al mes, después regreso a Atenas. Pero ahora es diferente, estamos mirando casas y mudarnos juntos, me vengo aquí definitivamente —sonrió.

—Me alegro por los dos —le devolví la sonrisa, pero la mía era más falsa que un billete de tres euros.

—A ver si te llamo un día y quedamos para tomar café y charlar.

—Claro, lo estaré deseando —mentí, porque no quería ver a esta mentirosa, en mi vida.

—Oye, ¿y recuerdas algo del accidente? ¿Pudiste ver al que te atropelló?

—No, fue todo muy rápido, noté el golpe, salí despedida y al caer al suelo perdí el conocimiento.

—Desde luego, no sé quién podría hacer algo así y darse a la fuga, si ha sido un accidente y no pretendías arrollar a nadie, al menos párate a interesarte por la persona que has dejado tirada en la carretera —suspiró, demasiado metida en el papel de mujer preocupada y cercana, pero no le pegaba para nada a la verdadera Cristel que yo conocía, esa que me dijo en plena calle en Atenas que era la prometida de Stefan.

—No todo el mundo es una buena persona —me limité a contestar, y si se dio por aludida no lo demostró ni un segundo.

—Bueno, me marcho que voy a ver una casa y ya llego un poquito tarde a la cita con la inmobiliaria. Me alegro de haberte visto tan bien —sonrió mientras se ponía de pie—. Hablamos otro día. Adiós.

—Adiós.

La vi alejarse y no podía dejar de pensar en lo falsa y mentirosa que había sido, pero no entendía qué pretendía con ello si se suponía que no recordaba nada en absoluto sobre lo que había entre Stefan y yo, y, por ende, nada de su existencia.

Me tomé el café y acabé pidiendo otro, además del de Mabel, cuando la vi aparcar el coche. Sonrió al verme y se acercó con los brazos abiertos para saludarme.

—Nena, qué bien te veo aquí en la terracita con el mar de fondo. Deja que te haga una foto para subirla a las redes —me reí, sacó el móvil y me hizo esa foto que subimos poniendo que, a pesar de lo malo, siempre había que disfrutar de un momento de placer.

—No vas a creer a quién he visto aquí —dije.

—No me digas que Stefan pasaba casualmente por esta terraza.

—No, él no, Cristel.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Cristel pasaba por aquí porque tenía una cita con una inmobiliaria, porque resulta que…

Y comencé a contarle a mi mejor amiga la sarta de mentiras que había dicho Cristel en el poco tiempo que estuvo allí conmigo, a lo que Mabel no dejaba de abrir los ojos con incredulidad ante cada una de mis palabras.

—Esa mujer está mal de la cabeza, no me jodas —dijo cuando acabé—. ¿En serio piensa que te has creído esa mierda?

—Pues debe que ser sí, porque como no le he dicho que no fuera cierto.

—¿Y qué pretende? ¿Es que no sabrá más que de sobra que Evan está al corriente de la verdad, y que puede hablar contigo y hacerte recordar? En serio, esa mujer está loca. Eso, o está tramando algo.

—¿Qué podría tramar?

—No lo sé, pero me asalta una duda.

—A ver, cuéntame.

—¿Por qué se ha interesado en el momento del atropello? Digo, te ha preguntado si pudiste ver al conductor. Para empezar, ibas corriendo, y ya no es que fuera todo muy rápido, sino que cualquier persona en esa situación, que no espera que un coche la lance por lo aires, no mira hacia el coche en busca de la cara del conductor.

—Bueno, imagino que eso lo habrá preguntado simplemente por curiosidad, ella no se ha debido ver nunca en una situación así y supongo que pensaría que al notar el golpe antes de salir volando como Superman, vi algo.

—Sigue oliéndome a huevo podrido —arrugó la nariz—. No hay que fiarse de esa mujer, si ha sido capaz de contarte una mentira sabiendo que puedes hablar con Stefan y que desmonte la historia que te ha dado. Vamos, esa mujer no es que haya maquillado un poquito las mentiras, es que ha distorsionado la verdad por completo.

—¿Y si es verdad lo que me ha dicho?

—¿Qué parte, nena?

—Todo, lo de que está casada con Stefan desde hace tiempo, que llevan juntos tres años y medio. A ver, él se acostó conmigo dos noches y se largó sin decir nada, por no hablar de que me mintió con todo el descaro el mundo.

—¿En serio vas a creer lo que te ha dicho esa loca? Emma, cariño, que trama algo, te lo digo yo, hazme caso que, aun sin haberla visto, me huele mal.

—Vale, voy a dejar de pensar que ella me cuenta la verdad.

—¿No te dijo en Atenas que era la prometida de Stefan? Y ahora de repente, llevan un año y medio casados. Lo que te digo, o trama algo o está mal de la cabeza.

—Está bien, tú ganas, no voy a creer en las palabras de mi peor enemiga en el plano sentimental.

—Eso me gusta más. Y ahora, dime: ¿ese *outfit* que llevas es de alguna de las firmas que promocionas?

—Sí —sonreí.

—Perfecto, porque vas ideal para unas fotos en el puerto. Vamos, que te hacemos varias y las subimos después de comer. Por cierto… ¿Con qué menú nos sorprenderá hoy papá Dorian?

—Deja de llamarlo así, Mabel —reí.

—Nena, lo hago para no confundirnos, que, si me refiero a él como tu padre, igual me preguntas cuál de los dos.

—Vale, aceptamos papá Dorian pues.

Nos levantamos y fuimos despacio hasta el paseo del puerto para hacerme algunas fotos, Mabel era una artista y me sacaba todas perfectas y sin que se viera la escayola de la pierna.

Después de una hora por allí, cogimos su coche y nos fuimos para casa, donde empezamos a revisar y escoger las mejores fotos que subir para promocionar la firma hasta que llegó la comida y paramos a tomar un descanso.

—Eso me gusta más. Y ahora, dime: ¿ese *outfit* que llevas es de alguna de las firmas que promocionas?

—Sí —sonreí.

—Perfecto, porque vas ideal para unas fotos en el puerto. Vamos, que te hacemos varias y las subimos después de comer. Por cierto… ¿Con qué menú nos sorprenderá hoy papá Dorian?

—Deja de llamarlo así, Mabel —reí.

—Nena, lo hago para no confundirnos, que, si me refiero a él como tu padre, igual me preguntas cuál de los dos.

—Vale, aceptamos papá Dorian pues.

Nos levantamos y fuimos despacio hasta el paseo del puerto para hacerme algunas fotos, Mabel era una artista y me sacaba todas perfectas y sin que se viera la escayola de la pierna.

Después de una hora por allí, cogimos su coche y nos fuimos para casa, donde empezamos a revisar y escoger las mejores fotos que subir para promocionar la firma hasta que llegó la comida y paramos a tomar un descanso.

Capítulo 40



Estaba terminando de subir a las redes un vídeo que habíamos grabado Mabel y yo por la tarde, cuando noté esa sensación de hambre y al mirar la hora vi que el cuerpo me pedía comida.

Recogí todo y me levanté para ir a la cocina a ver qué me preparaba, cuando escuché que llamaban al portero.

—¿Sí?

—Soy Stefan, traigo la cena.

Suspiré y abrí, porque no iba a decirle que se fuera después de que venía a hacerme una visita.

Regresé a la cocina y allí le esperé, cogiendo vasos y sacando la botella de agua de la nevera.

—Hola —saludó y al mirarlo, sonrió. Lo tenía a unos pocos pasos y se inclinó para besarme en la mejilla, cerca de la comisura de los labios—. ¿Cómo vas, pequeña? —Dejó la bolsa del restaurante italiano en la encimera.

—Despacito, voy despacito —sonreí—. No tenías que haber traído nada, ya lo sabes.

—No me gusta cenar solo —se encogió de hombros y sacó los envases de la bolsa.

Había palitos de *focaccia*, lasaña y tiramisú para el postre.

Me pidió que fuera a sentarme en el sofá y él se encargó de llevarlo todo, sentándose a mi lado.

Cada vez que lo tenía cerca me costaba más fingir, me encantaría poder decirle que recordaba todo, pero no quería seguir siendo su segunda opción.

—He visto que has subido fotos y vídeos de promoción estos días —dijo tras coger un pedazo de lasaña.

—Sí, y cuando has llegado acababa de subir otro vídeo. No es que pueda estar mucho tiempo de pie, y eso de no subir las fotos de cuerpo entero es un poquito complicado, pero al menos sigo activa con mi trabajo.

—Porque te tomes unos días de menos ajetreo, no pasa nada.

—Lo sé, pero son cosas fáciles, no me supone demasiado esfuerzo. ¿Qué tal por el local? —pregunté cambiando un poco el tema de conversación.

—Lleno cada noche, muchos nuevos clientes, algunos *influencers* que han venido a conocerlo, y Mabel ha estado echando una mano también.

—¿Mabel? —Fruncí el ceño— Si no es camarera, ¿qué ha ido a hacer allí?

—Fotos —rio—. Hizo algunas fotos y grabó vídeos para subirlos a las redes, dice que como no está nuestra clienta VIP, que eres tú, pues ella se encarga de darnos visibilidad en las redes. Evan la ha puesto al mando de ese departamento.

—¿En serio ha dejado a Mabel encargada de las redes del *Olimpo*? No sabe lo que ha hecho —reí—. Es mi mejor amiga, una buenísima fotógrafa y mejor estilista, pero con las redes se le puede ir un poquito la mano con las ideas.

—Pues por el momento lo está haciendo bien. Los *reels* han tenido mucha visibilidad.

—Me alegro.

—Cuando te libres de la escayola lo celebramos allí con una botella de champán.

—¿Del caro? —Arqueé la ceja.

—Por supuesto —sonrió—. Lo mejor de lo mejor para mi chica —hizo un guiño y se acercó para darme otro beso en la mejilla.

Evité mirarlo para que no pudiera ver nada en mis ojos, esos que según decía Mabel estaban llenitos de amor por el ateniense de mis desvelos.

—¿Recuerdas que ellos están juntos? —preguntó.

—¿Quién?

—Mabel y Evan. En Atenas tontearon mucho, y la noche de la boda acabaron en la habitación de ella.

—Ah, sí, eso lo sabía, Mabel nos lo contó a Gabriel y a mí, a la vuelta del viaje. Y se han estado viendo desde que regresamos. Hacen buena pareja.

—No mejor que nosotros —me cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla—. ¿De verdad no has recordado nada?

—No sigas con eso, Stefan, y menos ahora que he visto a tu mujer.

—¿Mi mujer?

—Sí, Cristel. La conocí en Atenas, pero no me acordaba mucho. La vi hace un par de días en una cafetería y me puso al tanto de todo lo que ya sabía.

—¿Y qué es todo lo que ya sabías?

—Pues, lo que me contó en Atenas.

—Te dijo que era su prometido, pero no es verdad.

—Ya sé que no es tu prometida, es tu mujer. Lleváis casados año y medio, tres y medio como pareja, y va a mudarse aquí definitivamente.

—No, nada de eso es cierto.

—Pues lo decía muy convencida —me encogí de hombros.

—Emma, no creas nada de lo que ella te diga, por favor —me sostuvo la barbilla para hacer que lo mirara—. Cada palabra que te haya dicho, o que te diga, es mentira.

—Insisto, se la veía muy convencida de lo que me estaba contando.

—No es cierto, nada de eso cierto. Bueno, solo una cosa, pero ni siquiera lo ha dicho como realmente es.

—¿Qué parte? —curioseé.

—Sí nos conocemos desde hace tres años y medio, sí hubo algo entre nosotros hace tiempo, pero se acabó. Pequeña, no lo recuerdas, pero en Atenas me viste con ella, y es que sí, a pesar de que lo dejamos, cuando voy allí a veces quedo con ella y…

—Os acostáis —acabé la frase por él porque parecía tener algunas dificultades para contármelo, Stefan asintió.

—Estuve con ella una noche, ya estaba invitada a la boda como mi acompañante y no podía decirle que no viniera. Me dijiste que cuando te la encontraste y te dijo que era mi prometida, también te dijo que sabía quién

eras. Le he estado dando vueltas a eso.

—Stefan, no sé de qué me estás hablando —negué, tratando de sonar sincera porque él debía seguir pensando que no recordaba nada de Atenas, ni de lo que había pasado entre nosotros, aquí, antes de que me atropellaran—. Lo único que haces hablándome de algo que no recuerdo, es confundirme.

—Lo siento, pequeña —me acarició la mejilla—. Pero quiero hacerte ver que ella no significa nada para mí, en cambio tú sí —sus ojos estaban fijos en los míos, veía ese brillo que tantas veces había podido observar en él y sentía que hablaba con sinceridad, pero debía seguir fingiendo ante él, y ahora que Cristel me había contado esas cosas que, sin duda alguna, eran mentira, tenía que mantenerme firme en mi mentirijilla para ver si podía averiguar algo.

—No puedo significar nada, porque somos familia —murmuré.

—Me conociste hace tres años en mi local, y no sabría describir el modo en el que conectamos, pero lo hicimos.

—No sigas, Stefan —me moví para levantarme, necesitaba alejarme de él.

Caminé despacio hacia la puerta de la terraza y me quedé allí observando la noche, la ciudad completamente iluminada y el mar en calma que apenas se distinguía del cielo.

Noté sus manos en mis caderas y cogí aire al tiempo que cerraba los ojos intentando no estremecerme, si lo hacía estaba perdida, Stefan se daría cuenta de que mi cuerpo no solo lo reconocía, sino que podría intuir que estaba fingiendo no acordarme de él.

a

Cuando sentí su cuerpo pegado al mío, su aroma envolviéndome y el calor que desprendía, sentí que estaba de nuevo donde debía estar.

Stefan llevó la mano a mi barbilla, hizo que lo mirara por encima del hombro y en el momento en el que nuestras miradas se encontraron, lo vi. Estaba decidido a hacerlo, y lo conocía tan bien que sabía que no perdería la oportunidad.

Acarició de manera sutil mis labios con el pulgar, mirándolos, y cuando levantó la vista se inclinó sobre mí, posando los suyos despacio, un leve roce, un beso suave y rápido antes de pasar la lengua por mis labios pidiendo ese permiso silencioso para entrar.

i

Apenas entreabrí los labios para darle acceso, y nos fundimos en un beso que había deseado desde la noche de mi accidente. Se sentía bien, se sentía natural y correcto, pero no podía dejar que siguiera. Tenía ganas de llorar y si lo hacía se acabaría dando cuenta de que mentía o le ocultaba algo, así que me aparté rompiendo el contacto con sus labios.

—No vuelvas a hacerlo, Stefan —le pedí, mirándolo a los ojos—. Ahora somos hermanos.

Me observó frunciendo el ceño, pensé que iba a decir algo, pero no lo hizo, simplemente se apartó y fue hacia la puerta, esa que cerró tras de sí y cuyo sonido dio paso a mi llanto.

Lloré mientras iba al sofá y me sentaba, pensando en todo lo que podría haber sido y no fue porque él estaba con otra persona.

Ya no sabía quién de los dos me mentía, si él o ella, quién decía la verdad de lo que había o no había entre Stefan y Cristel.

Y Mabel sabía algo, de eso estaba segura, con lo persuasiva que era no tenía dudas de que le habría sonsacado todo a Evan, pero por alguna razón que se me escapaba, no me lo quería contar.

Me levanté suspirando, metí los envases vacíos de comida en la bolsa, junto con la botella de agua y los vasos, y lo llevé a la cocina, lavé un poco los vasos y lo demás lo dejé allí para tirarlo al día siguiente.

Después de tomarme las pastillas, y a pasitos cortos sin dejar de llorar, fui a la habitación y me metí en la cama, pero al igual que el resto de noches me costó conciliar el sueño, ya que cierto ateniense de ojos verdes esmeralda, ocupaba la negrura de mis pensamientos, y ese beso que me había dado, junto con el modo en el que me miraba cuando le dije que ahora éramos hermanos, no se me iban de la cabeza.

Si todo hubiera sido distinto, si ella no estuviera en su vida, tal vez nosotros podríamos haber tenido algo, a pesar de que una vez me mintió y se fue, desapareció sin explicación alguna durante tres largos años hasta que la boda de nuestros padres nos volvió a unir.

—No vuelvas a hacerlo, Stefan —le pedí, mirándolo a los ojos—. Ahora somos hermanos.

Me observó frunciendo el ceño, pensé que iba a decir algo, pero no lo hizo, simplemente se apartó y fue hacia la puerta, esa que cerró tras de sí y cuyo sonido dio paso a mi llanto.

Lloré mientras iba al sofá y me sentaba, pensando en todo lo que podría haber sido y no fue porque él estaba con otra persona.

Ya no sabía quién de los dos me mentía, si él o ella, quién decía la verdad de lo que había o no había entre Stefan y Cristel.

Y Mabel sabía algo, de eso estaba segura, con lo persuasiva que era no tenía dudas de que le habría sonsacado todo a Evan, pero por alguna razón que se me escapaba, no me lo quería contar.

Me levanté suspirando, metí los envases vacíos de comida en la bolsa, junto con la botella de agua y los vasos, y lo llevé a la cocina, lavé un poco los vasos y lo demás lo dejé allí para tirarlo al día siguiente.

Después de tomarme las pastillas, y a pasitos cortos sin dejar de llorar, fui a la habitación y me metí en la cama, pero al igual que el resto de noches me costó conciliar el sueño, ya que cierto ateniense de ojos verdes esmeralda, ocupaba la negrura de mis pensamientos, y ese beso que me había dado, junto con el modo en el que me miraba cuando le dije que ahora éramos hermanos, no se me iban de la cabeza.

Si todo hubiera sido distinto, si ella no estuviera en su vida, tal vez nosotros podríamos haber tenido algo, a pesar de que una vez me mintió y se fue, desapareció sin explicación alguna durante tres largos años hasta que la boda de nuestros padres nos volvió a unir.

Capítulo 41



Había pasado esos tres últimos días en casa descansando todo lo posible, grabando vídeos con Mabel, para tener contenido que ir subiendo a las redes, y esa mañana decidí salir a desayunar con mi padre.

Cuando bajé del coche que pedí cerca del banco, me pareció ver a Cristel en una terraza con un hombre que, no tenía dudas, no era Stefan.

Fui hasta allí procurando que no me viera, me senté en un banco que había cerca de la mesa donde estaban ellos, y saqué el móvil para disimular por si me veía, aunque estaba de espaldas a mí, igual que yo y no creía que pudiera verme.

—¿Lo ha traído? —preguntó él.

—Sí, y más vale que puedas conseguirlo. Estos son los números de cuenta, y estas las claves de acceso. Dos millones, entre todas, y ya sabes cómo hacerlo.

—No soy novato, no tiene que explicarme cómo hacer mi trabajo.

—Querido, eres un hacker que roba dinero de cuentas, perdona que te diga que eso no es un trabajo.

—Vamos a dejar la moralidad de cada quien a un lado —contestó él.

—Lo quiero en cuatro días.

—Por el precio que va a pagar, lo tendrá en tres.

Escuché el ruido característico de una silla siendo arrastrada, y miré en el reflejo del móvil como el hombre se levantaba para irse. Cristel se quedó allí tomándose el café.

Me levanté y caminé despacio hacia el banco de mi padre esperando que no me viera Cristel, a fin de cuentas, no debía conocer a muchas mujeres con una pierna escayolada que se ayudara de muletas para moverse.

Cuando entré en el banco me sonrió Manuela, una mujer majísima, súper simpática y encantadora de cincuenta años que llevaba en el banco el mismo tiempo que mi padre.

—Emma, cielo, ¿cómo estás? —preguntó levantándose para darme un par de besos.

—Bien, de momento bien, me quejo poco —sonreí.

—Cuando nos dijo tu padre lo que te había pasado, no me lo podía creer. ¿Quién se da a la fuga después de un atropello?

—Pues una persona que no tiene corazón, Manuela —la voz de mi padre hizo que ambas nos girásemos—. Hola, cariño —me abrazó y besó en la mejilla.

—Hola, papá.

—Bueno, yo os dejo que tengo papeleo que organizar. Espero que te recuperes pronto, Emma.

—Gracias, Manuela.

—¿Vamos, hija?

—¿Podemos hablar antes un momento?

—Claro.

Entramos en su despacho y tras acomodarme con la pierna en alto en la silla que tenía enfrente, suspiré.

—¿Qué pasa, Emma?

—Sé quién es Stefan —contesté sin mirarlo—. Sé que para mí no es solo el hijo del nuevo marido de mi madre, n mi hermanastro mayor.

—¿Has recordado, entonces? Eso es una buena noticia.

—No, papá, no he recordado. Es que nunca olvidé nada de él.

—¿Mentiste? —Frunció el ceño.

—Sí, lo hice.

Le conté el motivo que me había llevado a decir aquella mentira cuando lo vi en la habitación del hospital,

también le dije que Cristel me había vendido algo que yo sabía que no era cierto, pero no la corregí de su creencia de que no sabía quién era en realidad, y le acabé hablando de lo que en realidad me había hecho entrar en su despacho.

—Si ha contratado a un hacker, Stefan está en apuros, en apuros muy serios —dijo mi padre cuando terminé de hablar.

—Lo sé —suspiré.

—Cuéntaselo, hija, ponle al tanto de lo que esa mujer planea hacer. Si le vacía las cuentas, le costará mucho recuperar ese dinero.

—Pero no quiero que sepa que no le dije la verdad.

—No tienes por qué decírselo, Emma, solo contarle lo que has oído hoy de los planes de esa mujer. Cariño, no sé qué intenciones tiene esa tal Cristel, pero no puede ser nada bueno. Pon a Stefan sobre aviso, que esté al tanto de lo que sabemos que trama y que pueda actuar en consecuencia.

—Mabel me dijo que al contarme a mí esas mentiras, podía estar tramando algo, pero, ¿qué? ¿Y por qué querría robarle dos millones de euros de sus cuentas? Es dueña de una *boutique* en una de las mejores calles de Atenas, rodeada de firmas de renombre, y por lo que vi, no le debe ir mal.

—¿Qué te dijo Stefan sobre lo de que están casados?

—Que es mentira. Según él, no debo creer nada de lo que me diga esa mujer porque cada palabra que sale de su boca, es una mentira nueva.

—¿Y si solo trata de protegerte?

—¿Protegerme? —Fruncí el ceño.

—Vamos a pensar por un momento. Tal vez, y digo tal vez, Stefan sí esté casado con ella, pero al volver a verte se ha dado cuenta de que te quiere más de lo que imaginaba, le ha pedido el divorcio para poder estar contigo, y ella no se lo está poniendo fácil. Quizás quiere más dinero del que él le ofrece y por eso ha pensado que es mejor robarlo de sus cuentas.

—Papá, tienes la mente de un delincuente —reí.

—No hija, pero esa mujer no me dio buena espina cuando la conocí. Que te haya mentido, a sabiendas de que puedes recuperar la memoria en cualquier momento, es de no haber planeado bien las cosas o querer hacer daño de algún modo.

—Entonces, crees que debería contárselo a Stefan.

—Sí hija, es lo mejor.

Suspiré, cogí el móvil y marqué el número de Stefan. Aquellos fueron los tres tonos de espera en una llamada más desesperantes de mi vida.

—¿Emma? ¿Estás bien, pequeña? —preguntó al atender la llamada.

—Sí, tranquilo es que… —cogí aire, miré a mi padre y me animó a seguir al mismo tiempo que me sonreía— ¿Podrías venir esta noche a mi casa? Quiero hablar contigo.

—Claro, pero, ¿va todo bien?

—Sí, hermano, todo bien —lo llamé así para que supiera que no es que fuera a contarle que había recobrado la memoria.

—Llevaré la cena. ¿Qué te apetece hoy, pequeña?

—¿Puedo elegir?

—Sí —lo escuché reírse.

—Hamburguesa con extra de queso y bacon, Nuggets, patatas y refresco grandes.

—Así que a mi chica le gusta la comida grasienta, tomo nota. Nos vemos a la nueve, pequeña.

—Vale, adiós.

Colgué y cuando miré a mi padre, estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Ese hombre no va a parar hasta que recuerdes que le quieres y que antes del accidente, decidiste darle una oportunidad.

—Papá, no voy a ser la segunda opción de nadie, y él lo sabe.

—Cariño, estoy seguro de que para él no eres una segunda opción, eres la única. Y ahora, vamos a desayunar que el cuerpo me pide cafeína.

Se levantó y después de ayudarme, salimos del banco para ir a desayunar a la cafetería que había al lado, donde hacían los mejores croissants tostados de la ciudad.

Mientras estaba allí con mi padre pensaba que era una locura eso que había dicho de que Stefan sí estuviese casado con Cristel y al pedirle el divorcio ella quisiera más dinero del que le ofrecía, pero es que me parecía descabellado que una mujer como ella hiciera tal cosa.

Después del desayuno nos despedimos quedando en que le contaría lo que me dijera Stefan esa noche, y subí al coche que me había estado esperando allí para llevarme a ver a mi madre a la inmobiliaria.

Habían aplazado su viaje de luna de miel al menos una semana más, y todo por mi culpa.

Cuando llegué, vi a Elena con ella y ambas sonrieron.

—Mira qué rápida va ya —dijo Elena—. Dentro de nada corre maratones.

—Qué va, qué va, yo sigo despacito, y hasta que no me quiten la escayola y haga un poquito de rehabilitación, me olvido de correr.

—¿Qué haces aquí, mi niña? —preguntó mi madre, tras darme un beso y un abrazo de oso.

—He desayunado con papá y pensé en hacerte una visita. Lo que no sabía es que estuviera ella también.

—He venido a ver qué casitas hay disponibles —me dijo Elena.

—¿Vas a mudarte? Creí que te quedabas encargada del restaurante y el local en Atenas.

—Bueno… he hablado con mi padre, allí me siento un poco sola, la verdad.

—Estamos pensando que por el momento se instale en mi casa, yo me he mudado a la de Dorian —comentó mi madre—, así no gasta en un alquiler o una compra que, por el momento, no es necesaria.

—Pues es una buena idea, Elena. La casa de mi madre sería perfecta para ti. Yo me habría mudado solo para evitarme las escaleras y el ascensor.

—Múdate tú entonces, yo me quedo con tu piso que me pareció súper coqueto.

—Al final os veo viviendo juntas en mi casa —rio mi madre, Elena y yo nos miramos, y…

—Me gusta esa idea —dijimos ambas al unísono y nos echamos a reír las tres.

—Así que tenemos mudanza inminente, vale, lo organizaremos todo. ¿Cómo está Gabriel, por cierto? —me preguntó mi madre.

—Bien, ha ido a verme estos días un ratito.

—Emma, ¿puedo hablar contigo, sobre Gabriel? —miré a Elena, y fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Hace un par de noches nos vimos en el local, me acompañó a casa y…

—¿Y? —Arqueé la ceja, pero algo me decía que ya sabía cómo iba a terminar esa frase.

—Nos besamos.

—Ay, Elena, hija, ¿qué has dicho? —Mi madre se llevó la mano al pecho.

—Elena, no pasa nada —sonreí cogiéndole la mano—. Gabriel y yo en realidad no estamos juntos.

—¿Qué? —preguntaron las dos, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué os parece si vamos a tomar un café, y os cuento todo? Solo voy a pediros una cosa, y es que no os enfadéis, sobre todo tú, mamá, y no me juzguéis.

—Si empiezas pidiéndome que no me enfade, hija, ya llevo el enfado de serie. Anda, vamos a la cafetería que me da a mí, que de un café vamos a pasar a chupitos después de comer.

Salimos las tres de la inmobiliaria y fuimos a la cafetería que había enfrente. Iba a contarles a ellas todo, tal como debería haber hecho antes de que un desalmado que debía haberse bebido esa noche hasta el agua de los floreros me atropellara.

Ahora sí había llegado la hora de la verdad, y esperaba que mi madre no se enfadara.

—Así que tenemos mudanza inminente, vale, lo organizaremos todo. ¿Cómo está Gabriel, por cierto? —me preguntó mi madre.

—Bien, ha ido a verme estos días un ratito.

—Emma, ¿puedo hablar contigo, sobre Gabriel? —miré a Elena, y fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Hace un par de noches nos vimos en el local, me acompañó a casa y…

—¿Y? —Arqueé la ceja, pero algo me decía que ya sabía cómo iba a terminar esa frase.

—Nos besamos.

—Ay, Elena, hija, ¿qué has dicho? —Mi madre se llevó la mano al pecho.

—Elena, no pasa nada —sonreí cogiéndole la mano—. Gabriel y yo en realidad no estamos juntos.

—¿Qué? —preguntaron las dos, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué os parece si vamos a tomar un café, y os cuento todo? Solo voy a pediros una cosa, y es que no os enfadéis, sobre todo tú, mamá, y no me juzguéis.

—Si empiezas pidiéndome que no me enfade, hija, ya llevo el enfado de serie. Anda, vamos a la cafetería que me da a mí, que de un café vamos a pasar a chupitos después de comer.

Salimos las tres de la inmobiliaria y fuimos a la cafetería que había enfrente. Iba a contarles a ellas todo, tal como debería haber hecho antes de que un desalmado que debía haberse bebido esa noche hasta el agua de los floreros me atropellara.

Ahora sí había llegado la hora de la verdad, y esperaba que mi madre no se enfadara.

Capítulo 42



La charla con mi madre y Elena no había tan mal como pensaba, y para mi sorpresa las dos me dijeron que habían visto a Stefan muy pendiente de mí en Atenas, además de un poco molesto cuando veía a Gabriel conmigo.

Y entendieron que hubiera mentido sobre lo que él era para mí cuando desperté en el hospital, puesto que se ponían en mi lugar y sabían lo dolida que me sentí al verlo con ella poco después de estar en su barco.

Por otro lado, teníamos a Gabriel, al que llamé en cuanto terminé de comer con ellas y le pregunté si tenía algo que contarme. Se hizo un poquito el despistado, pero acabó hablando. Le dije que podía habérmelo contado antes, pero no quería ponerme en más situaciones incómodas con mi familia.

Le di mi bendición para invitar oficialmente a Elena a cenar y lo que quisieran hacer, y pasé el resto de la tarde tumbada en el sofá descansando mientras me daba una maratón de la serie que había empezado a ver desde que estaba convaleciente.

Faltaban cinco minutos para las nueve cuando sonó el portero y fui a abrir a Stefan, ni pregunté a sabiendas de que era él y dejé la puerta entreabierta.

—Hola, pequeña —saludó inclinándose sobre el respaldo del sofá y me dio un beso en la mejilla.

—Hola —sonreí—. Qué bien huele a hamburguesa.

—Ni un beso me das, solo quieres la hamburguesa, qué pena de mí —suspiró, aún apoyado en el respaldo.

—Tengo hambre, qué puedo decir —me encogí de hombros.

—Dame un beso y te doy la hamburguesa.

—Perdona, pero eso es chantaje.

—Es intercambio de cosas, no chantaje.

—Un beso por una hamburguesa, vale, me parece un buen trato —me incorporé un poco para darle un beso en la mejilla que me ofrecía, y cuando iba a dárselo, giró la cara y nos dimos un beso rápido en los labios.

—Eso está mejor —elevó ambas cejas.

—Eres un tramposo, hermano.

—No me llames así, pequeña, que no lo soporto —dijo con el rostro un poco más serio.

Movió el sofá como la última vez para ponerlo al lado de donde yo estaba sentada, y se acomodó para ir sacando la cena.

—Esto no es del búrguer —dije al ver la bolsa.

—Es de un restaurante que hay cerca de mi casa, la especialidad es la carne y hacen las mejores hamburguesas —me entregó la mía.

—Madre mía, esto no es una hamburguesa, son dos. Es muy grande.

—Como pediste patatas y refresco grandes, imaginé que la hamburguesa también la querías así.

—Cuando me quiten la escayola más vale que pueda echar a correr, porque anda que no me vais a hinchar como a un pavo entre tu padre y tú —resoplé.

—Nos importas, y te cuidamos, ¿cuál es el problema, pequeña?

—Que esto se me va a ir a las caderas, ese es el problema.

—A mí me encantan tus caderas, me vuelven loco —dijo mirándome fijamente y noté esa punzada de deseo en mi zona íntima, como siempre que me miraba de ese modo.

—Para, no vayas por ahí, que ya me has hecho darte un beso donde no debía.

—Y espero muchos más, que no se te olvide.

—Que somos hermanos —reí.

—No pone eso en mi libro de familia —se encogió de hombros al tiempo que daba un bocado a su hamburguesa.

Yo di otro y, por Dios, que aquella era la mejor hamburguesa que había probado en mi vida.

Cenamos mientras me contaba que Mabel esos días había estado subiendo mucho contenido a las redes y que habían contactado con ellos para celebrar allí el cumpleaños de un *influencer* italiano afincado en Marbella, que había visto mis publicaciones de la fiesta de verano y le gustó.

Yo mientras él hablaba no dejaba de pensar en el mejor modo de contarle lo que había escuchado esa mañana, no quería parecer una cotilla o una metomentodo que iba husmeando en lo que no debía, pero al igual que yo le importaba a él, él me importaba a mí.

Esperé a terminar de comer para sacar el tema, aunque realmente empezó a hablar él.

—¿Para qué querías verme? —preguntó cuando recogió todo y se sentó en el sofá donde estaba yo, colocando mis piernas sobre las suyas para masajearlas.

—Hoy he visto a Cristel.

—¿Te ha dicho algo? —Me miró con el rostro serio.

—No, no me ha dicho nada, ni siquiera me ha visto.

—Ajá —siguió masajeando mi pierna sin escayola esperando a que continuara hablando.

—Iba al banco para ver a mi padre, me pareció verla y al comprobar que sí que era ella, me acerqué. Estaba con un hombre, y la verdad no sé por qué fui a ver de qué hablaban. El caso es que los escuché y… bueno, ella planea hacer algo.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Le dio un papel, y la oí decirle que ahí estaban tus números de cuentas y las claves de acceso. Stefan, ha pagado a un hacker para que te robe dos millones de euros.

—Lo sé —dijo sin mirarme, y eso me dejó sin palabras.

—¿Lo sabes?

—Sí. Sospechaba que tramaba algo, pero no sabía qué. Evan se enteró, no sé cómo ni he preguntado, de que iba tras mi dinero, buscó un hacker y se lo pusimos en bandeja. Ese hombre trabaja para mí, aunque ella cree que está de su lado.

—Pero, no entiendo. Si sabes que ella quiere robarte, ¿por qué no has hecho algo?

—Hay mucho más de lo que crees, pequeña —me dio un leve apretón en el muslo mientras me miraba—, Pero no

quiero hablarte de ello, no hasta que tu cabeza esté completa —sonrió.

—Mi cabeza está perfectamente, muy completa, no me falta nada.

—Te falta algo ahí dentro, o más bien, alguien.

—No te estoy entendiendo —suspiré mientras seguía fingiendo, porque lo entendía perfectamente.

Stefan se inclinó sin que lo esperara y me besó mientras mantenía su mano en mi nuca, evitando así que pudiera apartarme y profundizando más en un beso que, debía admitir, no quería que acabara nunca.

Pero acabó, Stefan se apartó apoyando la frente en la mía y mientras lo observaba, con los ojos cerrados y como si estuviera manteniendo un debate consigo mismo, quise acariciarle la mejilla y decirle que lo quería, pero no lo hice.

—Te voy a hacer recordar quién soy, pequeña, y lo que sientes por mí —dijo mirándome fijamente—. Me cueste lo que me cueste, voy a volver a estar en tu cabeza, y en tu vida. Porque no hay modo de que te aleje de ella, Emma, no lo hay.

Me dio un beso rápido en los labios y se levantó para irse sin decir nada más y sin mirarme. Escuché la puerta al cerrarse y dejé caer la cabeza hacia el respaldo del sofá con los ojos cerrados.

Si supiera que no le había olvidado tras el atropello como tampoco le olvidé en esos tres años que habían pasado desde que nos conocimos, si supiera que yo tampoco había encontrado el modo de alejarme de él, desde que nos reencontramos en Atenas, ni siquiera fingiendo que le había olvidado.

Que quería al ateniense de mis desvelos eran un hecho, una realidad que nadie podría negar, y mucho menos, yo. Pero no podía simplemente decirle que lo había engañado, aunque, si lo hacía, sería como devolverle lo que él hizo cuando me dijo que era otra persona.

No, no era comparable a aquello ni de casualidad, pero si confesaba o, mejor dicho, cuando decidiera confesarle que había mentido porque quería alejarlo de mí, debía tener las cosas claras.

Suspiré y fruncí el ceño al recordar eso que había dicho de que en lo que a Cristel se refería había más de lo que yo sabía, cosa que me creaba más curiosidad.

¿Qué era lo que no quería contarme Stefan? ¿Mabel lo sabría?

Y aunque ella lo supiera tal vez no me lo dijera, si era algo que le había contado Evan.

Fuera como fuese, seguro que acabaría sabiendo algo más sobre Cristel y su intrigante historia con Stefan.

Capítulo 43



Esos dos últimos días los había pasado en casa echando un vistazo a las redes del *Olimpo* y debía admitir que Mabel estaba haciendo un trabajo increíble.

También había recibido algunos productos que las firmas querían que promocionara, y los seleccioné para hacer vídeos que subir con los de cosmética y cremas. Le mandé un mensaje a Mabel para que viniera a casa a hacerme algunas fotos con la ropa que también habían enviado.

Acababa de tomarme un café en la terraza cuando llamaron al portero.

—¿Sí?

—Policía, abra por favor —contestó un hombre, y no dudé en abrir.

Me quedé allí esperando que llegaran mientras me preguntaba qué hacía la policía en mi casa.

—Buenas tardes, señorita —me saludó el mismo que había hablado cuando abrí.

—Buenas tardes, agentes. ¿Ocurre algo?

—Hemos venido a hablar con usted sobre el incidente de hace unas semanas. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro, pasen.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó al verme caminando con las muletas.

—Deseando quitarme la escayola, pero bien. ¿Quieren un café?

—No, gracias. Tenemos imágenes del coche que la atropelló, varias cámaras de tráfico lo captaron y también hay una grabación del parking de un supermercado. Queremos que las vea por si reconoce al conductor.

—Claro.

Nos sentamos en el sofá, el agente que permanecía callado encendió una Tablet y me mostró las imágenes del coche yendo por las diferentes calles y carreteras de la ciudad, hasta que llegó al parking, se detuvo y permaneció parado unos minutos. El conductor bajó a fumar un cigarro y me acerqué un poco más la Tablet, pero no conocía a ese hombre de nada.

—No he visto a este hombre en mi vida. Imagino que fue hasta allí pensando que lo seguía la policía después de hacerme volar por los aires —dije entregándole la Tablet, o al menos, intentándolo

—Siga mirando, señorita. Por lo que nosotros hemos visto, creemos que no se trató de un accidente sin más.

—¿A qué se refiere? —Fruncí el ceño.

—Fue hasta ese parking a esperar a alguien, y reunirse con esa persona.

Volví a mirar la pantalla y, efectivamente, apareció otro coche, blanco o gris, no sabría decir puesto que la grabación de la cámara de vigilancia del supermercado era en blanco y negro.

Cuando la persona que acababa de llegar bajó del coche, sentí que me faltaba el aire. La conocía, por supuesto que la conocía, y jamás hubiera imaginado que lo que parecía ser un accidente, no lo era.

—¿Reconoce a la persona que está con el hombre que la atropelló? —me preguntó el agente.

—Sí, sí que la conozco. ¿Puedo llamar a quien estaba conmigo en el momento del intento de asesinato? Porque es lo que pasó, ¿verdad?

—Sí, me temo que es lo que ocurrió.

—Voy a llamar para que venga.

—¿Se trata de Stefan, el dueño del local del que salió esa noche?

—Sí, él estaba conmigo —contesté cogiendo el móvil, y el agente asintió.

Esperaba que Stefan respondiera rápido y pudiera venir a mi casa, cuando tardó en contestar temí que no pudiera.

—Hola, pequeña. ¿Me echas de menos?

—Stefan, tienes que venir a mi casa, ahora.

—¿Qué pasa, Emma?

—Está aquí la policía, he visto al que me atropelló.

—Estoy ahí en quince minutos —contestó y colgó antes de que pudiera decir algo más.

Cogí aire y fui a beber agua, necesitaba pasar el nudo que tenía en la garganta en ese momento.

Cuando regresé al salón los agentes estaban hablando entre ellos, ambos sonrieron al verme y esperaron pacientemente a que llegara Stefan sin hacerme una sola pregunta.

Quince minutos después, que se me hicieron interminables, Stefan llamaba a mi portero y fui a abrir, quedándome en la puerta a esperarlo.

—¿Estás bien? —preguntó y, como por inercia, se inclinó para darme un beso que, ni evité, ni le recriminé, en ese momento necesitaba sentirlo cerca.

—En shock, si te soy sincera. Están en el salón.

Fuimos hacia allí y al vernos, los agentes se pusieron de pie y saludaron a Stefan, estrechándoles la mano.

—Tal vez deberíamos haberle avisado a usted primero, pero queríamos saber si ella conocía al conductor —le dijo el agente que siempre hablaba.

—Está bien, no se preocupe. ¿Puedo ver las imágenes?

—Por supuesto —el agente miró a su compañero, que le entregó la Tablet a Stefan.

La miró con detenimiento, yo estaba a su lado y me miró al ver al conductor.

—¿Sabes quién es? —me preguntó, y negué.

—Él no —señalé la pantalla cuando vi aparecer el otro coche, y bajó la persona a la que estaba esperando—. Pero ella sí.

Stefan miró de nuevo y vio lo mismo que había visto yo minutos antes.

Ante nosotros estaba Cristel hablando con el hombre que me había atropellado, sacó un sobre del bolso, se lo entregó y volvió a subir al coche para irse.

—Estamos buscando a ese hombre, por el reconocimiento facial hemos visto que tiene antecedentes. Es de Europa del Este y toda una pieza, se lo aseguro. De ella no tenemos nada —nos informó el agente.

—Es una antigua pareja mía —contestó Stefan—. Y ahora me encajan muchas cosas.

—Tiene que poner denuncia, si la conocen es lo mejor.

—Lo sé, y lo haremos, pero a su debido tiempo. Sé de buena tinta que ha pagado a alguien para saquear mis cuentas, y eso será mañana, pasado como mucho.

—Señor, si me permite un comentario, menuda joya es su expareja.

—No podría estar más de acuerdo, agente.

—Les dejamos solos, y por favor, pongan esa denuncia antes de que salga de Marbella, o será más difícil de coger.

—Lo haremos, gracias por venir. Los acompañaré.

Tras despedirse de mí, los dos agentes fueron hacia la puerta con Stefan, que regresó poco después y se sentó a mi lado.

—Pequeña.

—¿Por qué quiso asesinarme, Stefan? —no lo dejé hablar— Porque no fue un accidente, la policía me ha dicho que sufrí un intento de asesinato.

—Si me creyeras cuando te digo que entre nosotros hubo algo, que ella te dijo que sabía quién eras, aun siendo imposible porque cuando tú y yo nos conocimos hace tres años ella no estaba aquí, podrías entender que te quiso apartar de mí de la peor forma. Lo peor de todo es que hace tres años mi accidente de coche no fue tal cosa, ahora lo entiendo.

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—Siempre creí que había algo raro en mi accidente, cosas que no encajaban, le estuve dando vueltas durante semanas, pero al final a lo único que llegaba era a tener un dolor de cabeza impresionante. Para empezar, siempre me pregunté por qué Cristel llegó al hospital antes que mi familia, habíamos estado juntos, pero ya me iba a casa y ella hacía al menos una hora que se fue del local. Se supone que mi móvil estaba en mi chaqueta, así lo dijeron los sanitarios, pero cuando lo pedí, nadie sabía dónde estaba, simplemente había desaparecido de la bolsa de mis pertenencias.

—¿Crees que fue ella?

—A raíz de volver a vernos en Atenas, comencé a recordar todo lo de mi accidente otra vez, por cosas que ella me decía de ti, por cómo te miraba cuando estabais en el mismo lugar, empecé a sospechar que pudo haber provocado mi accidente, pero también habría resultado herida y no tenía ni un rasguño, por lo que entonces pensé: ¿y si pagó a alguien para que lo provocara? Luego vino lo del dinero, y ahora esto. Sí, Emma, creo que orquestó mi accidente para que volviera con ella, como volví al ver que estaba tan preocupada por mí, y ha querido quitarte a ti de su camino, eres su competencia en estos momentos.

—No me lo puedo creer, esto debe ser una pesadilla —me pasé las manos por el rostro.

—Pequeña, mírame —me pidió levantándose y, tras cogerme ambas manos, se puso en cuclillas ante mí—. Voy a hacer que pague por lo que te ha hecho, te aseguro que no me voy a detener por nada, va a pagar, Emma, te doy mi palabra —se acercó y me besó, y volví a dejarle que lo hiciera.

Sonrió antes de levantarse y fue hacia la puerta, marchándose y dejándome allí, pensando en lo que acababa de vivir.

Una mujer que no me conocía de nada, había pagado a alguien para que me atropellara, y evitar de ese modo que estuviera con el hombre por el que, al parecer, estaba obsesionada, porque a eso no se le podía llamar amor, sino obsesión.

—A raíz de volver a vernos en Atenas, comencé a recordar todo lo de mi accidente otra vez, por cosas que ella me decía de ti, por cómo te miraba cuando estabais en el mismo lugar, empecé a sospechar que pudo haber provocado mi accidente, pero también habría resultado herida y no tenía ni un rasguño, por lo que entonces pensé: ¿y si pagó a alguien para que lo provocara? Luego vino lo del dinero, y ahora esto. Sí, Emma, creo que orquestó mi accidente para que volviera con ella, como volví al ver que estaba tan preocupada por mí, y ha querido quitarte a ti de su camino, eres su competencia en estos momentos.

—No me lo puedo creer, esto debe ser una pesadilla —me pasé las manos por el rostro.

—Pequeña, mírame —me pidió levantándose y, tras cogerme ambas manos, se puso en cuclillas ante mí—. Voy a hacer que pague por lo que te ha hecho, te aseguro que no me voy a detener por nada, va a pagar, Emma, te doy mi palabra —se acercó y me besó, y volví a dejarle que lo hiciera.

Sonrió antes de levantarse y fue hacia la puerta, marchándose y dejándome allí, pensando en lo que acababa de vivir.

Una mujer que no me conocía de nada, había pagado a alguien para que me atropellara, y evitar de ese modo que estuviera con el hombre por el que, al parecer, estaba obsesionada, porque a eso no se le podía llamar amor, sino obsesión.

Capítulo 44



No quería estar sola, no después de lo que había visto y averiguado, pero no me atreví a pedirle a Stefan que se quedara, así que lo dejé marchar.

Llamé a Mabel y a Gabriel para que vinieran, y acaban de llamar al portero.

—Hola —saludé al verlos, y para mi sorpresa, Elena venía con Gabriel.

—Nena, ¿qué te pasa? —preguntó Mabel cuando entró dándome un abrazo, ese que tampoco me faltó de mi amigo y nueva hermana pequeña.

—Ha estado aquí la policía.

—¿Por qué? —Elena frunció el ceño.

—Será mejor que os sentéis —dije yendo hacia el salón.

—Así que es más grave de lo que pensaba —dijo Gabriel mientras se sentaban.

—Me han enseñado imágenes del coche que me atropelló.

—¿Le han encontrado?

—Las imágenes al menos, al conductor lo tienen identificado y están buscándole.

—Nena, esa es una buena noticia —Mabel sonrió cogiéndome la mano, y le devolví el gesto.

—Sí, pero hay algo más —suspiré.

—¿Qué pasa, hermana?

—No fue un accidente, no fue algo que pasó porque era un conductor borracho que no me vio y simplemente se

dio a la fuga.

—Espera, espera —Gabriel levantó la mano—. ¿Qué nos estás diciendo, Emma? ¿Alguien te atropelló premeditadamente?

—Sí.

—¿Qué? —gritaron Mabel y Elena.

—No fue solo una fatalidad del destino, intentaron asesinarme, pero no les salió muy bien —me encogí de hombros.

—Cariño, me alegro de que te lo tomes así, con un poquito de guasa, aunque no tenga ni mijita de gracia, pero, ¿por qué fueron a por ti?

—Por lo que sé ve, Cristel me quería fuera de juego.

—¿Cristel? —Gabriel frunció el ceño.

—Con razón esa mujer nunca me gustó —dijo Elena.

—¿Conducía ella? Pero, si estaba dentro del local cuando pasó, Evan me dijo que no la perdió de vista.

—No conducía ella, Mabel, pero sí pagó a alguien para que lo hiciera.

—Qué hija de la gran… ¡Uf! —Mabel resopló— Si la veo, le saco los ojos.

—¿Se lo has contado a Stefan?

—Sí, Elena, en cuanto vi las imágenes lo llamé para que viniera y pudiera comprobarlo por él mismo, no fuera a ser que no me creyera.

—Te habría creído, de eso estoy segura.

—El caso es que tu hermano cree que ella también pudo ser quien encargara su accidente hace tres años.

—Pues no me extrañaría lo más mínimo.

—Y encima quiere robar a Stefan, es que esa mujer es mala con ganas —comentó Mabel.

—¿Cómo?

—¿No te lo ha dicho tu hermano? —le preguntó ella a Elena, que negó— Pues que al parecer no le basta con haber hecho que mi amiga casi se vaya para el otro barrio, ni separarlos hace tres años, que ha pagado a un hacker para que lo desplume. Dos millones de euros entre todas sus cuentas.

—Madre mía —Elena se pasó la mano por la frente y Gabriel le frotó la espalda.

—Vais a denunciar, imagino —me dijo Gabriel.

—Sí, cuando Stefan me diga que es el momento, iremos a comisaría a denunciarla. Esa mujer quiso matarme solo porque está obsesionada con él.

—Pues entre tu atropello, querer robar dinero y el accidente de mi hermano, si se demuestra que también fue ella, va a pasar un tiempo encerrada.

—Lo que se merece, por mala gente —contestó Mabel.

—Bueno, ¿quién tiene hambre? —preguntó Gabriel sacando el móvil del bolsillo— Ya que estamos aquí vamos a pedir unas pizzas y cenamos, ¿no, chicas?

—Anda que te gusta poco a ti estar con nosotras —rio Mabel.

—¿Con tres mujeres tan bonitas por fuera y por dentro? Obvio que sí. Como que vamos a hacernos una foto en la terraza y la voy a subir a mis redes.

—Pues tengo yo una cara para hacerme fotos ahora —resoplé.

—Bien guapa que estás así, al natural y paliducha por el susto.

—¿Paliducha? —abrí los ojos al escuchar a Mabel, y la muy jodida se echó a reír.

—Que no, nena, que estás preciosa. Venga, todos para la terraza y después pedimos las pizzas.

Salimos los cuatro fuera, nos apoyamos en la barandilla y Gabriel hizo la foto con la ciudad y el mar de fondo. Estaba empezando a anochecer y quedó una foto preciosa, esa que pensé que iba a enmarcar y tener en mi casa.

Pidió las pizzas y subió la foto a las redes etiquetándonos a las tres, poniendo que se sentía como Charlie acompañado de sus tres ángeles.

Las reacciones y comentarios no tardaron en aparecer, y a mí me llegó un mensaje de Stefan.

Stefan: *Me alegra ver que no estás sola, pequeña, que te apoyas en tus amigos en un momento como este. Ojalá pudiera estar yo contigo.*

Sonreí y mientras Gabriel y las chicas ponían la mesa esperando la llegada de las pizzas, respondí a su mensaje. Escribí y borré como cinco veces ese "ojalá estuvieras aquí" que quería enviarle, pero no lo hice.

Emma: *No quería estar sola, acabaría por pensar y darle vueltas a todo, no necesitaba eso. Sé que siempre podré contar contigo al igual que puedo contar con ellos. No son solo amigos, son familia. Cuídate, Stefan. Ahora que sabemos que Cristel es peligrosa, por favor, cuídate.*

Se lo envíe y dejé el móvil en la mesa, poco después llegaron las pizzas y nos sentamos todos a la mesa a cenar mientras me proponían salir una noche los cuatro. Me apetecía, pero entre la escayola y las muletas iba a ser un poco engorroso salir una noche a cenar fuera y después ir a tomar una copa, por lo que les dije que, mejor, cuando me quitaran la escayola, aunque tuviera que seguir caminando con ayuda de las muletas.

Evan llamó a Mabel para ver si iba esa noche al local y dijo que no, que se quedaba a dormir en mi casa. No me pareció bien que cambiara sus planes en el último momento, pero ella dijo que no pensaba dejarme sola.

—Te conozco, y vas a estar dando vueltas al asunto hasta que te duermas, así que mejor te doy un pastillazo de esos de los que te recetaron en el hospital para dormir, y me quedó contigo.

—¿Dejarás de ser en algún momento mi segunda madre? Solo tienes un año más que yo —resoplé.

—Jamás, nena, siempre voy a ser mamá pato con mi polluela —me hizo un guiño.

—Os diría que os quedarais, pero el sofá no es muy grande —les dije a Gabriel y Elena.

—No te preocupes, sabiendo que estará ella, me quedo más tranquila, hermana —Elena sonrió y me dio un apretón en la mano.

Después de la cena se tomaron una copa mientras charlábamos, y a las once y media Gabriel y Elena se marcharon. Mabel me dio las pastillas y me acompañó a la habitación. Me puse un camisón, le dejé un pijama y nos metimos en la cama como cuando teníamos quince y dieciséis años.

—Va a estar todo bien, Emma —dijo acariciándome la mejilla antes de darme un beso—. Stefan se va a encargar de que esa mujer pague, ya verás. Te quiere mucho, aunque no lo haya dicho aún.

—Apenas me conoce, Mabel.

—Te conoce más que de sobra, nena. ¿Sabes que en estos tres años ha seguido todas tus publicaciones? Evan me dijo que nunca vio a su amigo tan interesado en alguien.

—Pero no hizo por hablarme.

—Te veía con Gabriel, pensó que habías olvidado vuestro fin de semana que era precisamente lo que quería Cristel. Nena, cuando puedas contarle que sí recuerdas todo, cuéntaselo.

—Se va molestar —sonreí.

—Seguro, pero le durará poco, en cuanto le des un besito —dijo mientras ponía morritos y lanzaba besos al aire.

—Estás loca —reí.

—Y, aun así, me adoras.

—Eso es verdad.

—Venga, cierra los ojos y descansa un poco, que ha sido una tarde de muchas emociones.

—Mabel.

—Dime, cariño.

—Gracias por estar, siempre.

—Emma, las amigas están para todo, no solo para los momentos buenos. ¿Qué te he dicho siempre?

—Que en los momentos malos es cuando más necesitamos un abrazo —sonreí.

—Exacto —me hizo un guiño—. Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, Mabel.

Cerré los ojos y dejé que el calmante empezara a hacer efecto, y lo hizo unos minutos después, y Morfeo me llevó con él.

—Pero no hizo por hablarme.

—Te veía con Gabriel, pensó que habías olvidado vuestro fin de semana que era precisamente lo que quería Cristel. Nena, cuando puedas contarle que sí recuerdas todo, cuéntaselo.

—Se va molestar —sonreí.

—Seguro, pero le durará poco, en cuanto le des un besito —dijo mientras ponía morritos y lanzaba besos al aire.

—Estás loca —reí.

—Y, aun así, me adoras.

—Eso es verdad.

—Venga, cierra los ojos y descansa un poco, que ha sido una tarde de muchas emociones.

—Mabel.

—Dime, cariño.

—Gracias por estar, siempre.

—Emma, las amigas están para todo, no solo para los momentos buenos. ¿Qué te he dicho siempre?

—Que en los momentos malos es cuando más necesitamos un abrazo —sonreí.

—Exacto —me hizo un guiño—. Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, Mabel.

Cerré los ojos y dejé que el calmante empezara a hacer efecto, y lo hizo unos minutos después, y Morfeo me llevó con él.

Capítulo 45



Mabel se fue después de desayunar y que me diera una ducha, ya no necesitaba que estuviera delante y podía ponerme la bolsa para cubrir la escayola yo sola, pero seguía siendo mi mamá pato particular, esa que se preocupaba por su polluela.

Stefan me había enviado un mensaje preguntando cómo estaba, si había pasado buena noche y, lo que me sacó un sonrisa, si pensaba en él y lo echaba de menos.

Claro que sí, pero no iba a decírselo, tan solo contesté que esperaba que todo se solucionara para poder continuar con nuestras vidas.

Me dijo que debía esperar a que el asunto del hackeo de sus cuentas se solucionara para ir a denunciar a Cristel juntos y acepté, pues esa mujer merecía que la juzgaran por todos los cargos que estaba acumulando.

¿Cómo podía tener tanta maldad en su alma? Era una mujer llena de rencor, de eso no me cabía duda.

Cuando terminé de subir uno de los *reels* que había preparado con algunas cremas perfectas para rostro y cuerpo en esta época veraniega, llamaron al portero y al abrir, me llevé la sorpresa de que era mi madre.

Pero no venía sola, eso lo comprobé cuando entraron ella, mi padre y Dorian en el salón.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté tras los besos y abrazos pertinentes.

—Si no es por Elena, no nos enteramos de que han encontrado a quien te atropelló —contestó mi madre.

—No lo han encontrado, siguen buscando al conductor.

—Lo han identificado, que es lo mismo. ¿Y eso de que Cristel le pagó? —preguntó Dorian— No me lo podía creer. Esa mujer entró en mi casa como si fuera de la familia, cientos de veces.

—Pues quiso matar a mi hija, así que ya tiene prohibida la entrada en la villa —le advirtió mi madre.

—Hija, ¿por qué no nos llamaste? —quiso saber mi padre.

—Iba a hacerlo, pero cuando estuviera más tranquila.

—Al menos avisaste a Stefan para que viera las imágenes.

—No quería que pensara que le mentía, mamá.

—Mi hijo nunca pensaría eso de ti, Emma, él…

—Puedes decírselo, amor —mi madre sonrió.

—Él me contó lo que pasó cuando os conocisteis hace tres años, y está hecho polvo porque no recuerdas lo que vivisteis en Atenas y lo que hablasteis aquí, en su barco.
a

—Mi niña, es hora de que Dorian también lo sepa.

—¿Saber qué? —Dorian frunció el ceño, suspiré cerrando los ojos y se lo conté.

Le hablé de que tenía que hacer que Stefan pensara que no recordaba nada porque lo había visto con Cristel y me sentí engañada de nuevo. También le acabé contando los planes de esa mujer para desplumar las cuentas de su hijo y entró en cólera, Elena no les había hablado de esa parte, y tampoco del accidente de Stefan.

—Pero hay más —murmuré.

—¿Más? —preguntaron los tres.

—Él cree que Cristel pudo provocar su accidente, de hecho, me dijo que lo había empezado a sospechar a raíz de algunas cosas que ella comentó mientras estuve en Atenas. De ser cierto, esa mujer fue la que hizo que Stefan y yo, no volviéramos a vernos.

—Y tu madre y yo hicimos que os reencontrarais, qué curiosa es la vida —sonrió.

—Stefan va a esperar a que la pillen con las manos en la masa con el asunto del hackeo, y denunciaremos por todo.

—Yo le voy a ayudar en lo que pueda, es mi hijo y no voy a dejar que se haga cargo de todo él solo —dijo.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Stefan, dudé en si cogerlo o no, pero finalmente atendí su llamada.

—Hola —saludé.

—Hola, pequeña. ¿Te pillo bien?

—Están mis padres y el tuyo de visita, Elena le contó a mi madre y a tu padre lo de las imágenes.

—Lo suponía —noté que sonreía—. Me ha llamado la policía.

—¿Qué ha pasado?

—El conductor del coche, lo han encontrado. Al parecer ha estado escondido en algún sitio aquí en Marbella hasta ahora. Esta madrugada lo identificaron en el aeropuerto y se lo llevaron detenido.

—¿En serio?

—Sí, y ha confesado, Emma. Ha dicho que Cristel le pagó para provocar tu accidente, y que no era la primera vez hace tres años también le pagó para provocar el mío.

—Dios mío, Stefan —me senté, notando que me fallaba la pierna buena.

—Ey, tranquila. He hablado con la policía y está todo en marcha, en cuanto lo del hackeo se haga efectivo, irán a por ella. La están investigando y al parecer su *boutique* no está yendo como quería, se endeudó con gente que no debía y se le acababa el plazo para pagarles. Creo que pensaba engañarme para que nos casáramos, pero llegaste tú. Eso la puso nerviosa y tiró de viejos conocidos. Al parecer el hombre al que pagó para los dos accidentes, según les ha contado él a la policía, es hijo de un amigo de su difunto padre.

—Está loca, no hay más —suspiré.

—Lo importante ahora son dos cosas —dijo.

—¿El qué?

—Que no salgas solas de casa, evitemos que ella se acerque a ti, no quiero que te pase nada. Y que me dejes ayudarte a recordar, pequeña. Te echo de menos, echo de menos a mi Emma.

—Stefan, yo… —miré a mis padres y a Dorian y vi que los tres sonreían, suponía que esperando que le dijera la verdad, pero no, ese no era un tema para hablar por teléfono— Esperaré que me llames cuando todo haya acabado

—Lo haré, cuídate pequeña.

Colgamos y dejé salir un suspiro de pesar, de esos que hacían que sintieras que te estabas ahogando.

—Tienes que decírselo, cariño —dijo mi madre, mientras me daba un apretón en la mano.

—Lo haré, pero cuando esté realmente preparada. Tengo un poco de miedo a cómo reaccionará cuando sepa que le he mentido.

—Voy a hacer un poco de abogado del Diablo —sonrió Dorian—. Mi hijo te contó una mentira cuando os conocisteis y si hay algo que yo sé por viejo, además de por sabio, es que donde las dan, las toman. Lo hiciste para alejarlo, pero no contabas con que Stefan es cabezón como su padre, y no iba a alejarse. Te aseguro que no parará hasta que seas su chica, otra vez.

—Como dice la canción, mi niña: cuando un hombre ama a una mujer cambiaría el mundo por ella —mi madre miró a Dorian y ambos sonrieron y se dieron un beso rápido en los labios.

Miré a mi padre y me hizo un guiño, diciéndome de ese modo que estaba todo bien.

Dorian preguntó qué me había dicho Stefan en la llamada y, tras contárselo, los tres estuvieron de acuerdo en que no saliera de casa sola para absolutamente nada, que ellos, además de Mabel, Elena y Gabriel, se encargarían de hacerme la compra y de visitarme para hacer que me distrajera.

Se marcharon poco después y Dorian dijo que al igual que contaba con mis padres, si me sentía mal o si necesitaba hablar de algo, que contara con él y lo llamara. Ahora era mi padre y quería estar para mí, al igual que estaba para Stefan y Elena.

—Por no hablar de que, conociendo a mi hijo como le conozco, sé que en algún momento te convertirás en mi nuera —dijo con una sonrisa antes de besarme en la frente y salir de mi casa.

No me veía casada con Stefan, o al menos no apuntaba tan alto, me conformaba con que me perdonara esa pequeña mentirijilla mía.

—Tienes que decírselo, cariño —dijo mi madre, mientras me daba un apretón en la mano.

—Lo haré, pero cuando esté realmente preparada. Tengo un poco de miedo a cómo reaccionará cuando sepa que le he mentido.

—Voy a hacer un poco de abogado del Diablo —sonrió Dorian—. Mi hijo te contó una mentira cuando os conocisteis y si hay algo que yo sé por viejo, además de por sabio, es que donde las dan, las toman. Lo hiciste para alejarlo, pero no contabas con que Stefan es cabezón como su padre, y no iba a alejarse. Te aseguro que no parará hasta que seas su chica, otra vez.

—Como dice la canción, mi niña: cuando un hombre ama a una mujer cambiaría el mundo por ella —mi madre miró a Dorian y ambos sonrieron y se dieron un beso rápido en los labios.

Miré a mi padre y me hizo un guiño, diciéndome de ese modo que estaba todo bien.

Dorian preguntó qué me había dicho Stefan en la llamada y, tras contárselo, los tres estuvieron de acuerdo en que no saliera de casa sola para absolutamente nada, que ellos, además de Mabel, Elena y Gabriel, se encargarían de hacerme la compra y de visitarme para hacer que me distrajera.

Se marcharon poco después y Dorian dijo que al igual que contaba con mis padres, si me sentía mal o si necesitaba hablar de algo, que contara con él y lo llamara. Ahora era mi padre y quería estar para mí, al igual que estaba para Stefan y Elena.

—Por no hablar de que, conociendo a mi hijo como le conozco, sé que en algún momento te convertirás en mi nuera —dijo con una sonrisa antes de besarme en la frente y salir de mi casa.

No me veía casada con Stefan, o al menos no apuntaba tan alto, me conformaba con que me perdonara esa pequeña mentirijilla mía.

Capítulo 46



Dos días, ese era el tiempo que había pasado en casa sin salir, ni sola ni acompañada, y recibiendo la visita de todos, menos la de Stefan.

Me había escrito, sí, para darme las buenas noches y los buenos días, pero no le había visto y eso solo hizo que me diera cuenta de lo mucho que lo necesitaba, no solo en ese momento, sino en mi vida.

Había estado haciendo algunas fotos en mi terraza y en la cocina con Mabel que acababa de subir, y mientras me preparaba un café sonó mi móvil. Sonreí como una quinceañera al ver el nombre de Stefan en la pantalla.

—Hola —saludé.

—Hola, pequeña. ¿Cómo va la mañana?

—Bien, tranquila. Me estaba preparando un café.

—¿Hay para mí?

—Si te lo sirvo ahora se va a enfriar para cuando puedas venir —reí.

—O no —contestó.

Llamaron al portero y cogí las muletas.

—Espera, que están llamando.

—Ve a abrir, seguro que es Elena, me dijo que iría a verte.

Fui hacia la puerta y cuando pregunté quién era, fue el propio Stefan quien respondió.

—¿Ves como no iba a enfriarse el café?

—Estás loco —reí mientras abría.

Regresé a la cocina para preparar también su café, y no tardé en notar sus manos en mis caderas y ese beso en el cuello que me hacía estremecer de pies a cabeza.

—Deliciosa —murmuró haciendo que tragara con fuerza—. ¿Ya te manejas sin las muletas?

—Ajá, pero sigo ayudándome de ellas para andar.

—Ve al sofá, yo llevo los cafés —se inclinó y me dio un beso en los labios, cuando lo miré con la ceja arqueada me hizo un guiño.

Cogí las muletas y me fui al salón, sentándome en el sofá con las piernas en alto.
e

—Aquí está su café, señorita —dijo con una sonrisa.

—Gracias, caballero —se sentó a mi lado en el sofá—. ¿Para qué me habías llamado?

—Tengo noticias que darte.

—¿A mí? —di un sorbo al café.

—Sí. La trampa de mis cuentas a Cristel ha funcionado.

—¿De verdad?

—Sí —me acarició la mejilla—. Ahora solo falta que pongamos la denuncia por los accidentes.

—Intento de asesinato en mi caso —le recordé, señalándolo.

—No me habría perdonado que te pasara algo, Emma. Cuando te vi ahí en el suelo, inmóvil… —cerró los ojos y vi que apretaba los dientes.

—Pero estoy bien, Stefan. Solo es una pierna escayolada —le acaricié la mejilla y de manera instintiva, posó la mano sobre la mía.

—No sabes cuánto me importas, pequeña —se quedó a unos centímetros de mi rostro y solo podía pensar en que me besara, en que posara sus labios en los míos, aunque solo un fuera un segundo, un beso rápido y fugaz.

Y mis ojos me traicionaron cuando fueron directos a mirar sus labios, quería tocarlos, besarlos, sentirlos en mí…

—Entonces, ¿vamos a ir ahora a comisaría? —pregunté, acercándome la taza para dar un sorbo y evitar seguir mirándolo.

—Sí. ¿Tienes que cambiarte de ropa?

—Pues sí, me voy a poner unos pantalones y una camiseta.

—¿Necesitas ayuda? —arqueó la ceja con una sonrisa de medio lado.

—Puedo sola, hermano —contesté y él volteó los ojos como dándose por vencido.

Me acabé el café y mientras iba a cambiarme de ropa, él lavó las tazas. Regresé al salón y salimos para coger su coche e ir a comisaría.

En el camino llamó a su padre para contárselo, tal como dijo Dorian, había estado pendiente de lo que Cristel iba a hacer con las cuentas de Stefan y le ayudó en lo que pudo, así como mi padre, pues sin que yo supiera nada, Stefan, había cambiado de banco y puesto en manos de mi padre todo su patrimonio.

Elena no tardó en llamarlo feliz por lo que le había dicho su padre, y fue ella quien propuso que quedáramos todos a tomar algo en el restaurante de Dorian, por lo que accedimos y dijo que avisaba a los demás mientras nosotros íbamos a comisaría.

Cuando llegamos nos hicieron esperar a que el agente al mando de mi caso viniera a buscarnos, lo saludamos y nos llevó a una sala donde Stefan le contó lo del hackeo de las cuentas, que el dinero estaba a salvo y ella no podría tocarlo, pero que la denunciaría por eso, además de por el accidente que provocó tres años atrás y mi atropello.

Nos tomó declaración de todo, Stefan le facilitó los datos de Cristel y dónde estaba alojada en ese momento para que fueran a detenerla antes de que se fuera al aeropuerto, donde al parecer tenía intención de ir esa misma tarde para volar fuera del país, y que por lo que tenía entendido, no pretendía volver a Grecia en un tiempo.

Tras firmar nuestras denuncias nos marchamos de allí con la seguridad de que los agentes que habían estado en mi casa, así como varios más, iban a proceder en ese momento a la detención de Cristel y ponerla a disposición judicial.

—Se acabó, pequeña —dijo Stefan cuando salimos de la comisaría.

—Hasta que no la vea lejos de mí, no se acabará del todo.

—No va a volver a acercarse a ti, Emma —me aseguró, cogiéndome ambas mejillas y mirándome a los ojos.

De nuevo quise que me besara, pero aparté la mirada.

—¿Vamos a comer? Seguro que ya están esperándonos —dije, y él asintió.

Abrió la puerta del coche y tras ayudarme a sentarme, cerró y caminó por delante del coche con esa seguridad que siempre mostraba.

Llevaba unos vaqueros y un polo que le hacían lucir como un modelo, y a mí me gustaba verlo con cualquier prenda que llevara, todo lo quedaba bien.

Mientras conducía les mandé un mensaje a Gabriel y a Elena, pidiéndoles que delante de Stefan no dieran muestras de que estaban juntos, solo me faltaría que pensara que Gabriel me estaba engañando. Ambos dijeron que no me preocupara, que iban a comportarse como adultos célibes, lo que me hizo reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Stefan.

—Nada, una cosa que me ha dicho Elena.

—Creo que eres su hermana favorita —sonrió—. He quedado relegado al hermano mayor pesado.

—Es que entre chicas nos entendemos —reí.

—Será eso.

Llegamos poco después al restaurante de Dorian y cuando entramos ya estaban todos esperando en la barra. Sonrieron al vernos y nos dieron besos y abrazos de esos que mostraban el amor que nos tenían.

—Está ya en las noticias —dijo Evan con el móvil en la mano.

—¿Ya? Pero si no les ha debido dar tiempo ni a salir de comisaría —contesté.

—Pues la han detenido en el hotel, y la prensa se ha hecho eco de la noticia —sonrió él.

—¿Me estoy perdiendo algo? —Fruncí el ceño.

—Estos dos que tienen conocidos en todas partes y han filtrado una noticia a la prensa —me dijo Mabel.

—Sigo perdida.

—A ver, nena, que Stefan es el CEO más codiciado de Marbella, se ha rumoreado estos días que anda con una mujer y claro, en el hotel donde ella se aloja estaba la prensa ávida de noticias y chismes. Y mira tú, que la noticia

ha sido que la han detenido por querer desplumarlo, así como por el atropello intencionado de cierta *influencer* famosa de la ciudad.

—Está de broma —dije mirando a Stefan, que sonrió al tiempo que negaba.

—No. Ya se sabe la verdad, y el suyo va a ser un juicio de lo más mediático.

—No voy a salir de casa en un mes —suspiré.

—Al contrario, nos vamos a encargar todos de que salgas, que te vean bien y esa mujer sepa que, con nuestra Emma, con nuestra diosa del Olimpo, no se juega —contestó Evan haciéndome un guiño.

Negué sonriendo, pero aún con la incredulidad de que Stefan y Evan hubieran dado información a la prensa para que todo el mundo viera qué clase de persona era Cristel.

Nos sentamos a la mesa y pedimos vino, marisco y carne para todos. Gabriel se sentó a mi derecha y Elena a la suya, mientras que, a Stefan, lo tenía a mi izquierda.

Mientras mi supuesto novio se mostraba cariñoso conmigo, abrazándome y besando mi sien de un modo para nada sexual, Stefan me observaba en silencio.

—Mamá, ¿tu casa aún sigue disponible? —pregunté cuando llegamos a los postres.

—Claro que sí, cariño. ¿Sigues queriendo mudarte allí con Elena?

—De hecho, si mi hermanita pequeña quiere —sonreí.

—Por favor, estoy deseando —dijo ella—. He buscado varios apartamentos y ninguno me gusta —resopló.

—Pues no se hable más, nos vamos a vivir juntas.

—Qué peligro —comentó Dorian.

—¿Por qué lo dices, papá?

—No, hija, por nada.

—Como mejor amiga de Emma, y ahora también tuya, Elena, yo me encargo de la fiesta de inauguración —dijo Mabel, haciendo un movimiento y elevando las cejas.

—Y ahí está el peligro de que viváis juntas —rio mi padre.

—A ver, las chicas son jóvenes, dejad que se diviertan —les riñó mi madre.

—La madre superiora ha hablado, háganle caso, caballeros —les pidió Mabel.

Nos echamos a reír a sabiendas de que a mi padre no le faltaba razón, con Mabel en nuestras vidas y una casa con jardín y piscina, no iban a faltarnos las fiestas, pero con moderación que éramos persona adultas y responsables.

Tomamos café y cuando todos estaban enfrascados en una conversación sobre una de las noticias que Evan estaba leyenda sobre Cristel, Stefan pasó el brazo por el respaldo de mi silla y se inclinó para hablarme.

—Cena conmigo esta noche, pequeña —murmuró y lo miré.

—¿En mi casa?

—No, en un restaurante, o en mi casa, o en mi barco —sonrió.

—¿Tienes un barco? —pregunté abriendo los ojos fingiendo hacerme la sorprendida.
a

—Sí, y ya has estado en él.

—No, no he estado en tu barco —negué.

—Sí, pero no lo recueras. He leído sobre la pérdida de memoria que tienes, y dicen que si vas a los lugares donde has estado, ayuda a que recuerdes.

—Según eso, ¿también tienes intención de llevarme otra vez a Atenas? Digo, porque tú dijiste que estuvimos juntos allí.

—No lo había pensado, pero puedo llevarte unos días.

—No estoy en condiciones de viajar, y recorrerme Atenas con la pierna así y las muletas.

—Entonces empezaremos por mi barco.

—Prefiero cenar en un restaurante aquí, en tierra, mira que si tenemos la mala suerte de que el barco empiece a hundirse, yo me voy para el fondo como DiCaprio en el Titanic, que la escayola pesa lo suyo.

—No permitiría que te fueras al fondo, te ato a mí y nadamos hasta la orilla.

—Qué buen hermano eres —sonreí.

—Pequeña, te aseguro que voy a ser algo más que tu hermano —me acarició la mejilla—. Entonces, ¿te recojo a las ocho y media para ir a cenar?

—Vale, pero me llevas temprano a casa. Tengo que descansar y hacer reposo, ya sabes —me encogí de hombros.

—Hecho —hizo un guiño y miró a Evan cuando le llamó.

Sabía que no iba a tener mejor oportunidad que esa para hablar con él y decirle que le había estado mintiendo esos días desde que desperté en el hospital, solo esperaba que no se lo tomara mal y me perdonara.

—Pequeña, te aseguro que voy a ser algo más que tu hermano —me acarició la mejilla—. Entonces, ¿te recojo a las ocho y media para ir a cenar?

—Vale, pero me llevas temprano a casa. Tengo que descansar y hacer reposo, ya sabes —me encogí de hombros.

—Hecho —hizo un guiño y miró a Evan cuando le llamó.

Sabía que no iba a tener mejor oportunidad que esa para hablar con él y decirle que le había estado mintiendo esos días desde que desperté en el hospital, solo esperaba que no se lo tomara mal y me perdonara.

Capítulo 47



Cuando Stefan me llamó diciendo que estaba a cinco minutos de mi casa, cogí el bolso y salí para no hacerlo esperar, era lo que tenía andar con la ayuda de las muletas, que por muy bien que las manejara no podía correr.

Al salir del edificio lo vi allí esperándome, sonrió saliendo del coche y se acercó para darme un beso en la comisura de los labios, algo que parecía haberse vuelto una costumbre.

—Estás preciosa —dijo mientras me abría la puerta para ayudarme a sentarme.

—Gracias —sonreí antes de que cerrara la puerta.

Me había puesto un vestido en amarillo pastel entallado hasta la cintura y con la falda suelta, con mucha caída y vuelo de la tela, maquillaje natural y una coleta alta. Como andar con las muletas era un poquito engorroso llevando tacones, me puse unas cuñas no demasiado altas en color blanco.

Stefan subió al coche y tras incorporarse al tráfico, condujo mientras me mantenía distraída hablando sobre las diferentes noticias que había publicado la prensa sobre Cristel.

Cuando quise darme cuenta estábamos llegando a su casa.

—¿Qué hacemos aquí, Stefan? Se suponía que ibas a llevarme a un restaurante.

—He pensado que aquí estaremos más cómodos. Puedes cenar descalza y no tengo problema en cargarte en brazos para llevarte de un lado a otro.

—Ah, no, de eso nada. Puedo caminar perfectamente.

—Bueno, tenía que intentarlo.

Me hizo un guiño cuando aparcó el coche en el garaje, bajó para ayudarme a salir y fuimos al interior de la casa.

Me llevó hasta el salón donde había preparado la mesa de un modo precioso, con una rosa blanca en el centro.

—He pedido la cena en el restaurante de mi padre, así que me aseguro que va a gustarte la comida.

—Eso seguro —sonreí.

—Siéntate, voy a por ello —dijo mientras retiraba la silla y tras acomodarme, dejó las muletas apoyadas en la silla que había a mi izquierda, él iba a sentarse a mi derecha.

Se fue hacia la cocina y cogí aire, había llegado el momento de sincerarme con él y tenía mis dudas, no sabía si iba enfadarse mucho o no, pero tenía que entender que lo hice porque no quería sufrir, y porque no sabía que todo lo malo que nos estaba ocurriendo desde que nos conocimos tres años atrás, era culpa de una antigua novia suya.

—Espero que tengas hambre —lo miré cuando habló y vi que llegaba con una bandeja de *dolmades* y brochetas de carne como entrantes—. Después de esto hay más.

—Tengo hambre, sí —sonreí—. ¿Qué más hay en el menú de esta noche?

—*Gyros* y marisco. Para el postre, tarta de yogur con frutos rojos.

—Se me hace la boca agua.

Se sentó a mi lado y comenzamos a comer, momento en el que saqué un tema de conversación que a los dos nos mantendría distraídos al menos durante esos primeros platos.

Para cuando los acabamos, y antes de que se levantara a por lo demás, me armé de valor para hablar con él, pero se me adelantó, diciendo algo que no esperaba.

—Creo que Gabriel está con Elena.

—¿Cómo dices? —Lo miré con el ceño fruncido.

—No sabía cómo decirte esto, pero, ahí voy —dejó la servilleta en la mesa y cruzó las manos antes de volver a hablar—. Cuando estuvimos en mi barco decidiste que lo intentáramos, me dijiste poco después que Gabriel y tú ni siquiera erais pareja y cuando despertaste en el hospital, era eso lo que recordabas, tu relación con él. Si nadie te ha sacado de ese error, lamento ser yo el que lo haga, pero por cómo los vi ayer, creo que hay algo entre ellos.

—Recuerdo todo, Stefan —dije sin esperar más.

—¿Has recordado?

—No lo había olvidado, solo, te mentí.

—¿Fingiste que no recordabas lo nuestro? ¿Por qué?

—Porque te vi con Cristel y no quería ser tu segunda opción, no sabía que ella estaba intentando separarnos. Yo solo… —suspiré— Lo siento.

—Emma —me sostuvo la barbilla para que lo mirara—. No sabes lo que me alegra escuchar que no me olvidaste, pequeña.

Se acercó para besarme y dejé que lo hiciera, con esas ganas que tenía de sentir sus labios, de perderme en uno de esos besos que me daban la vida. Hasta que se apartó y, tras levantarse, me cargó en brazos.

—¿Qué haces? —pregunté— No hemos terminado de cenar.

—Oh, sí, pequeña, sí que hemos terminado. Vamos a pasar directamente al postre.

El brillo del deseo y la lujuria en sus ojos me dijo cuando necesitaba saber, y sonreí apoyando la cabeza en su hombro mientras me llevaba a la habitación.

Una vez allí me dejó en el suelo el tiempo justo para desabrochar la cremallera del vestido, bajar los tirantes por mis hombros y dejar la tela caer hasta que quedé en ropa interior.

Me besó de nuevo y tras recostarme en la cama, se deshizo de su ropa y me quitó la braguita antes de arrodillarse entre mis piernas ligeramente separadas.
Comenzó a besarme el interior del muslo de la pierna que no tenía escayolada y fue subiendo con besos suaves hacia mi zona más íntima, esa que también besó antes de continuar subiendo por el vientre.

Terminó de desnudarme por completo quitándome el sujetador y volvió a besarme con esa intensidad que le caracterizaba. Noté la yema de sus dedos deslizándose despacio y poco a poco por el costado, hasta que fue directo a mi entrepierna.

Al contacto con el clítoris gemí y arqueé la espalda, y cuando comenzó a mover el dedo despacio, una y otra vez, una y otra vez, mis gemidos se convirtieron en gritos mientas Stefan lamía y mordisqueaba uno de mis pezones.

Me penetró con dos dedos y en apenas unos minutos me tenía completamente entregada al placer y el deseo, temblorosa y con el orgasmo amenazando con llegar sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta.

Stefan empezó a penetrarme más rápido y sucumbí a su petición silenciosa de que me dejara llevar y liberara el clímax. Lo hice sin dudar y gritando con todas mis fuerzas.

Llevó su lengua entre mis piernas, a esa parte excitada y ya sensible, y comenzó a lamer el clítoris con avidez,

haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera ante aquella oleada de placer que me engullía, que me llevaba a un nuevo orgasmo que no podría reprimir por más tiempo, y no pude.

Grité liberando ese nuevo clímax al que Stefan me había llevado mientras él seguía jugando con su lengua entre los húmedos pliegues de mi sexo.

Y cuando acabé, jadeando y notando el pecho subir y bajar rápido en busca de aire, sentí sus suaves besos en mi vientre subiendo poco a poco.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos, sonrió mientras daba un leve mordisco en el pezón y me acarició el costado.

—Va a ser un poquito complicado… ya sabes —dije acariciando su cabello.

—¿El qué?

—Pues que podamos hacerlo, tengo una pierna que pesa como veinte kilos ahora mismo.

—¿Y crees que eso es un problema, pequeña? —Arqueó la ceja— Qué mal amante sería si una simple escayola no me permitiera disfrutar del sexo con mi mujer —se inclinó y me besó mientras sostenía mi pierna sana por la rodilla.

Lo siguiente que noté fue que la colocaba alrededor de su cadera y me penetraba con una fuerte embestida haciéndome gemir en su boca.

Fue entrando y saliendo rápido y sin parar hasta llevarme al borde de mi resistencia, solo para detenerse antes de que alcanzara el tercer orgasmo.

Se retiró, me hizo colocar de costado de modo que la pierna escayolada quedaba apoyada en la cama, y tras situarse a mi espalda llevó la pierna sana flexionada sobre su cadera, y volvió a penetrarme con fuerza.

De ese modo tenía un fácil acceso a mi entrepierna, y comenzó a tocarme el clítoris, excitándome aún más de lo que ya lo estaba haciendo que todo mi cuerpo, de pies a cabeza, temblara ante el placer que me daba.

Estaba a punto de correrme y aumentó el ritmo, sentí que él también se acercaba a su propio clímax y ambos gemimos y gritamos siendo conscientes de que aquel iba a ser el orgasmo más intenso que habíamos tenido en mucho tiempo.

Siguió penetrándome una y otra vez sin parar, sin detenerse, hasta que los dos nos dejamos ir al unísono, envueltos en placer y deseo, en esas ganas que habíamos estado conteniendo durante las últimas semanas, y sabiendo que ese no sería más que el principio de lo que habría entre nosotros.

Me besó con esa mezcla de dulzura y pasión que había mostrado otras veces, nos miramos a los ojos y me acarició la mejilla. Seguíamos unidos por nuestros sexos, como si ninguno de los dos quisiera separarse, como si no quisiéramos que ese momento acabara.

Volvió a inclinarse para dejar un suave y tierno beso en mis labios y antes de apartarse, sin romper el contacto de nuestras miradas, me susurró.

—Te quiero, pequeña.

ɔ

Me besó con esa mezcla de dulzura y pasión que había mostrado otras veces, nos miramos a los ojos y me acarició la mejilla. Seguíamos unidos por nuestros sexos, como si ninguno de los dos quisiera separarse, como si no quisiéramos que ese momento acabara.

Volvió a inclinarse para dejar un suave y tierno beso en mis labios y antes de apartarse, sin romper el contacto de nuestras miradas, me susurró.

—Te quiero, pequeña.

Capítulo 48



Un mes después…

Los días habían ido pasando y en este tiempo, dejé mi piso para instalarme con Elena, en la que durante años fue la casa de mi madre.

La convivencia con ella era perfecta, teníamos muchas cosas en común y al igual que Mabel, me ayudaba mucho con las fotos y los *reels* que después subía a las redes.

Todos estaban al corriente de la relación que, otra vez, Stefan y yo habíamos decidido tener. Podría parecer un poco extraño porque era mi hermanastro, a todas luces, pero nunca nos vimos ni nos sentimos así, lo nuestro no era un amor fraternal y nunca lo sería por mucho que yo me hubiese empeñado en ello.

El día anterior se celebró el juicio contra Cristel, allí estuvimos los dos acompañados de nuestra familia, escuchando cómo el conductor del coche que me atropelló declaraba en contra de ella y contaba los planes que tenía, pues le había hablado a él también sobre el dinero con el que se haría de las cuentas de Stefan y le había prometido otro pago por haber intentado asesinarme.

La condenaron a varios años por eso, por el robo intencionado y por pagar a ese mismo hombre para provocar el accidente de Stefan tres años atrás.

Seguía sin poder creer que alguien llegara a ser capaz de planear semejantes cosas contra otra persona.

Pero al fin todo había salido a la luz, incluso esa gente a la que Cristel les debía dinero, según nos informó la policía, y se habían hecho con el control de la que una vez fue la *boutique* de Cristel.

Esa mañana por fin me quitaban la escayola de la pierna, y estaba deseándolo.

Llevaba diez minutos esperando que me llamaran y Stefan estaba conmigo, cogiéndome de la mano. Debía decir que el ateniense de mis desvelos no se separaba apenas de mí, salvo cuando Elena lo echaba de la casa.

—Emma —miré hacia la puerta desde la que me habían llamado, y vi a la enfermera sonriendo—. Pasa.

Me levanté, ayudada de las muletas como siempre, y Stefan y yo entramos en la consulta donde la doctora nos recibió con una sonrisa de lo más amable.

—¿Cómo estás, Emma? —preguntó cuando me senté.

—Deseando quitarme esto —resoplé.

—Ya imagino, es un poco engorroso y más con el calor. Vamos a llevarte a la sala para quitarlo, y haremos una radiografía a ver cómo está.

—Vale.

Finalmente, y tras poco más de una hora en el hospital, salía de allí caminando despacio, sin escayola, pero aun ayudándome con las muletas.

—Por favor, qué a gusto —dije cuando noté el aire en la pierna al salir a la calle.

—Ya has oído a la doctora, te lo tienes que tomar con calma.

—Sí, sí, lo sé, tranquilo. No voy a hacerme un *Ironman* de esos, vamos. Yo despacito, como dice Luis Fonsi, y con buena letra.

—Tienes que venir a rehabilitación dos veces en semana.

—¿Alguna cosa más que quieras recordarme? —protesté parando junto al coche.

—Sí —me sostuvo por las caderas y se inclinó—. Que te quiero —me dio un beso y sonreí cuando se apartó.

Subimos y me llevó al restaurante de Dorian a comer. Él y mi madre, disfrutaron de su interrumpida luna de miel un par de semanas atrás, y ahora estaban de vuelta en la ciudad. Evan y Mabel fueron unos días a Atenas para hablar con el encargado del local que tenían él y Stefan allí, y decirle que se quedaba al mando de manera indefinida, pero que irían de vez en cuando a ver cómo iba todo.

Y es que Elena había decidido quedarse en Marbella, donde estaba el gran amor de su vida, que no era otro que Gabriel, que siempre que podía se pasaba por nuestra casa para ver a su chica.

Entramos en el restaurante y nos llevaron a una mesa del fondo, con vistas al mar y donde tendríamos un poquito de privacidad.

Ya había dejado las pastillas para la pierna, así que podía tomarme una copa de vino, algo que durante ese mes y

pico de convalecencia había echado de menos, porque disfrutar de una copita de vino con la comida o la cena, era uno de los pequeños placeres que tenía en la vida.

Otro placer era cuando mi ateniense me llevaba directa al Olimpo de los orgasmos, como decía Mabel.

Pedimos ensalada griega, un poco de marisco y pescado al horno que estaba buenísimo, y mientras comíamos hablábamos de una idea que habían tenido él y Evan para el local, y es que querían preparar una fiesta en Navidad y que, al igual que la de verano, se celebrara todos los años.

—Aún queda, pero estamos pensando cómo hacerla —dijo cuando acabamos de comer el pescado.

—Seguro que Mabel ya os ha dado algunas ideas —sonreí.

—Sí, desde luego que esa mujer ha sido todo un descubrimiento para los dos.

—¿Y Elena?

—Ella también está volcada con el *Olimpo*, sabía que aquí lo haría igual de bien que en Atenas.

—Me alegra oír eso.

Nos trajeron el postre y me quedé mirando mi plato, donde, además de una porción de tarta de chocolate, había una pequeña cajita de terciopelo rojo.

—Stefan —lo miré, porque aquello no podía ser lo que yo pensaba que era, ¿o sí?

—Ábrela —me dijo con una sonrisa, y noté que me temblaba todo el cuerpo.

—Dime que son las llaves de tu casa y que vas a pedirme que me mude contigo.

—Eso te lo digo ya, tienes tres días para hacer la mudanza e instalarte en mi casa.

—Te has vuelto loco —reí.

—Mucho en tardado en llevarte conmigo, que, en este mes, he querido llevarte allí y no dejar que te fueras más de cien veces, pero quería esperar a que te quitaran la escayola.

—Vale, entonces, ¿esto qué es?

—Creo que ya lo sabes, pequeña —sonrió, y tragué con fuerza mirando la cajita que tenía en mis manos.

La abrí, y me quedé sin palabra al ver un anillo de oro blanco con un diamante engarzado en el centro. Sentí un nudo en la garganta y el escozor característico en los ojos de que tenía las lágrimas a punto de salir.

No podía hablar, de verdad que no, pero saqué voz de no sabía dónde.

—Stefan, esto es demasiado.

—Esto es solo una pequeña parte de lo que te mereces, cariño —contestó, y vi que se levantaba para ponerse a mi lado, en cuclillas, y secarme esas lágrimas con sus pulgares—. Te amo, Emma, y quiero casarme contigo —dijo mientras me quitaba la cajita de las manos y, tras sacar el anillo, me lo colocó en el dedo.

—No sé qué decir —me quedé mirando el anillo, se veía precioso en mi dedo, ese que al igual que toda yo, no dejaba de temblar.

—Dime que sí, pequeña, porque si no lo haces ahora, te aseguro que no pararé hasta que lo hagas, así me lleve otro accidente, tres años, y tu falsa pérdida de memoria.

—Si casi no me conoces.

—Te conozco, Emma, durante tres años seguí tus pasos en redes, pero lo que necesito saber sobre ti, sobre nosotros, lo tengo claro. Te amo, y no quiero una vida sin ti a mi lado.

—Sí —murmuré secándome las lágrimas—. Sí, Stefan, me caso contigo.

Sonrió y nos besamos mientras nos fundíamos en un abrazo.
Yo también lo quería y no podía imaginarme estar sin él, ya había pasado por eso y se sintió como lo peor que pude vivir.

—Ahora no me hagas esperar mucho, porque quiero que todo el mundo sepa que eres mi esposa, que eres la diosa del CEO —dijo haciendo un guiño y me eché a reír.

La abrí, y me quedé sin palabra al ver un anillo de oro blanco con un diamante engarzado en el centro. Sentí un nudo en la garganta y el escozor característico en los ojos de que tenía las lágrimas a punto de salir.

No podía hablar, de verdad que no, pero saqué voz de no sabía dónde.

—Stefan, esto es demasiado.

—Esto es solo una pequeña parte de lo que te mereces, cariño —contestó, y vi que se levantaba para ponerse a mi lado, en cuclillas, y secarme esas lágrimas con sus pulgares—. Te amo, Emma, y quiero casarme contigo —dijo mientras me quitaba la cajita de las manos y, tras sacar el anillo, me lo colocó en el dedo.

—No sé qué decir —me quedé mirando el anillo, se veía precioso en mi dedo, ese que al igual que toda yo, no dejaba de temblar.

—Dime que sí, pequeña, porque si no lo haces ahora, te aseguro que no pararé hasta que lo hagas, así me lleve otro accidente, tres años, y tu falsa pérdida de memoria.

—Si casi no me conoces.

—Te conozco, Emma, durante tres años seguí tus pasos en redes, pero lo que necesito saber sobre ti, sobre nosotros, lo tengo claro. Te amo, y no quiero una vida sin ti a mi lado.

—Sí —murmuré secándome las lágrimas—. Sí, Stefan, me caso contigo.

Sonrió y nos besamos mientras nos fundíamos en un abrazo.
Yo también lo quería y no podía imaginarme estar sin él, ya había pasado por eso y se sintió como lo peor que pude vivir.

—Ahora no me hagas esperar mucho, porque quiero que todo el mundo sepa que eres mi esposa, que eres la diosa del CEO —dijo haciendo un guiño y me eché a reír.

Capítulo 49



Después de prometernos, Stefan, me dio tres días para instalarme oficialmente en su casa, y llevaba dos haciendo la mudanza.

Estaba en casa con Elena metiendo mis cosas en cajas, otra vez, cuando llamaron al timbre y al ir a abrir vi a Mabel.

—Hola —sonreí.

—Hola —dijo con la cara pálida.

—¿Qué te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma —dije mientas íbamos hacia el salón, donde teníamos Elena y yo montado el cuartel general de cosas de Emma por empaquetar.

—Mabel, ¿vienes a ayudar? No sabía que esta mujer tuviera tantas cosas —resopló al tiempo que retiraba un mechón de cabello de su cara.

—¿Tenéis algo de beber? —preguntó mi amiga.

—Claro, tenemos vino, licor de frutas, refrescos, cerveza, zumos y agua —enumeré.

—No, no, nada de alcohol —contestó, y Elena y yo nos miramos con el ceño fruncido.

—¿Tienes fiebre? —curioseó mi hermana pequeña y futura cuñada. Qué jaleo de familia teníamos.

—Mabel, ¿acabas de rechazar una copa de vino? —Arqueé la ceja.

—Sí, eso he hecho.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —dije mientras le sostenía ambas mejillas para mirarla a los ojo
— Eres tú, esas pequeñas motitas marrones en tus precisos ojos miel, te delatan.

—Traeme un zumo, pero en copa de gin tonic, por lo menos que me crea que estoy disfrutando de una copa —suspiró.

—Me estás asustando, Mabel, te lo digo en serio. ¿Qué te pasa?

—Emma, tú tráeme el zumo, y alcohol para vosotras.

—Vale, vale, ya voy —levanté ambas manos y fui a la cocina.

Desde que descubrió el vino, y de eso hacía ya algunos años, Mabel nunca había rechazado una copa, que lo hiciera ahora, era un caso de estudio, de verdad que sí.

Regresé al salón con su copa de gin tonic llena de zumo de melocotón y uva, que sabía que era el que más le gustaba, y un par de cervezas para Elena y para mí.

—Aquí están las bebidas —las puse en la mesa y Mabel cogió su copa para dar un buen trago antes de dejarla—. ¿Vas a decir ya qué te pasa? No será que Evan te ha pedido matrimonio y estás acojonada —reí.

—No, no es eso. Es… otra cosa.

—Madre mía, qué misteriosa estás. ¿Vamos a tener que atarte a una silla y torturarte hasta que hables? —dijo Elena.

—Mejor lo veis —contestó, y abrió el bolso del que sacó, sin exagerar, una bolsa llena de test de embarazo que dejó caer en la mesa.

—¿Quince? —Fruncí el ceño después de contarlas— Mabel, ¿te has hecho quince test de embarazo?

—¿Son pocos? Quería estar segura.

—Madre mía, pero si con tres habría sido más que suficiente —dijo Elena cogiendo uno.

—No los he mirado.

—¿Cómo? —gritamos al unísono.

—Que, los he hecho, y los he guardado en la bolsa sin mirar. He salido de casa directamente para venir aquí.

s—¿Por qué narices te has hecho quince test de embarazo y no has mirado los resultados, Mabel? —curioseé.

—Porque no quería verlos sola.

—Pues yo ya he visto el resultado de seis —dijo Elena.

—¿Y?

—¿Quieres que te lo diga, o termino de comprobarlos todos?

—Termina —le pidió, y Elena asintió.

Mientras ella comprobaba los demás test, Mabel se acabó el zumo casi de un trago, no es que estuviera nerviosa, es que estaba temblando como un flan.

—Listo, todos comprobados —anunció Elena.

—¿Y? —pregunté.

—Es que no sé si decir, ¡Felicidades! —gritó levantando las manos y con una amplia sonrisa— O, que lo siento.

—Dios, las dos sois iguales, acabáis con mi paciencia —resoplé echando un vistazo a los test que estaban sobre la mesa y todos tenían las rayitas rosas—. Mabel, estás embarazada —sonreí.

—Voy a vomitar —dijo poniéndose en pie, y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

Elena y yo la seguimos y vimos a la pobre vaciar el estómago en unos pocos minutos. Empapé la toalla en agua y se la pasé por la nuca y la frente, momento en el que le vi las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Cariño, vas a ser mamá —sonreí secándole las lágrimas.

—Pero, no puede ser, Emma. ¿Cómo ha pasado?

—A ver, que la más pequeña de las tres soy yo, y lo de la semillita de papá en la flor de mamá, lo tengo claro —dijo Elena.

—No es eso, hermanita —sonreí cuando se sentó a nuestro lado, que parecía que estuviéramos acampando en el baño—. Es que hace tiempo le dijeron a Mabel que posiblemente no pudiera tener hijos.

—¿Qué? —Elena abrió los ojos con sorpresa.

—Estuve saliendo con un chico, tuve una falta, fui al médico y me dijeron que no había embarazo. Por lo que vio en mi útero me dijo que apenas había posibilidades de que pudiera ser madre. Por eso esto es…

—Un milagro de los dioses del Olimpo —dijo Elena y nos echamos a reír.

—Al final resulta que el rubio sí es como Aquiles, y tiene buenos soldados —reí.

—Ay, nena, ¿cómo se lo tomará Evan?

—¿Cómo crees que se lo va a tomar? Pues bien, que es un hombre de cuarenta años, no un chiquillo de veinte —resoplé.

—Qué guay, voy a ser tita —Elena empezó a aplaudir.

—¿Y si son falsos positivos? Yo no quiero hacerme ilusiones.

—Pues ahora mismo nos vamos las tres a la ginecóloga, y que te vea —dije, poniéndome en pie.

Elena cogió las llaves del coche, yo mis muletas, y fuimos a la clínica para ver si la ginecóloga podía atendernos de urgencia. Era una privada, así que no debíamos tener problema.

Por suerte nos conocía, y al decirle a la enfermera lo que pasaba, y estando al corriente del historial de Mabel, nos hicieron un huequito y entramos las tres.

—Enhorabuena, Mabel, vas a ser mamá —le dijo, y Elena y yo empezamos a gritar de felicidad.

La abrazamos mientras ella lloraba y cuando se tranquilizó, la ginecóloga le dio algunas recomendaciones para llevar el embarazo a buen término.

Fuimos a cenar las tres juntas para celebrarlo y después nos pasamos por el *Olimpo* a ver a los chicos, Gabriel era un asiduo al local en mi ausencia y ayudaba subiendo fotos y *reels* a sus redes.

—¿Qué hacéis aquí, chicas? —preguntó Stefan, cuando nos vio acercarnos a ellos, y me dio un beso.

—Evan, ¿podemos hablar? —le dijo Mabel.

—Claro, preciosa. ¿Va todo bien? —Frunció el ceño.

—Socio, yo la veo muy seria.

—A mí eso me suena al clásico, “no eres tú, soy yo” —soltó Gabriel, a quien Elena le dio una leve colleja—. ¡Auch!

—Mira que eres agorero, como decís en España —dijo Elena.

—¿Mabel? ¿Es eso? —Evan le cogió la barbilla a mi amiga y la abrazó al ver que lloraba— No llores, preciosa, si es algo malo, seguro que tiene solución.

—Estoy embarazada, de casi cuatro semanas —dijo entre sollozos.

—Espera, repíteme eso. ¿Voy a ser padre?

—¿Quieres serlo? —sollozó de nuevo mi amiga.

—Joder, ¿lo dudas? Por supuesto que quiero serlo, mi vida —y la besó, haciendo que los cuatro nos quedáramos allí mirando aquella bonita escena.

Elena y yo estábamos llorando tanto como la futura mamá, y es que cada una conocíamos a un miembro de esa pareja y sabíamos su historia. Yo sabía por Mabel que Evan estuvo a punto de casarse una vez porque su novia se había quedado embarazada, pero cuando perdió el bebé ella dijo que tampoco habría boda, puesto que, si se casaba con Evan, era más por el tema económico y social, que por amor.

Stefan y yo nos miramos, sonreímos y tras darnos un beso, volvimos a observar a la pareja. De un modo indirecto íbamos a ser tíos, y eso me hacía tan feliz como a mi amiga.

—¿Mabel? ¿Es eso? —Evan le cogió la barbilla a mi amiga y la abrazó al ver que lloraba— No llores, preciosa, si es algo malo, seguro que tiene solución.

—Estoy embarazada, de casi cuatro semanas —dijo entre sollozos.

—Espera, repíteme eso. ¿Voy a ser padre?

—¿Quieres serlo? —sollozó de nuevo mi amiga.

—Joder, ¿lo dudas? Por supuesto que quiero serlo, mi vida —y la besó, haciendo que los cuatro nos quedáramos allí mirando aquella bonita escena.

Elena y yo estábamos llorando tanto como la futura mamá, y es que cada una conocíamos a un miembro de esa pareja y sabíamos su historia. Yo sabía por Mabel que Evan estuvo a punto de casarse una vez porque su novia se había quedado embarazada, pero cuando perdió el bebé ella dijo que tampoco habría boda, puesto que, si se casaba con Evan, era más por el tema económico y social, que por amor.

Stefan y yo nos miramos, sonreímos y tras darnos un beso, volvimos a observar a la pareja. De un modo indirecto íbamos a ser tíos, y eso me hacía tan feliz como a mi amiga.

Capítulo 50



Dos meses después…

Nerviosa, así estaba en el que iba a ser mi gran día.

Stefan y yo nos casábamos y lo hacíamos en la casa de Dorian, aquí en Marbella, en una ceremonia íntima con nuestra familia.

—Ya estás lista, nena —dijo Mabel, tras cerrarme la cremallera.

El vestido era de una de las firmas que promocionaba en redes, al saber que me casaba fueron los primeros en ponerse en contacto conmigo y decir que me regalaban el traje de novia.

Era precioso, de gasa blanca y con una caída de lo más vaporosa. Mi madre decía que cuando me movía, parecía una Ninfa.

El corpiño estaba hecho de una fina gasa color carne cubierto de encaje, entallado al cuerpo, de tirantes, con la espalda al aire, y la falda terminaba en una pequeña cola.

Mabel me había recogido el cabello en un moño bajo y lo adornó con algunas horquillas con perlas blancas a juego con los pendientes de oro blanco que me había regalado mi madre. Dorian me regaló una gargantilla, también de oro blanco, de la que colgaba una perla con forma de lágrima.

Mi padre nos había regalado el viaje de luna de miel a Las Maldivas, un bonito rincón de playas con arenas blancas y aguas cristalinas que estaba deseando conocer.

—Qué guapa estás, Emma —dijo Elena al verme—. A mi hermano, lo vas a hacer llorar.

—No, cariño, tu hermano va a estar deseando que llegue la noche de bodas para arrancarle el vestido y las bragas.

—Mira que eres bruta, Mabel —reí.

—Soy sincera, que yo sé que tu ateniense es muy fogoso, como el mío. Lo raro es que no te haya dejado un regalito como a mí.

—Estos dos vuelven de la luna de miel siendo tres, ya verás —comentó Elena—. Un resort, el relax, los cócteles, la playa, la piscina, el jacuzzi. Vais a tener vuestros primeros hijos con unos meses de diferencia.

—Pues no me parece mala idea, nena. Dile a tu dios del Olimpo que te preñe en el viaje, que así tenemos hijas de la misma edad que se hagan mejores amigas.

—¿Se puede?

—Papá —sonreí al verlo asomando la cabeza por la puerta.

—Mi niña, estás guapísima —me dio un abrazo.

—Y tú, Carlos, qué sexy te ves. Eres un madurito cañón. Si no tuviera a mi Aquiles…

—Mabel, sabes que siempre te vi como a mi hija —rio mi padre.

—Y mi bebé no podría tener un mejor abuelo que tú —le contestó dándole un beso—. Vamos Elena, dejemos a padre e hija a solas.

Elena me dio un abrazo y besó a mi padre antes de salir de la habitación, y cuando nos quedamos solos, me entregó una caja.

—Tu madre y yo queremos que tengas esto —dijo.

—¿Qué es?

—Algo muy especial e importante para los dos —contestó.

Cuando la abrí, vi una pulsera de brazalete que reconocí enseguida. Era el primer regalo que mi padre le hizo a mi madre cuando nací. Tenía nuestras iniciales grabadas en la parte de arriba y la fecha de mi nacimiento en el interior.

—Es de mamá —dije con un nudo en la garganta.

—Sabes que se la quitó cuando nos divorciamos. Tú eres lo único que queda de ese amor, y queremos que nos lleves siempre contigo. Además, toda novia lleva algo viejo, ¿no?

—Gracias, papá —lo abracé.

—Mi niña se ha convertido en una mujer de manera oficial —sonrió—. Espero que Stefan te haga tan feliz como mereces, que nunca perdáis esa chispa de amor, cariño y respeto, y que, aunque habrá días malos en vuestra relación, no os dejéis de querer nunca.

—¿Por qué no luchaste más por mamá? —pregunté, pues era algo que siempre quise saber.

—Luché todo lo que pude, hija, te lo aseguro. Pero acabé comprendiendo que eso que se dice que, si quieres a alguien de verdad, debes dejarlo ir, es cierto. Tu madre no era feliz conmigo. ¿Por qué?, nunca lo sabré. Dorian la hace feliz, y eso me alegra.

—Me da pena que vayas a quedarte solo, podías haber rehecho tu vida, como ella, tener otros hijos…

—Tu madre siempre será el amor de mi vida, y ella lo sabe. Tú también lo eres, cariño —me besó en la frente—. Y ver que las dos habéis encontrado hombres que darían sus vidas por vosotras, me reconforta. Porque no voy a estar aquí para siempre, y sé que ellos serán vuestro punto de apoyo.

—Te quiero, papá —lo abracé.

—Y yo a ti, mi niña. Ahora, vamos a hacer que ese hombre que te espera en el jardín, haga de ti una mujer decente.

—Sí, porque lo de que hayamos vivido en pecado no te gustó mucho —reí.

—Son cosas de estos tiempos, qué le vamos a hacer —me hizo un guiño.

Salimos de la habitación y bajamos para ir al jardín donde nos esperaban todos. En el momento en el que vi a Stefan, con el traje negro y la camisa blanca, esperándome junto al sacerdote, sonreí.

Mi padre me llevó a su encuentro, le entrego mi mano y le pidió que me cuidara, a lo que Stefan le aseguró que iba a hacerlo hasta su último aliento.

—Estás preciosa, pequeña —dijo cogiéndome de la mano.

—Tú también estás muy guapo.

Comenzó la ceremonia y mientras escuchaba las palabras del sacerdote, también oía a mi madre llorar, igual que Mabel y Elena, ambas sentadas con sus chicos que les acariciaban el brazo a modo de consuelo.

Intercambiamos los anillos y llegó ese momento que los dos habíamos estado esperando los últimos meses.

—Stefan, ¿quieres a Emma por esposa, y prometes amarla, respetarla y serle fiel, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Emma, ¿quieres a Stefan por esposo, y prometes amarlo, respetarlo y serle fiel, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Por el poder que me otorga la Santa Madre Iglesia, yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Stefan sonrió, me rodeó con el brazo por la cintura y me dio uno de esos besos que siempre hacían que me quedara con la sonrisa tonta en la cara y ganas de más.

El resto de la tarde noche fue un no parar de comer, reír, beber, cantar y bailar, hasta que mi querido marido me cargó al hombro.

—¡Oye! Bájame, Stefan. ¿Qué haces?

—Nena, no hagas preguntas tontas —rio Mabel—. ¡Que te va a arrancar el vestido! —gritó y todos se echaron a reír.

—Por Dios, que no hemos acabado de celebrar nuestra boda —protesté.

—Sí, sí hemos acabado. Tenemos el permiso de todos para irnos.

—No la hagas trasnochar mucho, socio, que mañana salís de viaje —dijo Evan.

—Eso, hermano, reservad algo para la luna de miel, que de allí tenéis que volver con un sobrino en la barriguita de mi cuñada.

—Anda, os vais con deberes por hacer y todo —rio Gabriel.

—Tú, calla, a ver si te voy a decir que le hagas un bebé a Elena para que nuestras hijas crezcan juntas —comentó Mabel.

—Yo se lo hago, que no tengo problemas.

—La que has liado, Stefan —reí.

—¡Viva los novios! —gritó Dorian.

—¡Viva! —corearon los demás.

—¡Adiós, familia! —grité agitando la mano— Nos vemos en dos semanas.

—No, hija, nos vemos dentro de un mes —dijo mi madre.

—¿Un mes? —Abrí los ojos y miré a mi padre.

—Era una sorpresa, tu prometido no me dejó decírtelo.

—Cuñada, en un mes te da tiempo a volver con gemelos en la barriga.

—Cómo se nota que no tienes que parirlos tú, jodida —reí.

Stefan me alejó de todos, cargándome en el hombro, fue hacia el coche y subimos para ir a nuestra casa.

—Y ahora sí, mi querida esposa, te voy a arrancar el vestido, que me he estado aguantando toda la tarde.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa —sonrió haciéndome un guiño.

Y sí, era una promesa de que aquella sería una noche larga que no olvidaría.

—¡Viva! —corearon los demás.

—¡Adiós, familia! —grité agitando la mano— Nos vemos en dos semanas.

—No, hija, nos vemos dentro de un mes —dijo mi madre.

—¿Un mes? —Abrí los ojos y miré a mi padre.

—Era una sorpresa, tu prometido no me dejó decírtelo.

—Cuñada, en un mes te da tiempo a volver con gemelos en la barriga.

—Cómo se nota que no tienes que parirlos tú, jodida —reí.

Stefan me alejó de todos, cargándome en el hombro, fue hacia el coche y subimos para ir a nuestra casa.

—Y ahora sí, mi querida esposa, te voy a arrancar el vestido, que me he estado aguantando toda la tarde.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa —sonrió haciéndome un guiño.

Y sí, era una promesa de que aquella sería una noche larga que no olvidaría.

Epílogo



Cuatro años después…

Mi padre tenía razón en aquello de que lo que estaba destinado a ser de cada persona, sería suyo por mucho que tratara de alejarlo.

Y quedó claro que Stefan estaba destinado a ser para mí, a formar parte de mi vida y a darme ese amor incondicional que me había mostrado cada día de los últimos cuatro años.

En este tiempo la familia había crecido, empezando por Alexander, el hijo mayor de Mabel y Evan, quienes se casaron cuando el pequeño tenía seis meses, y ya contaba con tres años.

La siguiente en nacer fue mi hija, Aileen, unos meses después de Alexander.

Gabriel y Elena también se casaron, y hacía ya dos años que su hijo Gael llegó para alegría de todos.

Completaba, por ahora, la nueva generación de atenienses afincados en Marbella, la pequeña Lara, hija de Mabel y Evan.

Mi madre y Dorian, al igual que mi padre, estaban encantados con sus cuatro nietos, pues querían a todos por igual.

Dorian seguía gestionando sus restaurantes y eso le llevaba a viajar, junto con mi madre, al menos una vez al mes a cada lugar donde los tenía.

Cuando eso ocurría, mi madre dejaba a Elena al frente de la inmobiliaria, pues se había dado cuenta que era una excelente vendedora.

Stefan y Evan aún tenían el *Olimpo* en Marbella y el local en Atenas, donde solían ir para comprobar que todo seguía en orden.

Gabriel y yo seguíamos siendo ese par de *influencers* a los que nos querían y odiaban a partes iguales, y quienes

nos querían y eran fieles seguidores de ambos desde nuestros inicios, estaban más que encantados con las parejas que teníamos.

Mabel decía que nunca dejaría de ser mi fotógrafa y estilista, pero tampoco de llevar las redes del *Olimpo*, que había subido en popularidad y no había una sola noche que no estuviera lleno al completo.

Tal como pensaron, además de las fiestas de verano, aquel año llevaron a cabo la primera fiesta navideña y tuvo tal éxito, que cada año la celebraban con la misma ilusión que entonces.

—Mami —miré a mi niña y sonreí.

Andaba tanto ya, que teníamos que ir con cuidado de que no echara a correr y se nos escapara hasta el jardín, no fuera a ser que se cayera en la piscina.

Por suerte contábamos con la ayuda de un niñero de lo más responsable, nuestro perro Zeus, un labrador color canela que sentía pasión absoluta por Aileen, al igual que ella la sentía por él.

Nos lo encontramos siendo apenas un cachorro de un mes en la puerta de casa una noche al volver de cenar, yo aún estaba embarazada de siete meses y en el momento en el que el cachorro se recostó a mi lado, se quedó dormido junto a mi barriga.

Zeus y Aileen eran inseparables, allá donde iba una, estaba el otro.

—Hola, mi vida —la cogí en brazos y Zeus se quedó allí sentado a nuestro lado, observándola.

—¿Papi?

—Está en el despacho, ahora viene a por ti —le di un beso en la frente.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Elena. Habíamos quedado en vernos todos, para cenar esa noche en casa de nuestros padres, y seguro que me llamaba para preguntar si había preparado la tarta de queso que tanto le gustaba a Dorian.

—Hola preciosa —saludé.

—Hola, hermanita. ¿Has hecho la tarta de queso? —preguntó, y me reí.

—Sí, ya está enfriándose.

—Vale. Yo llevo el vino y Mabel ha dicho que iba a comprar unos pasteles.

—Y como siempre, cuando lleguemos a casa, tu padre dirá que para qué llevamos nada si la cena la pide en el restaurante.

—Ya —rio—. Mañana os vais a Atenas, ¿no?

—Sí, hay algunas cosas que solucionar con el local.

—¿Queréis que nos quedemos con Aileen y Zeus? Digo, sé que Zeus se puede quedar en casa con nuestros padres pero igual iros los dos solos os venía bien. ¿Cuánto hace que no os perdéis en plan romántico?

—Desde la luna de miel —sonreí.

—Pues eso no puede ser, nos quedamos con la niña y el perro.

—Elena, no hace falta.

—Claro que hace falta, que yo quiero otro sobrino.

—¿Y yo puedo pedirte otro a ti?

—Por poder, puedes, otra cosa es que te haga caso. Que no digo que no quiera más hijos, que sí, al menos uno más, pero cuando Gael tenga un par de años más.

—No sé si a tu hermano le va a hacer gracia que dejemos a la niña.

—¡Papi! —gritó ella y miré hacia la puerta, por donde venía Stefan.

—Hola, princesita —la cogió en brazos—. ¿Dejar a la niña con quién? —me preguntó agachándose para darme un beso.

—Con Elena —contesté.

—Ponme en manos libres, hermana —pidió Elena.

—Ya está —sonreí.

—Hermano, que digo yo, que eso de que no hayáis tenido vosotros un viaje romántico desde la luna de miel, no puede ser. Así que Gabriel y yo, nos quedamos con la niña y el perro y mañana os vais los dos tranquilamente a Atenas. Además, tantas horas de avión para la niña se va a hacer un poquito pesado.

—¿Qué objetivo oculto tienes con esta propuesta, hermanita? —curioseó Stefan con la ceja arqueada.

—Quiere otro sobrino —contesté yo.

—Aparte de eso, quiero que desconectéis un poco.

—Sabes que vamos por unos asuntos del local, ¿verdad? —dijo él.

—Lo sé, pero no me dirás que no vais a tener tiempo de un baño nocturno en la piscina, una cena romántica, un paseo por la Acrópolis… En fin, esas cosas que uno hace en un viaje de novios. ¿O no habías caído en que estáis en vuestro cuarto aniversario, hermano?

—Por la cara que acaba de poner, se le había olvidado —respondí riendo.

—Uy, uy, como se enteré papá de que te has olvidado de un aniversario.

—Lo siento, pequeña —me dijo con pesar—. Es que esto del local me trae de cabeza.

—No pasa nada, amor —sonreí dándole un beso.

—Elena, esta noche te llevas a la niña y a Zeus a casa, nos vamos Emma y yo solos a Atenas.

—Sabia elección, hermano. Y quiero un sobrino para cuando volváis.

—Me empelaré a fondo —rio él.

—Tampoco me cuentes detalles que no los necesito. Os veo esta noche. Os quiero.

Colgamos y Stefan me pasó el brazo por los hombros.

—De verdad que lo siento, cariño.

—Stefan, no pasa nada. Tienes detalles conmigo todo el año —sonreí—. Porque te olvides de un aniversario no me voy a enfadar.

—¿Sabes que te amo? —me besó.

—Lo sé. Pero sí te digo una cosa, más vale que del próximo aniversario no te olvides, que me voy con la niña, el perro y las maletas a casa de mi padre.

—Te puedes ir, pero sabes que siempre lucharé por recuperar a la diosa de mi Olimpo.

Me hizo un guiño y se fue con la niña, seguido por Zeus, al salón para ver los dibujos favoritos de nuestra hija.

Había tenido suerte de que la vida me hubiera vuelto a poner a ese hombre de ojos verde esmeralda en mi camino, porque cada día a su lado era mejor que el anterior, cada segundo, cada minuto contaba para mí y lo atesoraba como una vez atesoré aquel fin de semana.

Me hizo un guiño y se fue con la niña, seguido por Zeus, al salón para ver los dibujos favoritos de nuestra hija.

Había tenido suerte de que la vida me hubiera vuelto a poner a ese hombre de ojos verde esmeralda en mi camino, porque cada día a su lado era mejor que el anterior, cada segundo, cada minuto contaba para mí y lo atesoraba como una vez atesoré aquel fin de semana.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu